

# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS».

## PRIMERA ÉPOCA

	Pesetas.
DE LOS ANDES AL CIELO. — Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición .....	4
DEL OCEANO A VENUS. — Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem .....	4
EL MUNDO VENUSIANO. — Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem ....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA. — Primera parte. — EL MUNDO-LUZ. ....	4
EL MUNDO-SOMBRA. — Segunda parte de la anterior .....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CIE. ....	4
LA MAYOR CONQUISTA. — Primer episodio: LOS VENGADORES. ....	4
POLICÍA TELEGRÁFICA. — Segundo episodio de la anterior. ....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS. — Tercer y último episodio de la anterior .....	4
LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR. — Primera jornada de Tierras Resucitadas .....	4

## SEGUNDA ÉPOCA

ANA BATTORI. — Segunda jornada de la anterior .....	3
EL GUARDIÁN DE LA PAZ. — Última ídem íd. ....	3
(Seguirán otras muchas a razón de tres a cuatro por año.)	

Otro gran éxito. MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA. -- Charlas vul ares. 6 ptas.

## OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

LITERARIAS	Pesetas.		Pesetas.
EUGENIA. — Novela. ....	3	LA VERDAD DE LA GUERRA. — Versión del inglés. (Agotada.)	
LA PRIMA JUANA. — Novela, dos tomos. ..	3	LAS CAUSAS DEL DESASTRE. — Con seudónimo Ignotus. (Agotada.)	
BOSQUEJOS. — Cuentos. ....	3	LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN. — (Agotada.)	
CORAZONES BRAVÍOS. — Cuentos. ....	1	EL PLEITO DEL REGIONALISMO. — Con seudónimo Don Nuño. (Agotada.)	
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA. — (Agotada.)		LA ENFERMEDAD DE LA PESETA. ....	2
REMEDIO CONTRA CEGUERA. — Comedia en dos actos. (Agotada.)		LO QUE PUEDE ESPAÑA. ....	1
LA NIETECILLA. — Idem en íd., íd.			
IN ARTÍCULO MORTIS. — Idem en un acto, íd.			
PRECODIDAD. — Idem en íd., íd.			
MACBETH. — Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare. ....	2		
ORRAS DRAMÁTICAS. — El salvaje, Luz de belleza. ....	2		
EL FIN DE LA GUERRA. — Con el seudónimo Ignotus. ....	3,50		
MORALES, SOCIALES Y POLÍTICAS			
EL CREDO Y LA RAZÓN. — Segunda edición .....	3		

## CIENTÍFICAS

PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN. — Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes. ....	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS. — De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes. ....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO. ....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS. — Mapa de la zona de influencia española. ....	3

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS o al autor, Princesa, 12.—MADRID

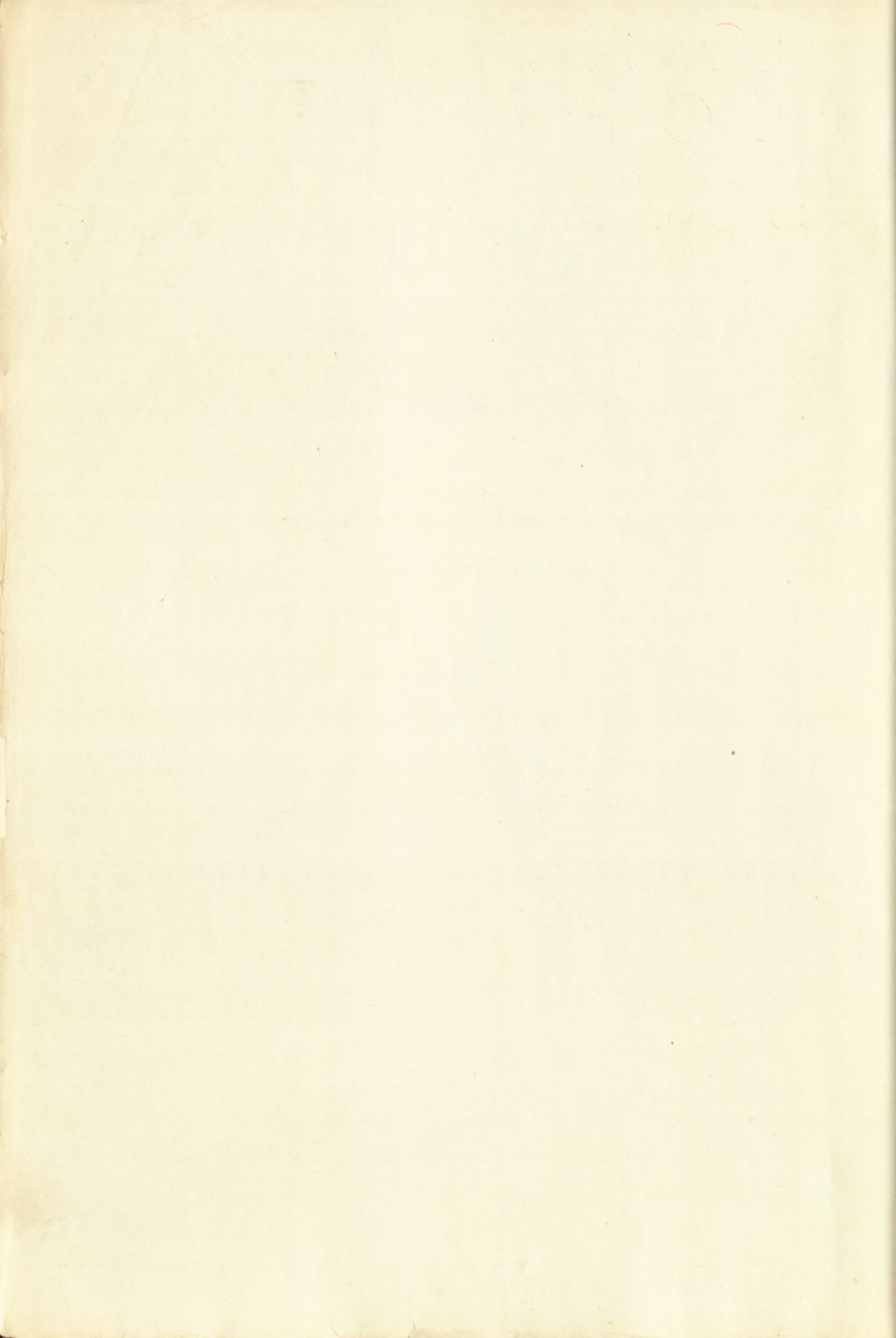
# DE LOS ANDES AL CIELO

POR  
EL CORONEL IGNOTUS



BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA







BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTIFICA

---

# DE LOS ANDES AL CIELO



Es propiedad. Prohibida la reproducción, incluso la "cinematográfica", sin permiso del autor. :-:







# Viajes planetarios en el siglo XXII

---

NOVELA DE AVENTURAS

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

---

PRIMERA ETAPA

DE LOS ANDES AL CIELO

---

TERCERA EDICION

---



Viajes planetarios en el siglo XXII

NOVELA DE AVENTURAS

por

EL CORONEL IGNACIO

RODRÍGUEZ

PRIMERA PARTE

DE LOS ANDES AL CIELO

TERCERA EDICIÓN



# ÍNDICE

	Págs.		Págs.
I.—El autor comienza a enterarse de lo que cuenta en este libro.....	7	XVI.—El volcán se sosiega y Pedro olfatea algo.....	56
II.—Un documento curiosísimo...	9	XVII.—Una segunda dama que, en cualquier otra historia, habría sido primera.....	57
III.—Un testamento extravagante...	12	XVIII.—Surgen dificultades.....	60
IV.—Historia breve, o galopante epítome, de 265 años.....	14	XIX.—Una noche en el palacete de Challao.....	63
V.—María Pepa y el astro que sacó de su cabeza.....	16	XX.—De cómo María Pepa desenreda una madeja que estaba enredadísima.....	68
VI.—La prometea del siglo XXII y el rescoldo de un histórico odio medioeval.....	19	XXI.—Frente a frente.....	71
VII.—Ya está aquí María Pepa.....	23	XXII.—Se acaba la fabricación del autoplanetoide.....	75
VIII.—¿Tragedias? ¿Dramas? ¿Madrigal?.....	26	XXIII.—Una explosión inconcebible.	80
IX.—La heroína se desmaya y se destapa.....	30	XXIV.—Un breve idilio y varios largos viajes.....	84
X.—Una explosión de internacionales entusiasmos.....	33	XXV.—Mister Chess tiende sus redes y se compra unas alas de milano.....	87
XI.—María Pepa toma tres ayudantes y se los lleva a América.....	38	XXVI.—Dime con quién andas y diré cómo acabas.....	92
XII.—La fabricación de un novimundo.....	42	XXVII.—Los perros de la Capitana..	96
XIII.—La temeraria María Pepa baja al volcán de Maipo.....	46	XXVIII.—Maquinaciones tenebrosas..	100
XIV.—Los homoquinas y la volcánica catástrofe de Maipo.....	48	XXIX.—Mister Chess se disfraza...	104
XV.—Un salvamento heroico, dos desmayos y varias cosas raras.....	52	XXX.—Sara encuentra lo que buscaba en Paramillo.....	107
		XXXI.—Las crisis amorosas de Mistress Sam-Fairelo.....	109
		XXXII.—Últimos preparativos.....	112
		XXXIII.—La partida.....	115



# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS».

## PRIMERA ÉPOCA

	Pesetas.
DE LOS ANDES AL CIELO. — Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición.....	4
DEL OCÉANO A VENUS. — Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO. — Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA. — Primera parte. — EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA. — Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CEN.....	4
LA MAYOR CONQUISTA. — Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICÍA TELEGRÁFICA. — Segundo episodio de la anterior.....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS. — Tercer y último episodio de la anterior.....	4
LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR. — Primera jornada de Tierras Resucitadas.....	4

## SEGUNDA ÉPOCA

ANA BATTORI. — Segunda jornada de la anterior...	3
EL GUARDIÁN DE LA PAZ. — Última ídem íd.....	3
(Seguirán otras muchas a razón de tres a cuatro por año.)	

Otro gran éxito. MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA. -- Charlas vulgares. 6 ptas.

## OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

LITERARIAS	Pesetas.
EUGENIA. — Novela.....	3
LA PRIMA JUANA. — Novela, dos tomos....	3
BOSQUEJOS. — Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS. — Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAPALARIOS DE AYER Y MAÑANA. — (Agotada.)	
REMEDIO CONTRA CEGUERA. — Comedia en dos actos. (Agotada.)	
LA NIETECILLA. — Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS. — Idem en un acto, íd.	
PR COCIDAD. — Idem en íd., íd.	
MACBETH. — Versión de la tragedia de este nombre, de Willian Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS. — El salvaje, Luz de belleza.....	2
EL FIN DE LA GUERRA. — Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50
MORALES, SOCIALES Y POLÍTICAS	
EL CREDO Y LA RAZÓN. — Segunda edición.....	3

	Pesetas.
LA VERDAD DE LA GUERRA. — Versión del inglés. (Agotada.)	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE. — Con seudónimo IGNOTUS. (Agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN. — (Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO. — Con seudónimo Don Nuño. (Agotada.)	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1

## CIENTÍFICAS

PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN. — Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes.....	5
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS. — De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	3)
AGENDA DEL TOPÓGRAFO.....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS. — Mapa de la zona de influencia española.....	3

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS o al autor, Princesa, 12.—MADRID



# I

## EL AUTOR COMIENZA A ENTERARSE DE LO QUE CUENTA EN ESTE LIBRO

Hace unas semanas publicaron varios periódicos de Madrid un gran anuncio que decía:

**MADemoiselle THELLIS**  
admirable tele-psico-futu-vidente, excepcional discípula de la célebre y malograda

**MADAME DE THEBES**

Ni las profundidades del misterioso porvenir, ni los abismos del insondable espacio, detienen su penetrante mirada; ni hay corazón ni mente capaces de velar sus secretos a este prodigioso *medium*.

Sesiones públicas, consultas privadas, discreción absoluta. Hay horas especiales y gabinetes reservados para quienes, por prosapia o posición, recelan confesar su fe en las ciencias hipnóticas, la televisión, la telepatía...

Y otros cuantos más *teles* que a punto fijo me acuerdo, y de los cuales no hice yo nunca mucho caso, pues siempre tuve a esas Thebes y Thellis por charlatanas que viven y medran a expensas de credulidad y superstición ajena.

Seis u ocho meses permaneció en Madrid la celebrada escrutadora de lo porvenir y de los corazones, no debiendo irle mal, pues el gasto de su fastuosa instalación, en un principal de la Gran Vía, el boato de sus salones, la pléyade de galoneados lacayos, etc., etc., eran palpable testimonio de que por allí pasaban, más o menos de incógnito, no pocos clientes, sobre todo *cientas*, de repletísimo bolsillo.

Una tarde en que, aburrido, no sabía yo cómo matar el tiempo, acerté a pasar por la puerta, en cuya jamba ostentaba una placa esta inscripción:

*Thellis-Medium Psico-Vidente.*  
*Suba usted.*

Pensando que nunca había yo visto aquello, y sobrándome horas de aquella larga tarde, sentí que el *suba usted* cosquilleaba en mi curiosidad, y subí.

No voy a detenerme en descripciones de aquel templo de la adivinación, ni de su impresionante aparato externo, bien combinado para embaucar incautos, pues para entrar prontamente en materia, no hablo siquiera de la persona, no despreciable, de la iluminada, que en cuanto estuve en su presencia, dijo sin darme tiempo de dirigirle una palabra:

—No me interrogue todavía. No me dé antecedentes de lo que desea. Con los ojos abiertos no veo nada, pues para ver he de cerrarlos. Despierta vivo envuelta entre tinieblas; dormida veo claridades radiantes encenderse en mi mente.

—Esta me cree tonto de capirote—fué el comentario que, para mi colete, me sugirió la alambicada perorata.

Cerró las puertas y reclinándose en cómoda butaca, prosiguió:

—No soy como otros vulgares *mediums* que necesitan hipnotizador intermediario entre ellos y los clientes. La sensibilidad exquisita de mi psiquis me hace asequible a doblegarme a los deseos de cualquiera —y no se tome esto en mal sentido—. Usted mismo, por tanto, caballero, va a hipnotizarme mirándome a los ojos. Clave su pupila en la mía, con voluntad de ensombrecerla tras la nubosa opacidad de mis párpados caídos, y pregunte después cuanto saber desee.

—¿Quién podrá ser el literato cursi que le ha hilvanado el discurso a esta chica?—pensaba yo.

—Este método tiene la ventaja—agregó



ella—de que, siendo directa la supernatural comunicación entre usted y yo, ni el más leve aleteo telepático se perderá, al pasar de usted a mí, del misterioso flúido en que a anegarme van efluvios de sus ojos y anhelos de su alma.

—Ni tú repartirás con ayudantes una sola peseta de las que va a costarme esta consulta—dije para mi sayo.

Renunció a describir farsas, melindres, contorsiones de la adivinadora, hasta que, agitado su cuerpo por tembloroso espasmo, dijo con suspirante voz:

—Tuya es mi voluntad, ordena. ¿Qué deseas saber?

—¿Qué diablos iba a preguntar yo?

E indeciso seguía cuando la pitonisa prosiguió:

—Veo luz, mucha luz; pero nada ilumina. Ciegan mis ojos sus fulgores, por no poder posarlos en objeto ninguno por ellos alumbrado. ¿Para qué me has dormido si no quieres que vea, si nada me preguntas?

Al cabo, lo mismo que habría podido preguntar otra cosa cualquiera, se me ocurrió decir:

—Quiero saber cuál será el más sensacional suceso que ha de ocurrir en el año 2187.

—¿En dónde?... ¿En la Tierra o en los Cielos?

—Donde alcance tu vista.

—Mi vista alcanza al universo todo.

—Pues si todo lo ve, en el universo.

—¡Chist, chist!... Una estrella fugaz; se acerca, crece, cae... Es un aerolito, un bólido. Pero no como todos: no es un pedrusco de forma irregular, más bien parece un proyectil.

Confieso mi sorpresa al ver el sesgo astronómico-balístico tomado por las revelaciones de la durmiente y el carácter franca y extraordinariamente científico del lenguaje que empleaba. ¡Vaya si era instruída aquella chica! Mucho más de cuanto lógicamente podía yo esperar. Y confieso que ya iba interesándome adónde iría a parar por tan inesperado rumbo.

—... Lo llevan a un gran laboratorio, lo examinan muchos sabios... No es un fragmento de asteroide, sino un artefacto metálico evidentemente salido de una fundición...

—... Mas si ha caído de los cielos, han de haberlo fundido ¡fuera de este mundo!... ¿Será un mensaje planetario? ¿Una carta, un telegrama, procedente de Marte o Júpiter?... Todo son suposiciones y controversias entre los doctos comentadores del fenómeno.

Llama a uno de ellos la atención el metal, desconocido, al parecer, del aerolito, que sometido al examen del espectroscopio mediante la ignición de una partícula de él en una llama de gas ictio-benzólico—jamás había yo oído hablar de semejante gas—emitió luz que enviada a través del prisma espectroscópico, pintó en una pantalla blanca la dos brillantes rayas púrpurovioladas características de la luz del afrodinio.

—Ya usted sabe—dijo haciendo un paréntesis la Thellis—que esto no es cosa nueva, que la luz producida quemando diversos cuerpos, y descompuesta luego a través del vulgar prisma de los gabinetes de óptica, produce espectros luminosos, incompletos arcos iris, donde aparecen rayas teñidas de especiales colores, variables con las sustancias ensayadas. Así cada cuerpo tiene lo que se llaman sus rayas características, por las cuales se le reconoce en este método de análisis físico-químico.

Crecía mi asombro al ver que aquella pitonisa avaloraba sus relatos con científicas notas, y era más fuerte en química que Carracido y sir Ramsay, que ni noticia tienen del afrodinio. Ignorancia la de estos sabios contemporáneos nuestros que me expliqué en seguida al informarme la durmiente de que procedimientos espectrofotográficos aplicados a la luz de los rayos del planeta Venus habían revelado la existencia abundante en dicho astro de un metal que en la tierra no se encuentra, al cual se dió el nombre de afrodinio; descubrimiento que, realizado en el año 2103, no podía ser conocido por Carracido en 1918 (1).

Lo estupendamente sensacional de haber hallado afrodinio real y efectivo en el aerolito recogido en los alrededores de Florencia el año 2187, era—todo según la hipnótica revelación de mademoiselle Thellis—que no entrando en la constitución de nuestro mundo ni un adarme siquiera de afrodinio, no existiendo dicho cuerpo en la Tierra, y no habiendo afrodinio sino en Venus, el aerolito tenía que proceder de este planeta: ser un mensaje a los hombres enviado por los venusianos, o acaso, y esto sería mucho más agradable y lisonjero, de las señoras venusianas. Porque los sabios vieron en seguida que el afrodinio no era sino el sobre dentro del cual debía suponerse estuviera la carta.

Para sacarla, y por temor de estropearla, pues se ignoraba en qué substancia vendría

(1) Este descubrimiento fué análogo al que, analizando del mismo modo la luz solar descompuesta en el prisma, había conducido a Lockyer en 1868 a descubrir la existencia en el Sol del metal helio, no pocos años antes de que en el mundo encontrara la Química tal cuerpo.



escrita, fué rascada en un torno la metálica capa, conservando, cual si fuera oro en polvo, las virtudes del preciado y exótico metal: viendo, con sorpresa, los sabios que bajo el sobre de afrodinio venía otro segundo sobre de substancia tan conocidísima como el acero, prueba fehaciente de que en Venus existen, como aquí, hierro, hulla, manganeso, fósforo y otros usuales componentes del acero.

No era de desdenar el descubrimiento; mas la satisfacción de haberlo realizado duró poquísimo a los sabios: el tiempo nada más que tardaron en ver grabada en el acero la siguiente inscripción:

#### COMPANIA ANONIMA DE ACEROS ARGENTINOS

*Panamá, Santa Fe, Tucumán.—Año 2186.*

La perplejidad y la estupefacción de aquellas sapientísimas hormigas de la Ciencia llegó entonces al colmo; y no sin falta de motivos, pues la envuelta de metal venusiano demostraba que aquel pseudoaerolito y presunto mensaje venía de Venus. Además, aquella marca de las conocidísimas fundiciones argentinas pregonaba, también sin dar lugar a dudas, que el proyectil había salido de la Tierra antes de ser lanzado a ella desde Venus: ¡Que había hecho un viaje de ida y vuelta entre los dos planetas! ¡Que se había inaugurado un servicio de comunicación postal entre los hijos de Adán y las hijas de Venus!...

¡¡Y con todo su saber, ni palabra sabían los sabios de tan magno suceso!!

La vergüenza de su ignorancia rayó en consternación; hasta tal punto, que, gachas las orejas, clavadas en el suelo las miradas, no se atrevían a levantarlas, no las orejas, sino las miradas, por temor de ver propios bochornos reflejados en los abochornados rostros de sus compañeros.

Al cabo dijo uno, rompiendo aquel abrumador silencio:

—Hay que llegar al fin: desgarrremos el sobre.

No fué preciso, pues antes de intentarlo se advirtió que el proyectil constaba de dos trozos a rosca atornillados, tapa uno, canuto otro, viniendo en el seno del último plena corroboración del prodigioso ir y venir de aquella carta entre la Tierra y Venus.

Varias hojas del papel corrientemente usado para cartas en el mundo venían arrolladas, y a su vez envueltas en una, a modo de metálica seda de color lila suave; pero de una substancia intermedia entre aluminio y celuloide, en la cual aparecía escrito, con caracteres carmín fuerte, un jeroglífico indescifrable. A reserva de llamar en su auxilio a los más hábiles criptógrafos para que tradujeran, si podían, el curioso impreso, desde el primer momento comprendieron los sabios que aquél había sido redactado por los habitantes del lucero de la tarde, primero que se encuentra en el camino de la Tierra al Sol; pues venía timbrado aquel papiro de la extraña carta con una viñeta representativa de la diosa Venus en el instante de surgir, radiante de belleza, de las espumas de los mares.

Además de las secas y áridas conclusiones, meramente científicas, anteriormente deducidas, permitió el artístico sello sentar otras históricas y aun poéticas. Primera: que el buzón de origen estaba en Venus; segunda: que en el vecino planeta es tan conocida como aquí la mitología griega; tercera: que allá también tributan culto a la belleza; cuarta: que el nombre de Venus por los hombres aplicado a la estrella vespertina obedece a algo más que a humana caprichosa fantasía. ¡Quién sabe si a providencial intuición, puesto que por el mismo la conocen sus propios habitantes!

¡Extraña coincidencia! ¡Misteriosa armonía sidereomitológica!

¡Insondable misterio!

## II

### UN DOCUMENTO CURIOSÍSIMO

Las hojas contenidas en el proyectil decían todas lo mismo, aunque en idiomas diferentes; idiomas, por supuesto, de la Tierra. He aquí su contexto:

“EN EL AUTOPLANETOIDE A-1

28 de diciembre de 2186.

Corremos a abrasarnos en las llamas del Sol. No puedo precisar la velocidad de nues-

tra caída, porque la aguja del registro de velocidades ha rebasado el final de la escala, 120 kilómetros por segundo, que jamás habíamos alcanzado hasta ahora, y ya no puede indicarnos nuestra marcha.

Somos víctimas de un accidente cuyos efectos conocemos, mas cuya causa no lo gramos penetrar. La fuerza gravitatoria por el Sol ejercida sobre el planetoide, contrarrestada hasta ahora por los aparatos cuyo



funcionamiento es perfectamente conocido del Instituto de Viajes Planetarios, se ha convertido, por avería de aquéllos, en directa atracción incontrastable que nos hace caer al Sol, como en la Tierra cae al suelo una masa de plomo: no, con fuerza 27 y 1/2 veces mayor, pues es sabido que el kilogramo de plomo de la Tierra pesa 27 corridos en el Sol.

El accidente nos sorprendió hace veinte minutos.

Dejando por estribor al Sol, bogábamos rectos a Venus con velocidad reducidísima de 30 kilómetros por segundo—1.800 al minuto—, que íbamos aminorando rápidamente para preparar el aterrizaje. Estábamos absortos en la contemplación del incomparable planeta que, a una cuarta parte de la distancia que separa a la Tierra de su luna, se nos aparecía en cuarto creciente, con diámetro casi quince veces—14,67—mayor que el aparente que la luna muestra a los humanos y superficie igual a la de 215 lunas reunidas. ¡Qué inmensidad de esplendorosa y nivea luz! ¡Oh, prodigio de belleza inefable!

De pronto, el cataclismo inesperado nos aleja de Venus. Nuestros esfuerzos para dar con la avería y oponernos a la atracción solar resultan inútiles. Mi ciencia no me sirve en este trance; serenidad y valor, que no me faltan, por algo soy aragonesa, temo sean impotentes. Solamente un milagro, que pido a la patrona de mi tierra, la Virgen del Pilar, puede salvarnos.

Es lo probable que la noticia de esta tragedia sideral quede ignorada en la Tierra; mas está en mi deber procurar que este *parte oficial* de la catástrofe llegue, si es lo posible que llegar pudiere, a manos de quienes me revistieron de autoridad de cuyo empleo debo dar cuenta.

Sólo veo un remotísimo, improbable, mas no imposible medio de que pueda ser leído por el dignísimo Consejo de los Viajes Planetarios: confiarlo a un proyectil, que a la escasa distancia a que estamos de Venus, tengo certeza llegará allá... Después, la Providencia, si en sus fines está, hallará modo de enviarlo a la Tierra.

A despecho de mi razón, que de insensata califica esta esperanza, tengo presentimiento de que allá leerán estos renglones, probablemente los últimos que escribo, dando cuenta del naufragio del autoplanetoide: un horrible naufragio, entre vapores de abrasadoras llamas, que miro frente a frente, pues muero por la gloria de la terrestre ciencia.

Esa confianza, loca al parecer, fúndase en lo que he visto del hermosísimo mundo ve-

nusiano: tan maravillosamente bello, tan sugestivo de presunción vehemente de inteligencia y capacidad, en sus indígenas, colosalmente superiores a las de los habitantes de nuestra Tierra, que me hacen esperar que los venusianos serán tal vez capaces de adivinar la intención del diseño con que, por suponer no entenderán nuestros idiomas, intento hacerles comprender que con propósito de que lo reexpidan a la Tierra, les disparo este proyectil, y acaso tengan posibilidad de reexpedirlo, a juzgar por indicios adquiridos en mi reciente estudio de Venus, los cuales deploro no tener tiempo de explicar.

En lacrada botella confía el marino que zozobra noticia del siniestro a las olas del Océano; yo entrego aquí mis últimas palabras, a ese ingrátido éter cuyas ondulaciones poderosas son las olas de otro Océano incomparablemente más inmenso; el piélago sin límites donde bogan mundos y soles.

*La Comandante en jefe del autoplanetoide A-1,*

MARÍA PEPA BUREBA.

P. S.—La tripulación y pasajeros dan alto ejemplo de levantado espíritu y obediencia abnegada, con la sola excepción de... Muera conmigo este secreto: no es la hora de morir hora adecuada para infamar a quien conmigo va a morir.

NOTA IMPORTANTE. Situación en el espacio del autoplanetoide:

#### DIRECCIONES

A la Tierra.....	0°	0'	0"
A la estrella Polar.....	79°	14'	27"
A Sirio.....	103°	45'	2"
A a del Centauro.....	43°	7'	42"

#### DISTANCIAS

A la Tierra.....	53.475.000 kilómetros.
A Venus .....	150.000 ídem.
A a del Centauro.	39 mil billones de íd. (1).

Con errores inferiores al millar de kilómetros."

\*\*\*

El anterior documento, o por mejor decir, la transcripción de él, manuscrita por mademoiselle Thellis en su sueño, obra en poder del autor, o cronista más bien, del viaje extraordinario narrado en este libro.

(1) Ha de advertirse que ésta es la estrella más cercana a la Tierra. Su distancia es igual a 1.312 millones de veces la redondez de nuestro mundo.



Con unos desperezos convulsivos, un *despertadme, estoy cansada*, de la durmiente, y un *despiértese usted* de parte mía, terminó la sesión, que había pasado de la media hora, y en la que de verdad confieso que si la hipnotizada no me había convencido plenamente de su sueño ni de la veracidad de su relato, digo, de la veracidad que en 2187 pueda alcanzar, cuando lo relatado pase de futuro a presente, a lo menos no me había aburrido; es más, me había intrigado, y mucho, la incongruencia de que una muchacha, por muy dormida que estuviera, hablara con aquel desparpajo de astronomía, gravitación, espectroscopia y química.

¿Cómo la urdía, con tal sutura y fácil arte, en el momento, sin tener de antemano ni remota sospecha de cuál pudiera ser la pregunta que yo hubiera de hacerle?...

Y tanto me acuciaba esta duda, y, ¿por qué no decirlo?, tanto me interesaba el terrible peligro en que habíamos dejado a la gallarda María Pepa (yo al menos me forjaba arrogante y guapísima a la valiente aragonesa), que al otro día retorné a casa de la vidente en busca de noticias de la pobre muchacha: tampoco me cabía en la cabeza fuera vieja, ni jamona siquiera. ¿Haría escapado al espantoso fin que presentía, o estaría ya, por hado infausto, convertida en churruscado chicharrón?

¿Qué bobada! ¿Podrá nadie creer que el Sol, el hermoso y benéfico Sol, me pareciera horrendamente odioso todo aquel día? Pues bobada será, pero verdad también.

¿Me habré yo enamorado de María Pepa? —me preguntaba inquieto—. ¿De una María Pepa que andará por el mundo!... ¿Qué por el mundo ni qué andar: que volará por esos cielos dentro de dos centurias y media!

¿Qué atrocidad!

Las anteriores muestras de mis soliloquios de aquella noche y siguiente mañana dan la medida del alarmante desequilibrio de mi ecuanimidad en el momento de presentarme por la tarde a mademoiselle Thellis, que ni palabra recordaba de la historia o el *infundio* de la tarde anterior. Pero como esto me lo decía despierta, no había sino dormiría para que recordara y viera cuanto yo deseaba.

—Pues al sillón—le dije; y en cuanto me afirmó que estaba ya dormida, le pregunté nervioso:

—¿Dónde está María Pepa? Quiero saber si es alta o baja, rubia o morena, esbelta o regordeta... ¿Por qué anda correteando de astro en astro? ¿Por qué la han hecho capitana?... No; lo primero es saber dónde anda ahora. ¿Logró salvarse? ¿Sigue cayendo en el Sol?... ¿Se ha chamuscado al fin?...

—No puedo contestar a tantas cosas.

—Pues bien, lo más urgente es buscarla a ella y a su auto no sé qué... Deben andar hacia Venus o Febo; quiero decir entre Venus y el Sol.

—Entendido, entendido: entre dos fuegos. ¡Ya, ya la veo!...

—¿Viva?

—Viva y en salvo; alegre y brava como la jota de su tierra.

—¡Gracias a Dios!...

Más de cuarenta minutos duró aquella segunda hipnótica sesión, en la cual oí cosas extraordinariamente interesantes: hechos y peripecias tan estupendamente novelesco-científicas, que queriendo apurar hasta lo último la percepción de lo futuro para historiar aventuras auténticas de tiempos venideros, o aprovechar la inagotable fantasía pintoresco-científica de mademoiselle Thellis para inventar una novela en que mundos, estrellas, soles y cometas, alternan, cual reales personajes, con hombres y mujeres, tarde tras tarde, y bien provisto de cuartillas y pluma estilográfica, visité a la adivinadora, que, dormida o despierta, eso lo sabrá ella, charló y charló hasta acabar de referirme, de la cruz a la fecha, cuanto el lector leerá en las siguientes páginas, si con las anteriores no se ha aburrido demasiado.

¿Es esto augurio histórico de lo que pasará de aquí a doscientos sesenta y siete años? ¿Es invención descabellada?... No sé yo quien falle tan intrincada disyuntiva; pero si me preguntan mi opinión recóndita, diré que creo firmemente que en realidad han sucedido: bueno, entiéndaseme, que de seguro acaecerán, en siglos venideros, las aventuras en este libro, relatadas.

A no ser por tal convencimiento, no habría sido tan tonto que en fantasías y embolismos, que solito podía inventarme yo, me gastara el rifón que me gasté, pagando sesiones y sesiones a la discípula de Madame de Thebes, que, viendo mi interés, cargó la mano en la cuenta de honorarios.

\*\*\*

Ha llegado el momento de comenzar la narración; pero antes, y para evitar que algún lector enterado de mi fe de bautismo caiga en la tentación de hacer chacota de mi humilde persona por aquello del enamoramiento de María Pepa, quiero dejar perfectamente sentado que tal debilidad fué no más pesadilla de un día, pues no cabe otra cosa en mis maduros años; pero sirva el ejemplo de escarmiento a los muchachos, para que alerta y prevenidos de tal riesgo lean este libro; pues de antemano les ad-



vierto que la muchacha que en él van a encontrarse es endiabladamente seductora. Ahí queda la advertencia para que los inflamables se acoracen contra las seducciones de

la garrida capitana, que no podrá satisfacer amor que inspire a los que nazcan antes de fines del siglo XXII.

### III

#### UN TESTAMENTO EXTRAVAGANTE

El 31 de diciembre del año de 1918, los cónsules de la República Argentina acreditados en diversos países se personaron en las respectivas Academias de Ciencias de ellos para informar a los presidentes de las mismas de comunicaciones que les pasaba don Pancho Pozas, notario de la ciudad americana de Córdoba.

Sin diferencia de coma, punto ni tilde, decían tales escritos:

"Yo, Pancho Pozas, notario de esta ciudad, donde a 22 de octubre último falleció don Remigio Castrejo, natural de Trujillo, Cáceres (España), y vecino de esta población de Córdoba de América desde 1873, doy fe de que en el testamento de dicho señor existe un codicilo que copiado a la letra dice así:

"Además de las casas, tierras y ganados, valorados en los 66.000.000 de pesetas de que ya he dispuesto, poseo 31.250.000 en títulos de deudas extranjeras. El pico de esta cantidad—el opuléntísimo Castrejo llamaba pico a las 1.125.000 pesetas—se destinará a gastos de viaje a Córdoba, e indemnización de molestias, por él causadas, a los señores Presidentes de las Academias de Ciencias de Madrid, Buenos Aires, New-York, Londres, Berlín, París, Roma, Viena y Tokio, a razón de 125.000 pesetas para cada uno, entregadas en la siguiente forma: 25.000 a su embarco, 50.000 al llegar a Córdoba y 50.000 cuando declaren su conformidad con mi voluntad, sobre el destino e inversión de los treinta millones restantes, declarada en pliego lacrado que será abierto ante ellos a las doce del día en que se cumplan los seis meses de la apertura de este testamento."

Ni mal les parecieron a los eximios sabios, ni a acíbar les supieron los 25.000 duros por barba que del cielo les caían; y a Córdoba llegaron cada uno por su lado. Ni uno faltaba al medio día del 30 de abril de 1919 en el despacho del notario Pozas, que a dicha hora hacía saltar el lacre del misterioso sobre, y calándose las gafas comenzaba la lectura de su extraño contenido, tomado taquígráficamente por intérpretes, pa-

ra conocimiento de los convocados que no conocieran el español.

El documento, disparatado para los aficionados a criticarlo todo, y extravagante cuando menos, comenzaba con una entusiasta profesión de amor a la Ciencia; tanto más de estimar cuanto que, en vida, poquísimos fué el roce que con las ciencias tuvo el opulento indiano que, cincuenta años antes, había llegado al Plata calzando botas que al morir le duraban. Con lo que ya se entiende eran su piel y suela del mismísimo pellejo de quien andando el tiempo fué llamado el sudamericano Rey del Cuero, el Sebo, la Carne y el Tasafo.

Una caída de caballo, seguida de fractura y amputación de una pierna, cuando ya había vencido los setenta, le condenó, allá en el fondo del potrero donde alejado del mundo residía, a inacción para él insólita, que fué engañando con lecturas. Y a leer se dió; pero a leer con preferente ensañamiento obras de Julio Verne y de Wells, semilla en su meollo de estragos del jaez que en él de don Quijote hicieron las de Caballerías, pues el buen extremeño creyó cándidamente que aquéllas eran, no fantasías, sino realidades, o, cuando menos, verosimilitudes ya en sazón de madurez, de la ciencia omnipotente.

De aquí que, preocupado con el *Viaje a la Luna*, la *Guerra de los Mundos* y alguna otra aventura de este mismo linaje astronómico, se creyera en el caso de ayudar con su fortuna a la realización de extra-terrestres viajes planetarios: no ya a la Luna, que está, como quien dice, a la puerta de casa; no al vulgar Marte, cuya geografía conocemos tan de carrerilla que ya hemos puesto nombres en sus mapas, sino hasta el obeso y rutilante Júpiter, hasta Saturno y su poético y misterioso anillo. ¿Y por qué no, con tiempo, ciencia y dinero—en esto se revelaba el antiguo hombre práctico—franquear los límites del sistema solar y curiosar en Sirius y en Arcturus y en otras y otras estrellas?...

Pero demos ya tregua a las delirantes divagaciones del difunto Castrejo, y vengamos



a los concretos fines de su legado con cuyo capital y rentas habrían de costearse los gastos de estudio y realización de expediciones siderales entre Saturno y Venus, cuando menos. Pero bien entendido, que serían de ida y vuelta, para informar, al regreso, a los humanos de cuanto fuera visto y aprendido en los mundos visitados, donde sería obligatorio el desembarco y la pesquisa de noticias indudablemente interesantes para los inquilinos de este planeta sublunar.

De los treinta millones del legado destinábanse cinco a fundar un INSTITUTO INTERNACIONAL DE VIAJES PLANETARIOS; un millón, y sus rentas acumuladas, formarían el premio del inventor del vehículo adecuado a tales viajes, cuando, andando los años, surgiera tal Colón de lejanos planetas; otro millón en lotes de 250.000 pesetas, igualmente con acumulación de rentas, constituirían otros cuatro premios, reservados a quienes resolvieran problemas referentes a sistemas respiratorios, alimenticios, de observación extraterrestre, etcétera, etc., esenciales para la vida y la comodidad de los expedicionarios unos, y para los altos fines de la Ciencia, otros.

Mientras todo esto se inventara, tres millones constituirían el huevo que, empollado por el *interés compuesto*—personaje muy importante en este prólogo del viaje—, incubaría los cuantiosos recursos necesarios para fabricación y equipo del aparato, todavía ignoto, de planetaria locomoción donde se hubiera de efectuar el viaje.

Por último, las rentas de los restantes veinte millones, quedaban aplicadas a los gastos de dirección y experimentación científica del INSTITUTO DE VIAJES PLANETARIOS.

Que, a pesar de su científica *guillardura*, no era Castrejo tan ignorante en todo como en ciencias, lo demuestra el siguiente pintoresco párrafo de su testamento:

"Si alguno piensa que dos y tres millones para premios y viajes son poco en comparación con los veinticinco que se mama el Instituto, será porque no vea más allá de sus narices; pues éstos van a empezar a gastarse mañana mismo, como quien dice, mientras los premios no se pagarán hasta que vayan saltando sabios que los ganen; y del coche del viaje no hay que hablar hasta después que salten todos. Y en esto está el busilis, porque ahora mismo apuesto a que por mucha prisa que se den los sabios a sacarse de la cabeza inventos, todavía más de prisa va el INTERES COMPUESTO a sacar plata y oro a montones de esos dos huevecillos de dos y tres milloncetes.

"Ciencia de ciencias tengo poca yo; pero

de estos trajines de sacar pesos, y libras esterlinas, estrujando pesetas, entiendo una miajita, y si no, que lo digan los 97 millones de mi testamento, salidos de los doce pesos de salario mensual, que eran todas mis rentas cuando de mozo entré en este mismo potrero. Y porque entiendo digo a los tontos que van a entusiasmarse con los treinta millones que a la Ciencia dejo, que son de capirote si no ven que no es ese mi gran regalo a esa señora, y que más debe agradecerme el haberla metido en sociedad con el muy poderoso don Interés Compuesto. ¿No lo ven esos tontos?... Ya lo verán sus nietos."

Los presidentes actuales y futuros de las nueve Academias convocadas eran instituidos ejecutores testamentarios y miembros del Consejo Técnico Administrativo del que en el mundo iba a ser pronto celeberrimo Instituto, que sería erigido, según voluntad del testador, en terrenos del término de su pueblo natal.

Finalmente, una cláusula declaraba que, de aplicarse todo o parte del legado a distintos fines de los de su institución, revertirían el capital y las rentas ganadas a los parientes de Castrejo, herederos de la otra parte de su fortuna. Un Comité por ellos nombrado debería curiosear cada diez años si el Consejo y las Academias cumplían las voluntades del difunto.

Por unos días, eso que todo el mundo llama Todo el Mundo habló en el mundo todo del legado. Se hicieron comentarios, chistes, caricaturas. Pusieron unos a Castrejo en los cuernos de la luna, echóle encima un periodista cursi, a Castrejo, se entiende, no a la luna, el mote de Póstumo Mecnas de la Futura Ciencia; pero pasados los primeros hervores de la curiosidad y el entusiasmo, únicamente en Academias y Revistas seguían preocupados con el ambicioso y atrevido proyecto hombres de ciencia, afanosos de ganar los premios, y trujillanos afanados en erigir la ineludible estatua en la plaza del pueblo a aquel preclaro hijo de Trujillo, de quien nadie en Trujillo se acordaba días antes, y que ahora se encumbraba al pináculo de mundial, más aún, *jultrate-restre* y planetario renombre!

Memoria quedará de la ídem—quiere decir de la memoria—que con el título "Nuestro futuro Imperio Planetario" leyó el maestro de la escuela municipal número 2, en la recién fundada sociedad "Los Trujillanos Propulsores del Progreso Científico". Memoria quedará de su vibrante apóstrofe cuando, encarándose con los planetas, dijo:... "Queráis o no, un trujillano rasga el velo de



vuestros secretos milenarios, y en los niveles polos del orgulloso Júpiter y en el profético ecuador de la graciosa Venus, esculpirán los trujillanos los cuarteles de su escudo natal, cual marca de vasallaje impuesto a los planetas conquistados."

Y no hay que fundar críticas en lo de la nieve de Júpiter, ni en lo del cinturón, que siendo ecuatorial debía ser faja, de Venus, porque de antaño han sido siempre tolerados ripios como éstos en tribunicios desahogos.

## IV

### HISTORIA BREVE, O GALOPANTE EPÍTOME, DE 265 AÑOS

Se ha dicho antes que, al cabo de unos días, sabios y trujillanos, nada más, hablaban de Castrejo. Y no era así, pues igualmente se acordaban de él sus heredados deudos, a quienes sesenta y seis millones percibidos no consolaban de los treinta y uno escapados. Y también cavilaba en lo mismo el notario don Pancho y unos cuantos curiales. Hacíasele a aquél agua la boca, y les crecían a éstos los dientes, pensando que entre uñas de un leguleyo listo podía la clausula de la intervención del legado ser la semilla de donde saliera, andando el tiempo, ubérrima cosecha de fructíferos litigios.

Pero a don Pancho le ocurrió que no estaría demás empujar algo al tiempo; y de tal modo lo empujaron entre él, el escribano Mañas y el juez Uñas, empujando también a los codiciosos herederos, que a los quince días de otorgada, por los nueve académicos, conformidad al testamento de Castrejo, nacía a curialesca vida el pleito más extraordinario que Tribunales vieron, fundado por los demandantes en notoria chochez del testador.

Que ganaran los deudos de Castrejo o ganara la Ciencia, poco importaba a quienes ello movieron, porque don Pancho fué nombrado administrador judicial de los treinta y un millones en litigio, que era lo que él buscaba, y los curiales ya tenían su pleito, un hermoso pleito en donde peleaban treinta y un millones contra sesenta y seis.

¡Cuarenta y cinco años duró!

Verdad que se trataba de un inusitado caso jurídico, donde había que probar cosas de muy difícil prueba: los herederos, la imbecilidad de un muerto que de vivo se pasaba de listo; los académicos, el buen seso de quien daba al morir indicios muy vehementes de no estar en sus cabales; los demandantes, que el legado era absurdo, y, *per se*, nulo en derecho, por destinarse a empresa prácticamente imposible, alegación que debía fundarse en concluyente demostración científica, no sencilla de dar, de imposibilidad no actual, sino absoluta, en cual-

quier tiempo venidero, de realizar viajes de ida y vuelta al anillo de Saturno; los sabios demandados necesitaban, a la inversa, probar, y tampoco atinaban con la prueba, que tales viajes podrían llegar a ser científicamente posibles.

Y vengan informes, y vayan alegatos, y salten pedimentos, y recaigan dictámenes. Y dé usted voz en los debates a la Mecánica y a la Astronomía, y vela en el entierro a la Física y a la Electricidad; y hoy declare la Química, y mañana careo de don Magnetismo con doña Espectroscopia.

Un abogado retuerce los dictámenes de Newton y Laplace; Faraday atestigua lo que Hertz niega, y Madame Curie no logra entenderse con Lord Kelvin.

Y por si aun fuera poco lío la disconformidad de testigos de tal fuste, en montón comparece en estrados una caterva de rayos y rayitos: X, catódicos, alfa, Lenard, ultravioleta, qué sé yo cuántos más, hijos de las ilustres señoritas doña Electricidad y doña Radiación Moderna, pero sin padres conocidos. En suma, una porción de rayos que, en lugar de alumbrar, marean y deslumbran a los señores magistrados.

No es extraño que el pleito durara cuarenta y cinco años, alcanzando los autos 65.357 folios. Por supuesto, sin llegar a sentencia; pues si el litigio tuvo fin no fué por virtud de jurídico fallo, sino por transacción urdida por el procurador Travieso, que vió una mina en el papel de mediador. Véase por qué:

Lo que en aquellos cuarenta y cinco años habían realmente producido los treinta millones disputados sólo lo saben las manos puercas de don Pancho, y las puerquísimas de su señor hijo, que sucesivamente desempeñaron la administración; pero lo positivo era que, a despecho de mermas y rapiñas, el interés de 6 por 100, pequeño en la Argentina, que los administradores confesaban habían rendido el capital y sus acumuladas rentas, convirtieron en 341 y pico de millones los 30 del comienzo del pleito.



¡No puede ser!... Pues quien tal diga, coja una tabla de logaritmos, aplique la conocida formulita al caso, y se convencerá de que estas son habas contadas. Y si la fórmula le estorba, o se marea entre mantisas logarítmicas, a su disposición se pone galantemente el autor para aclararle ese misterio matemático. Pero no aquí, pues duda del placer que tal explicación produciría a los demás lectores.

Por efecto de los convenios de la transacción, los 341 millones se repartieron así:

A la Ciencia.....	60
A los deudos de Castrojo.....	60
Para el mediador, abogados, escribanos, procuradores, etc., etc. ....	221

\* \* \*

En el último año de gracia de 1964, último del pleito, se cimentó en las inmediaciones de Trujillo la primera piedra del INSTITUTO DE VIAJES PLANETARIOS, en memorable ceremonia internacional, a la cual concurrieron los más selectos sabios del mundo entero. En 1968 sentábase la última teja de dicho Instituto, cuya fábrica, gabinetes y laboratorios habían costado diez millones corridos. Recuérdese que la duración del pleito había duplicado la parte del legado de Castrojo que de la transacción sacó la Ciencia.

Las rentas de cuarenta millones quedaron asignadas al sostenimiento y gastos de constante experimentación del científico centro, que desde aquel punto y hora comenzó a convocar concursos deceno-anales sobre los diversos problemas de que el lector se enterará en seguida.

No fué breve ni fácil la adjudicación de los premios, pues los concursos se declararon desiertos en todos los temas hasta que en el del año 1994 se otorgó el primero a los Métodos Respiratorios en el autoplanoide y en las atmósferas planetarias, posiblemente venenosas o incandescentes.

Las 500.000 pesetas del premio inicial habíanse convertido, en treinta años de interés compuesto, en 1.621.700, que recibió Mister Haig, farmacéutico de Sandgate—los alemanes se mesaban los pelos de coraje por ser el agraciado inglés—, y en seguida traspasó la farmacia.

Hasta 2014 no se volvió a otorgar premio ninguno, cupiendo entonces el honor del triunfo en el problema de garantizar a los viajeros temperatura soportable y constante en el vehículo, todavía ignoto, y en diversos planetas cálidos y fríos, a Herr Kumpf, sapientísimo profesor de la Universidad de

Postdam. Y los sabios ingleses se royeron las uñas al ver a un alemán llevarse pesetas 3.553.427. No hay que olvidar los cincuenta años de acumulación.

Los jurados repartieron 100.000 pesetas de dietas por cabeza.

Tercer premio, año 2064, a Mademoiselle Leblonde—*et jolice par dessus le marché*—, auxiliar del observatorio de Tarascón (Provenza), por sus aparatos y métodos de observación astronómica durante el viaje planetario. Esta guapísima astrónoma, que, no obstante sus méritos científicos y naturales encantos de PP y doble V, era soltera a los veintiocho años, contrajo a los dos meses matrimonio, y en dicho plazo rechazó veintitrés pretendientes.

Cuarto premio, ¡163.807.000! Concedido en 2094 a un plan de alimentación integral verdaderamente notabilísimo por suprimir—de aquí su nombre de integral—determinadas y hasta entonces ineludibles consecuencias de todos los conocidos sistemas alimenticios, evidentemente desagradables y aun nocivas, en espacios herméticamente cerrados, como verosíblemente sería el futuro autoplanetoide. Su autor era el ilustre Chin-Chu-Fo, director del Hospital de Manila, donde hacía muchos, muchos años, se habían instalado los hijos del Sol Naciente, sonriendo con los labios, pero enseñando al sonreír los dientes a los sobrinos del Tío Sam.

Ya no quedaba por adjudicar sino el gran premio a la forma, trazado, propulsión y pilotaje de aparato adecuado a la planetaria expedición.

Sucesiva e insistentemente se convocaba concurso tras concurso; y, salvo algún que otro accésit concedido, todos se declaraban desiertos.

¡Noventa años pasaron desde la concesión del cuarto premio al otorgamiento del quinto y más interesante de todos, hasta que en 2184 se presentó satisfactoria solución al tema!

Entre tanto, los dos millonajes, para él apartados en 1964, habían engordado por acumulación de rentas hasta la cantidad de 11.178 millonazos, y los jurados repartieron a 400.000 pesetas.

Por último, los seis millones que al transigir el pleito se vincularon, con sus intereses, en la fabricación, cuando llegara el caso, del automotor planetario, habían parido hijos e hijas, nietos, biznietos y tataranietos, formando dilatada familia compuesta de 33.534 individuos, o seáse millones.

¿Cómo? ¿33.534 millones? Sí, ni uno menos; pues tal tesoro era lógica matemática



y precisa consecuencia de aquel cuatro por ciento no gastado.

Bien claro se vió entonces la perspicacia singular con que Castrejo dijo que no eran los millones, sino el sin igual socio don Interés Compuesto que a la Ciencia le daba, lo que constituía su gran regalo a esta señora.

¡Y pensar que durante cuarenta y cinco años discutieron abogados y jueces si estaba chocho o no quien tan largo cazaba: el hombre que había vaticinado que en aquel

match científico-económico parirían sus millones mucho más que la Ciencia!

El lector criticón—especie que no es rara—de algo ha de murmurar, y bien seguro estoy de que ya alguno me moteja de distraído por haberme callado nombre, patria y noticias del inventor que se llevaba los once mil y pico de millones.

He acertado, ¿verdad? Pues vuelva la hoja, y en el capítulo siguiente verá salvada la omisión.

## V

### MARIA PEPA Y EL ASTRO QUE SACÓ DE SU CABEZA

Veinticuatro años, pelo negro, ojos al pelo, aventajada talla, esbelto porte, gracia en la boca, luz en la mirada, todo esto que no suelen reunir muchas mujeres, y no he encontrado yo en ninguna sabia, tenía María Pepa Bureba cuando ganó el Gran Premio de la Aviación Sideral, que esperándola estuvo años y siglos, hasta que, viéndola llegar, se fué tras de ella.

Se explica, ya lo creo: lo mismo haría cualquiera.

En el propio rifón de la tierra aragonesa, en el zaragozano Coso, y de una estirpe en la que no eran novedad valientes hembras, nació la baturra heroína de esta epopeya ultramundial, que, además de heroína por sus arrestos y proezas, era física ilustre, eminente mecánica, química sapientísima, sobresaliente, en suma, en cuantas intrincadas y enrevesadas ciencias había de tener en las puntas de los dedos para inventar a los veinticuatro años lo que inventado ser no pudo en el montón de siglos que sumaban las edades de cuantos sabios vivieron en el mundo desde 1918 a 2184. ¡Si sería lista la muchacha!

De su talento y ciencia atestiguaba su revolucionario invento, de otras externas prendas daban fe innumerables revoluciones levantadas en masculinos corazones.

Reparando en que de los cinco premios por el Instituto concedidos habían caído uno sobre los blondos rizos de la bella Leblond y otro sobre las negras crenchas de la hermosísima María Pepa, pudiera la malicia recelar de la rectitud de los jurados, achacando ambos triunfos, no a méritos de las invenciones, sino a los atractivos de las guapas muchachas; mas con decir que el jurado de 2064 no conoció a la primera sino por su letra, y el de 2184 creyó otorgar el

premio a una anciana respetable, según pronto ha de verse, basta para atajar los juicios temerarios.

Téngase en cuenta que a fines del siglo xx el feminismo había ya impuesto al mundo la máxima siguiente: LA MUJER SIRVE PARA CUANTO EL HOMBRE SERVIR PUEDA, Y LA RECÍPROCA NO ES CIERTA.

Este aforismo, discutible en su primera afirmación, pero cuyo segundo inciso es evidente, informaba la vida familiar, social y política, industrial y científica, y hasta la militar, en todo lo externo, aun cuando en el orden afectivo todavía opinaban las mujeres que eran mucho más útiles los hombres, y éstos las tenían a ellas por infinitamente más apetecibles. Ca; no daba lo mismo.

¿Cómo aprendiera María Pepa tantas cosas en tan pocos años? ¿Cómo cupieran en su cabeza seductora montones y montones de ciencia valiosísima, pero indigesta y seca? Cómo las arideces de ésta no empañaban la mirada franca, ni marchitaban la fresca, alegre y femenil fragancia que de ella trascendía, son interesantísimos problemas a esclarecer por concienzudos biógrafos y biólogos, pero en los cuales no puede nuestra historia detenerse, por no importar en ella el cómo la ilustre aragonesa se hizo sabia sin dejar de ser guapa, bastando con saber que ni en sabiduría ni en belleza podía nadie podiarle la palma?

Ha llegado la hora de las científicas explicaciones. Y no se alarme nadie, que aquí explicamos los más hondos inventos con poquísima ciencia.

Sin arredrarle la faena, se echó al colete María Pepa, para empezar la suya, cuantos proyectos de autoplanetoides se habían pre-



entado en doscientos veinte años al Instituto Planetario.

Nadie quería saber la multitud de formas alambicadas, extravagantes, caprichosas, ridículas no pocas, que legiones de fracasados proyectistas habían ideado para el explorador estelar. Las menos absurdas recordaban los trazados del submarino, el proyectil, el aeroplano, el zepelín; siendo partes esenciales, aun cuando más o menos disimuladas en todos los proyectos, la *proa* o cabeza del aparato, y en casi todos el *timón*.

—“¿Proa?... ¿Para qué?—decía María Pepa en el prólogo de la memoria de su invento—. ¿Qué olas tenemos que romper para abrirnos camino en el vacío? ¿Qué aire habremos de hender donde no existe aire ni materia alguna?... Inconcebible parece que sabios e ingenieros no hayan visto hasta ahora la inutilidad de una proa que no hallará resistencias que vencer en el viaje a los planetas a través y en el seno del incorpóreo, ingravido y misterioso ETER que llena la inmensidad del COSMOS.

“¿Timón? ¿Dónde encontrar, en ese éter, en antiguas y bárbaras edades llamado VACÍO SIDERAL, agua, aire, ni ningún otro agente que en el timón actúe, determinando con su empuje la virada?... Pues siendo así, y que así es no cabe duda, el timón y la proa son igualmente absurdos para hender el espacio, desde el cual vista no es esta Tierra un mundo, sino un menudo y raquítico astroje en la incontable pléyades de gigantescos astros.

“¿Virar?... La virada es amplio y curvo rodeo, tiempo y espacio malgastados en el rumbo inicial y en el definitivo: fuerza malbaratada. Ni el hombre, ni el caballo, ni el pez viran, sino que giran o *se vuelven* para cambiar la dirección del movimiento. Solamente algunos torpes organismos, zoológicos o mecánicos, como el gusano, el cocodrilo, la nave y el aeroplano, viran. Y como mi autoplanetoide no puede ni debe ser un organismo inferior, ha de surcar el éter sin proa que desgarré sus angustas entrañas, ha de volverse sin viradas; y sin timón grosero, sin pérdidas de fuerza ni de tiempo, variará de rumbo instantáneamente en el lugar y en el momento en que su comandante se lo ordene: todo mediante sencillísimo y racional procedimiento, más adelante explicado al tratar del agente propulsor de mi aparato.”

Descartaba luego la memoria la forma de proyectil para vehículo del viaje planetario, porque ésta, ya utilizada en el que a la Luna realizaron Miguel Ardan y consortes, y describió Julio Verne, no servía sino para viajes de ida, por la probable falta en los pla-

netas de cañones apropiados para los de retorno: ya que la vuelta de aquellos célebres exploradores a la Tierra fué debida a fortuito accidente, del que salieron bien por un milagro. De otra parte, la exploración a que ahora se aspiraba era más complicada y ofrecía mucho mayores dificultades que una escapadilla a la cercana Luna, verdadero juego si se la comparaba con la circum-interno-planetaria exploración exigida en el testamento del inclito Castrejo. Y no podía olvidarse que la de los julivernianos no pasó de fracasada tentativa, pues no llegaron a poner sus pies en nuestro satélite, mientras que la inventora del autoplanetoide no admitía que a ella le hablara nadie de fracaso.

Era preciso elegir otra forma. Al optar por la más conveniente para su artefacto, admirábase la Bureba II (1) de que todos los sabios, pero frustrados proyectistas, que la habían precedido, hubieranse empeñado en idear nuevas formas—¡y qué formas se les ocurrían!—que no había que inventar, por estar ya inventada la única conveniente, la cual no sabían ver porque, olvidando su aspiración de cernearse en los cielos, no miraban sino a los imperfectos ingenios de locomoción, mal pergeñados por la industria humana, que en la tierra rastrean, que en el mar bregan con olas y chocan con escollos, que en lo alto de las nubes son briznas leves entre huracanes zozobrantés.

Acerca de este empeño de buscar nuevos tipos y formas, decía María Pepa: “Es imposible que ninguno de esos sabios haya jamás levantado los ojos de la tierra para mirar al cielo, porque de alzarlos lo habrían visto poblado de mundos y de soles que en el éter bogan, y habrían comprendido cuán puerilmente absurdo era torturarse la mente para inventar lo que al crear los astros y lanzarlos desde la Nada a la Creación, había inventado la Suprema Mente.

“Porque ¿qué habrá de ser forzosamente el autoplanetoide desde el instante en que, venciendo la tendencia a caer en la Tierra, rompa las amarras de la gravedad y a los espacios se lance? La respuesta es sencilla y evidente: un astro, nada más; un astro nuevo en las inmensidades estelares. Pequeño, es cierto; por eso se le llama planetoide; extraño, más todavía, extrañísimo, porque sus movimientos, discrepantes de los de sus congéneres planetas, perennemente encarrilados en órbitas fijas, recorridas a impulsos de la gravitación solar, no habrán de obedecer a tiránicos impulsos exteriores, sino

(1) Es sabido que la Bureba I floreció en el heroico Sitio que Zaragoza sostuvo contra las huestes de Napoleón I a principios del siglo XIX.



a fuerzas y voluntad internas—de aquí el prefijo auto—, las cuales le darán poder y libertad de acercarse al rey o a los vasallos del sistema solar o de alejarse de ellos; aptitudes que le permitirán descender a los ignotos planetarios orbes, reconocerlos, estudiarlos y levantar de nuevo el vuelo.”

Un planteo claro y sencillo es lo más esencial y más difícil en todo problema. Ella, ya supondrá el lector de quién hablamos, no había inventado la forma del autoplanetoide, por estar ya inventada, y, aunque según va a verse pronto, era inventora genial de otra porción de cosas, su mayor mérito no estaba en tales invenciones, sino en haber atinado en el planteo de la cuestión fundamental del viaje, reduciéndolo a los siguientes sencillísimos términos:

“Estribando el problema en fabricar un astro, y siendo todos los astros esféricos, nadie, a no ser insensato, pretenderá enmendar la plana al Supremo Artífice que fabricó los astros: luego forzosamente debe ser esférico el autoplanetoide. Consecuencia importante que reduce todas las ponderadas dificultades de forma y construcción, a la facilísima tarea de fabricar una bola: nada más que una bola.”

—Qué cosa más sencilla!—dijo el secretario del jurado, que en alta voz leía a sus compañeros el párrafo transcrito—. Con hacer una bola está todo resuelto... ¡Parese mentira que en dar con ello se haya tardado doscientos años!

—Y es evidente—agregó el segundo jurado.

—El huevo de Colón—corroboró el tercero.

—Voy sospechando que, a ser como esto lo que por leer nos falta, tenemos de esta hecha viaje planetario.

—Y el proyecto es de una señora. ¿Cómo se llama?

—Doña María Pepa Bureba.

—Pues es extraño; no me suena ese nombre, que indudablemente ha de ser el de una insigne matemática y astronoma ya acreditada por anteriores publicaciones en libros y revistas.

—Seguramente: esa metódica exposición y la diafanidad del raciocinio revelan un caudal de conocimientos y experiencia que sólo posee una persona encanecida en el estudio.

Como se ve, no sospechaban los jurados la sorpresa ni las emociones de que iban a ser víctimas al conocer a la incógnita dama encanecida en el estudio.

—Y es indudable: en cuanto tengamos la bola y la echamos a rodar por esos espacios de Dios, habremos enriquecido el Universo con un nuevo astro.

—¡Un astro que no será más que una bola!

—Como todos los astros. De eso no hay que asombrarse.

—De eso, no; pero sí de que ese astro sea el nuestro, si envanesernos de que sea nuestra bola.

—Lo que es el no fijarse en las cosas. Ahora recuerdo que, mirando hace años al nieto de mi hermana jugar a la pelota, vi que ésta se le fué al otro lado de la tapia del jardín, y que al ir a buscar no la encontraron.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Van ustedes a verlo. La seguí con la vista hasta que desapareció, y ahora veo claro que, a ocurrírseme entonces prolongar *in mente* el movimiento de la pelota hasta hacerla escapar a la atracción de la gravedad, habría yo visto el nuevo astro antes que esa señora María Pepa, y habría ganado el premio.

—Con la pelota del nieto—repuso cáusticamente otro jurado—. Pues mire usted, yo se lo habría otorgado a la pelota, o, cuando más, al chico.

—¡Caballero!...

—Calma, señores, calma—interrumpió el tercero—. Vean que eso no basta para ganar el premio; pues suponiendo ya la pelota en los espacios siderales, no pasaría de ser en ellos minúsculo planeta de la primera estrella, o diminuto satélite del primer mundo a cuya esfera de atracción llegara, y en torno de una u otro voltearía esclavizada.

—Es verdad.

—Y como doña María Pepa nos ofrece, no un satélite ni un planeta cualquiera siervo de su órbita sino mucho más: algo maravilloso, un astro autónomo, un autoastro dueño de su libre albedrío, la cosa bien merece que, en vez de perder tiempo en peletearnos con burletas y pullas, continuemos leyendo para ver si esa dama realiza la promesa.



## VI

LA PROMETEA DEL SIGLO XXII  
Y EL RESCOLD DE UN HISTÓRICO ODIO MEDIOEVAL

Pensando un día en la velocidad con que el Sol corre hacia la estrella Vega de la constelación La Lira (1), se preguntaba María Pepa: ¿Por qué se moverá?

Para el planeta que en torno de él voltea, la cosa es clara: el planeta es la piedra que, atada al extremo de una cuerda, da vueltas y más vueltas—en torno de la mano que sujeta la cuerda—tan pronto recibe dicha piedra un impulso adecuado. En los espacios estelares, el Sol hace de mano, la cuerda es la atracción solar que tira del planeta, y el impulso inicial, engendrador de las carreras del planeta en su órbita, lo dió el Creador.

En Mecánica dicen que esto es el resultado de la combinación de una fuerza centrípeta y otra centrífuga. Suprimida la primera, el planeta correría en línea recta. Dios sabe adónde, alejándose del Sol, al solo empuje de la segunda; si ésta faltara, la primera lo haría caer en el Sol.

Pero éste, que no es piedra, sino mano, o, expresado menos groseramente, centro de atracción en el sistema planetario, ¿por qué se mueve?... ¿Por qué lo hace, al parecer, en línea recta?... ¿Por qué?... ¿Por qué?... —se emperraba en preguntarse María Pepa, que, cual aragonesa, era bastante terca.

¡Vaya una preguntita y vaya unas honduras de Mecánica celeste para una chica de diez y nueve abriles! No más tenía entonces la futura capitana, a quien doble curiosidad, de mujer y de sabia, aguijoneaba en sus pesquisas.

—Si yo lo adivinara—se decía—, habría dado con la fuerza que necesita mi autoplanetoide para ir y venir donde le venga, o me venga a mí en gana.

Y a adivinar se puso, resultando que en

cinco años de cavilaciones o intuiciones, al cabo adivinó, y ya fué adivinar, que el Sol se mueve lo mismo, y por lo mismo, que un cohete, en que el cerrado extremo del canuto de la carga opone resistencia a la expansión de los gases desarrollados en la explosión de aquélla, mientras ninguna encuentran tales gases en la parte abierta del cartucho. De aquí el empuje de la explosión en la cabeza del cohete, que, libre para moverse, asciende por los aires en virtud de fenómeno análogo al retroceso de las armas de fuego. Su aplicación, convenientemente modificada por no haber aire ni rozamientos que vencer en los espacios estelares, dió la respuesta a la curiosidad de María Pepa, con los siguientes inevitables circunloquios.

Conocido de tiempo inmemorial es el hermoso espectáculo de las auroras polares, cuya causa, según sabios afirman, es el incendio que en las altas regiones de la atmósfera produce la llegada a ellas de millones de millones de millones de inconcebiblemente diminutas partículas de electricidad negativa, constituyendo andanadas o ráfagas de proyectiles con que el Sol bombardea a la Tierra, y es de creer bombardee a otros planetas.

Estos proyectiles, disparados con velocidades cercanas a 300.000.000 de metros por segundo, no son sino los célebres *electrones* de que tanto se habló a principios del siglo xx. Su salida del Sol ha de ser resultado de explosiones, llamémoslas así, cuya fuerza de retroceso producirá en tal astro, según deducción lógica de la sabia aragonesa, efecto semejante al que la ignición de su carga produce en el cohete. El Sol ha de salir, pues, disparado en opuesto sentido. Claro es que si el total número de explosiones se repartiera uniforme y regularmente alrededor de la superficie solar, el empuje de cada una de ellas se contrarrestaría con el ejercido por la explosión antípoda en sentido contrario; pero la marcha del Sol hacia La Lira prueba, de incontestable modo, que en la región de aquél, opuesta a tal constelación, hay un exceso de estallidos y de lanzamientos de electrones, cuyas fuerzas de retroceso, no contrariadas por ninguna, son las disparadoras de ese cohete cósmico, si se

(1) El Sol, con todos sus planetas, que, claro está, no pueden quedarse detrás de él, corre con velocidad de 18 a 20 kilómetros por segundo, no exactamente hacia la estrella Vega de la Lira, sino en dirección a punto cercano a ella; y aun cuando tal velocidad parezca grande, es, sin embargo, pequeñísima en la extensión del Universo, pues tardará con ella el Sol en llegar a las inmediaciones de la estrella de 4.500 a 5.000 siglos. Suponiendo que Vega tenga la paciencia de esperarle quieta en donde está hoy, lo cual es mucho esperar.



permite tal metáfora, en dirección a la constelación citada (1).

—Esto es verdaderamente genial—dijo Ripoll entusiasmado—. Y a la verdad, me enorgullese que sea mi compatriota esta sapientísima señora que tan alto vuela.

Ripoll era el secretario. Los otros jurados, Hauptft y Fognino, nombres que por sí solos bastan a declarar las respectivas nacionalidades.

—Y tan alto, que ya ha llegado al Sol.

—¿Pero adónde nos lleva por tal rumbo?

—Por mi parte, no tengo el menor interés en ir, si allá va ella, hasta La Lira; aunque italiano, carezco de vocaciones filarmónicas—respondió Fognino, siendo él el único que rió el chistecito.

—Por los indicios, yo sospecho que la autora no se contenta ya con que su bola sea un mísero planeta, y tiene la ambición de fabricar nada menos que un sol.

—¡Un sol!

—Bueno, un solecito. Pero, aun así, me parece arriesgada la pretensión, y mucho temo que, con su ciencia, que muy gustoso reconozco resulte al cabo peligrosa la extraordinaria originalidad de esta dama.

—Pero, amigo Hauptft, ¿es que tiene usted algo que oponer a los incontestables fundamentos de esa genial teoría del cohete solar?

—Nada; Ripoll. Reconozco la solidez del raciocinio, y ni en un ápice discrepo de las conclusiones astrónomo-explosivas de la señora Bureba; pero lo que me alarma es su propósito, que ya voy sospechando, de capturar esas fuerzas solares para mover su planetoide.

—Y yo les digo a ustedes—interrumpió Fognino, como buen italiano, aficionado a la mitología—que si doña María Pepa no tiene para su carruaje otros caballos que los que desenganche del carro de Febo, va para largo el viaje planetario.

—Tal lenguaje parece revelar en el señor jurado una animosa prevensión contra la

concurante. ¡No le parese, Hauptft, que esas bromitas mitológicas de nuestro colega...?

—No, Ripoll, no; eso es pura broma de Fognino. En cuanto a mí, no es el principio científico, sino su aplicación, lo que me inquieta.

—Ahí duele, ahí—insistió el italiano—. En el problema mecánico es donde aguardo a esa señora.

—Como que siempre ha sido usted antifeminista.

—Calle, calle, Ripoll, y continúe la lectura—dijo Hauptft.

\* \* \*

“Repartiendo convenientemente en la superficie de mi autoplanetoide cargas, no diré iguales ni análogas, pero sí productoras de los mismos efectos observados en las del Sol, es decir, que disparen electrones, y, sobre todo, que determinen poderosas sacudidas vibratorias que en el éter de los espacios estelares (1) encuentren menor oposición a propagarse que la casi absoluta a ellas opuesta por las paredes del vehículo en que marchan...”

—Anda, anda, ¿no lo dije? Fantasía, fantasía... Ya se está viendo la respetabilísima señora arreando los caballos del Sol. ¡Ja, ja, ja!

—¡Pero, Fognino!... Yo creo que la cosa no es para tanto reír—dijo Hauptft lanzándole desdenosa y severa mirada.

—Déjele usted que se desahogue. Desde que vió que sin necesidad de pelota ni nieto ha visto esta dama lo que él, teniéndolo delante de las mismas narices, no supo ver en el astro, digo en la pelota del de su hermana, está nervioso con mi ilustrísima, sí, señor, ilustrísima compatriota.

—¡Señor Ripoll! Ese tono, esas palabras...

—Yo soy muy claro, signor Fognino. En Barcelona no nos mordemos la lengua. ¿Y sabe lo que tengo que desirle? Que lo que tiene usted es envidia.

—¡Por Dios, por Dios!...

—¡Envidia! ¡Envidia!... ¡Yo!... ¡Un hombre a quien la ciencia debe... ¡Per Baco!... ¡Envidia!... ¡No será usted capaz de repetirlo!...

—¡Volverse atrás un almogávar frente a un sisiliano! Porque yo soy de rasa de almogávares. ¡Sépalo usted!... Y si ignora, que

(1) En novelas, aun siendo de esta índole, no caben científicas honduras; mas, sin embargo, en previsión de pedantescas críticas, quede aquí la advertencia de que las mencionadas explosiones solares no son comparables a las groseras luchas de bestiales choques de materia contra materia, características del empuje de los explosivos corrientes, sino a inmateriales, pero efectivas resistencias que en el éter encuentran etéreas vibraciones engendradas, más que por vulgares explosivos, por radioactivas ultrapotentes radiaciones. No son fuerzas nacidas de presiones de moléculas contra moléculas materiales, sino reacciones entre las incorpóreas fuerzas madres que engendan y deshacen y nuevamente reconstruyen la materia.

(1) Estas sacudidas resultaban de la acción de rayos X, gama, pi y omicrón, de los cuales eran los dos últimos desconocidos de los físicos del siglo xx, si bien pertenecían a la misma familia de los nacidos en los tubos X y en el radio, que, aunque imperfectamente, fueron ya estudiados en la vigésima centuria.



puede ser, lo que es un almogávar, vaya y pregunte a sus paisanos.

—Amigos míos, ¡por Dios! No despierten ahora al cabo de los siglos esos dormidos odios nacionales.

—Ya lo creo que lo sé—gritó Fognino—: unos salvajes, unos opresores, que lo mismo descoronaban reyes que desdoncellaban princesas... Pero si resucitan, ya sabremos darles unas buenas Visperas Sicilianas.

—No a traisión como a los pobresitos franceses—rugió Ripoll blandiendo una retorta, ante cuya actitud amenguaron los bríos de Fognino.

Gracias a esto y a la influencia que Hauptf tenía sobre sus compañeros, no acabó en golpes aquella discusión científica; pero en el fondo quedaron resquemores y rescoldos, que quiera Dios no se encandilen nuevamente.

Conjurada la explosión, siguió Ripoll leyendo la memoria por el siguiente párrafo:

“La cosa es clara: estalla una carga, y la vibración de ella corre en el éter, como en el aire la presión de los gases de la inflamada pólvora al salir por el extremo abierto del cohete; y de igual modo que esta presión empuja al cohete por el opuesto lado, donde los gases no encontraron salida, la vibración etérea, que halla su camino cerrado hacia el lado de nuestro planeta, convierte a éste en otro cohete, sólo que planetario.”

La exactitud de este razonamiento entenebreció el rostro de Fognino y entreabrió con burlona sonrisa los labios de Ripoll.

Pero abreviemos. Dicho queda ya que el artefacto ideado por la sabia zaragozana era una bola rodeada de cargas de algo, que por ahora se calla, y oportunamente se dirá, simétricamente colocadas en la esférica superficie de la bola, de modo tal, que cada una tenía la correspondiente antípoda. Sabido esto, saquemos la bola de la Tierra y suspendámosla en el espacio, donde inmediatamente experimentará atracciones procedentes de mundos y de estrellas, en virtud de las cuales el autoplanetoide comenzará a moverse en la dirección de la resultante de tales atracciones combinadas, con lo que ya tenemos el vehículo hendiendo el éter *sin necesidad de proa*.

Supongamos ahora que hacia el Sol lo lleva el empuje de aquellas atracciones o corrientes siderales; y si al Sol quiere irse, basta dejarlo ir a la deriva en tal corriente.

Pero ¿y si no se quiere que sea el Sol la meta de su vuelo? El remedio es frenar; mas ¿cómo?... Poniendo en actividad la carga situada en la parte del autoplanetoide más cercana al Sol sobre la trayectoria de su carrera hacia él. En cuanto surge el fogonazo

del primer estallido, su vibración se propaga en el éter hacia el Sol, y la reacción, o retroceso, de sentido contrario a la atracción solar, lucha con ésta, aminora su fuerza y disminuye la velocidad de la marcha hacia aquel astro.

Dos, tres, a ser precisas, cien millones de descargas por segundo, suman su acción a la de la inicial; y haciéndose cada vez más lenta la carrera, llega el momento en que, regulados compás e intensidad de las explosiones, el empuje de éstas equilibra la atracción. El autoplanetoide se detiene, e inmóvil permanece en el espacio. ¡Inmóvil, sin caerse!, porque caer es acercarse al cuerpo, mundo, orbe que ejerce atracción, y el autoplanetoide se ha substraído a la que lo arrastraba. Porque es un astro inteligente, con libre albedrío, el único astro, el solo cuerpo capaz de estarse quieto, mientras tal le apetezca, en todo el universo.

—Bien decía yo que quería hacer un sol. Y aun reconozco que ha hecho más—exclamó Hauptf, cuya calma habitual cedía el paso a férvido entusiasmo.

—¡Chúpese usted esa, amigo!—dijo orondo Ripoll—, ¿Qué tiene usted que objetar ahora?

—Que hasta saber de qué son esas cargas, y si funcionan bien, no hay que cantar victoria.

—Pues esté usted seguro que no he de tardar mucho en cantarle a usted el trágala.

Una mirada y una seña del sabio alemán cortaron oportunamente el amenazador diálogo.

Pero el autoplanetoide no se inventaba para quedarse inmóvil, ni ser remedo del alma de Garibay, que ni sube ni baja. Tenía que dirigirse donde le conviniera, cosa que, una vez conseguido el equilibrio, vefan facilísima los señores jurados; mas como acaso no todos los lectores sean tan fuertes como ellos en mecánica, no sobrará una breve explicación.

Téngase en cuenta que siendo el peso de los cuerpos un efecto de la acción sobre ellos de la gravedad, es decir, *de una atracción*, resulta de ello que cuando andando el tiempo tengamos en el cielo la bola de María Pepa, libre, cual se ha explicado, de empujes y tirones, no pesará tal bola ni lo que un papelillo de fumar, por la razón sencilla y evidente de que *no pesará nada*. ☺

Ya flotante en los cielos, en esas condiciones de equilibrio indiferente, el menor impulso la lanzará en la dirección de él con gran velocidad, de la que aquí en el mundo no tenemos ni idea. Si se quiere ir a Júpiter, Mercurio, bastará observar cuál sea la carga que en la superficie exterior del autoplane-



toide queda directamente opuesta al planeta de destino y más lejana de él, y dar fuego a esa carga. Una sola explosión, una tan solo, determinará el movimiento hacia la parte opuesta de la carga, o sea en línea recta hacia el astro elegido. He aquí la dirección del rumbo instantáneamente obtenida *sin timón ni virada*. He aquí justificadas todas las admirables previsiones de María Pepa, que no sólo prescindía de tan groseros y anticuados mecanismos, sino que con igual elegancia científica movía su automotor, en la inmensidad de los cielos, sin remos, ni aletas, ni aspas; sin hélices, ruedas, velas, ni alas; sin ninguna disposición material mecánica, sino obediente a leyes de novísima y sublime mecánica que, prescindiendo de torpes materiales organismos, directamente empleaba almas de fuerzas.

Nació una nueva y maravillosa ciencia, a la que únicamente le cuadraba un nombre: *Psico-Etero-Mecánica*.

Tan sólo con pequeñas explosiones convenientemente dirigidas, lo conseguía todo aquella femenil gloria mundial. Una descarga daba un impulso y una velocidad que, en el vacío, bastaban para que el autoplanetoide siguiera eternamente su carrera sin acortar la marcha, puesto que en el vacío, donde no hay rozamiento, *nada se opone al movimiento*. Otra explosión duplicaba fuerza y velocidades: dos, mil, cien mil..., etc., multiplicaban las de la carrera sin otro límite que el que la capitana pusiera al maquinista al ordenarle "marcha a tres, o a treinta mil, descargas por segundo."

Anonada pensar en las posibles velocidades del autoplanetoide regido por tan hábiles y bellísimas manos. ¡Oh, inconcebibles extra vertiginosos vuelos de mundo a mundo a través del sistema planetario! (1)

¡Y pensar que para descubrir todo esto le bastó a María Pepa ver cómo el Sol corría hacia Vega y mirar a un cohete remontarse a las nubes!

—Esta señora es un nuevo Prometeo; el Prometeo de la Moderna Ciencia—gritaba

(1) La maniobra, en teoría sencillísima, no requería sino las siguientes operaciones:

1.<sup>a</sup> Observación constante de la dirección en que al aparato empujen las atracciones astrales que en cada instante puedan entorpecer la marcha en la derrota apetecida.

2.<sup>a</sup> Disparo continuo y regulado de las cargas opuestas, que anulará la acción de tales atracciones.

3.<sup>a</sup> Disparo de las cargas antípodas al astro hacia el cual haya de volar, o más bien deslizarse, el autoplanetoide.

4.<sup>a</sup> Prosecución de estas descargas hasta alcanzar la velocidad que en cada caso se desee.

La parada se logrará interrumpiendo la activi-

entusiasmado Herr Hauptt, perdida esa vez por completo su germánica calma.

—Perdone; yo no veo hasta ahora el fuego que esa dama haya robado al Sol.

—El fuego, no, pero la fuerza, sí. Entérese usted bien, Signor Fognino. ¡Ha capturado y puesto al servicio de la aeronáutica, quiero decir, *eteronáutica* estelar, las colosales fuerzas explosivas del Sol! Y en vez de quedarse encadenada a una roca, como su pánsano de usted...

—Señor Ripoll, usted ignora que Prometeo no era italiano, sino a lo sumo griego.

—Me da lo mismo, para el caso es igual; lo interesante es que lo encadenaron, y eso ni usted ni nadie me lo puede negar, mientras que doña Pepa, ¿es doña Pepa o doña María?...

—Creo que las dos cosas—contestó Hauptt.

—Y mientras Prometeo queda atado a la peña, mi compatriota, mi gloriosa compatriota, gloriosa hija de aquel glorioso reino de La Coronilla, gloriosamente volará por el glorioso espacio, entre gloriosos soles—vociferaba manoteando ébrio de entusiasmos patrios y científicos el impulsivo vástago de la raza almogávar.

—Señor Ripoll, yo no niego las glorias de la dama, ni siquiera la gloria de La Coronilla. Únicamente digo que cuando, en vez de hablarnos vagamente de esas fuerzas solares, vuelva del Sol doña Prometea, y nos explique cómo las captura, podré creer en sus gloriosos vuelos. También usted debe entenderme bien, señor Ripoll; lo que yo necesito conocer es el AGENTE EFECTIVAMENTE PROPULSOR de la bola o el cacharro de la ilustre señora.

—¡Fognino! Ese lenguaje...

—Déjeme usted en paz, amigo Hauptt. Entonces, sólo entonces podrá volar... Ya veremos si vuela.

Renuncio a describir este nuevo altercado y cómo terminó. Baste decir que no hubo sangre, pero la paz que lo siguió duró muy poco: sólo lo que se tardó en leer el breve párrafo siguiente de la memoria que entre manos traían:

dad de la carga propulsora y oponiendo a la fuerza de la velocidad adquirida la acción de la carga diametralmente opuesta, cuyas explosiones sucesivas irán menguando la velocidad hasta extinguirla. El retroceso en marcha será sencillamente conseguido con sólo prolongar estas descargas después de conseguida la parada.

Por último, si en vez de una se disparan dos o más cargas, el autoplanetoide no tomará dirección opuesta a ninguna de ellas, sino otra intermedia resultante de la fuerza relativa de los diversos empujones. Dicho esto queda ya comprendida la variación de rumbo en marcha.



“En cuanto a las explicaciones sobre naturaleza, composición y material funcionamiento del agente impulsor del autoplanteo, que es lo que constituye mi principal secreto, no las daré hasta el momento en que aquél vaya a zarpar de la Tierra, o cuando menos hasta después que sea un hecho la concesión a mi favor del premio. No obstante...”

—¿Qué decía yo!—interrumpió Fognino levantándose—. Tiene gracia la pretensión de la gloriosa dama enanecida en el estudio.

—¡Fognino!... ¡Fognino!...

—Calma, Ripoll. Y usted, Fognino, vea que aún no puede juzgarse; que parte usted de ligero, pues en el manuscrito hay un “no obstante”, y es preciso seguir leyendo.

—¿Para qué?... Si está chocha rematada.

—¡Recongelación! Que ya no aguanto más, que ya me he hartado de oírle a usted inconveniencias.

—Y yo de oír sandeces. ¡Tiene gracia! Que a ciegas le otorguemos el premio...

—Que hay un no obstante, *un no obstante* que no hemos leído—decía con inútil insistencia el pobre Hauptf.

—Que le demos los once mil millones por su linda cara... Tendrá que ver la cara de la vieja ridícula.

—Repórtese, Fognino, no le conozco a usted—decía escandalizado el alemán. Y aprovechándose el italiano de que la indignación congestionaba el rostro de Ripoll, sin permitirle hablar, seguía despachándose a su gusto.

—No me reporto, Hauptf; ni me reporto, ni me da la gana de aguantar ya más tiempo esa memoria ni ese proyecto estúpido. ¡Ja, ja, ja!... Para este desenlace no valía la pena de tanto hablar de gloria y gemio, ni de almogávares ni de La Coronilla. Yo sí que estoy hasta la coronilla de las tonterías cursi-científicas de esa señora y de las impertinencias del señor Ripoll, su compatriota.

Y ya no dijo más, por impedirlo el estallido de una redoma de alcohol de metileno

al reventar en la pared cerca de la cabeza del sabio napolitano.

Era que con ella estallaba la indignación del catalán, que, no hallando palabras al nivel de su cólera, acudía a más enérgicos medios de expresión.

Perdidos fueron los esfuerzos del ecuánime químico alemán para enfrenar los seculares odios de catalanes y napolitanos, reverdecidos y enconados en aquellos sabios que, entre denuestos, menudeaban porrazos, convirtiendo en arrojados proyectiles los instrumentos y pertrechos del laboratorio; profanando con su fiera pelea la paz augusta de aquel santuario de la Ciencia.

¡Bueno estaba el santuario! Al *Vendetta*, *Vendetta!* de aquellas nuevas Vísperas Sicilianas, lanzado por Fognino, respondían rugidos de Ripoll con el *Desperta Ferro* de Venganza Catalana.

.....

Convencido ya Hauptf, por los chinazos que en el reparto le tocaban, de la inutilidad de sus aislados personales intentos pacificadores, no tuvo más remedio que demandar el auxilio de los porteros y ordenanzas del Instituto de Viajes Planetarios, que sujetando a viva fuerza unos al *condotieri* y otros al almogávar, pusieron fin a la contienda.

Cuando pasó la efervescencia de la lucha y vió Hauptf aplacado el hervor del coraje de los luchadores, dijo severamente:

—¡Qué vergonzoso escándalo entre dos hijos, más aún, entre dos padres de la Ciencia!...

Merecido reproche que, cual doctrinos, aguantaron los sabios, bajando avergonzados las cabezas, ricas en ciencia y en chichones.

Y no quieran saber los lectores de qué tamaño y qué color tenían un ojo el uno, las narices el otro.

—Ea, a darse las manos...

Y se las dieron... ¿De corazón?... Ya lo veremos.

## VII

### YA ESTÁ AQUÍ MARIA PEPA

Aquel *no obstante* en donde se atascó la lectura de la Memoria, fué la ocasión de la primera entrevista de los sabios viejos con la joven sabia; pues detrás de él venía declaración de que si la inventora se reservaba el secreto químico del agente propulsor,

dispuesta estaba a realizar con él experimentos concluyentes, respecto a su potencia y manejo: como detener un tren en marcha, hacer bogar hacia atrás, a babor o estribor, un *dreadnought* cuyas hélices giraran a toda máquina.



Vista la oferta, acordó el Jurado que con verlo bastaba, y ofició en consecuencia atentamente a doña María Josefa Bureba, Coso, número 15, Zaragoza.

Decía el oficio que existiendo en el mismo Instituto de Viajes Planetarios una vía férrea de comunicación entre sus pabellones, ésta podía utilizarse en el primer experimento; y una vez éste realizado, sería ocasión de elegir puerto para llevar a cabo el segundo.

Pero ahora caigo en que, a estas horas, todavía no he dicho palabra del célebre y soberbio Instituto.

Nueve grandes y hermosos edificios de forma esférica, repartidos en enorme extensión, constituían otros tantos pabellones aislados, verdaderos templos de la Ciencia.

El mayor, que ocupaba el centro, contenía aparatos de todas clases de observaciones solares: astronómica, espectroscópica, térmica; y cuantos datos ha acumulado la Ciencia acerca del astro central de nuestro sistema planetario.

Dicho queda con esto que en la arquitectura, imitativa y simbólica, que había prevalecido al edificar el Instituto, correspondía a este soberbio y vasto pabellón central el principal papel de Sol. Y para que la semejanza fuera más completa, en él se hallaban, además de las citadas dependencias científicas, las instalaciones de luz, calor, fuerza, agua, telegrafía, telefonía, televisión, de donde todo esto irradiaba a los otros pabellones.

En torno de él, a distancias variables, y por el siguiente orden, quedaban Mercurio, Venus, La Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, con su anillo, el nebuloso Urano y Neptuno; quiero decir, los elipsoides de cemento y hierro que representaban tales planetas, como el Sol, sostenidos en robustas columnatas.

Pensóse en un principio montar estos edificios-planetas en robustas plataformas circulantes sobre elípticas vías férreas alrededor del Sol del Instituto, con lo que la reproducción del sistema planetario se habría ajustado a la verdad astronómica, pero se desistió de ello por demasiado caro; y la misma onerosa dificultad obligó a prescindir de la real proporción entre los tamaños y distancias del original y los del retrato, pues de otro modo habría resultado muy elevado el coste del solar.

Metódica y útil clasificación había reunido en cada edificio todo lo concerniente a la observación y el estudio del planeta que representaba. Así, el forastero llegado al Instituto para echar una ojeada a los canales de Marte, o tomarle la temperatura, elevada, claro es, a Venus, se iba derecho, sin pre-

guntar a nadie, a Marte o a Venus. El sabio que quería ver cuánto tarda Ganímedes (1) en dar la vuelta a Júpiter, con irse a Júpiter hallaba listos telescopio y cronómetro para observar a su satélite; y quien deseara analizar la luz del anillo saturniano, a su disposición encontraba en el edificio respectivo, espectróscopo, prismas y nicóles para satisfacer sus dudas.

Los empleados, profesores, ayudantes y alumnos del Instituto se decían al tomar la espiral vía férrea de circunvalación:

—¿Dónde va usted?

—A Mercurio. A la Tierra.

—Yo salgo ahora del Sol: me llaman de Neptuno por teléfono.

Como si ya fuera verdad el sueño de Castrejo.

De los asteroides, de esa multitud de mundículos que entre Marte y Júpiter pululan en enjambre, de día en día creciente, gracias a los procedimientos fotográficos de Mister Wolf, se había prescindido. Únicamente el mayor de ellos, Ceres, cuyo diámetro (840 kilómetros) no llega a la distancia de Barcelona a la Coruña, estaba allí representado en un pabelloncito que, además de guardar la escasa ciencia asteroidal que en la Tierra poseemos, encerraba una dependencia necesaria en todas partes, a la que se había negado hueco en los planetas de más fuste. Cosa que, dadas las distancias, hacía molestas las obligadas idas a Ceres, inevitables en frecuentes urgencias (1).

—¿A qué imponernos—decía el personal empleado en los seudo-planetas—esas carreras innecesarias en los verdaderos?

Pero dejemos este tema, que no convida a la insistencia.

Al día siguiente de salir de Trujillo el oficio a que se ha hecho referencia, llegaba contestación de Zaragoza, dando instrucciones por telegrafía sin hilos, para los preparativos del experimento ferroviario, el cual requería tuviese el Jurado preparada una locomotora a gran presión. El telegrama solicitaba, además, que se designara día, hora y preciso lugar de aterrizaje, a ser posible en el campo mismo de experiencias; pues la inventora quería regresar rápidamente a Zaragoza sin permanecer en Trujillo sino el tiempo indispensable para el experimento.

(1) Ganímedes es la mayor de las ocho lunas del planeta Júpiter. Otras se llaman Io, Europa, Calisto, y las restantes son conocidas por los números 5, 6, 7 y 8. El diámetro de Ganímedes es vez y media el de nuestra Luna.

(1) Los asteroides hasta poco ha conocidos, que crecen cual la espuma, pasaban en 1918 de 700. Los principales, después de Ceres, son Palas, Vesta, Juno y Eros.



Pocas horas después que en Urano—el edificio, no el planeta—recibieron los tres profesores el citado despacho, una chispa violácea hacía caer la tapa del receptor teleautográfico instalado en el laboratorio de la inventora, dejando al descubierto un block de finísimas películas de plata aluminóidea, en la primera de las cuales apareció el siguiente mensaje, estenografiado en caracteres púrpura brillantes:

INSTITUTO PLANETARIO  
PABELLÓN DE URANO

—  
JURADO

242 de septiembre 388 (1)

Señora doña María Josefa Bureba:

Martes seis corriente estará presión locomotora aguardándola. Aterrizaje plataforma H, entre Mercurio y Venus. Enfilela tomando rumbo Marte-Sol. Allí aguardarán jurados.

El Secretario,  
Jaume Ripoll.

Debajo, y manuscrito de la propia letra, bastante mala, de la firma, se leía:

"La siensia catalana saluda siensia ilustre compatriota. ¡Visca Aragón! ¡Visca Catalunya! y ¡Visca nosa grande Espanya!"

Como se ve, en 2184 perduraban en Cataluña, naturales y santos regionales amores, pero bien hermanados y fundido con noble y amplio amor a una patria más grande, amor que había substituido "Els Segadors" con el "Himno al Bruch" y la "Canción de las Mochilas".

Después de leer el *grafo* y sonreír graciosamente a la felicitación, arrancó María Pepa la película, que guardó en su escritorio cuall documento interesante.

En el block quedaba al descubierto otra en blanco, donde se imprimiría el primer verdadero mensaje.

Por tratarse de un experimento de inseguco desenlace, no convocaron los jurados a nadie, y únicamente Ripoll, Hauptt, Fognino y la humeante locomotora, aguardaban a Mariña Pepa al pie de la plataforma H.

Por cima de lejana montaña apareció *Colomba*, el auto-avión de la heroína. Creció, acercándose; cernióse sobre el Instituto, y, plegando las alas, se dejó caer sobre la pla-

taforma, pues en el siglo XXII tenían los aeroplanos alas plegables en vez de planos rígidos. En Zaragoza había dado el primer aletazo a la una y cuarenta y siete, y el último la dejaba a las dos y cuenta y nueve en el sistema planetario de Trujillo.

María Pepa, con botas altas de color avellana que llegaban al muslo... Pero ¿a qué voy a describir su traje, naturalmente discordante con las actuales modas?... Con saber que tenía algo de amazona, no poco de ciclista, y que, a despecho de masculino corte, dejaba trascender por pliegues y costuras embriagador perfume femenino, basta para el objeto de esta historia.

¿Estábamos?... ¡Ah, sí! En que de un ágil brinco saltó del aeroplano al más alto peldaño de la escalera de descenso de la plataforma, por donde a recibirla subía el Tribunal que iba a juzgarla.

—¡Oh, la bellísima fanciula ancora piu divina que Afrodita!

—¡Mare de Deu, qué noya!

—¡Rrretrungen!... ¡Walallischeangestrofchaf chis gebirge Isolden und Brunilden sandalium nain!

Tales fueron las tres exclamaciones, una por calva, que, deslumbrados, profirieron los jurados al encararse con la despampanante criatura. Y como acaso el alemán del siglo XXII no sea familiar a todos los lectores, diré que, libremente traducida y prescindiendo de la primera interjección, que es malsonante, la última frase significa: "¡Salve, hija del Walhalla, a quien ni Isolda ni Brunilda llegan a la suela del zapato!"

Ante la aparición quedáronse los tres sabios estáticos.

Pasó un minuto, y parados seguían en mitad de la escalera; pasó otro, y nada: el Tribunal no recobraba el aplomo en tan solemne caso requerido. Tenían que subir y no daban un paso; hablar, saludar cortésmente a la recién llegada; y embelesados, embobados, no hacían sino mirarla. Aquello era incorrecto; y tanto más cuanto que María Pepa, en lo alto, no bajaba, aguardando que subieran ellos, y ellos, abajo, no subían por tenerlos la admiración paralizados.

La embarazosa situación se prolongaba, haciéndose ridícula; pero no hay que extrañarlo. Creían que llegaría una ruina de su facha y fecha, o, a lo sumo, una dama que, aun cuando no proveya, había de ser, según presunción lógica, breve machucha o arrugada pasa, porque brevas o pasas, pero bien talludas, eran todas las sabias que ellos conocían. Y en lugar de esto se veían de improviso ante *¡aquello!*, que bien valía la pena de asombrarse, y más aún de mirarlo. Por eso lo miraban.

(1.) Esta era la fecha que en la cronología de Urano correspondía al 17 de mayo de 2184, que en la Tierra era la del mensaje, suponiendo igual origen a las eras usuales en ambos planetas. La cuenta es clara y resultante de tener cada mes uránico dos mil quinientos cincuenta y siete días terrestres, y el año allí ochenta y cuatro años y siete días de los que por aquí usamos.



En cuanto María Pepa echó una ojeada a los rostros de sus aielados jueces, sonrió, entre benévola y burlona, como quien sabe a qué atenerse sobre el efecto que produce, y en seguida pensó: "mío es el premio; y lo sería, aun siendo disparatado mi proyecto". Mas no era ella mujer para jugar con trampas; y fuera por femenino modestia, por científico orgullo o rectitud aragonesa, limpio jugó, cual se verá en seguida, sin abusar de sus ventajas.

La sonrisa cayó en el Tribunal cuando empezaba a reponerse, y puso peor las cosas, pues con ella aumentó el embobamiento y se prolongó el mutismo de los sabios, que sabe Dios cuándo hubieran hablado a no acercarse a ellos María Pepa preguntándoles:

—¿Los señores jurados?

—Servidores —contestó Hauptt, primero que logró sacudir el arrobamiento. Y pareciéndole imposible que aquella chica fuera sabia ni inventora, agregó:

—Pero... ¿no viene doña María Josefa?...

Esta pregunta le mostró a la muchacha el camino para ganar en buena lid, y sin trampas, el premio. Así, pues, contestó:

—Se halla indispuesta; mas, no queriendo demorar el experimento, me envía a mí para sustituirla... Soy su ayudante.

Los viejos cruzaron elocuentes miradas, donde se leía pesar de no haber nunca hallado cosa por el estilo entre sus ayudantes.

—... Supongo que esta sustitución, que no ha de influir en lo concluyente de las pruebas, les será a ustedes indiferente...

—Eso no; indiferente no puede sernos —interrumpió melifluamente Fognino.

—¿Cómo? —dijo María Pepa sin querer enterarse de la intención del italiano—. ¿No da lo mismo que seamos mi profesora o yo?

—¡Ca, no, señora! Así es muchísimo mejor...

Y una de las tres calvas bermejeó como un tomate. Era la del astrónomo barcelonés, ruborizado de la ingenuidad que se le escapaba.

Como de esto ya no había más remedio que enterarse, hizo la recién llegada una cortesía de agradecimiento, sin poder rerimir otra sonrisa, esta vez picaresca, aumentando con ella la inquietud insólita de los ancianos y desdichados sabios.

¿Desdichados?... Claro es: habían nacido demasiadas docenas de años antes que María Pepa.

—Si les parece a ustedes, empezaremos... ¿Es aquella la locomotora en que he de experimentar?

Los jurados no pudieron asentir sino con la cabeza, pues aquella soltura de movimientos, aquella gracia en el decir, la extraña mezcla de femenina flexibilidad y vigorosa decisión de la muchacha, los tenía embelesados. Parecía cual si fuera la primera mujer que en su vida vieran y de improviso les turbaba, poniendo ante sus ojos un montón de fenómenos biológicos mucho más nuevos e incomparablemente más interesantes que las manchas del Sol, que las ondas hertzianas de la telegrafía sin hilos, y aun que las descomposiciones electroquímicas del radio y el polonio.

Ha de advertirse que, amancebados desde mozos con la Ciencia, siempre habían rehuído nuestros tres solterones trato con señoras, buenas no más para perder el tiempo, y ahora, de sopetón, la Mujer los hacía prisioneros, cuando a los pobres ya no les quedaba ni tiempo que perder.

.....

## VIII

### ¿TRAGEDIAS? ¿DRAMAS? ¿MADRIGAL?

No era la aragonesa mujer de temple para estar inactiva, dejándose admirar en silencio; no eran tampoco los admiradores como para engreírse con su admiración; así, pues, comprendiendo que si ella no sacaba del atasco a los sabios, sólo Dios sabe cuándo se desatascarían ellos, se dirigió resuelta a la locomotora, diciendo:

—Vamos ya—. Y cuando a ella llegó, se volvió hacia los viejos, agregando: —En esta capsulilla de plomo, no mayor que una haba, tengo una carga de la substancia que

mi profesora no quiere revelar. Colócala entre estos dos excitadores, semejantes, mas sólo en apariencia, a los tubos engendradores de los rayos X; adapto a la testera de la locomotora la capsulilla, enfocando sobre ella mis excitadores, cuya acción invisible es potentísima, y ya está preparado el experimento, para el cual solamente resta que, subiéndome a la locomotora, la ponga en marcha el maquinista, y que cuando ustedes la vean correr por la vía a la máxima velocidad que pueda desarrollar, me avisen me-



diene una señal que puedo comenzar el experimento. Lo demás es cuenta mía.

—Pero va usted a mancharse de carbón, va usted a tiznarse toda—dijo Fognino.

María Pepa soltó una carcajada.

—Cuidado, maquinista; un accidente llega cuando menos se piensa.

—Las explosiones de esa cápsula deben ser terribles. Yo no consentiré que usted se expunga.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Si a esta señorita le sucediera una desgracia... ¡Recongelación! Sería espantoso. No lo que es que yo subo con usted, y así, si ocurre un accidente, nadie podrá tacharme.

—¡Este Ripoll!... Pensará usted que yo voy a quedarme—le atajó el italiano haciendo infructuosos esfuerzos para levantar el pie a la altura del estribo.

—Perdone usted, Fognino. Yo delante. Soy el presidente del Jurado y en nadie he delegado, menos en la hora del peligro, el cumplimiento del deber de velar por esta interesante señorita, que nos ha sido confiada por su ilustre maestra.

Estas palabras fueron pronunciadas con solemnidad por Herr Hauptf.

María Pepa se estaba divirtiendo muchísimo con aquellos viejos, a quienes procuró tranquilizar, diciéndoles que no eran de temer accidentes; que las explosiones de su cápsula eran inofensivas para quien supiera manejarlas como ella; que con sólo agua y jabón se quitaban los tiznones; y que de la subida de los sabios a la locomotora no había que hablar, porque ella necesitaba amplitud de espacio para sus manipulaciones.

Partió la máquina por la vía circular; ganando marcha dio la vuelta, y cuando los jurados la vieron acercarse de retorno, calcularon que al pasar delante del pabellón de Venus llevaba velocidad de 123 kilómetros por hora, con la cual por momentos se agrandaba a sus ojos la locomotora. Cuando ésta cruzaba por delante de Júpiter—a tres kilómetros de la plataforma H—, dió el Jurado la señal, y sus dignos individuos fijaron las ansiosas miradas en la máquina. Los latidos de sus corazones se oían cual redoble de tambores.

¿Era ansiedad científica? ¿Era temor por la preciosa carga de la locomotora?...

—Parece que no aumenta de tamaño con la rapidez que antes.

—Inúciabemente avanza más despacio.

—Pero muchísimo más. Véanlo ustedes ahora, que nos pasa por delante.

—No avanza ni siquiera lo que un caballo al trote.

—Esas leves nubecillas de vaporcillos verdosos deben de ser las explosiones.

La locomotora seguía avanzando, pero penosa y lentamente, hasta que, medio kilómetro más allá, se detuvo; y al cabo de brevísimo instante inició retroceso, que por segundos se hacía más veloz; con la particularidad extraordinaria de que las ruedas giraban en el sentido de marcha adelante, correspondiente a los impulsos de las bielas, y, sin embargo, la máquina ¡corría hacia atrás! Es decir, corría al pasar frente a la plataforma H, porque a poco volaba; y con tal vuelo, que la vista no podía seguirla.

Una voz exclamó:

—¡El accidente, el accidente! Si ya lo dije yo.

Otra exclamaba:

—No es dueña de sus cargas; ha perdido el dominio sobre las explosiones.

—¡Povera, poverina!...

—¡Tan fresca!...

—¡Tan bonita!...

—¡Tan gallarda!...

—¡Qué espantosa desgracia!

—¡Qué horrenda catástrofe!

Felizmente para los consternados viejos, duró poquísimo su angustiosa alarma, pues poco más de un minuto después de perder de vista por la derecha la locomotora, que seguía su carrera a lo largo, o más bien a lo redondo de la vía circular, reapareció, aproximándose por la izquierda; y, al completar la vuelta, con marcha velozmente decreciente, quedó parada en seco, frente a ellos, en el propio lugar de donde había arrancado.

Allá corrieron, no en alas de interés científico, sino aguijados por más humano sentimiento; pero tan olvidados de su vejez y su falta de bríos, que la sofocación y la fatiga no los dejaron, al llegar, articular palabras, que quedaban ahogadas entre anhelantes resoplidos.

Contrastando con las descompuestas caras y aterrados continentes de maquinista y fogonero, todavía no muy ciertos de haber librado de la catástrofe, en que cien veces creyeron perecer en aquellos dos minutos, erguiase junto a ellos, tranquila, sonriente, triunfadora, sin un tiznón siquiera en su rostro de nieve, la incomparable María Pepa.

¡Puf, puf, puf! resollaban los cilindros de la rendida locomotora; ¡huf, huf, huf! jadeaban los tres viejos; el fogonero suspiraba hondamente con un ¡oh! prolongado, y el maquinista lanzó una interjección, que no es para transcrita, y después dijo:



—¡Rediez con la carrera y rediez con la hembra!

La cual, saltando de la locomotora a tierra, dijo a los sabios:

—Dos minutos y dos segundos en el total recorrido de la vía circular, que, vista la longitud de ésta, dan para marcha retrógrada de la locomotora velocidad de 222 metros por segundo, o sea 13.320 al minuto.

No se le escapó a Hauptf, que con igual agilidad que el suelto cuerpo, zarandeaba aquella chica minutos, y segundos, y kilómetros, con peregrino garbo matemático, multiplicando y dividiendo con portentosa rapidez.

—Han de advertir ustedes que tal marcha la he obtenido luchando con la fuerza viva acumulada por la velocidad, y con la tensión del vapor; que ha sido esta una carrera...

—Pelo arriba—interrumpió el maquinista—. De punta lo tengo todavía.

—¿Quién se acuerda ya de eso?—le contestó con franca risa María Pepa. Una risa tan fresca y cristalina, que los sabios sintieron que algo se remozaba en lo hondo de sus vetustos cuerpos, dándoles ganas de decir al apagarse sus argentinas notas: "Ríase usted otra vez; no deje nunca de reírse". Pero no se atrevieron.

—El maquinista—siguió ella—puede informar a ustedes de que el manómetro no ha dejado de marcar presión correspondiente a una marcha adelante de 123 kilómetros por hora, de la cual han triunfado las explosiones de mis cargas, digo, las de mi profesora, reduciendo a la impotencia la máquina e imprimiéndole luego velocidad retrógrada de 829 kilómetros con 200 metros a la hora.

—¡Arrea!...—saltó el fogonero—. Si ya decía yo que la señora estaba haciendo la gran barbaridad. Y gracias que amos escapao.

—¿Te asusta eso?... Pues comparado con lo que vamos a correr cuando subamos allá arriba, lo de hoy no es sino rastrear de caracoles.

—¡Anda! Pos pa eso otro, busque fogonero.

—Pues maquinista no tiene que buscarlo, señorita, que con usted va cualquier hombre bien a todas partes. Y si usted me lo manda, al infierno me tiro yo detrás de usted.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Prorrumpieron a una Ripoll, Hauptf y Fognino, recuperando, con el entusiasmo, aliento y habla.

—Güeno, pos no busquen tampoco fogone-

ro. To será un espanzurre, pero después de to, si el desavío le coge a uno a la vera de tan real moza como usted...

—Señorita, dispénsele: este bruto no sabe distinguir.

El no distinguirá—se decía María Pepa—, pero todos aquí, brutos y sabios, jóvenes o viejos, estáis pensando lo que el fogonero.

Diez minutos después, en la terraza del pabellón de Venus, la gentil inventora y los tres sabios departían como antiguos amigos, en torno de un velador sobre el cual tres refrescos se disputaban los favores de la forastera: pues cada sabio quiso ofrecer el suyo.

En el corto trayecto del campo de experiencias al pabellón citado, María Pepa había tenido tiempo de dar las gracias a Ripoll, en un aparte que lo subió a las nubes, por la postdata cariñosa de su teleautográfico mensaje y de llamarle en alta voz "mi insignificante compatriota", felicitándole por su admirable obra sobre las estrellas dobles, triples y multicolores. Túvolo también para aludir a la teoría magistral de las ecuaciones hipérbolo-ciclóidicas de que era autor Fognino, y para declarar que en los libros *La Química vibrante* y *La materia eterizada* del profesor alemán, había ella recogido datos utilísimos para sus investigaciones. Y todavía le sobraron unos cuantos minutos para hablar de don Jaime el Conquistador y los Usatges, a Ripoll; de Bruto, Maquiavelo y Marconi, al signor Fognino; de Federico el Grande, Wagner y Goethe al respetable Hauptf. Todo suave, naturalmente, sin estudio y sonriendo, sin la menor coquetería; con lo cual resultaba la más terriblemente seductora de todas las coquetas.

Mirándola asombrados, como a extraordinaria maravilla, sentíanse los ancianos mucho más jóvenes por dentro, y se veían por fuera muchísimo más viejos. En sus ideas y sentimientos, en las insólitas turbaciones que hacía dos horas los traqueteaban, parecían que aquel sol de juventud alumbraba en sus almas albores de frustrados amores, que no podían llegar a luz de medio día, pues apenas nacientes, se apagaban en los ocasos de sus ancianidades... Era muy triste este convencimiento, mas, sin embargo, el dolor de él no era agudo pinchazo, sino melancolía suavizada por la esperanza de algo que, no pudiendo ser amor, supiera a dulce afecto que lo reemplazara; y entre negruras de vejez que obscurecían sus vidas, y frialdades de sus años postreros, querían presentir caricias de fulgores que trocaran la obscuridad en crepúsculo y la nieve en frescor.

Aunque sabios y viejos, eran hombres, con la agravante, para el presente trance, de mo-



haber nunca amado; tenían en las almas juventud no soterrada por completo bajo canas y achaques; y como amor es fuego que no tiene día, hora, ni edad para encenderse en los humanos corazones, amor, amor, en toda la extensión de esta palabra, fué lo primero que en sus pechos sintieron los tres pobres ancianos: amor grande, noble y hermoso en sus candidas almas de sabios vírgenes de amores; amor ridículo, monstruoso, visto a través de sus caducos cuerpos.

Y como no eran torpes ni insensatos, poco después de dejarse arrastrar a algunas tonterías durante aquella tarde, vieron con toda claridad cómo era Ella, cómo ellos; y comprendieron, viéndola y mirándola, que sólo los dementes pelean con imposibles, y que un amor absurdo no podía ocasionar sino dolores.

Pero, después de conocer a aquella criatura, debía tanto renunciar a ella, que parecíales imposible tal renuncia... que, aun imposible, era inevitable.

Como en toda la tarde ninguno de ellos tuvo la cabeza para nada de provecho, no hablaron cual debieran de una porción de científicas cosas que era urgente tratar con María Pepa; así que al montar ésta en su autobión para volverse a Zaragoza, ya de noche cerrada, les previno que a la mañana siguiente volvería a ultimar todo aquello.

—¡Pobrecillos!—pensaba al remontar el vuelo—. La verdad es que si no fuera por eso serían muy simpáticos.

La noche, en la que a solas se había reprochado cada uno sus tonterías de la pasada tarde, fué feroz para ellos, según clarísimo vió María Pepa al siguiente día en sus alicaídas fachas. Los tres sentían una borrosa aspiración embrionaria, sin atinar cuál fuera, ni dar con modo de lograrla, hasta que una espontaneidad del catalán hizo brotar la luz en sus cerebros.

—¿No nos dijo usted ayer que era huérfana?

—Así es, señor Ripoll.

—Entonses... Bueno... Entonses... Usted perdonará si esto es inconveniencia; pero como yo soy catalán y vosté es aragonesa, y los españoles somos muy francos, se me ha ocurrido preguntarle..., sí... Como no tiene padres... Pues si quiere ser—iba a decir mi hija, pero le dió vergüenza y dijo—si quiere ser mi nieta.

María Pepa, que iba teniendo curiosidad de ver dónde paraban tantos circunloquios, pero que ni por sueños podía sospechar semejante salida del almogávar, sintió algo raro y hondo cosquillearle en el pecho al enterarse de la extraña proposición. Levantó los ojos, los clavó en el semblante con-

movido del anciano, y de una vez lo vió allí todo, todo: las emociones de la tarde, el daño por ella causado, la lucha de la noche en que venció una resolución valiente, y un rostro donde la lealtad resplandecía.

Pero aún quiso ver más, clavando para ello la mirada en los ojos del viejo, y ahondando, ahondando hasta leerle el corazón; y cuando estuvo convencida de que allí no había amor, sino cariño sincero, desinteresado, ya no pudo continuar mirando, pues se le oscureció la vista con lágrimas que al no correr se la nublaron; y venciendo el impulso que sentía de abrir de par en par los brazos tendió la mano, y ocultando entre bromas la emoción, contestó:

—Con el alma y la vida. Y muchísimas gracias por la adopción, querido abuelo.

—Y yo, ¿qué voy a ser?...

—Y para mí, ¿qué queda?...

Volvió Pepa la cara, viendo tan apurados, mustios y cómicamente cariacontecidos a los otros dos sabios, que su emoción trocóse en francas carcajadas.

—Este Ripoll es tan expeditivo, que antes de enterarse uno se lo lleva todo—murmuraba Fognino.

—Entre buenos amigos, bien podía usted habernos comunicado su proyecto—gruñía muy resentido Haupf—, porque no existiendo anterior conocimiento ni relación entre usted y esta niña, no sé por qué ha de ser usted precisamente...

—No fué proyecto meditado, sino un chispazo, un rayo de luz que he visto ahora de improviso.

—Eso podrá disculpar su proceder, mas reconozca, amigo Ripoll, que no justifica que habiéndola conocido los tres al mismo tiempo...

—Usted obtenga ventajas y derechos que los demás no disfrutamos—saltó Fognino completando la frase.

—Pero, señores—dijo la recién adoptada—. ¿Es que ustedes también querían ser abuelos?

—Ya lo creo—dijo el uno.

—¡No había de querer!—repuso el otro, mientras Ripoll se erguía pavoneándose de serlo ya de semejante nieta—. Pero como ya usted ha aceptado... Como está ocupado el puesto.

—Calma, señor Fognino, que acaso todavía pueda arreglarse todo; porque aunque nadie tiene sino un padre, con los abuelos no es lo mismo.

—¡Ah!...

—Verdad, verdad... Pero el caso es que los abuelos son dos, y nosotros tres—observó Haupf.

—Hasta eso puede tener arreglo—le con-



testó muerta de risa María Pepa—. Si uno de ustedes se aviniera a ser abuela...

—¡Hombre!... ¡¡Yo abuela!!—contestó, pero titubeando, la dignidad germánica del eminente químico.

—Pues tanto me da a mí ser abuelo que abuela.

—Y que en último extremo, amigo Fognino, si ese implícito cambio de sexo le repugna a usted mucho, puede optar a una de cuatro plazas de bisabuelos que todavía tengo vacante.

—No, bisabuelo no; eso está ya muy lejos. Abuela, abuela—dijo muerto de risa el italiano, que acaso, y como buen paisano de Maquiavelo, pensaba interiormente que entre nietas y abuelas suele existir más con-

flanza y ternura que entre nietas y abuelos.

Véase cómo el planteo de tres desgarradoras tragedias, en igual número de viejos corazones, bajó en el desarrollo del conflicto a triple drama, siendo en su desenlace un solo madrigal, sin que a desfigurarle bastase cierto sabor epigramático que tal vez noten quienes lo vean desde afuera, pero no percibido por actores ni actriz.

—He aquí un capítulo para la Ciencia inútil—dice un lector mientras vuelve la hoja.

—Protesto—le contesta el autor—. ¿Es que la Ética y la Psicología no son acaso ciencias tan respetables como la Matemática y la Astronomía?

## IX

### LA HEROÍNA SE DESMAYA Y SE DESTAPA

El primer punto a dilucidar en la sesión, junta o consejo de familia por el jurado celebrado con su nieta en cuanto se ultimó la triple adopción de ésta, era el relativo a elección del puerto donde más conviniera ampliar el experimento de la locomotora, realizándolo en un acorazado. La discusión fué un poco movida, pues deseoso Fognino de lucirse en su tierra con su nieta, propuso Spezzia; prefería el alemán Cádiz, Lisboa o Huelva, por más cercanos al Instituto de Trujillo, y el catalán protestaba de que ni atado lo llevaban a él a puerto que no fuera Barcelona, perjuro que de grado o a rastras a Barcelona irían con él los otros por ser aquél el mejor puerto y la mejor ciudad aquélla entre todos los puertos y ciudades.

Ni Fognino ni Hauptf estaban muy conformes; pero en definitiva falló María Pepa a favor de Barcelona, por estar allí anclado a la sazón el mayor acorazado que en tiempos tuvo la Marina española, y que aun siendo un cascajo mandado retirar por no estilarse ya *dreadnoughts* en los mares, su enorme arqueo de 65.000 toneladas y los 200.000 caballos de su máquina hacíanlo especialmente adecuado para que resultara en él concluyentísimo el experimento.

Mientras Hauptf y Fognino transcribían el acuerdo, unánime esta vez, al libro de actas—pues el irascible secretario no podía escribir por haberse lastimado la mano a puñetazos en la mesa, durante la precedente discusión—, cuchicheaba María Pepa con el susodicho secretario, diciéndole:

—Papá Ripoll, es demasiado terco, muy arisco y tiene muy mal genio. Por esta vez, y por ser la primera, le ha ayudado la nieta a salirse con la suya. Pero cuidado con tomarme otra perra.

Rapapolvero, que obligó al reprendido a prometer que no se empujara... Pero que no le hurgasen...

.....

En *Colomba*, el autoavión de María Pepa, hicieron los cuatro el viaje a Barcelona. Al paso por Zaragoza, Hauptf propuso detenerse para saludar a doña María Josefa, contestando la auténtica María Pepa, que su maestra, muy rara y muy huraña, había resuelto no darse a vistas en tanto no le fuera adjudicado el premio.

Para el lector que ha presenciado la carrerita de la locomotora a "redropelo", cual decía el maquinista, resultarían enojosos análogos detalles sobre las experiencias en el acorazado, que no solamente bogó en ellas con popa o bandas adelante, sino que estando mar afuera, a tres millas del puerto, dió un brinco, que, sacándolo del agua, lo elevó por los aires; y dejando por bajo de la quilla plazas, calles y casas de La Barceloneta, vino a acabar, al brinco me refiero, en un suave descenso que dejó al acorazado flotando nuevamente sobre las mansas aguas de la dársena: es decir, que, sin práctico, había tomado el puerto.

Los tripulantes, que al verse por los aires querían tirar al agua no a María Pepa, sino



a los sabios, no se acordaron de ellos, sino de María Pepa, cuando, ya en salvo el barco, la bajaron en hombros al bote, en hombros la subieron al muelle, y en hombros, y tirando a lo alto barretinas, la pasearon triunfalmente Rambla arriba, plaza de Cataluña y paseo de Gracia, entre ovaciones delirantes y pintorescos chicoleos, predominando en ellos aquel ¡Mare de Deu, qué noya! de Ripoll, cuando la vió por vez primera.

Hasta San Gervasio no logró ella apearse del hipógrifo de gloria popular en cuyos lomos cabalgaba, ni reunirse con sus tres viejecitos, que desde el muelle venían maldiciendo de la plebe que temían les rompiera su muñeca.

Para descanso de ajeteos y emociones, decidieron pernoctar en Barcelona; pero antes de meterse en sus camas tomaron los jurados una importante resolución, acordando comunicársela a la nieta al día siguiente cuando se levantara.

—No; entonses, no—dijo Ripoll—. Tengo una idea *moll bonica*: mañana nos vamos a almorsar al Tibidabo. Cosa como esa no la han visto en su vida, ni han comido tortillas como las que allí hasen... A los postes le damos la notisia a la nena.

—Yo no veo la necesidad de perder toda una mañana en Barcelona.

—Yo pienso como Hauptf: mejor será almorzar en Zaragoza; pues allá hemos de ir a saludar a doña María Josefa y a devolverle su ayudante—agregó Fognino, dando un hondo suspiro al pensar en tal devolución.

—Ni devolvemos nada, ni almorsamos más que en el Tibidabo.

—Pero...

—Si a nosotros nos es indiferente...

—¡Indiferente! ¡Indiferente el Tibidabo!... No saben lo que disen. Gracias que estoy yo aquí para desir *anem*. Gracias que *vulguin* o no *vulguin*, irán y almorsarán.

Protestaron los otros de tal tiranía. Gritó el cachorro de almogávares que a ser preciso los llevaría por el cogote. Era otra perra que tomaba aquel *enfant terrible* que, acordándose de pronto de su promesa a María Pepa, y aun creyendo la perra bien justificada, porque, ¿qué más hurgarle que decirle en su cara que el Tibidabo es cosa indiferente?, decidió, en obsequio a su nieta, no salirse del todo con la suya haciendo concesiones consistentes en substituir la escudella con rabiolis, que en el Tibidabo guiaban mucho mejor que en Génova; ofrecerle *choucroute* al alemán, y aun permitirles que bebieran Salerno o Rhin en vez de Priorato. Así puso la suya sobre el hito,

arrancando a sus colegas asentimiento a la merendola.

A los postres del almuerzo, previa telegrafía de codazos y miradas, se levantó solemnemente Hauptf con la copa en la mano, y mirando a María Pepa, dijo:

—¡Brindo por la insigne doña María Josefa Bureba, a quien, vistas las pruebas dirigidas con pericia extraordinaria por su inteligentísima y bizarra ayudante, le ha sido otorgado el Gran Premio de los Viajes Planetarios. Compláceme, asimismo, consignar que a los jurados les es, no grato, gratísimo, poder comunicar la primera noticia de tan fausto triunfo, antes que a nadie, a esa dignísima ayudante, con la cual nos unen lazos... pater... abue... bipaternales, que hacen para nosotros más agradable el cumplimiento de este deber.

Como brindis resultó un poco largo; pero teniendo en cuenta su brevedad en cuanto discurso, váyase lo uno por lo otro.

No estalló la explosión de entusiasmo, que parecía obligada al final de este brindis, porque la intensa palidez de María Pepa asustó a sus abuelos, que, cariñosos y alarmados, la rodearon.

\* Era natural; pues aun siendo bien fundada y consciente su esperanza de obtener el premio, siempre serán muy diferentes esperar y poseer. Era, además, tan colosal su triunfo, que era el más colosal por sabio o sabia en el mundo obtenido desde que el mundo es mundo; y puede ser muy bien que hasta que el mundo acabe; era, no colosal, sino *colosalísimo*; y como aunque dotada de alma fuerte y ponderado seso, también tenía corazón femenino que, cual verá quien la acompañe hasta el fin de esta historia, era, por su desgracia, demasiado sensible, no es de extrañar la hondísima impresión que le produjo la alegría.

La cosa no era para menos. Escalar a los veinticuatro años el más alto pedestal de científica fama, y convertirse en la figura más gloriosa del mundo sabio, rayaban en verdadera apoteosis. Iba a ser, a la par que Newton en el laboratorio, la academia y el aula, el Colón estelar que, rasgando el misterio del vacío, lleno de éter sidéreo, estableciera lazos de hermandad entre la Tierra y los Planetas; iba a ser piedra cimienta de grande, noble, amable fraternidad interplanetaria; lazo de unión entre mundos que, perennemente unidos en la voluntad y en la mente creadoras, habían hasta entonces vegetado en aislamiento por ignorancia y timidez humanas.

Porque además de ser ella la inventora, ella sería la capitana... Y subiría allá arriba, y desde lo alto de su propia grandeza con-



templaría la Tierra, tan pequeña, tan pequeña, que no cabiendo en ella la gloria del invento y la inventora, remontaríanse al cielo para alumbrar mundos ignotos en un mañana ya cercano. Vefase aterrizando con su orbimotor en los rientes valles de Marte o Venus, o en los nevados picarachos de sus ingentes montes; vefase aclamada en las ciudades por los representantes racionales de la variada fauna planetaria que serían... ¿Cómo serían?... ¿Quién puede adivinarlo?... Pero que de seguro habrían de ser cosa extraordinaria, muy por cima de cuanto forja pueda la humana fantasía.

Y habría que ver su retorno a la Tierra, y habría que sentir la emoción con que al desembarcar la aguardarían aquellos pobres viejecitos; y los abrazos que les daría ella, que cada día iba queriéndolos, no un poco, sino mucho más; tanto, que al pensar en aquellos abrazos del retorno se los amargarón las lágrimas de la despedida con emoción que la dejó privada de conocimiento.

Es sorprendente: ¿verdad que es sorprendente no encontrar en el reparto de personajes de estos sueños de una mujer de veinticuatro años sino mundos, estrellas, ciencias, borrosos y tal vez espantables extraterrestres hombres?... ¿Verdad que todavía es más extraordinario que en tales fantasías no estuviera la estirpe de Adán representada, no muy gallarda ni lucidamente, sino por tres ancianos entre sesenta y nueve y setenta y siete años, sin que por parte alguna apareciera ni un bigote rubio, ni una barba negra, ni sombra, ni recuerdo, del más insignificante galán joven con su bigote, barba o rasurado?

Vaya si lo es, y tanto, que el mismo autor no lo creería a no saber que mademoiselle Thellis lee como en libro abierto en corazonas, almas y cerebros; y a no hacerle observar aquella pitonisa que, el altísimo nivel psicolo-eti-cientifi-estético de la heroína, no podía hallar sino difícilmente hombre capaz de impresionarla.

¿De modo que ni un mal novio? ¿Ni siquiera el más leve recuerdo amoroso o poético?... Esto es desagradable para muchos lectores, y desde luego para todas las lectoras: esto es soso. ¡Una novela en que una ella de tal fuste no tiene un él con qué hacer juego!... ¡Bah!...

Alto ahí; de que hasta ahora no hayan asomado a estas páginas sino calvas cabezas masculinas no puede temerariamente deducirse... ¡Pues no iba ya esta pluma charlatana a destriparme la novela!... Nada: de lo que ha de ocurrir no digo nada; lea quien quiera, y quien no, que lo deje.

Como no mata la felicidad, y como cada

uno de los dos abuelos aplicó, muy solícito, tres o cuatro remedios, y la abuela, más práctica en indisposiciones infantiles, no se quedó a la zaga, a los pocos minutos lucían de nuevo los colores en el rostro de María Pepa y la serenidad en su mirada, sin serle necesario para ello entonarse con el moscatel de Sitges que le ofrecía Ripoll, ni con la Malvasía aconsejada por Fognino, ni con el Rhin que le brindaba Hauptf.

Por si con la emoción no se había enterado María Pepa del brindis, de nuevo lo repitió el presidente—repetición que aquí se omite—, sin poder acabarlo, porque antes estalló ruidosamente la alegría de todos, que llegó al colmo al decir María Pepa:

—Abuelitos, os quiero mucho, mucho...

No; el colmo fué cuando inmediatamente, poniéndose de pie, echándose a llorar y tendiendo los brazos, agregó:

—... y tengo muchas ganas de abrazaros...

Tampoco; el colmo, el verdadero colmo, se alcanzó cuando no queriendo ninguno de los sabios guardar turno, se arrojaron a aquellos brazos, en donde no había hueco para los tres a un tiempo; por lo cual, abrazaba cada uno a quien podía; y en el montón informe de abrazantes y abrazados no sólo lloraba María Pepa porque lloraban todos, que también llora la alegría.

No obstante ser de roca, estaba el Tibidabo conmovido; y al deshacerse el enredijo donde andaban revueltas vejez y juventud, caducos rostros y radiante belleza, fué preciso llamar al camarero para que les trajera cuatro copas de azahar.

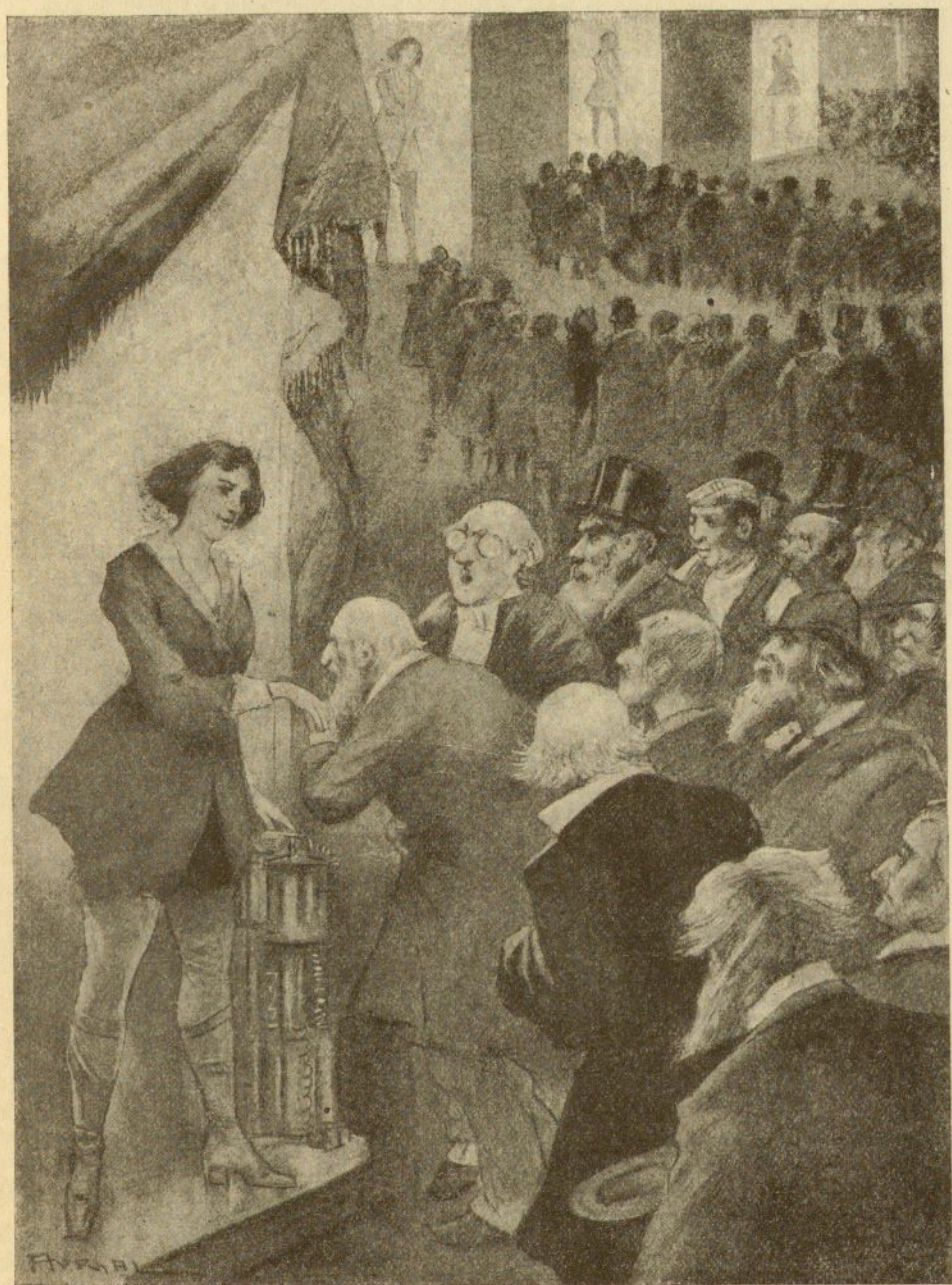
Aquella fué la solemne ocasión en que la nieta apeó el tratamiento a los abuelos, encantados de semejante novedad.

—Y ahora a Zaragoza, a ofrecer, con nuestros respetos, el premio a tu eximia maestra.

—Fognino, dile al motorista—ya, felizmente, no decían *chauffeur* los españoles, y ya con la emoción también se tuteaban los tres sabios—, que meta en el *Colomba* estas botellitas de Priorato y estas ciruelas de Lérida. Yo no las dejo aquí. ¡Eh, *noy*, coge tú ese *tortell*!... ¿Habéis visto vosaltres ciruelas como las de Lérida, ni *tortells* como los de Barcelona? Como no hayáis visto... ¡Pobrets!...

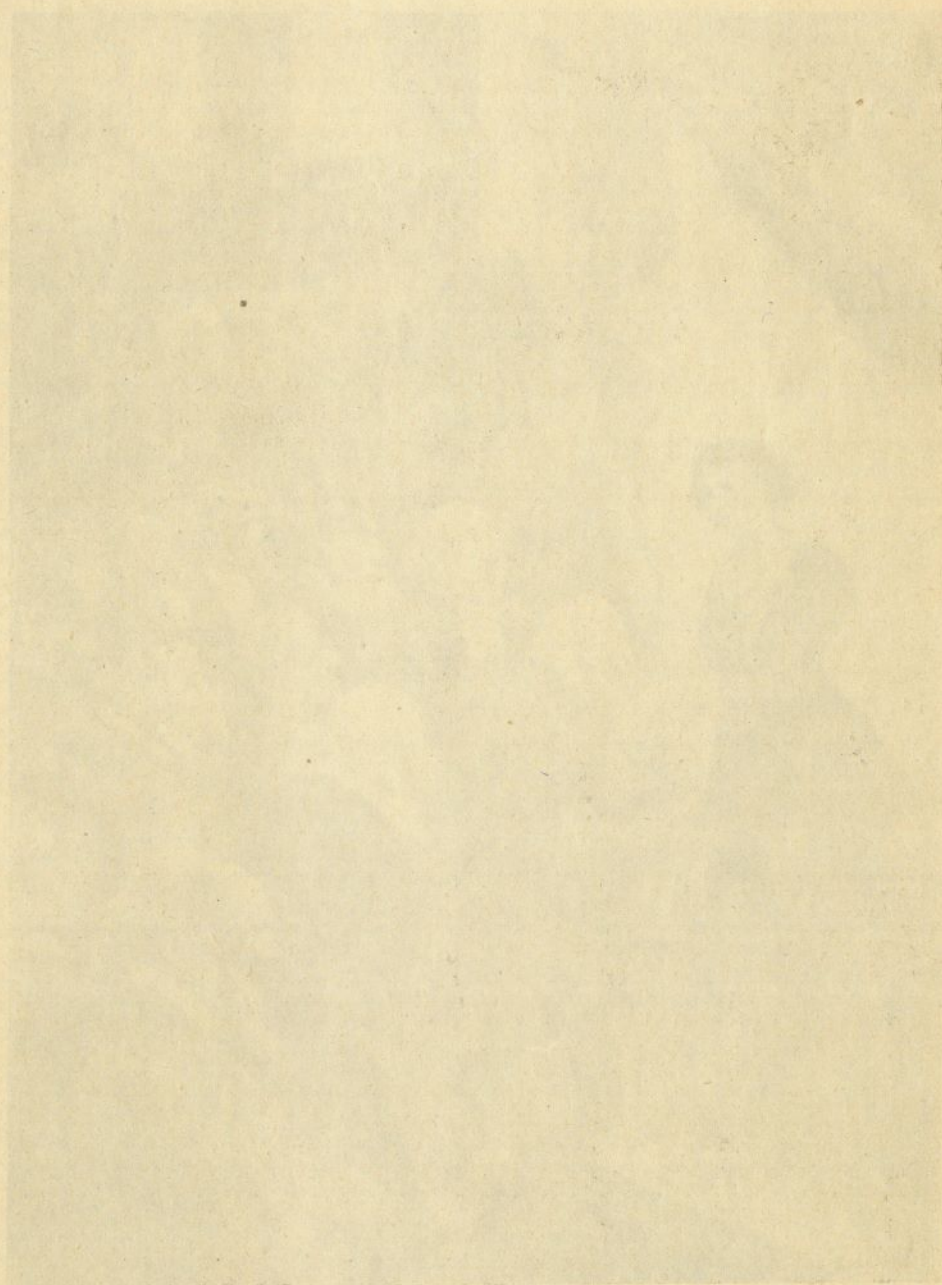
Partió el avión para Zaragoza. En los labios de María Pepa mariposeaba burlona, socarrona sonrisa cuando alguno de los viajeros nombraba con gran respeto a doña María Josefa, de quien, naturalmente, se habló mucho en la travesía; es decir, hablaron Hauptf y Fognino, pues la muchacha no hacía sino mirarlos con el rabo del ojo y reírse a hurtadillas, y Ripoll lamentarse de la supresión de la escudella. "Tenían que





... veinticuatro simultáneos besamanos de otras tantas Marías Pepas proyecfocopizadas  
en igual número de telones.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
100 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL. 733-7321  
1968



probarla, volviendo cualquier mañana al Tibidabo". Todo ello con verbosidad extraordinaria, que aumentando a compás de las copas de anís del mono que caían, alarmó a María Pepa, haciéndola tomar la decisión de embargar la botella.

—No pases pena, Pepeta; no hase daño. ¡Es de Badalona!...

Pero no le valió, porque Pepeta dijo que ni que fuera de Tarrasa bebería ya otra copa. Porque borracho, no; pero alegrísimo sí estaba el respetable astrónomo. Mas conste que si bebió más de la cuenta no ha de achacarse a intemperancia, sino a patriotismo y a deseo de acreditar ante extranjeros las marcas de la industria catalana, y porque aquello de tutear a María Pepa y llamarla Pepeta y que ella le tuteara lo tenía trastornado.

En Zaragoza aterrizó el *Colomba* en la

vasta azotea de la casa de nuestra inventora, que hizo bajar a sus acompañantes al laboratorio; y cuando allí los tuvo dijoles entre solemne y burlona, irguiéndose ante ellos y echando hacia atrás su graciosa cabeza:

—Tengo el honor de presentar a ustedes a mi insigne maestra, doña María Josefa Bureba... en la propia persona de vuestra nieta...

—¡Oh!... ¡Ah!...

—No puede ser... ¿Qué?... ¿Cómo?...

—Que aquí no hay otra María Pepa, ni otra inventora, ni más sabia que yo.

... ..

¿Qué pasó allí?... No acierto a contarlo, porque la misma conmovedora escena del Tibidabo palidecía ante aquello.

Quien pueda que se lo figure.

## X

### UNA EXPLOSION DE INTERNACIONALES ENTUSIASMOS

Un mes después de los sucesos relatados en el último capítulo, parecía el Instituto de Viajes Planetarios, más que un centro científico, un descomunal Palace o Ritz cualquiera, ocupado por centenares de sabios de todas nacionalidades afanosos de oír las conferencias en que la ilustre inventora iba a explicar su invento al mundo científico antes de levantar en su *Colomba* el vuelo para trasladarse a los lugares donde debía dirigir la construcción del autoplanetoide; pues por razones que pronto serán dadas, habíanse elegido para efectuarla las cercanías de la ciudad de Mendoza, en la antigua República Argentina, y a la sazón (año 2184), una de las monarquías socialistas de la Gran Federación Hispano-Americana, que se extendía desde California al Cabo de Hornos, y del Océano Pacífico a las Islas Baleares, aunque, ¡ay!, dejando en medio un claro o calva en Portugal, complemento extraño a tal federación.

Era lógico el afán de los hombres de ciencia por fignear el prodigioso invento, y natural también no se avinieran a aguardar el retorno, acaso problemático, del viaje, no a Mendoza, sino a los planetas, preñado de incertidumbres y peligros. Defiriendo, por tanto, a universales sugerencias, accedió María Pepa a dar aquellas conferencias.

Con los medios de instantánea comunicación vulgarizados en el siglo XXII, nadie necesitaba molestarse en acudir a Trujillo

para oír y ver a la conferenciante, pues todo aquel que en su casa tuviera un *autofonóscopo* podía oírla, en bata y zapatillas, sin dejar su butaca, y verla con igual comodidad en la placa transparente del *televiscinógrafo* sin perder ni un ademán ni un gesto de su oratoria; más todavía, hasta obtener impresos los discursos era fácil con sólo ir arrancando taquiestenografiadas películas de los tacos de los *taquiteleautógrafos*.

Así asistieron virtualmente a sus conferencias cuantos sabios no pudieron, y los pocos que no quisieron trasladarse a Trujillo. Pocos, porque, aparte el interés científico, ¿quién no apetecía ser presentado a aquella buena moza, doble prodigio de ciencia y hermosura, y departir con ella *tête-à-tête*, *vis-à-vis*, o mano a mano?

Excepto el pabellón de Venus, naturalmente reservado para la reina de la fiesta, parecían el sol, y todos los planetas no templos astronómicos, sino casas de huéspedes atestadas de viajeros. Tal sabio tenía su cama entre un telescopio y un péndulo; aquél dormía en un colchón tendido en el balconcillo de una ecuatorial; como conejo en madriguera, metíase otro por la noche en el tubo de un anteojo de pasos en mal uso; uno tosía y otro estornudaba con los vapores excitantes del laboratorio, donde tenía su alcoba; en las obscuridades de un gabinete fotográfico negro o rojo, donde a fuerza de empeños consiguió alojamiento,



tropezaba con todo un profesor corto de vista, y se llenaba la cabeza de chichones; esto-tro utilizaba como mesa de noche una máquina neumática.

Esto en el Instituto, donde no se dió acceso sino a verdaderos príncipes de la Ciencia; que fuera de él se estaba mucho peor; pues quienes, menos linajudos en la grey científica, no tenían tantos cuarteles en sus escudos de sapiencia y los plebeyos del saber, hubieron de buscárselas en Trujillo, donde por media cama, a compartir con otro media noche, y un taburete para la otra media, se pagaban 100 pesetas; con lo que, a cuatro huéspedes por lecho, producía cada uno a su feliz arrendador cuatrocientas pesetas cotidianas.

Veinte conferencias dió María Pepa, en otros tantos días, a tres horas cada una; pues hubo de explicar no uno, sino muchos inventos con matemático rigor de que prescindiremos cuando, no de un tirón cual ella, sino *pian piano*, las extractemos para uso de lectores no sabios, sino por el estilo de los que se alojaban en el pueblo.

Pero antes, y cual muestra de lo que era, digo será, aquel mundo de 2184, conviene decir algo del ingenioso procedimiento empleado para que la conferenciante fuera vista, no ya en propio tamaño, sino muchísimo más grande, desde todos los ámbitos del Instituto y sus alrededores.

La instalaron en lo alto del Sol, metiéndola en una enorme jaula cilíndrica, de cuyo contorno, y a modo de aspas de una rueda de la cual fuera la jaula cubo, partían dos docenas de canutos, que siendo iguales quedan todos descritos en describiendo uno. El extremo de él, que se soldaba a la jaula, o dicho de otro modo, *que miraba* a María Pepa, terminaba en una lente por su destino análoga a las grandes de los gemelos de teatro. Hacia la parte opuesta, en vez de quedar cerrado el tubo, como dichos gemelos, por una pequeña lentezuela ocular, tenía una pantalla de cristal cuajado, semejante a la de una cámara fotográfica, donde quien se mete debajo del paño negro del fotógrafo ve la persona y objetos situados delante de la máquina. Del mismo modo, quien mirara la pantalla de cristal del tubo podía ver una María Pepa viva, animada, en movimiento, con todos los colores de su tez y su traje, pero chiquirritina, diminuta, como si con gemelos usados al revés se la contemplara.

Hasta ahora nada tiene de particular el PROYECOCOPPIO; tal es el nombre de este aparato inventado en 2045; pues lo extraordinario para nosotros, pobres ignorantes de 1919, viene ahora. Sobre cada uno de los tu-

bos descritos va montada (1) una linterna productora de potentísima luz, pero negra: quiere decirse que aun encendida en la obscuridad no alumbra. Para explicar este aparente incomprensible despropósito, bastarán dos palabras, dichas las cuales, esa luz, que los ojos no ven, será vista por las inteligencias; la lámpara del proyecocopio emite LUZ ULTRAVIOLETA.

Y eso ¿qué es?... ¿Un color nuevo?... Según lo que entendamos por color. Y para ver si lo entendemos, hay que dejar por un rato el proyecocopio, instrumento de mañana, y agarrarse al espectroscopio y a la máquina fotográfica; cosas de hoy, sin las cuales no es fácil explicar, porque aun cuando no luzca, es luz la luz ultravioleta.

No asustadse, va a ser muy sencillo. Todos sabemos lo que es el arco iris que vemos en el cielo, en los bordes de pisapapeles y en las aristas de espejos biselados oblicuamente heridos por el Sol: una cadena de colores gradualmente diluídos en los inmediatos, y que la vista ha dividido en siete principales. Todos ellos son luces procedentes del Sol, mas no la luz del Sol, blanca, o más bien incolora, al través del cristal, el aire, y el agua en estrechos espesores, pues cuando dichos cuerpos están en grandes masas la tñen del azul de la atmósfera o del verde del mar.

Píntense de distintos colores los rayos de una rueda, hágasela girar rápidamente, y el movimiento, mezclando los colores de los rayos de ella, nos hará ver la rueda entera de uno que será diferente de cada uno de aquéllos. Pues bien: cuando las hebras de luz del iris traban y enredan sus policromías, fúndense sus colores en la madeja de la luz blanca, o incolora, que comúnmente nos alumbra. Pero cuando esa madeja llega a un objeto al chocar con el cual quedan cortadas las hebras amarillas, verdes, etc., *todas menos las rojas*, entonces vemos rojo dicho objeto; las hojas de los árboles quiebran todas las hebras menos las verdes; por eso, envuelto entre hebras verdes de la luz que lo hiere, es verde el árbol. En las mieses de agosto mueren todos los hilos menos los amarillos que doran las espigas.

Sea ahora la luz blanca, no madeja, sino haz de agujillas microscópicas, rojas, amarillas, azules, etc., y entonces van unas a

(1) Adviertan los lectores que en esta obra es difícil el riguroso empleo de los tiempos gramaticales de los verbos; y tengan la bondad de no hacer alto en menudencias, considerando que si esta narración de sucesos que habrán de suceder puede aquí relatarse, es por haberlos visto ya o estarlos viendo la pitonisa que nos los comunica.



penetrar en lo interior de los objetos, y a quedar otras clavadas en sus superficies.

Tengo una flor que, por estar a oscuras, no sé cuál es. Pero hago llegar a ella los haces de agujillas de un rayo del Sol, y de las siete de cada haz penetran seis tan hondo y tan adentro, que escondidas se quedan a la flor: no puedo verlas. Una en cada haz, la misma en todos, no lleva fuerza sino para hincarse en lo externo de las hojas. Allí las veo, son de color violeta; pues la flor es una violeta.

Los labios de una niña bermejean con los pinchazos de las agujas rojas. Las demás no se ven por haber escondido sus colores bajo la epidermis.

¿Por qué penetran unas en lo hondo y otras se quedan fuera?... ¿Por qué se esconde el agua en una esponja y en la plata no entra?... ¿Por qué la misma luz resplandece en el oro y se trueca en tinieblas al tocar el carbón? A preguntas de esta índole nunca responde la Naturaleza, que muestra hechos y se calla las causas.

El contacto de la luz con los cuerpos coloreados es, pues, un medio de desenredar la madeja o el haz de rayos de colores de ella; pero un medio muy caro, pues de cada siete hebras o agujas deja perdidas seis en el seno de los cuerpos. Si no son éstos negros, donde, escondidas todas, no queda una que alumbre.

En cambio, los cuerpos transparentes dejan ver a través de sus entrañas la luz blanca sin modificarla. A menos que la luz los atraviase oblicuamente, y en condiciones especiales, como atraviase las gotas de agua del arco iris, los biseles del espejo o el *prisma de cristal* de los gabinetes de física, que al ser herido por un rayo de luz separa suavemente cada hebra sin romper ninguna, o desvía cada aguja un poco más abajo o más arriba de su inmediata compañera, lanzándolas, cual siete divergentes varillas de abanicos a un papel o pantalla donde se clavan, no en montón y fundidas en luz blanca, sino ostentando cada cual su color, y alineadas en este orden: roja, amarilla, anaranjada, verde, azul, añil y violeta.

Peero ¿y la luz ultravioleta?... (1) Pues esa

es una luz que *está*, pero que *no se ve*, en el iris, porque no alumbra; es una octava hebra, una octava flecha, pero invisible.

¡Luz que no alumbra!... No alumbra nuestros ojos, pero si con ayuda de ella, y solamente así, pudieran nuestros ojos darse cuenta de la existencia de un objeto sumido en la obscuridad. ¿No podría decirse que también ella alumbra, aun cuando sea de diferente modo?... Veamos.

En una habitación iluminada está un amigo mío frente a la máquina fotográfica, y en el cristal deslustrado de ésta lo veo reproducido. Con poner una placa obtendría su retrato.

Pero mientras yo estoy mirando aquella imagen de mi amigo en el cristal, llega alguien, cierra las ventanas y dejo de verlo. Pongo en la máquina la placa para el retrato... ¡Qué tontería! ¡Si no hay luz!... Verdad; al revelarla veo que allí no hay nada, por faltar luz que descomponga la película. Ni la placa ni yo hemos visto nada... Pero la óptica y la fotografía tienen vidrios coloreados, y otras sustancias, que interceptan todas las luces de visibles colores,

=====	Violeta.
=====	Añil.
=====	Azul.
=====	Verde.
=====	Amarillo.
=====	Anaranjado.
=====	Rojo.

¡Qué brillo! ¡Qué pureza de colores! Bueno, no hay tiempo que perder, pues lo necesitamos para substituir la pantalla por una placa fotográfica que, en cuanto reciba la luz y sea en el laboratorio revelada, va a mostrarnos, en la parte de ella descompuesta al contacto de la luz, una mancha negra de la anchura del iris de rayas recién visto, y de altura igual para quien no se fije a la total de él desde el principio de la banda roja hasta el final de la violeta.

Pero los sabios, que son gente que se fija, han medido la altura de la zona irisada del cristal esmerilado, y la de la mancha de la placa, hallando para aquella siete centímetros, y once—no hay que fijarse en la cuantía, sino en la diferencia entre estos números—pongo por caso, para la de la parte ennegrecida del *cliché*. Es decir, que por cima del lugar que en tal *cliché* corresponde a la altura de la raya violeta de la pantalla, se prolonga la negrura.

Peero ¿qué es lo que ennegrece la película sensible de la placa? La luz, naturalmente. Pues si por encima de la parte tocada por el último rayo de luz violeta, está la película ennegrecida, descompuesta, es que por cima de esos rayos han llegado a ella otros, para la placa de igual naturaleza que ellos, pues al tocarla la ennegrecen de igual modo. He aquí esa octava hebra o aguja de luz ultravioleta, que los ojos no ven en los objetos coloreados, pero que ve la placa, y no sólo la ve, sino que más arriba del negro con que el violeta la tizna a ella, nos enseña el tiznón prolongado por el ultravioleta.

(1) Coloquemos el prisma dentro de una máquina fotográfica, entre la abertura de ésta, que solamente deja pasar una rayita muy fina de luz, y el cristal esmerilado de ella, en donde vamos a curiosear, tapándonos, naturalmente, la cabeza con el trapo negro.

¿Qué se ve...? Siete rayas—las llamaremos rayas para simplificar, aunque son bandas—de diferentes colores, que en la pantalla se presentarán así:



sin detener la luz ultravioleta (1); con lo cual, si en vez de cerrar la ventana la tapo con dichas pantallas, a mi amigo y a mí y a la imagen del vidrio deslustrado, nos ocurre lo de antes, quedaremos a oscuras, completamente a *oscuras*; de ello estoy bien seguro, porque no veo. Y, sin embargo, han variado las cosas de como estaban cuando cerraron la ventana.

¿Meto la placa fotográfica en la máquina? ¿A qué, si antes ya vimos?... Psch, como nada perdemos, ni siquiera la placa, que no va a impresionarse... Y aquí de la sorpresa: después de revelada veo en ella, al sacarla a luz clara, el monigotillo que no veía en el vidrio deslustrado, y que en él debía estar cuando de allí lo trae la placa. He retratado, pues, a mi amigo ¡sin luz!...

Alto ahí: a oscuras, sí; sin luz, no: cosas que ya se ve no son lo mismo. He hecho el retrato con luz ultravioleta, que, incapaz de atravesar los postigos de madera, se filtra a través de las pantallas. Luego esa luz *ha alumbrado* la cara de mi amigo para mostrársela al cliché, que a su vez me la muestra; y si la veo yo ahora en el retrato es, en definitiva, porque antes la ha alumbrado, en mi obsequio, la luz ultravioleta.

Hay en el mundo quienes, padeciendo la enfermedad llamada daltonismo, son ciegos para el rojo, el azul u otro color cualquiera, y no por ello pueden decir que no existen el azul ni el rojo; pues bien, la especie humana padece daltonismo ultravioleta, color que ven casi seguramente otras especies animales: por ejemplo, los gatos, que, cual la máquina fotográfica, habrían visto a mi amigo cuando yo no lo veía, y no pocos bicharracos que viven y se mueven en lo que el hombre llama oscuridad; oscuridad para él.

Para volver a nuestro proyecfocopio, demos otro pasito, declarando que la luz no es sino propagación de movimientos de *algo* que mientras está quieto no sienten los sentidos humanos, pero que sí perciben de diversos modos cuando se pone en movimiento. Ese algo es el intangible ÉTER, que según vibre u oscile, de una u otra manera, a tal o cual velocidad, lleva de un lugar a otro el mensaje de la telegrafía sin alambres, o transporta calor, o enciende luz, o descompone la película fotográfica, o engendra los rayos X, que atraviesan piedras y metales, y a través de la carne del cuerpo nos enseñan el esqueleto.

No doy ahora detalles que alargarían de-

masiado la presente toma científica. Más adelante, cuando el autoplanetoide bogue donde no hay más que éter, serán más oportunas nuevas dosis; y si aun entonces resultaran pesadas, no faltarán otras novelas donde diluirlas en mucha fantasía para no acarrear indigestiones.

Pero, aun saltando menudencias, conviene ahora saber que al vibrar el éter contenido en los cuerpos a razón de 450 millones de veces por segundo—y esto, nadie se asombre, no es para el éter un movimiento rápido—, se incendia el cuerpo con luz roja y vemos color rojo; que vibrando más y más de prisa, engendra sucesivamente los progresivos colores del iris, llegando su velocidad en un rayo violeta a 750 millones de millones de sacudidas por segundo. Vibrando más de prisa ya no lo vemos, y entonces es luz ultravioleta.

Todo esto lo saben los físicos de 1919; pero lo que ignoran es cómo se aplicó, andando los años, a la invención del proyecfocopio, que no era en realidad sino un antejo, o más bien, medio antejo, combinado con una linterna mágica donde los *monos* o paisajes, pintados en cristales, que con ella se suelen proyectar, estaban substituídos por una María Pepa, de colores, muy chirriquitita.

Una linterna ordinaria habría podido proyectarla, siempre que la operación se realizara en la oscuridad, porque a través de ésta habrían viajado, sin obstáculo, los rayos de todos los colores, encargados de pintar otra más grande en el telón, cosa imposible en pleno día, porque estos rayos se confunden, se deshacen, se embeben en la luz ambiente del aire iluminado. Y aquí de la ultragenial aplicación de la luz ultravioleta de la lámpara del proyecfocopio, que, llegando por detrás del cristal, donde gesticulaba la figurilla, y atravesándolo, se interponía entre los rayos de diversos colores emitidos por ésta, envolviéndolos en cónico canuto de luz ultravioleta completamente impermeable a la del día; con lo cual ésta, sin mezclarse con ellos, les permitía viajar en línea recta, hasta el telón o pantalla, en donde la simpática inventora surgía cual si estuviera viva, pero agitantada por la distancia del telón (1).

(1) Como los sabios de hoy serían verdaderos ignorantes en el siglo de María Pepa, no faltará quien entre ellos reputé absurda e imposible esta solución del túnel de luz ultravioleta, que, con cuatro palabras, quedará explicada con tal vulgaridad, que ha de ser evidente para los menos sabios.

Tómese un molinillo de chocolate—creo que nada más vulgar—, métase en la chocolatera y hágasele girar rápidamente, en la usual forma

(1) Por ejemplo, las pantallas de cuarzo, las formadas por tres cristales superpuestos de colores, rojo, amarillo y azul, o con otros dos convenientemente elegidos.



Como había veinticuatro tubos en el proyecfocopio y otros tantos telones, los asistentes a las conferencias podían contemplar dos docenas de Marías Pepas, de la estatura de catedrales: de frente, de perfil, de tres cuartos, por la espalda, sin perder ni un movimiento, ni un gesto de ella. Por último, las disformes bocinas de veinticuatro *clamófonos* reforzaban su voz, lanzándola a veinte kilómetros en todas las direcciones de la rosa de los vientos.

La sencillez de este último aparato, excusa descripción; pues para comprenderlo sobre saber que resultaba de combinar un receptor telefónico con una caja de resonancia, un vulgarísimo fonógrafo y un *megáfono* o bocina marina.

Digno remate de aquellas conferencias fué el solemnisimo besamanos—poco besar en opinión de muchos—, en que millares y millares y millares de ósculos fueron respetuosos y afectuosamente depositados sobre la nivea mano de María Pepa por aquellas muchedumbres. Pero ha de advertirse que, asustada ella del número de besantes, y siendo patente la imposibilidad de tener a la pobre criatura días y días, tal vez semanas, con la mano estirada, se organizaron, no uno, sino veinticuatro simultáneos besamanos, repartiendo el homenaje de ellos entre las veinticuatro Marías Pepas proyecfocopizadas en igual número de telones.

Y todavía, y a despecho de tan ingeniosa

simplicación, cual princesa encerrada en encantada torre, pasó en su jaula siete horas que, aun abreviado, duró el desfile de la multitud por los telones.

Después... Después el delirio, porque aquellas conferencias fueron un éxito colossal, digo, dos: uno para la sabia, grande, grandísimo, y otro infinitamente mayor, incomparablemente más inmenso para la buena moza: un verdadero triunfo internacional de la belleza, prólogo solamente de otros no ya internacionales, ni mundiales, sino universales.

La multitud vibraba de entusiasmo con la chica, como hemos visto vibra el éter en la luz: los calmosos ingleses se agitaban al compás de los 450 billones de pulsaciones del rojo; los alemanes llegaban a los 550 del amarillo; estremecíanse italianos y franceses con los 700 billones de sacudidas del añil; el vertiginoso latir de los rayos violeta incendiaba la sangre de los españoles, y entre éstos parecía inminente la explosión de los baturros con el vibrar inconcebible del ultra, y quién sabe si del extraviolato.

Por cierto que ocurrió entonces un fenómeno, ya entrevisto, más aún, producido en el siglo xx por el eminente electricista De Forest: la transfiguración de la luz en sonido, pero en escala muchísimo más vasta; pues mientras aquel sabio americano solamente había conseguido reemplazar violines, trompas, flautas... por bombillas eléc-

empleada para batir el chocolate, con lo cual sabe la más ignorante cocinera que el chocolate bajará alrededor del molinillo, ascenderá por las paredes de la chocolatera y ahuecará en el centro de ésta un hoyo vacío de chocolate a lo largo del mango, rabo o vástago del molinillo.

Explicación mecánica del fenómeno culinario: que la velocidad de la rotación no permite que ni una partícula de chocolate quede donde su acción alcanza; y nadie negará que esto es un túnel, aun cuando sea de hirviente chocolate: un túnel líquido-centrífugo.

Cójase ahora un fuelle—tampoco este aparato tiene nada de complicado ni científico—, soplese con él dentro de una habitación y es sabido que el viento, o sea *aire en movimiento* que de allí sale, rechaza las partículas de *aire tranquilo* de dicha habitación, y a través de ésta avanza la corriente, lanzada por el fuelle, de aire que viaja en el seno del aire, sin mezclarse con él; un túnel gaseoso en el aire sereno recorrido por aire en movimiento.

Pues supóngase ahora un enorme molinillo agujereado en su base como una espumadera, y que por cada agujerillo sople un fuelle. Lo esencial es que haya muchísimos agujeros y muchísimos fuelles. Soplen éstos y gire el molinillo, y entonces está claro que los túneles de aire por aquellos lanzados ya no van a ser rectos, sino que cada sople avanzará girando en forma de tirabuzón ciclónico, análogo al ciclón de chocolate, y que no dejará en su camino ni una sola partícula de aire tranquilo, por doquier rechazado

al exterior del túnel grande formado por la reunión de todos estos pequeños y retorcidos túneles.

Con hacer que los fuelles soplen empujando el viento que vomitan con velocidad de 300 millones de metros por segundo—la de la luz—y que dé el molinillo 800 o más millones de millones de vueltas por segundo, que es como vibra la luz ultravioleta, tendríamos un verdadero túnel de esta invisible luz dentro del cual no quedaría ni un destello de la difusa luz del aire.

El molinillo, con sus innumerables fuelles, lo tenemos personificado en el proyecfocopio por la lámpara ultravioleta que hace avanzar la vibración a lo largo de los tirabuzones. Si más no hubiera, nada veríamos en los telones al llegar a ellos los rayos de esta luz que no alumbraba; pero de la figurilla de María Pepa, que tenemos en el foco del aparato, salen otra infinidad de tirabuzones repartidos en muchísimos molinillos de rayos de colores; unos parten de los labios y llevan luz roja, otros salen del terciopelo verde de su chaquetilla y la llevan verde, etc., etc.

Todos estos colores que al separarse o combinarse de diversos modos trazan formas y pintan tonalidades, viajan en vertiginosos torbellinos dentro del túnel de la luz violada, sin deshacerse en el aire del que ésta los separa, y al llegar a los telones allí dibujan y coloran la graciosa figura de la conferenciante.

Creo que más claro... A ver qué dicen ahora los atrasados sabios de estos tiempos.—*Nota de mademoiselle Thellis.*



tricas de diversas formas y tamaños (1). las muchedumbres congregadas dentro y en torno del Instituto Planetario hicieron mucho más, cuando vibrantes con entusiasmo, que por su acelerado ritmo sólo cabe llamar lumínico, rompieron de improviso en diversas canciones. Feliz suceso, pues esta filarmónica expansión vino a ser válvula que evitó la catástrofe de convertir a aquella gente en polvo o en cisco, pues es sabido que las vibraciones musicales son incomparablemente más lentas que las de la luz. De aquí vino el alivio.

Los hijos de Inglaterra y de Germania cantaban sus himnos nacionales, pero modificando sus letras originales en estas formas:

"God save miss Bureba."

"María Pepa uber alle."

Desgañitándose, entonaban los españoles una jota valiente, cuya letra empezaba:

"El Ebro es ya salado como los mares..."

Y pueden ustedes suponer cómo seguía, y cuál fuera la causa de este químico cambio de las aguas del río.

Y los franceses, contoneándose a compás de una música *boulevardière* y retozona, cantaban unos *couplets* cuyo comienzo era:

"Il n'y a pas d'autre c'est la plus belle",

y el estribillo, "Viens, viens ma belle Pe-pette".

.....  
.....

## XI

### MARÍA PEPA TOMA TRES AYUDANTES Y SE LOS LLEVA A AMERICA

Se ha dicho en el capítulo anterior que María Pepa proyectaba trasladarse a la Argentina para fabricar en la provincia de Mendoza, al pie de la cordillera de los Andes, su avioestelar. Dos razones había para tal elección: una de orden moral, puede decirse que de agradecimiento, ya que el origen de los treinta y tres mil y pico de millones actuales que permitían realizar el viaje planetario procedían de aquellas hermosas tierras de La Plata, y otra científico-industrial, y hasta económica, que aconsejaba montar la multitud de fábricas, talleres y astilleros necesarios para la complicada construcción cuan cerca se pudiera de los lugares donde más abundantemente brindara la Naturaleza las principales materias primas requeridas por ella.

Mendoza, capital de la provincia, era un soberbio emporio de actividad minera y metalúrgica. Destruída en 1861 por un tremendo terremoto, probablemente ocasionado por internas convulsiones de la cercana región volcánica de Maipo—perteneciente al majestuoso macizo montañoso del Aconcagua—, renació de sus escombros; y desde que a fines del siglo xx se perfeccionaron en el

mundo los métodos de exploración geológica y explotación minera, a ella aflúan en montones o raudales oro y plata de Uspallata y San Rafael, hullas, petróleo, asfalto de Tupungato, Huco e Inca, y los productos de abundantes solfataras de comarcas cercanas, levantando la antigua ciudad a emporio de exuberante riqueza, que, inteligentemente explotado, había hecho de la provincia una de las regiones más ricas del orbe y elevado a 2.500.000 habitantes la población de su capital.

Pero, con ser importante todo esto, la causa principal de la elección era que diez o doce años antes de ganar María Pepa el Gran Premio Castrejo, se había realizado, en el interior del único cráter completamente extinto de los volcanes de Maipo, el descubrimiento de un metal nuevo, el *taliuro* (1), que resultó ser el más denso de los conocidos, pues pesaba 37 veces más que el agua, es decir, unas tres veces y media lo que el plomo, el doble poco más o menos que el oro, y mucho más que el célebre uranio de Joachimstall, de donde allá por los años de 1900 sacó Madame Curie, por la primera vez, aquel sensacional radio, cuyas maravillosas aplicaciones, generalizadas y extendidas en el siglo xxi y xxii, habían transformado por completo el mundo; y

(1) Antes que De Forest, ya Dudle y Poulsen habían hecho cantar al arco eléctrico; pero no se les había ocurrido, como a aquél, construir pianos y orquestas reemplazando las cuerdas y los instrumentos con bombillas (audiones), lo cual preocupaba y ocupaba al primero de los citados sabios en el siglo xx.

(1) No confundirlo con el telurio conocido de la Química de nuestros tiempos, pues nada tiene el telurio que ver con el taliuro.



también más pesado que la carnotita norteamericana, de donde también se extrae el mismo radio.

Esta extraordinaria pesantez del taliuro era para María Pepa una cualidad inestimable, pues gracias a ella iba a poder asegurar la estabilidad de cosas y personas en el autoplanetoide, creando en su interior una fuerza de gravedad propia, sin la cual no puede un mundo, aun cuando sea diminuto, hacer buen papel en el concierto de los mundos. Y que, aun siendo pequeña, resultaría extremadamente útil, más todavía, indispensable a los viajeros que en su seno llevará de astro a astro.

Y no paraba en esto la utilidad del taliuro, pues aunque el mundo químico lo conocía ya en 2184, no conocía el CINETORIO, que María Pepa había extraído de los pedruscos de Maipo, ni sabía, por tanto, que el cinetorio tenía propiedades radioactivas de nueve a doce veces superiores a las del radio, ni menos que cinetorio contenían las cápsulas que detuvieron la locomotora, e hicieron brincar al acorazado por cima de la Barceloneta.

Nada de esto sabía ningún sabio, como no fueran Ripoll, Hauptf y Fognino, a quienes en secreto se lo había revelado su nieta. Y sabían también otro, el de los misteriosos excitadores de las cargas de las capsulillas, y también lo callaban.

Los demás habitantes del mundo, *del automundo de María Pepa*, no tendrán noticias de nada de esto, sino cuando en amigables paliques, que entretendrán ocios del viaje, se lo cuente ella misma. Entonces se enterarán también de ello los lectores, sin tener que aguardar, como los demás terrestres no participantes en la primera exploración planetaria, a que a la Tierra vuelvan los expedicionarios, únicos que, además del autor, podrán contarlo.

He aquí por qué se había elegido aquella remota provincia del lejano Plata para la fabricación y la partida del autoplanetoide. Bien que lo de remota y lejana sean calificativos solamente admisibles en la atrasada vigésima centuria, en la que apenas alboraban las navegaciones submarina y atmosférica, mientras en el adelantado siglo xxii la travesía subatlántica de Cádiz a Buenos Aires no requería sino cincuenta y cinco o cincuenta y seis horas, y eso realizada en condiciones de seguridad hoy desconocidas en los viajes náuticos; pues sobre ser sabido que no son de temer borrascas, ni ciclones, ni nieblas bajo el agua, el descubrimiento de un barniz fosforescente al contacto de las sales marinas, había descartado el riesgo de abordajes y choques; pues

pintados con él los suboceánicos buques, avanzaban envueltos en resplandecientes aureolas luminosas, no sólo desgarrando con sus proas el seno de las aguas, sino las sombras de ellas con sus halos de luz: visibles (y eso por la escasa transparencia de aquéllas en grandes masas) hasta cuatro o cinco millas: alcance que en el aire habría excedido de cincuenta o sesenta.

Así se navegaba en rutas poco frecuentadas, pues en las de gran tránsito, cual, por ejemplo, las de Dakar (punta occidental de Africa) a Río Janeiro y La Plata, existían verdaderas carreteras submarinas, o más bien tubos de luz semejantes a los metropolitanos de las grandes poblaciones, con una pista para los transublánticos de ida y otra para los de vuelta: inmateriales vías establecidas y entretenidas por procedimientos físico-químicos que no es difícil sean, cualquier día, dados a conocer en otra novela futu-histórica de aventuras submarinas.

De trasatlánticos nadie hacía ya memoria, y aun en los submarinos no se viajaba como no fuera por recreo o por investigación científica, siendo su verdadera aplicación el transporte de grandes cargas para las cuales faltaba fuerza y cabida en los dirigibles y aeroplanos trasatmosféricos, preferidos por quienes en los medios de comunicación buscan principalmente rapidez: aspecto en que era la vía aérea muy superior a la submarina; pues las sesenta horas exigidas en ésta para el viaje de Cádiz a Buenos Aires, se reducían a menos de cuarenta en los aéreo expresos que, de hora en hora, salían de ambas poblaciones. Y de Lisboa a New-York se iba en veintitrés.

Tal facilidad y frecuencia de comunicaciones había facilitado la intimidad entre españoles e hispano-americanos, que haciéndolos conocerse y estimarse, cual no se conocían ni estimaban en el siglo xx, fué importantísimo factor que, aunado a la necesidad de defenderse de la sajona absorción, determinó la unión de todas las individuales independencias de las naciones de cepa hispánica en la hermandad de la Gran Federación anteriormente mencionada.

Cuando los abuelos de María Pepa se enteraron de que esta brava moza, no satisfecha con sus laureles científicos, pretendía, no, imponía como precisa condición para la realización del viaje planetario, que a nombre suyo se expidiera el Real Despacho de Comandante en Jefe del Autoplanetoide, quedaron consternados.

Era una expedición peligrosísima, de la que acaso no se volvería. Era un capricho intolerable de niña mal criada. Debía tener en cuenta que ya no era una chica que pu-



diera ni debiera andar suelta por el mundo, y todavía menos por los mundos, cual moro sin señor; que si no tenía padres, no el moro, ella, tenía abuelos que no consentirían locuras ni temerías.

Y nada, todo inútil: María Pepa, erre que erre en sus trece, terne en la idea que se le había metido en su cabeza aragonesa.

Mucho respeto, ¡cómo no!, para los abuelos; mucho cariño, mucha suavidad, sonrisas y hasta mimos, tan pronto al uno como al otro viejo; pero de aquello no la apeaba nadie. Y que además ya era mayor de edad: tenía ¡veinticuatro años!

—¡Mocosa!—le contestó Ripoll.

Buscando otro registro, cedieron los abuelos la palabra a los sabios, y la Ciencia dijo que quien en tan temprana edad como ella había realizado los portentosos descubrimientos y los inventos transcendentalísimos que enaltecían su nombre, haciendo de él, no una esperanza, sino resplandeciente realidad, se debía a la ciencia de la Tierra. A ella la reclamaban la civilización y el progreso de los humanos, los *humanos de la Tierra*, en quienes era deber suyo pensar antes que en los extraños. Quien tal era y valía, no tenía derecho a abandonar el gabinete de estudio ni el laboratorio para lanzarse a aventuras donde, no sólo peligraba su preciosa vida, sino que la distraerían de estudios e investigaciones que...

—Pierden el tiempo, porque he dicho que voy, y soy de Zaragoza.

Ripoll, sabedor, por estrecho parentesco étnico con los aragoneses, de cuanto se encerraba en aquel tranquilo pero firme "soy de Zaragoza", movió la cabeza cual quien desiste de luchar con lo imposible. Solos siguieron, por lo tanto, en la brecha Hauptf y el otro, no tan enterados de lo que son baturros y baturras cuando dicen "por ahí tengo de meter la cabeza".

Fognino, muy a tono con su femenino papel de abuelita, o sea cada vez más imprudente, temerario y chillón, decía enfadadísimo, digo enfadadísima:

—Y todo ¿para qué?... Cualquiera puede substituirte, con sólo que le enseñes a manejar las cápsulas. Es una locura: ¡expatriarte de la Tierra, que es tu tierra, donde apenas se te acerque con buen fin cualquier sabio, que a docenas los tienes, de memoria sabremos si te conviene o no, si cojea y de qué pie, si no cojea...

—Pero si en lo que menos pienso yo...

—Eso decís todas, hasta que el día menos pensado... Y eso, eso es lo que me pone nervioso en ese viaje—a lo que todavía no había llegado Fognino era a emplear el género femenino cuando hablaba en primera per-

sona—. ¡Pensar que ese día te coja entre esos hombres que vas a encontrarte en Marte y en Saturno! ¡Hombres?... o lo que sean. Debe haber cada camastrón en Júpiter y cada pez en Neptuno...

—Pero, abuelita, ¡por Dios!...

—Déjame acabar. No está bien, ¡qué ha de estar!, que una niña como tú se vaya por esos mundos, y jamás se ha dicho esto con más verdad, a corretear con desconocidos: que hoy los de Urano, que mañana los de Mercurio... que luego... ¡Ave María Purísima!...

María Pepa daba evidentes señales de que se le acababa la paciencia.

—Eso es muy delicado; tu reputación...

Jamás hubiera dicho tal. A poder, habría-se Fognino tragado sus palabras apenas pronunciadas, porque al oírlas levantóse María Pepa, majestuosa; y, olvidando en su indignación que Fognino estaba habilitado como abuela, y ya no era señor, sino señora, le cortó la frase con la siguiente réplica alta-nera:

—Señor de Fognino, para cuidar de su reputación y su buen nombre no necesita una Bureba de postizos abuelos, pues bástale el recuerdo y el orgullo de los propios.

El pobre geómetra de Nápoles se quedó aterrado. El no había querido decir... ¿Cómo podía su querida niña suponer...? ¡Y en qué tono le hablaba!... Acostumbrado ya a oírse llamar mamá, Nino o abuelita, aquel señor de Fognino le había hecho mucho daño.

—Vea, vea cómo son las hembras de mi tierra—dijo Ripoll a Hauptf—. Como que ni en Aragón ni en Cataluña, ni siquiera en Castilla, hemos tenido nunca Mesalinas, ni Fornarinas, ni Lauras, ni Semiramises, como en la tierra de ese pobre Fognino.

Por eso—continuó—, por no saber cómo son nuestras *noyas* de España, ha metido la pata el pobre Nino.

—Y usted también, amigo Ripoll, también la ha metido un poquito.

—¡Yo!...

—Sí: Semíramis no ha sido nunca paisana de Fognino, sino ninivita.

—Lo mismo da.

—¡...!

—Quiero desir, que en cuanto a mí me sacan de las siensias, de las verdaderas siensias, para meterme en siensias de poesía... Porque yo podré confundir a Perseo con Andrómeda en la mitología; pero en el sielo, a buen seguro que ni una estrella, por menuda que sea, le quito ni le pongo a esas constelaciones... ni a ninguna...

En tanto se esforzaba Fognino en desenfadar a María Pepa, y casi lo tenía conse-



guido, cuando la intervención de los otros dos sabios acabó de lograrlo por completo.

—Qué no, que no estoy enfadada, pues comprendo que todo ha sido hijo del cariño. De esto ya no hay que hablar, y tan amigos como antes... Però, yo voy.

—Sí, sí, Pepeta; ya hemos oído que eres de Saragosa.

María Pepa soltó la carcajada, amenazando con el dedo a Ripoll, que continuó:

—Claro que vas...

Y volviéndose a sus dos compañeros, como dando por cierta su aquiescencia, agregó:

—Y nosotros contigo.

Y de que estaba bien fundada su certeza dió prueba plena el entusiasmo con que sus dos colegas corearon la resolución.

¿Y los peligros, y los científicos deberes que en la tierra retenían a los sabios?—decía María Pepa—. —Ta, ta, ta—respondían ellos.

—¿Y el observatorio de Barcelona, y las tortillas del Tibidabo? ¿Y las clases de Física-Matemática de la Universidad de Nápoles? ¿Y el laboratorio de Brema y los cultivos de la fauna microscópica?...

—Todo eso—decían ellos—puede reanudarse a la vuelta.

—Si volvéis—pensaba tristemente María Pepa—. Yo no puedo acceder—se decía para sí—; son demasiado viejos; pero mirándolos pensó que, aun siendo aquello locura, insensatez, acaso fuera la última y única felicidad que en la vida pudieran ya gozar, y sin valor para negársela, les dijo:

—Convenido, abuelitos; precisamente necesitaba tres ayudantes: químico, astrónomo y físico; conque si no pedís muy caro...

—Un abrazo a cada uno—contestó Hauptft—; no podemos contrafarnos por menos.

—Pues trato hecho. Y ahora a hacer los equipajes, que mañana salimos para América.

—Pero, Pepeta, vengan antes los abrazos de hoy...

—Tienes razón; y en prueba de que el ajuste no me parece caro, os voy a dar ahora de propina un beso a cada uno.

Y siguiendo la acción a la palabra, tres besos en tres frentes arrugadas reverdecieron frescores de niñez en tres viejos corazones.

.....

Cuando subían al piso alto, donde tenían sus alojamientos, decía Ripoll:

—Cuando yo era *noy*, me gustaban mucho los niños, y más que todos, una neneta de tres años, hija de mi hermana: una perla

de nena que me tiraba de los pelos, saltaba en mis rodillas, y que gritando arre, y subida en mi espalda, me había correr a cuatro pies. Nos queríamos mucho, bien me acuerdo: en cuanto me veía, corría a mí, y con un poco que brincaba ella, y un mucho que me agachaba yo, me echaba al cuello unos brasitos frescos y gordesuelos, y me comía a besos. Entonses sentía yo una cosa muy tierna, y muy suave, y muy fresca aquí en el pecho, que ya no sentí luego cuando creció la nena. Palabra, que no he vuelto a sentirlo hasta este beso de Pepeta...

—Ya sé, ya sé qué es eso—dijo Fognino—; sólo que el mío, en lugar de neneta, era un *bambino*: el de la pelota.

—Ustedes, que han disfrutado esto otras veces, han tenido más suerte que yo, que hasta ahora mismo no lo había sentido... ¡Ah! De conocerlo a tiempo, pueden estar seguros que tal vez Hauptft no habría llegado a ser tan sabio, pero habría tenido nenetas y bambinos suyos que lo abrazaran y besaran.

Por su parte, quedábase también muy conmovida María Pepa... Tenía mucho corazón la gentil sabia aragonesa: demasiado tal vez, porque todo iría bien mientras en él sólo anidara el afecto a sus viejos; pero ¿quién sabe lo que podría ocurrir si andando el tiempo se entrara allí?...

Porque no sé; pero se me figura que con su frialdad aparente, y con su indiferencia, real hasta entonces, por el otro sexo, no tenía María Pepa facha ni vocación de monja.

\*\*\*

Al otro día, según plan prefijado, ella y ellos tomaban *El Colomba* junto a la plataforma H, que de cierto no ha olvidado el lector, y levantaban vuelo con rumbo a América, sin llevar consigo sino sus personales equipajes; pues el voluminoso material científico, que allá en Mendoza habían de necesitar, fué enviado a Cádiz al cuidado de Soledad, la doncella sevillana de María Pepa, que en calidad de jefe de la expedición, llevaba a sus órdenes al maquinista y al fogonero del Instituto de Trujillo, que, haciendo honor a aquello de "con usted puede un hombre ir a todas partes", habían solicitado alistamiento en la expedición.

Soledad, ellos y la impedimenta físico-química-astronómica que custodiaban embarcaron en Cádiz en un submarino que había de llevarlos a Buenos Aires, de donde seguirían a reunirse con los otros en el magnífico palacio que en Mendoza, calle de la Alameda, número 457, había comprado el Instituto Planetario para instalar en él



las oficinas centrales de la construcción del autoplanetoide, a delineantes, calculistas, ensayadores, etc., etc., y servir a la par de alojamiento a María Pepa y sus abuelos.

Cinco días después de llegar ellos, se les incorporaron Soledad, sus subordinados y el material científico, que llegaba sin la menor novedad. Pero no así el maquinista, pues aunque hay gentes que sostienen que el trato de camaradas usual y corriente entre mozos y mozas en el siglo XXII no pasaba de ahí, lo cierto es que Santiago, tal era el nombre del maquinista, llegaba a Mendoza preocupado con la idea de que también la sevillana era mujer para ir con ella, si no como con su ama, a todas partes, por lo menos adonde se pudiera.

Y Soledad estaba segura de que aun sabiendo el galleguito mucho, todavía sabía más ella para llevarlo por las narices donde se la antojara.

En cuanto al fogonero, tenía de la andaluza ideas muy semejantes a las de su inmediato jefe; pero era muy bruto y no contaba.

Rápidamente se ha despachado el viaje transatlántico, que parecía merecer, aun cuando más no fuera, un breve aterrizaje en Buenos Aires; pero, ¿cómo, quien piensa en la soberbia poesía de majestuosos interplanetarios vuelos de centenares de millones de kilómetros va a perder prosa y tiem-

po en despreciables viajecillos de 8.000 o 9.000 en vulgares atmósferas o mares?

De otra parte, en Buenos Aires no pudo aterrizar por la sencillísima razón de que el *Colomba* no pasó por allí, pues en Trujillo arrumbó recto a las bocas del Amazonas, y de allí a Tucumán, haciendo casi en línea recta la travesía a Mendoza. \*

A los bonaerenses no les hizo gracia el itinerario; pero se conformaron con las explicaciones que, fundadas en premura de llegar a Mendoza, les telefonó María Pepa, consolándolos con la promesa de darse una vueltecita por Buenos Aires cuando su autoplanetoide zarpara de la Tierra.

En realidad, no había tal premura, sino que la pobre veía en lontananza la terrible ovación, el abrumante besamanos y quería descansar por una temporada de populares entusiasmos. Cosa que el autor agradece, porque con una heroína como ésta, que llega a la plataforma II, y ¡zas!, admiración y embelesamiento; que llega a Barcelona, y ¡zas!, apoteosis; que se mete en la jaula del proyecfocopio, y en cuanto surge en los telones, ¡zas!, veinticuatro apoteosis, no hay almacén de ditirambos, ni repuesto de superlativos, por copiosos que sean, capaces de dar abasto a tanta apoteosis.

Y con ingenuidad declara que ya no tenía cuerda para más entusiasmos ni ovaciones.

¡Dios se lo pague a María Pepa!...

## XII

### LA FABRICACION DE UN NOVIMUNDO

En tres meses de vertiginosa actividad se montaron numerosas fábricas para construir el variadísimo equipo y material que el autoplanetoide necesitaba, no sólo para su propulsión y pilotaje, en cuanto artefacto de loco u orbimoción, sino para hacer de él morada de la humanidad que poblaría su interior, y ponerlo a la altura y al nivel exigidos por su carácter de centro de múltiples observaciones científicas y de experimentación en muy diversas ramas del saber.

Tenía que haber en él máquinas térmicas y refrigeradoras, ventiladores, tuberías de calefacción y de distribución de agua, dinamos productoras de luz para cuando el auto viajara hundido en los conos de sombra de este o aquel planeta: es decir: cuando para él se eclipsara el Sol; eventualidad

que para este extraño autoastro había de ser frecuente; alternadores creadores de energía, motores eléctricos para múltiples servicios urbanos y domésticos, y para maniobras de aterrizaje y leva en los planetas; ascensores, gabinetes científicos, laboratorios de igual clase, y entre éstos el interesantísimo de la nutrición, que no ha de confundirse con nuestra vulgar cocina, pues era cosa muy diferente; reguladores respiratorios, y la multitud de ingeniosos aparatos exigidos por la vida animal, científica, emotiva y de comunicación social de los 200 habitantes que el mundo que se iba a fabricar llevaría a través de los espacios.

Porque eso iba a ser el autoplanetoide: un verdadero mundo, ya que el tamaño es indiferente en tal calificación; pues tan mundos son la Tierra y Mercurio como Júpiter.



piter, no obstante necesitarse juntar 1.279 Tierras o 24.481 Mercurios para hacer un mundo del tamaño de Júpiter.

Un mundo, pues, sería el autoplanetoide, pero con una diferencia fundamental respecto a todos los conocidos, prueba evidente de la extraordinaria originalidad de María Pepa, a quien, doncella y todo, puede llamarse Madre de Mundos. Tal diferencia era, que sus moradores no habitarían al exterior ni andarían sobre la superficie del noviplaneta por falta de una atmósfera externa en la que no habría sido difícil envolverlo (1), pero que, en su mayor parte, habría escapado en seguida a los espacios, por la escasa atracción que la pequeña masa del autoplanetoide ejercería sobre ella.

Los viajeros iban a ser, por tanto, subterráneos moradores de un mundo hueco, pero no oscuro, negro, sólido en su interior, como el que habitan topos y ratas, sino constituido por una opacidad transparente, luminosa, henchida con el aire de una atmósfera en todo igual, no, químicamente mejorada, a la de la Tierra. Serían trogloditas de un novimundo diáfano: troglodismo mucho más agradable que el que aquí designamos con tal nombre.

Libreme Dios de describir detalladamente fábricas, talleres, ni máquinas, para lo cual serían precisos tomos y tomos, sino que, yendo a lo principal, sólo trataré ahora de la corteza, la armazón, el esqueleto y la piel del autoastro. Los órganos internos, el mobiliaje y equipo irán siendo conocidos poco a poco cuando allá entremos para vivir en compañía de los expedicionarios.

En los tres primeros meses, y en lo que sólo pueden calificarse de preparativos para la construcción, se habían gastado 9.700 millones. El oro corría, no a espuestas, sino a vagonetas, por Mendoza y su comarca, donde se fabricaban todos los accesorios y menudencias del autoplanetoide bajo la dirección de ocho o diez ingenieros que, por agrupaciones de especialidades, recibían órdenes de Ripoll, Haupt o Fognino, a su vez sometidos a la alta inspección de María Pepa, que una vez dadas instrucciones, se dedicaba a empresas de mayor empeño en los volcanes de Maipo, en Paramillo o en Uspallata; es decir, en los altos valles de la majestuosa cordillera andina y parte de ella frontera a Mendoza, teniendo por inmediato subordinado, en lo relativo a la construcción propiamente dicha del autoplanetoide,

a un ingeniero llamado Valdivia, natural de la argentina ciudad de Santa Fe, peritísimo en la fabricación del vidrio.

Porque el noviplaneta había de ser, no precisamente de vidrio de vasos, pero sí de una substancia cristalina por la transparencia, semejante por su elasticidad a caucho o celuloide, y por su ligereza, al corcho. La composición química de ella era uno de los muchos secretos de María Pepa, del cual sólo en líneas generales pudo averiguar mademoiselle Thellis que la elasticidad se obtenía mezclando con los componentes del vidrio usual, asfalto y betunes decolorados, a todo lo cual le era dada ligereza inyectando un gaseoso ingrediente del que sólo se sabe que era extraído de las cercanas solfatares de Maipo.

La colosal vidriería obtenía corriente para encender sus cincuenta hornos, de 500 toneladas de cabida, y la fuerza para todas sus necesidades de una altísima catarta, por donde el río Cachapual se despeña de la altura de los Andes.

A unos cuatro kilómetros de ella funcionaba la explotación minera de Maipo, establecida para extraer el preciado taliuro de aquel al parecer extinto cráter que comenzaba a dar indicios de no estar tan extinto como se aseguraba.

Todo allí dependía directamente de María Pepa, que no quería diera el olor de estos trabajos a la gente científica; y por ello tomó por auxiliar a un antiguo y práctico contraatastre de minas brasileño, llamado Foucifo.

Ya se sabe que el autoplanetoide debía ser esférico, y en cuanto sea también sabido que iba a tener 600 metros de diámetro, cualquiera puede averiguar inmediatamente que su contorno, o ecuador, o meridiano, según quiera llamársele, alcanzaría 1.849 metros y 54 centímetros; su superficie, 1.130.972,82 metros cuadrados, y su volumen, 128.806.625 metros cúbicos.

Si una vez construido se le llenara de agua, pesaría igual número de toneladas, que si muy poco para un mundo, es ya para una bola cosa respetable (1) y hasta embarazosa para quien hubiera de inflarla.

Se ha dicho inflar, porque ese es el vocablo adecuado; pues mirando a la solidez del planetoide, no quería en él costuras ni re-

(1) El volumen de la Tierra es de kilómetros cúbicos 1.082.841.000.000, y su peso en kilogramos de 5.414.000.000.000.000.000. No se mareen ustedes con los ceros.

Era el novimundo perfectamente esférico, y seguiría siéndolo, porque, no habiendo de tener movimiento de rotación como la Tierra, no se le acatarían los polos, como a ésta, ni se le ensancharía el ecuador.

(1) Para ello habría bastado electrizarlo positivamente a la par que, negativamente, se cargaría su atmósfera circundante o a la inversa. Pero esto habría ocasionado complicaciones que no se creyó oportuno afrontar.—Nota de Ripoll.



maches su inventora, cuya atrevida mente concibió la idea de hacerlo *de una pieza*: de una pieza como las cebollas, constituidas por sucesivas concéntricas capas, que en este caso llamaremos cristalinas películas; pero no meramente yuxtapuestas, sino autógenamente soldadas a las contiguas.

El sistema de fabricación para ello adoptado fué, en su esencia, el empleado de tiempo inmemorial en las fábricas de vidrio para hacer botellas y redomas: soplar en el vidrio caliente y blando para que, hinchándose, hinchándose, alcanzara el volumen debido con el consiguiente adelgazamiento de paredes. Lo mismo que hacen los niños cuando, soplando en el extremo de un canuto, inflan en la otra punta pompas de jabón.

Bien decía Fognino en sus olvidadas peloteras con Ripoll, que para la Ciencia no hay hecho insignificante. Contemplando los tornasolados resplandores con que el sol matiza las pompas jabonosas, se halló en el siglo XIX una de las soluciones del problema de la fotografía en colores. Reflexionando sobre la manera de henchir las mismas pompas, resolvió María Pepa el problema industrial de la fabricación que la preocupaba.

La diferencia, no de método, mas sí de proporción, estaba en que sus pompas no se inflaban, una con otra, o grandes con pequeñas, con menos de 112 y pico de millones de metros cúbicos de aire. ¿Y quién soplabo?...

Pues una enorme batería de turbinas de absorción, tomando de la atmósfera el aire, girando a razón de 50 vueltas por segundo, y lanzando verdaderos huracanes en las entrañas del vidrio fundido. Cañerías adecuadas llevaban éste de un modo paulatino desde los hornos al extremo del canuto, donde las pompas se mecían, para caer después (la primera solamente, de las demás se hablará luego) sobre tres pilares cimentados en el fondo del valle, en cuyas cumbres descansaba el canuto. Tal valle era uno de los de Paramillo.

Dichos pilares hacían de grada en aquel colosal astillero, donde se iría formando el autoplanetoide, y desde el cual sería lanzado al sidéreo océano en donde ondula el invisible ETER UNIVERSAL.

Una vez semienfriada la primera burbuja destinada a formar la película externa del mundo en formación, la cual marcaba una etapa geológica, un estrato en su vida prehistórica, se abrió en ella una puerta circular de tres metros de diámetro, vaciada alrededor de la parte en contacto con el canuto inflador. Por ella, andando el tiempo, entrarían el menaje e inquilinos del explo-

rador planetario, y saldrían los últimos a visitar los mundos recorridos. Inmediatamente se procedió a henchir, dentro de la primera pompa, la segunda película esférica, hasta que, llegando al contacto con aquella, la alta temperatura de su fundido vidrio la soldó autógenamente, ya se ha dicho, a la primera. Y ya las dos películas no fueron sino una de doble grueso.

Apertura de puerta en la segunda, toma de fundido vidrio, nuevos soplidos en él reforzaron con la tercera pompa las dos anteriores, y así sucesivamente, hasta que la pared de la hueca esfera alcanzó doce metros de espesor. Como el de cada película era un centímetro, 1.200 pompas fueron necesarias para obtener tal resultado en cincuenta días de trabajo ni un minuto interrumpido. Promedio, 24 pompas y 2.800 millones bien corridos de metros cúbicos de aire sopladados por día.

Terminada esta bola, se metió en ella María Pepa, quedándose asombrados quienes desde fuera la miraban al verla del tamaño de un guisante, y no grande. Ella fué la única que no se sorprendió de tal fenómeno, mas no dió explicaciones, que a su tiempo vendrán, pues ahora corre prisa fabricar la otra bola.

¡Otra!... ¿Dos autoplanetoides? ¿Dos astros gemelos, cual algunas estrellas bien conocidas en los observatorios? (1) No, porque la segunda bola de diez metros de grosor de paredes, pero más pequeña—536 metros de diámetro externo—que la ya fabricada, había de alojarse dentro de ésta, quedando entre ambas un espacio, hueco por ahora, de 20 metros de espesor.

Veinticuatro columnas de esos mismos 20 metros de longitud, entre sí convergentes, y de tres y medio metros de diámetro, trababan la esfera exterior, de la cual arranca-

(1) Las estrellas dobles se cuentan por millares en el firmamento. Son parejas de soles, muchas veces de distintos colores, que giran uno en torno de otro. La más vulgarmente conocida es Sirio, la más resplandeciente de los cielos Cástor en la constelación zodiacal de Géminis, la hermosa Proción, el rojo Antares de Escorpio. En algunas como Mizar, de la Osa mayor, y Alcor, pueden verse, con buenos gemelos, y a veces a simple vista, los dos astros de que se componen.

¡Qué espectáculo el de los hombres que vivan en los planetas volteantes en torno de esos dobles soles, diversamente coloreados! Reconstituyéndolo Huggins para un sistema con un sol anaranjado y otro azul, dice: hoy brillarán ambos en el cielo a la par para el planeta, que tendrá un doble día; el de mañana tendrá luz anaranjada, el de pasado azul, otros serán días azules por la mañana y anaranjados por la tarde...

Y todo esto, que parece fantasía, no llega a la realidad; pues no sólo existen sistemas de soles dobles, sino triples, más todavía: formados por racimos de soles.



ban todas con dirección al centro de ésta con la interior que había de quedar comprendida entre ellas; cosa que se logró soplando la primera película exterior de la esfera interna dentro de la primeramente inflada, hasta que su progresivo crecimiento llegó a apoyarla en los veinticuatro extremos de dichas columnas, donde quedó soldada.

Tenía, pues, el planetoide una cáscara exterior de 12 metros, un vano de 20 y cáscara interna de 10. La cabida del vano, entre ambas, que una vez terminada la fabricación se rellenaría de oxígeno, era poco menos de 27 millones de metros cúbicos. En la esfera interior, destinada a residencia o mundo habitado por los expedicionarios, podían llevarse muy cerca de 74 millones de metros cúbicos de aire natural; provisión amplísima que procedimientos purificadores regenerarían durante el viaje, aun siendo éste muy largo, y que aún podía reponerse en caso necesario: uno y otro por procedimientos que serán conocidos cuando veamos cómo respiraban dentro de su mundo los viajeros.

Lo más extraordinario era que, armadas y ligadas por las columnas convergentes, aquellas dos huecas esferas de tan recias paredes sólo pesaba el vidrio de ellas unos 12 millones escasos de toneladas; es decir, algo, muy poco, más que si fueran de madera de aliso (1). Debíase esto a que al enfriarse y solidificarse las pompas sucesivas lo hacían formando incontable número de lentejillas o diminutas bóvedas dispuestas en capas concéntricamente paralelas en el interior de la película de cada pompa, y con huecos vacíos entre las lentejillas. Así, sin detrimento de su gran fortaleza, tenía aquel material estructura esponjosa, pero matemáticamente uniforme, con regularidad no existente ni en forma ni en tamaño en las celdillas de la esponja.

Era uno de los muchos prodigiosos inventos de María Pepa; pues las ventajas de este corcho cristalizado no se reducían a las mecánicas, derivadas de la reducción de su peso a poco menos de la mitad que el del agua y a menos de un quinto de el del vidrio ordinario, sino que además tenía otras notabilísimas en cuanto transparente material utilizable en aplicaciones ópticas; excelencias desconocidas en el *crown*, en el *flint* y en todos los *glasses* hasta entonces empleados en la fabricación de lentes, anteojos y telescopios.

(1) La densidad del aliso es de 0.51, mientras que la del vidrio acorchado, o corcho-vítreo del auto-estelar, era 0.519.—Nota de Fognino.

¡El autoplanetoide entero era todo él anteojito! ¡Y qué anteojito!... Un anteojito sin tubo, en que sólo con dirigir los ojos desde el interior del cristalino globo a los astros veríaseles, a través de sus transparentes paredes, con tamaños cinco o seis veces mayores de como los mostraban los más potentes aparatos de los mejores observatorios astronómicos en el año 2185, que, naturalmente, eran incomparablemente superiores a los de 1918 (1).

Ripoll se entusiasmaba pensando en el plebiscito surtido de descubrimientos que traería de su viaje.

—Esto es tener—decía—el universo en el bolsillo; porque si en vez de mirar a simple vista miro con un anteojito, no va a quedar rincón de estrella en donde yo no fisure ni repliegue en ninguna para mí escondido.

Y tan grande era su entusiasmo, que no le dejó ver ciertos inconvenientes del sistema para observaciones de conjunto en el cielo. Mas, felizmente, los veía María Pepa y les ponía remedio.

\* \* \*

En montar las convergentes columnas radiales de sostenimiento de la esfera interior se invirtieron cerca de cuatro meses, y en la inflación de dicha esfera poco más o menos, con lo cual finalizaba el año 2185 cuando el automundo quedó en estado de recibir en su interior los edificios destinados a alojamientos de expedicionarios y a instalaciones de maquinarias, bibliotecas, gabinetes, laboratorios, etc., etc.; en suma, cuanto en Mendoza fabricaban los tres ancianos ayudantes de la que ya podemos llamar Capitana; pues por entonces se publicó oficialmente su nombramiento para aquel alto cargo; tan alto, que no faltó quien propusiera substituirlo por el de Gran Almirante de las Escuadras del Océano Etéreo, pues el mundo (éste, el antiguo) daba por descontado que el aviplaneta en construcción no era sino el primero de los que andando el tiempo constituirían tales armadas. Por ello se le designó con el nombre de AUTOPLANETOIDE A-1; en el cual, la A indica-

(1) Índices de refracción, convergencias, dispersiones de lentes, son zarandajas de Óptica matemática que podrían explicar el invento; pero ¿a qué?, si para que el lector forme concepto de su alcance bástale recordar que metida María Pepa en su mundo se la veía desde fuera del tamaño de un guisante, y saber, pues ahora se le dice, que cuando, estando fuera, se la miraba desde dentro, subía su estatura a la de las más altas catedrales del mundo.



ba el tipo, y el 1, el número de fabricación dentro del tipo. Porque, ¿quién podía dudar que andando el tiempo surgirían nuevos mo-

delos: B, C, V, Z, dentro de los cuales el guarismo adherente indicaría el número de las futuras transtereas naves?...

## XIII

### LA TEMERARIA MARIA PEPA BAJA AL VOLCAN DE MAIPO

Mientras Valdivia, con sus argentinos, inflaba en Paramillo el Nuevo Mundo, o más bien, para no confundirlo con América, el Novísimo Mundo, María Pepa no parecía por allá sino una vez al día, dándose por el astillero una vuelta breve cuando no le era preciso detenerse a orillar entorpecimientos o resolver dificultades; pues dedicábase, principal y más asiduamente en el volcán de Maipo, a la extracción del preciado taliuro, que en sus entrañas apresaba, en apretado abrazo químico, el cinetorio que en grandísimas cantidades (1), acaso superiores al kilogramo, necesitaba la Capitana para sus cargas; sin contar otros valiosísimos servicios mecanogravitatorios y quimifisiolohigiénicos que el taliuro mismo la prestaría.

Porque es cualidad característica del genio, y María Pepa era un genio como se ven pocos, el apreciar con profunda mirada, y a primera vista, la multiplicidad de capacidades de los cuerpos y fuerzas de la Naturaleza.

¡Cuánto camino no ha tenido que recorrer la Ciencia y cuánto trabajo que realizar desde las épocas en que carbón y algodón sólo servían, respectivamente, para que el hombre se calentara con fuego, o envolviéndose en mantas no se enfriara! ¡Cuántos estudios, y esfuerzos, hasta aprender que del carbón podían salir gas, alquitrán, amoníaco, cok, tintes, anilinas, creosota, ¡qué sé yo cuántas cosas más; que era capaz de arrastrar trenes y barcos, de mover dínamos engendradoras de corriente eléctrica! ¡Cuántos ensayos y tropiezos hasta sacar del algodón ropas, celuloide y terribles explosivos! ¡Qué malgasto de fuerzas para hallar todo esto que de una vez habría sido visto en el carbón y el algodón por un genio como el de María Pepa, que en cuanto conoció el taliuro vió sus múltiples aplicaciones utilísimas, de que hablaremos tan pronto demos noticia de un accidente que puso en grave riesgo la existencia de nues-

tra heroína, y del que salió salva por el casual auxilio de un personaje no secundario en esta historia, pero desconocido todavía!

A poco de descubrir su ilustre esposa el radio, y de enterarse él de los peligros fisiológicos inherentes a la manipulación de dicho metal, decía Monsieur Curie, que por todo el oro del mundo no permanecería ni un breve rato en una habitación donde hubiera un kilogramo de radio. No era entonces, por supuesto, hacedera la peligrosa aventura, que habría instantáneamente cegado al experimentador y abrasado su cuerpo entero con llagas corrosivas y mortíferas; porque la total cantidad de radio que hasta 1910 se había conseguido extraer en todo el mundo de los minerales de uranio que lo contenían, no pasaba de veinte gramos. Además, de haber sido posible reunir en aquel tiempo el kilogramo de radio requerido para el experimento, habría costado más de 500 millones de pesetas.

¡*Today, probaza!*, podría decirle el radio al oro, cuyo valor era de unas 30.700 pesetas por kilogramo, lo cual quiere decir que mientras un miligramo de oro valía poco más de tres céntimos, igual peso de radio se pagaba en 500 pesetas.

Monsieur Curie no se atrevía a ponerse al alcance de un kilogramo de radio, y María Pepa—¿a qué no se atreven las mujeres?—desafió las radiaciones de quince o veinte de cinetorio, nueve a doce veces más activo y terrible que el radio. Esos veinte kilogramos, multiplicados por doce, atestiguan que María Pepa era 240 veces más valiente que Curie.

La hazaña y el terrible accidente a que dió origen, merecen referirse.

El primer cuidado de nuestra heroína, en cuanto se encampanó a lo alto de los Andes, fué reconocer los volcanes de Maipo, sobre cuyos blanquísimos turbantes de perpetuas nieves ondulaban leves airones de humo, reveladores de actividad en ellos, que aun dormitante centenares de años, no por ello dejaba de ser interna actividad.

Con disgusto observó que, contra sus noticias, no existía allí entonces ningún cráter totalmente apagado, y que, por tanto,

(1) Ha de tenerse en cuenta que en una tonelada de taliuro no se podían beneficiar sino escasos miligramos de cinetorio. Lo mismo ocurre con el radio y la blenda de uranio de Joachimstall, de la cual se extrae aquél.



no podía saber en cuál se habían descubierto los yacimientos de taliuro. La contrariedad era terrible, pues sin taliuro no había cinetorio, ni cargas explosivas, ni autoplanetoide, ni viaje planetario.

Los 33.000 millones volverían a los herederos de los herederos de los herederos de Castrejo: como quien dice margaritas a puercos, porque había que ver cuán brutas e ignorantes eran aquellas gentes.

No resignándose a ello, decidió la brava aragonesa hacer personales exploraciones, descendiendo, hasta donde pudiera, a sucesivos cráteres; que, aun no arrojando lavas ni llamas, despedían mefíticas caliginosas humaredas, donde los más atrevidos habrían considerado temerario sumirse. Pero la palabra imposible carecía de sentido para el valor, la ciencia y la *tozudez* de María Pepa.

En uno de aquellos cuatro cráteres estaba el taliuro; pues a ver en cuál, que después ya sabría ella arrancárselo.

La antiquísima y vulgar escafandra de buzos, con depósito y regenerador de aire, la pondría a salvo de irrespirables gases; un traje de fortísimo amianto-lona, sumamente holgado para que el espacio sobrante entre la tela y el cuerpo pudiera rellenarse de agua fresca, sería refrigerante líquida coraza de varios centímetros de espesor, que la protegería de la abrasadora temperatura de los vapores en que iba a sumergirse. Como, además, el agua de este baño, en realidad tal era, se renovaría constantemente por dos tubos comunicantes con una bomba de inyección, manejada en lo alto del cráter por sus ayudantes, ya podían envolverla ígneas temperaturas.

Ha de advertirse que, aun teniendo la cabeza rodeada de agua, no podría ahogarse, porque, en virtud de la propia presión de aquella sobre la bocina del tubo comunicante con el depósito de aire, dicha bocina obturaría herméticamente boca y narices, constituyendo protección análoga a la de las caretas contra gases asfixiantes. Los oídos los cerraban los auditivos del teléfono de comunicación con sus auxiliares.

Las precauciones estaban bien tomadas, pero a veces fallan todas las precauciones. Por eso no sirven sabios, si son mandrias, para tales empresas.

Para efectuar la maniobra de su descolgamiento (suspendida al extremo de un cable de acero arrollado a un torno) llevó a Santiago, el maquinista, en cuyo honor debe decirse que con todo empeño pretendió ser él, y no la señorita, el descolgado, sin desistir del generoso empeño, sino al preguntar-

le ella cómo iba a conocer, cuando abajo estuviera, si allí había o no había taliuro...

Mustio, mas convencido, bajó el muchacho la cabeza, consolándose un poco al oírla decir:

—De todos modos, muchas gracias, Santiago; no olvidaré que ya no sólo vas conmigo, sino que por mí vas a todas partes, aun cuando yo no vaya.

El teléfono de comunicación con María Pepa corría a cargo de Soledad, y los alambres de él bajaban por el interior de los tubos conductores del agua de la bomba al traje hidrológico. La doncella vigilaba al fogonero que daba a la bomba refrigerante, y a él y a Santiago les transmitía las órdenes que su ama daba desde abajo.

—Larga cable despacio—ordenó María Pepa, suspendida al borde de la chimenea del cráter S. S. E. del grupo de volcanes de Maipo.

—Larga—repitió Soledad a Santiago, encargándole al otro que diera despacio a la bomba.

La boca de la horrenda sima exhalaba abundantes y espesos vapores grisáceos a temperatura de 55 a 60 grados.

Cuando por completo perdieron de vista el enorme saco de flexible lona, en donde se escondía el cuerpo aun más flexible y la figura esbelta, de la temeraria exploradora buceante en el fuego, palidecieron todos.

—Soledad, si ocurre una desgracia, yo no vuelvo a Mendoza: los viejos nos mataban primero y se morían después. Hemos hecho mal en no avisarlos de esto.

—¡Avisarlos!... ¡Desobedecer a la señorita!... No sabes lo que dices... Todavía no ha nacido el guapo que cuando manda ella no obedezca.

—Por eso he obedecido. Pero si sale mal... Los abuelos no habrían consentido esta barbaridad: y eso se habría ganado.

—No seas pájaro de mal agüero. Y no hablar, que nos distraemos. Cada uno a lo suyo.

—Como no suba, me tiro yo por ella—pensaba el fogonero con el instinto de un leal terranova.

.....

Pasaron diez minutos de torturante angustia, hasta que, cuando iban ya largados cuarenta metros de cable, oyó Soledad: Alto el torno.

Poco después subió la voz de nuevo, ordenando: Más de prisa a la bomba, hace ya demasiado calor. Y en seguida: No tanto, no tanto; va a constiparme ese borrico; viene el agua muy fría... Así va bien...

Cuando la Capitana dió la orden de no



largar más cable, fué por haber llegado a un resalto de la pared del cráter, que, suspendido, como una plataforma, sobre la obscuridad de sus entrañas, formaba un rellano de diez metros de ancho por treinta de largo, comparable a un descansillo en el tubo de un enorme ascensor.

—Tengo suerte—exclamó—*audaces fortuna juvat*—hasta latín sabía María Pepa—, pues mucho me equivoco si aquellos cantos no son de taliuro. Creo que ya no tengo que visitar más cráteres.

—¡Uf, qué calor hace aquí!... Más agua fresca, Soledad; más, todavía más... Así va bien; estoy casi lo mismo que en Zaragoza en la bañera.

En lo cual había un poquito de jactancia para tranquilizar a su doncella, pues si mucho sudaba dando a la bomba el fogonero, más todavía sudaba María Pepa circundada de agua a 39 grados, lo cual ya no es, precisamente, un baño de placer. Pero se soportaba; y ya era conseguir, porque el aire, o mejor dicho, los vapores ponzoñosos que la rodeaban, habían subido conforme ella bajaba hasta 71 grados.

No fué poca dicha hallar allí las muestras de taliuro; pues a tener que bajar más, es muy probable que al subirla después, sus fieles auxiliares, hubieran encontrado, en el talego, María Pepa cocida al baño de María.

Pero allí estaba el codiciado metal; no solamente en cantos sueltos, sino en vetas perfectamente visibles en la pared del ígneo pozo.

Eminente geóloga, le bastó una mirada para apreciar la riqueza del yacimiento, y un breve rato de atento examen de las vetas para enterarse de su orientación, deduciendo de ella por dónde convendría atacar exteriormente la ladera del monte, para llegar con subterránea galería a la otra par-

te del flón, que tenía delante; pues la temperatura que su baño iba tomando le decía bien claro que en aquel sitio en donde estaba podía permanecer los minutos indispensables para un reconocimiento, pero que sería insensatez llevar allí mineros, ni aun envueltos en nieve, para arrancar el mineral.

—Más agua, más. Arriba, arriba...

Ya era tiempo, pues al llegar a lo alto todavía no estaba completa la cocción de la atrevida hija de la ciencia, pero faltaba poco.

\*\*\*

—¿No dijo usted antes que esa señorita había sufrido un accidente?—pregunté yo a mademoiselle Thellis—. ¿Es que está usted inventando una paparrucha y se trabuca?

—De ningún modo, caballero. Todo esto es positivo; y en este mismo instante entro—usted no puede entrar—en la barraca al borde del cráter instalada para hacer oficios de circunstancial tocador de María Pepa, quien ahora mismo, ayudada por Soledad, se está mudando de traje. Y puedo asegurar a usted que no parece la misma criatura de alabastrino cutis que todos conocemos, sino langosta recién sacada de hirviente olla; sólo que ésta está viva.

—Pero usted había anunciado un grave accidente, un salvador, y ahora resulta todo reducido a que la víctima se nos ha puesto un poco colorada de más.

—Yo no tengo la culpa de que usted haya dado por hecho que el accidente tenía forzosamente que ocurrir en el chapuzón volcánico, cuando no sobrevino sino más adelante; pues esta chica no escapa de un peligro sino para zamparse en otro. Pero hoy no puedo ya seguir; estoy cansada y deseo despertarme. Tenga paciencia hasta mañana.

## XIV

### LOS HOMOQUINAS Y LA VOLCÁNICA CATASTROFE DE MAIPO

Tras de lo dicho, coser y cantar fué arrancarle al volcán el taliuro que defendía con abrasadores resoplidos; pues en vez de atacarlo de frente, por donde resollaba, supo buscarle bien las vueltas María Pepa, gracias a una brujulilla minera, con la que cuando estuvo abajo determinó el rumbo del flón en lo interior de la montaña. Una vez fuera, averiguó con nivel y taquímetro, hacia qué lado convenía abrir, en la ladera, boca a la galería o túnel que había de con-

ducir hasta la veta mineral, para atacarla en parte, que, por lejana del cráter, no estuviera a temperatura que opusiera invencibles obstáculos a la extracción.

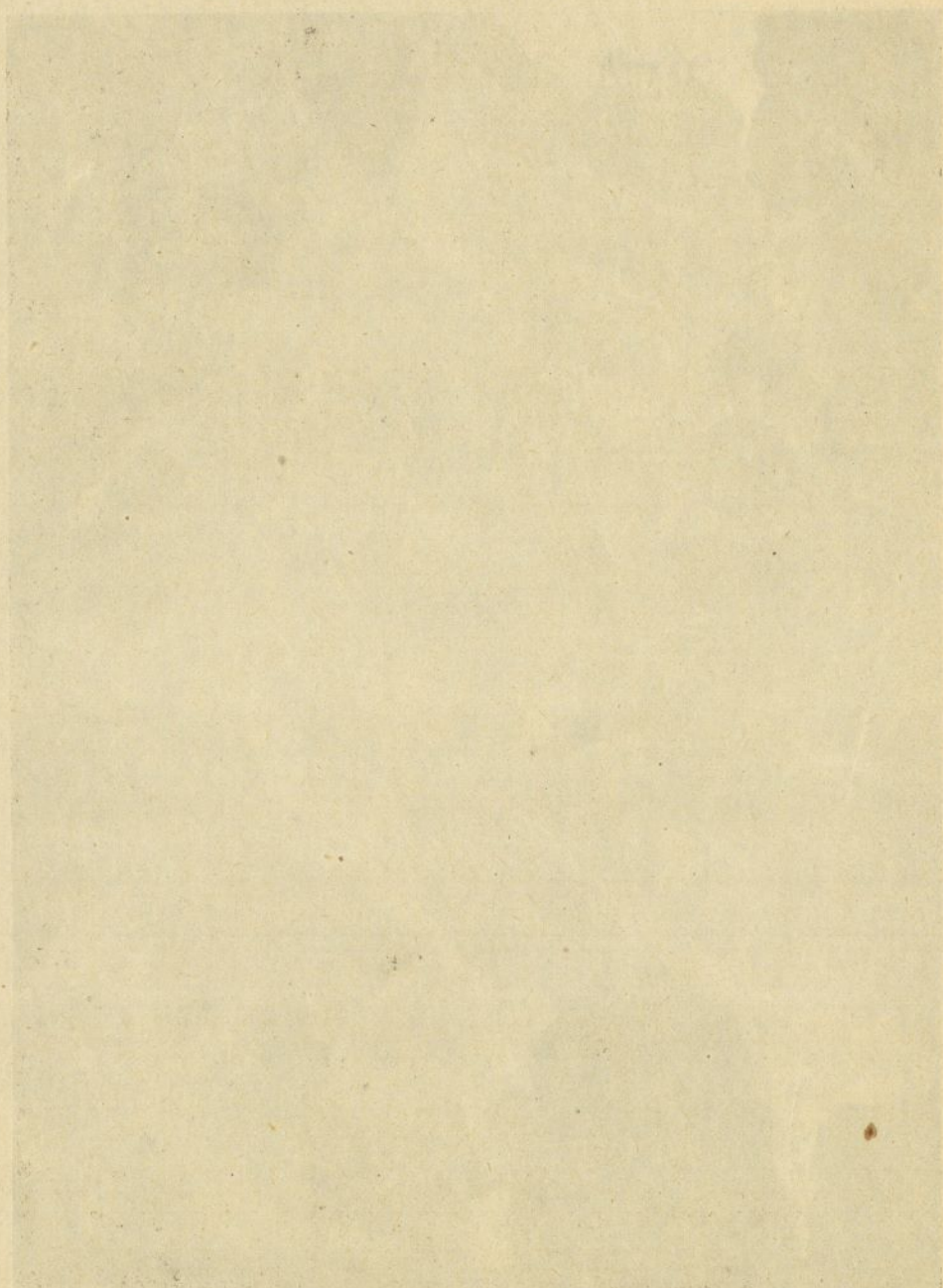
Una barrena de puntas de diamantes, por el estilo de las empleadas en la perforación de túneles, pero más perfeccionada y más pequeña, porque bastaba dar a la galería dos metros de alto por otros tantos de ancho, comenzaba pocos días después a abrir camino soterrado de la ladera al cráter, o me-





Pero allí estaba el codiciado metal.







for dicho, a sus inmediaciones, pues antes de llegar a él tropezaríase con el filón buscado.

La barrena roía y desgranaba la durísima piedra en el caparazón del volcánico cono; las cuadrillas de mineros acarreaban al exterior los pedazos de roca en vagonetas que corrían hacia la boca del recién abierto túnel; María Pepa examinaba los pedruscos en acecho del primero que mostrara vestigios de taliuro, el cual llegó a los sesenta y cinco días de trabajo, cuando la galería alcanzaba 200 metros de longitud. Según cálculos de la ingeniera, indicaba esto que entre el final de la galería y la chimenea del volcán sólo quedaban 17 de roca.

Tratábase, pues, de un *yacimiento* geológicamente insignificante, pero capaz de suministrar quince o veinte veces más mineral del que María Pepa necesitaba para su autoplanetoide.

Pero como en aquel momento comenzaban los verdaderos peligros de la extracción, procedentes de las terribles radiaciones del metal que estaba ya a la vista, se tomaron precauciones, siendo las primeras detener el funcionamiento de la perforadora, sacarla afuera, retirar todo el personal de la galería, y no consentir que en adelante entraran nunca en ella los obreros, sino bien enfundados en trajes especiales, hechos en Mendoza, con arreglo a diseño de María Pepa, y subidos a Maipo días antes, en espera de ocasión de emplearlos.

Porque no ha de olvidarse que en cuanto los mineros comenzaran a rascar en el filón de taliuro, ellos y su ingeniera iban a hallarse, no enfrente del kilogramo de radio, que aun siendo sólo hipótesis, aterrorizaba al sabio profesor Curie, sino envueltos, sumidos en las radiaciones y emanaciones—doce veces más intensas que las de aquel metal—de muchos kilogramos de cinetorio contenidos en el taliuro. Era preciso, pues, acorazarse, y para ello servían los trajes precitados hechos de hojas relativamente delgadas de plomo: material elegido a causa de la gran resistencia que tal metal ofrece a la penetración de las sutilísimas radiaciones radioactivas.

Ya se supone que la tela de estos trajes no sería flexible ni ligera; sin embargo, la blanda maleabilidad del plomo y la delgadez de sus hojas, no más gruesas que diez de las usadas para envolver chocolate, permitían los escasos e insignificantes movimientos que los obreros tenían que hacer y podían realizar, sobrecargados con el peso de aquellos vestidos, dentro de los cuales quedaban condenados a inmovilidad casi absoluta, cual caballeros medievales en arma-

dura desprovista de articulaciones. Por ello, cada traje iba montado sobre un carrito automóvil movido por acumuladores, que adonde fuera menester lo llevaba y traía, y con él a quien dentro del mismo se metiera; pues no había que pensar en que el peso del traje consintiera a su dueño dar ni un solo paso.

Una manivela a la altura de la mano izquierda permitía, con pequeñísimo movimiento de ésta, lanzar la corriente de los acumuladores al motor del carrito. El movimiento hacia arriba de la manivela servía para emprender la marcha; bajándola, cesaba ésta; desviaciones del manubrio a derecha e izquierda, hacían que el carro volviera a dichos lados.

Suele oírse comúnmente que Fulano lleva un traje de alpaca, o Zutano un gabán de pieles; pero en la mina de Maipo no cabía decir que María Pepa ni sus mineros llevaran trajes de plomo, porque los trajes los llevaban a ellos.

Mas no pudiendo los obreros andar ni levantar sino unos centímetros, y eso penosamente, brazo o mano, ¿cómo pretendía María Pepa que manejaran el pico ni la pala, ni que empujaran vagonetas?... Porque en toda dificultad y en todo atasco encontraba salida el inagotable y fresco ingenio de aquella sin igual inventora, que montando una rueda en el costado derecho del traje, y articulando en el contorno de ella un berbiquí de diamantina punta, un pico, unas tenazas y una pala, todo a la altura de la mano del minero, dió medios a los suyos de emplear, sucesiva y discrecionalmente, tales herramientas para romper el mineral, arrancarlo y depositarlo en un cajón o vagonetilla del mismo carrito, que con no tener sino tres decímetros en sus tres dimensiones, cargaba, por el grandísimo peso del taliuro, una tonelada en cada viaje.

Todo, todo esto, tan difícil de idear, y tan sencillo una vez ideado, lo había discurrido María Pepa en un momento. Los detalles de fabricación los vigiló Fognino, que dirigió la de los trajes, carrillos y herramientas que, reunidos, formaban un solo y único aparato, al cual se dió el nombre de *auto-moto-minero*.

La manivela de la mano izquierda regulaba la marcha; la de la derecha enviaba fuerza eléctrica al berbiquí, el pico, la pala, etcétera. Y el trabajo y el acarreo hacíanlos los obreros sin gastar las propias fuerzas, descansados y ociosos en sus trajes, con sólo abrir, cerrar o conmutar las llaves de una corriente eléctrica. Estos, éstos sí que eran verdaderos *homo-máquinas*: esto era economía de humanas fuerzas.



Por ser demasiado largo el nombre de auto-moto-obreros, sobre él prevaleció el recién indicado, pero con simplificación que lo redujo al de *homóquinas*.

Las precauciones adoptadas para preservar a los mineros de los terribles, aunque invisibles bombardeos de la radiación cinetórica, que los envolvía en cuanto llegaban a la rotonda de extracción, eran tan extraordinarias cual requería lo tremendo del peligro; agregándose a ellas formal prohibición de que nadie permaneciera, ni aun acorazado, más de diez minutos en la citada caverna, ni volviera a ella sino después de otros tantos de oreo, al exterior, de las personas, y de esterilización de los trajes en una enorme máquina *descinetorizadora*, que los limpiaba de las partículas de la peligrosa emanación, que, aun sin penetrar todavía en la entraña del plomo, se adhería a su superficie durante las etapas del trabajo.

Por supuesto que no era preciso vigilar el cumplimiento de estas órdenes, pues, sin necesidad de que nadie los echara, salíanse los obreros, antes a veces de los diez minutos, para escapar al intolerable calor.

Este calor es perfectamente explicable, por ser sabido que el radio tiene siempre temperatura superior en grado y medio, dos, o aun tres y cuatro grados (1) a la de cuanto lo envuelve o lo rodea, sea ésta baja o alta; pues sumergido en agua a cero grados, sube el radio a dos o cuatro grados, a veintisiete o veintinueve en una habitación donde el termómetro marque veinticinco, y a 102° ó 104° en agua hirviendo a 100°.

Recuérdese ahora que el cinetorio era—según muestras—de nueve a doce veces más activo que el radio, con lo que su exceso de temperatura oscilaba entre 18 y 48 grados.

Agréguese a ello que siendo grandes las cantidades de él que en Maipo había y muy pequeña la cámara de extracción, aquel constante y elevado desprendimiento de calor tenía que hacer subir extraordinariamente la temperatura en el fondo de la galería; sin que a nadie pueda extrañar llegar allí a los 40 grados, siempre agobiantes, pero más dentro de los trajes de plomo. Y gracias a que, estando la boca de la mina a siete mil metros de altitud, bien adentro en la región de las nieves perpetuas, la temperatura exterior era de 20 a 30 grados bajo cero, muy adecuada para establecer refrigerante ventilación, galería arriba, que evitaba subiera el termómetro en el fondo de ella por encima de aquellos 40 grados.

(1) Datos resultantes de las últimas observaciones de diversos experimentadores en diferentes circunstancias: Rutherford, Thomson, Le Bon.

En Mendoza no hubiera sido posible la extracción del taliuro, a menos de haber combinado, en un mismo figurín, la armadura de los homóquinas y la bata hidrológica por *María Pepa* usada en el volcán de Maipo.

Una interesantísima novela, la novela del radio, en el caso presente la del cinetorio, podría escribirse, y aun puede asegurarse que se escribirá, narrando impresionantes aventuras e interesantes peripecias del tratamiento químico-eléctrico empleado para extraer el radio, o el cinetorio, de los minerales de uranio o de taliuro, operación todavía más peligrosa que el arranque de la mina. Mas como tal novela no cabe dentro de la presente, atengámonos a ésta, diciendo solamente que en una magnífica fábrica-laboratorio, cercana a la boca de la galería, y bajo la dirección de Hauptf y de Fognino, se aplicaba dicho tratamiento al mineral extraído de Maipo.

Dicho ya esto, entremos en la fábrica, donde nos lleva deseo de enterarnos...

¿Qué es eso?... Parece un estampido resonante hacia el volcán de Maipo... Ya no se oye nada... ¡Bah! Un barreno, cualquier cosa. Vamos adentro.

Pero apenas entregadas nuestras tarjetas al portero, con encargo de pasárselas al señor Hauptf, un gran vocerío nos hace salir de nuevo afuera, y vemos... Pero para decir qué ha pasado, necesitamos dar antecedentes.

Pareciéndole a *María Pepa* que, aun siendo los diez y siete metros de roca viva que separaban la cámara de extracción del taliuro de la chimenea del volcán espesor suficiente, en circunstancias ordinarias, para tranquilizar al más timorato ingeniero, no eran bastantes para quitar toda aprensión sobre la vecindad de dicha chimenea a quien, como ella, iba ya advirtiendo síntomas de renaciente actividad, aun cuando lenta, del volcán, quiso tomar precauciones para que no se debilitara aquella única barrera contra el aliento abrasador del inmenso horno que en las entrañas de la Tierra arde. Al efecto, previno terminantemente a Fouciño, el contramaestre brasileño, que solamente de las paredes laterales de la caverna permitiera arrancar mineral, pero nunca de la del fondo, donde, precisamente, era más fácil el arranque, por la disposición de los estratos o vetas del taliuro, según hizo notar Fouciño al recibir aquella orden; ganándose un buen rúpice, por suponer que cosa de tal monta podía escaparse a la ingeniera.

Aunque, por practicón y vanidoso, era el contramaestre terco; aunque pensaba que un volcán dormido hacía trescientos años no habría de despertarse por golpe de pico más o menos, se sometió. Pero pasados unos



días fué reprendido por María Pepa, a causa del escaso rendimiento del trabajo; y al siguiente comenzó, a espaldas de ella, a hacer que sus mineros arrancaran taliuro en el sitio prohibido, donde cundía más la extracción: resultando que a la tercera jornada, después de dada esta orden, vióse obligado a rebajar la máxima permanencia de los homóquinas en la caverna, porque el calor, que, aun siendo siempre fuerte, se había mantenido hasta entonces constante, aumentaba, excesivamente.

Al otro día, hallándose María Pepa en la boca de la mina, la sorprendió que las cuadrillas se relevaran cada siete minutos, y ver salir el mineral humeando en las vagonetas.

—Fouciño, ¿por qué son ahora más frecuentes los relevos?

—Porque hace allá dentro un calor de los mismísimos demonios. Vea usted cómo sale el mineral.

—¿Más que antes?

—Sí, señora.

—¿Y qué razón puede haber para ello?

Esta pregunta no se dirigía al contra-maestre, sino al volcán, o más bien al penacho de vapores oscilante en lo alto de su cráter. Pero Fouciño, que empezaba a sospechar pudiera ser suya la culpa de la insólita elevación de temperatura, se dió por aludido; y, poniéndose la venda antes de ser descalabrado, e intentando cargar el muerto a quien pensaba no podría defenderse, respondió:

—Pregúntelo al volcán. Se conoce que hoy está más caliente.

—Ya, ya se lo pregunto—repuso María Pepa sin agregar palabra, pues su atención se concentraba fijamente en unas vedijas blancas, ondulantes en la humareda de grisáceos y negruzcos vapores que del cráter subían. Pasó un minuto; el entrecejo de la ingeniera jefe se fruncía, delatando hondo trabajo mental, hasta que al cabo repitió:

—Ya se lo pregunto, señor Fouciño. ¿Y sabe usted qué contesta el volcán?

—No es fácil. No entiendo su lenguaje.

—Yo sí... Y me dice que hoy está más frío que los días anteriores.

—Puede ser, pero yo a las pruebas me atengo... Y si no, que lo digan los piconeros que allá adentro no aguantan.

—No hace falta, lo dice el volcán mismo... ¿Sabe usted qué son aquellas nubecillas blancas?

—Claro que lo sé: vapor de agua que sale con los otros vapores.

—¿Y sabe usted también por qué suben esos a lo alto, mientras las nubecillas blan-

cas de vapor de agua desaparecen antes de llegar a igual altura?

—Naturalmente: porque con el frío que hace, se vuelve el vapor nieve y cae al suelo.

—Eso es; pero lo que usted ignora es que las otras tardes llegaban las nubecillas blancas veinte o treinta metros más altas que hoy, es decir, que tardaban más tiempo en convertirse en nieve. Y una de dos, o el aire está más frío hoy, o ellas no salen del volcán tan calientes... ¿Verdad?... Pues mire usted el termómetro, y verá que hoy hace menos frío que los días pasados... Por lo tanto, ese vapor de agua, y en consecuencia la montaña que lo arroja, están menos calientes que los días anteriores.

El contra-maestre estaba confundido con la penetración de su inmediato jefe, y empezaba a creer que, aquella vez, le fallaba su práctica.

—Y sepa usted además, señor Fouciño, que la respuesta del volcán, a la pregunta que usted me dijo hiciera, es para mí vehementemente indicio de que la culpa de lo que pasa ahí dentro es la ignorancia vanidosa de quien ha desobedecido a quien sabe más que él.

—Señora. Juro a usted...

—No jure; no hace falta, porque vamos a verlo. Póngase usted inmediatamente el traje de faena... Soledad, trae mi armadura, y ayúdame a vestir.

Minutos después María Pepa y Fouciño entraban en la rotonda de extracción. El calor era asfixiante.

La ingeniera iba pertrechada de instrumentos para comprobar si la profundidad de la caverna había aumentado por la degradación de su pared frontera, pero no necesitó emplearlos, pues al entrar vió a doce homóquinas arrancando mineral de ella.

La membrana telefónica transmisora, del casco de María Pepa, vibró diciendo:

—¿Lo ve usted, señor Fouciño? Me ha desobedecido usted, comprometiendo el éxito de la explotación y la vida de sus obreros. Ya arreglaremos esa cuenta en cuanto enmiende, si es que puedo, su torpeza.

Por telefonía sin alambres, habitual medio de comunicación entre aquellas gentes encerradas en sus fundas de plomo, sin posibilidad de oírse ni hablarse directamente, llegaron las anteriores palabras a la membrana auditiva del casco de Fouciño, que nada contestó.

—Todo el mundo afuera: ahora mismo, ahora mismo, que aquí hay mucho peligro. No, no, usted, no, Fouciño. Nosotros nos quedamos; tenemos que reconocer esto.

Y que quieras que no, allí se quedó el



contra maestre, sujeto por el zapapico del traje-máquina de María Pepa, que metió su punta entre los rayos de la rueda de herramientas del brasileño, impidiéndole seguir a los demás obreros. Estos no se hicieron repetir la orden para echar a correr, o a rodar, mejor dicho, galería abajo.

Comenzó el reconocimiento...

—Esto no tiene remedio—decía la capitana—. A lo sumo nueve metros de espesor... Pero, además, al otro lado ocurre algo anormal... Esta roca retiembla... Ese ronquido que se oye ahí dentro... Parece como si el volcán jadeara... ¿Una erupción?... ¿Un atasco de la chimenea?... ¡Fuera, Fouciño, afuera!...

Dieron vuelta, ella y él, a las manivelas, giraron los carrillos, y, enfilando la galería, comenzaron a rodar velozmente.

Ya era hora. De haber perdido unos segundos más, no habría podido María Pepa poner su máquina en movimiento; pues apenas la corriente de los acumuladores im-

pulsó los carrillos, perdió, la infeliz, el sentido, medio asfixiada por el calor ardiente de su traje de plomo; no cayéndose al suelo, como suele caerse todo el que se desmaya, porque la rigidez de su metálico atavío la mantenía colgada, como de dos muletas, de las abrazaderas del sobaco. Y de pie, y desmayada, corría, corría.

Pero no tan de prisa como los abrasantes volcánicos vapores de la explosión, que, derribando el inseguro muro, salían cual vendaval huracanado por la galería. No siendo poca suerte que solamente la alcanzaran cuando llegaba ya a la boca de la mina; pues si no, la habría asado el volcán, que no pudo cocerla. Pero al llegar a ella, la encajonada ráfaga empujó por la espalda su armadura metálica, aumentando la velocidad de la carrera que la sacaba a la plazoleta (sobre la cual abría la mina) en recta dirección al precipicio que caía de la explanada al ventisquero.

## XV

### UN SALVAMENTO HEROICO, DOS DESMAYOS Y VARIAS COSAS RARAS

A no salir María Pepa desmayada habría cortado, como Fouciño lo hizo, la corriente que movía el carrillo, quedando todo en un susto, de poca monta para quien no pecaba de asustadiza. A no ir cubierta por la armadura, habríanse enterado los mineros de su apurada situación, y corrido a salvarla del peligro que corría corriendo desmayada. Es decir, entonces no habría corrido... Sí, correr, sí; habría corrido... peligro, pero no habría corrido a la carrera; y como la habrían visto desvanecida... Tampoco, porque sin la armadura que la sostuvo, al desmayarse, se habría caído antes de salir de la galería; y no saliendo, mal podían verla...

Bueno, dejémosnos de suposiciones demasiado enredosas, por lo extraño del caso, sobre lo que podría haber pasado, y veamos qué pasó.

El traje armado, que fué la salvación de María Pepa dentro de la mina, la llevaba a la muerte; pues cuando los obreros la vieron aparecer en la boca de aquélla la creyeron en salvo, suponiendo que si iba tan de prisa sería porque la urgiera llegar a alguna parte. Además, lo que salía detrás de ella de la mina—de esto ya se hablará—bastaba a distraer y alarmar a los mineros, de modo que la detención de la disparada ca-

pitana, posible a su salida del volcánico antro, no lo era ya a los pocos segundos, cuando, pasando como un rayo entre los grupos, se distanció de ellos de tal modo que no había ya quien pudiera alcanzarla. Y esto sin contar que detener aquel armatoste de plomo lanzado a gran velocidad, y erizado de zapapico, berbiquí y demás herramientas, punzantes unas, contundentes otras, era proeza para intimidar al más valiente.

Un grito de Soledad, primera que se dio cuenta del peligro de su ama, se lo hizo ver a todos.

—Se ha disparado el motor.

—No, es que no ha bajado la manivela.

—¡Va derecha al ventisquero!...

Y a despecho de convencimiento de la imposibilidad de alcanzarla y de prestarle auxilio, todos corrieron en pos de ella, gritando cada uno lo que se le ocurría, pero ninguno cosa de provecho.

Con la velocidad de un corzo, y haciéndose engañosas ilusiones de llegar a tiempo, iba Santiago a la cabeza de los perseguidores de la obscura y extravagante silueta del metálico artefacto, que avanzaba trágico, fatalmente siniestro, hacia el despeñadero.

De pronto un desconocido, un hombre, no



de plomo, sino de carne, hueso, nervios y de esforzado corazón, surgió de detrás de un peñasco, al borde mismo de la sima; avanzó a interponerse en el camino de María Pepa, se detuvo y dió frente al disparado artefacto, decidido a afrontar el encontronazo de su plomiza masa, con tal de detenerlo.

¡Qué locura! ¡Detener con el cuerpo un automóvil!

Trescientos pasos, menos de un minuto, los separaban solamente; mas la actitud del temerario forastero no era la del atleta que se apresta a aguantar, a fuerza de jarretes, rudo choque, sino la de ágil lidiador de toros bravos que, capote al brazo, espía el instante de cortar el viaje de la res, quebrantando su impulso, al hacerla cambiar, con un quiebro del cuerpo, la dirección de la carrera.

Lo solemne del trance detuvo la del tropel de corredores, enmudecidos de improviso por el asombro y la emoción.

Doscientos pasos... cien...

—¡Cuidado con el encontronazo!—gritó Santiago—. Baje la manivela, que va alzada, y parará.

—¡Al cuarteo, al cuarteo, por la izquierda!—chilló Soledad, que, haciéndose cargo perspicazmente de la urgencia de indicar a qué lado estaba la manivela, decía claro, a quien de toros entendiera, que nada para él sería tan expresivo como un consejo tauromáquico; y de toros sabía mucho la sevillanita.

De entenderlo dió pruebas en seguida el forastero; pues cuarteó efectivamente, y con toda limpieza, hurtando el cuerpo al golpe-tazo, al propio tiempo que su mano caía sobre la enhiesta manivela. Al bajarla arrancó clamores de entusiasmo a la conmovida multitud, e hizo decir a Soledad, tranquila ya por su ama: ¡Vaya un cuarteo limpio! ¡Bien se ve que no es éste el primero!

Pero, instantáneamente, lo que nació clamor de regocijo, trocóse en alarido de terror. Porque la manivela había bajado, sí, pero en seguida las encontradas fuerzas de la mano que la sujetaba y de la velocidad adquirida en la carrera por la máquina—fuerza viva que dicen los mecánicos—imprimieron un giro a la manija, que, volviendo a la izquierda el timón del carrillo y dando media vuelta completa al armatoste, lo revolvieron contra el desconocido, sobre cuya espalda cayó el zapapico, antes situado a la derecha, derribándolo en tierra.

—¡Jesús! ¡Lo empitonó!—gritó Soledad horrorizada.

—¡Lo empitonó, lo empitonó!—chillaron todos.

María Pepa continuaba corriendo, desmayada todavía, pero ahora en círculo, a causa de la permanente inclinación en que la torcida manivela mantenía el timón del aparato. Gracias a esto pudo ser fácilmente detenida.

Le quitaron el casco... ¿Estaba muerta? No, solamente desmayada. Y como no era fácil sacarla en tal estado de su rígido traje, dentro de él resolvieron conducirla al laboratorio para tratar allí de reanimarla.

—¡Y aquel pobre hombre, tendido allí, estará desangrándose!—exclamó Soledad, en cuanto vió quieta a su ama—. Yo he tenido la culpa, por no gritarle que los homóquinas no cornean más que por la derecha; pero ni me acordé ni me dió tiempo. Vamos, vamos corriendo.

Ella, Santiago y unos cuantos mineros llegaron donde yacía inerte el héroe, que, a Dios gracias, no se desangraba, pues el zapapico no lo hirió de punta, sino que, golpeándolo de plano, con violencia, en la espalda, lo derribó al suelo, donde al caer se abrió una brecha en la cabeza, que tampoco sangraba, pues la sangre se coalugó, al salir, entre el cabello.

No parecía la herida cosa grave; pero el herido no movía pie ni mano, porque, cual María Pepa, estaba sin sentido.

¡Salvador y salvada desmayados los dos!... ¿Casualidad fortuita? ¿Coincidencia providencial de sinos?... ¿Psíquicas armonías?...

Huelga decir, pues el tufllo del estilo lo revela a la legua, que esas peliagudas preguntas las hace mademoiselle Thellis agitada en su hipnótico sueño por curiosidades prematuras.

Después de un prolijo reconocimiento practicado por Soledad, teniendo en su regazo la cabeza del herido, declaró la muchacha que la descalabratura no era de cuidado, ni lo otro tampoco, por no tratarse de cornada, sino de un mero varetazo.

Diagnóstico que una vez oído por Santiago produjo un rifirrafe entre gallego y sevillana; pues tan pronto se enteró él de que no había riesgo de muerte, gruñó muy enfadado, que eso ya lo sabía desde que vió a la enfermera mirar y remirar mucho más a la cara del descalabrado que a la descalabratura, y que tanto tardar y tantos mimos no eran para el herido, sino para el buen mozo.

La verdad es que lo era en toda la extensión de la palabra; y estoy seguro que, tenerlo delante, serían las lectoras de la opinión de Soledad...



—¿Y cómo era?—pregunta una curiosa.

No habiéndolo yo visto, ni esperando verlo, pues no pienso llegar al año 2185, sólo sé que igualmente les gusta a la andaluza y a la pitonisa francesita que nos cuenta todo esto. Con ellas atestiguo. En cuanto a las lectoras, pínteselo cada una como más le plazca.

El ruido que, empujando a María Pepa, dentro de su armadura y conduciendo a su salvador en una camilla, hacían los obreros fué el que nos impidió enterarnos de la preparación del cinetorio cuando a la fábrica llegábamos.

En cuanto Hauptf y Fognino se percataron del doble accidente, acudieron alarmadísimos; y ha de reconocerse, en honor de la verdad, que se preocuparon poco con el salvador por atender a la que aún no sabían si ya estaba salvada. Felizmente, este abandono fué remediado por Soledad; pues ocupado por los viejos el puesto de ella junto a su ama, a nadie, sino a Santiago, podía causarle extrañeza que dedicara al forastero sus cuidados, en breve coronados por éxito que no obtenían los sabios con su nieta; pues cuando el enfermo asistido por la doncella recobraba el conocimiento, desmayada seguía María Pepa. Verdad que su postura, con todo el peso del cuerpo pendiendo inerte sobre las duras sisas del metálico traje, que le oprimían las axilas, no era la más adecuada para normalizar circulatorias perturbaciones, que seguramente no habrían llegado a normalidad por obra de los atontados abuelos, a no echarlos de allí aquella pimienta de Triana (1), asumiendo la dirección de todo.

Lo primero era librar al "arma mía" de apreturas, sacándola "der mardesió estuche que me ajoga mi perla". Y como la paciente no podía ayudar a la extracción, no había sino romper el susodicho estuche, lo cual quedó hecho en diez minutos con la ayuda de una tijera de cortar chapa metálica, que la dispuesta moza hizo traer de los talleres de calderería. No se ahogaba en poca agua: la misma decisión y rapidez de juicio de su ama, para salir de científicos atascos, demostraba ella en los vulgares, pero apretados, trances de la vida.

Gracias a su despacho y serenidad volvió en sí María Pepa, a los pocos minutos de descansar tendida en un sofá, de untarle las sienes con no sé qué, y de hacerle oler cosas de que tampoco me he enterado. Además, como el pasado desvanecimiento no obedeció

sino a exceso de calor, ya no sentido, en seguida se halló perfectamente despejada y sin otra molestia que el molimiento de cuerpo y los dolorcillos consiguientes a la incómoda suspensión en que había estado. Pero ¿qué valían tales pequeñeces para muchacha de su temple? Nada.

María Pepa no era como las vulgares heroínas de novela, que cuando recuperan el sentido preguntan siempre ¿dónde estoy?, con temblorosa voz y languidísima mirada. ¡Ca!... Si eso lo vió en seguida, ¿a qué iba a preguntarlo?... Lo que saltando del sofá al suelo preguntó inmediatamente fué:

—¿Ha habido desgracias?... ¿Ha sido una erupción?...

Rápidamente la informaron de que ni había desgracias ni el volcán presentaba, tras el pasado desahogo, síntomas inquietantes.

—¿Y en qué estado ha quedado la mina? ¿Podrá reanudarse la extracción?... Vamos a verlo...

Ya llegaba a la puerta cuando, acordándose Hauptf de que allí estaba un heroico salvador a quien nadie había dado todavía gracias por el salvamento, la detuvo para enterarla de lo ocurrido durante su desmayo; relato en que al llegar a la escena culminante—aparición del salvador, sereno heroísmo de él, herida recibida—le quitó la palabra Soledad para poner en la pintura vívidos colores que faltaban en la paleta del anciano.

—¿Y dónde está ese caballero? Quiero darle las gracias.

—Aquí, aquí—contestó la doncella, que ya avanzaba para ser ella quien efectuara la presentación del todavía incógnito personaje, sin reparar aún, de Soledad se habla, que la visible insistencia y el placer evidente con que el forastero la había estado mirando desde que recobró el sentido tenían ahora diferente objeto; pues María Pepa, y sólo María Pepa, era ya quien tiraba de sus ojos, aun cuando a veces pareciera esforzarse en apartarlos, cual si aquella belleza le asustara; pues, fuera timidez o diferente causa, lo cierto era que si bien la mirada de aquel hombre se posaba con frecuencia en ella, hacíalo furtiva, fugitivamente, porque en seguida su voluntad la desviaba con dureza, o acaso con remordimiento o con coraje. Entonces la varonil expresión franca y cordial de su hermoso rostro obscurecía, tornándose hosca y recelosa.

—Caballero, me ha salvado usted la vida con riesgo de la suya... Como a expresar mi gratitud no bastan las palabras, espero sean más elocuentes el temblor de mi voz, que jamás ha temblado con temores; la humedad de mis ojos, a los que el dolor físico

(1) Barrio de Sevilla habitado por gente artesana, pero que se distingue por su despierto ingenio.



no sabe arrancar lágrimas, y este apretón de manos, que para siempre ofrece gratitud que no divide y amistad a toda prueba.

—Con la cual colma usted... Quiero decir, pago, en más que merece, lo poco que yo he hecho.

Y queriendo agregar: "lo que habría hecho por cualquiera", no atinó a decirlo.

Tal fué la respuesta a la cordial expansión de María Pepa. Perfectamente correcta por lo que contenía, pero que, sin embargo, la dejó perpleja; pues comenzada con voz vibrante de emoción y mirada que acariciaba dulcemente los humedecidos ojos de ella, terminó en el indiferente tono de mera cortesía. Y la mirada se desvió hacia el suelo, arrastrada por ceremoniosa reverencia.

Ea aquel breve instante parecióle a ella que ante sí había tenido dos hombres diferentes, aunque igualmente hermosos: cordial y expansivo, uno; ceremonioso, seco, huraño, el otro. El primero se había desvanecido; el segundo era el que urbano y correcto, pero frío, casi hostil, tenía delante de ella.

Tal vez fué esta la primera vez que en su vida se sintió vacilante y confusa la resuelta muchacha, turbada por insólitos temores de quedarse por bajo o de excederse en actitud y palabras de los requerimientos de la situación; pero los titubeos duraron menos que los transportes de agradecimiento con que Fognino y Hauptt abrumaban al desconocido, participándole, muy orondos, que la salvada era su nieta, callándose que sólo de adopción; que era, además, sabia, prodigio enciclopédico, ¡Gran Premio Castrejo!, bizarra capitana y ángel dulcísimo, todo en una pieza.

El abrumado sonreía a los viejos; lo que advertido por María Pepa, la hizo creer que el gesto duro y la mirada huraña fueron aprensión de ella; pero sólo un instante le duró tal creencia, pues al cruzarse nuevamente las miradas de ambos ya no le cupo duda de que las afabilidades se otorgaban a los abuelos, pero no a la nieta, como no fuera entremezcladas de esquivaces.

Pero aun cuando así sea—se dijo—ese hombre me ha salvado la vida, le acabo de ofrecer agradecimiento y amistad, y ni siquiera le he preguntado aún cómo se llama. Y ya repuesta de su leve turbación, que en cuanto rompió a hablar pasó al desconocido, dijo con la gracia y soltura en ella ingénitas:

—A todo esto, caballero, todavía ignoro a quién debo la vida.

—Alvaro Fairelo Carvoeiro de Mourião d'Abrantes, ingeniero electrónico de la Escuela de Beira, doctor en Química radiante

de la Universidad de Santarem, capitán de la Cuarta Flota de Aviones Ligeros de la Armada Atmosférica Norteamericana y comandante de la Sajona Aguila Bifronte del Atlántico.

El señor de Fairelo comenzó a hablar un poquillo temblón, cosa que le ocurría siempre que iniciaba comunicación visual u oral con María Pepa; mas según ensartaba honores, iba recuperando su perdido aplomo.

—¡Ah! ¿No es usted español?...

—No, señora; soy portugués por nacimiento y sangre; mas conservando mi nacionalidad lusitana, tengo el honor de prestar servicio en la gloriosa Aéreo-Armada Yanco-Británica.

—Por lo primero, casi, casi paisanos... Eso a lo menos dice el afecto que a Portugal tenemos en España.

—Gracias—respondió secamente Fairelo hallando en la afeja desconfianza lusitana de cuanto es español apoyo en que afirmar su sequedad con María Pepa. Y en seguida, con prisa de poner fin a la entrevista, continuó:

—Y habiendo ya tenido el honor de saludar a ustedes y ponerme a sus órdenes, espero su licencia para retirarme.

—¡Cómo! ¿No quiere usted quedarse a comer con nosotros?—dijo Fognino.

—Mil gracias. Me aguardan en Mendoza.

A quien fuera buen observador, no se le habría escapado cierto temblor medroso en la voz de Fairelo al decir que en Mendoza lo aguardaban.

Se despidieron todos de él, con despedidas que inútilmente pretendieron caldear con efusiones, y salió de la fábrica.

Cuando iba a subir al ciclo-avión que lo había traído, y tenía en un rellano, detrás del peñasco de donde saliera para salvar a María Pepa, Soledad, que habría jurado que aquel hombre no podía ser sino banderillero, no pudo contenerse y preguntó:

—Pero si usted es aviador yanki y se ha criado en aquellas tierras, ¿dónde demonios ha aprendido a poner banderillas?

—Yo no he banderilleado nunca.

—No puede ser: ¡aquel cuarteo!...

—Pero en mi país he parchado muchas reses bravas.

—¿Parchear?...

—Es un deporte portugués.

Y sin decir ya más; sin dirigir ni una mirada a la sandunguera sevillana, ni acordarse siquiera de darle gracias por sus cuidados y asistencia; con la prisa del que escapa a un peligro, tendió el vuelo en dirección al llano de Mendoza.

Poco después llegaba el aparato a la azotea de un elegante palacio de Challao en



las afueras de la capital, y el aviador aterrizaba en los brazos de una rubia—pero ¡qué rubia!—que esperándole estaba.

Eso es aterrizar con suerte, dirán los aviadores que esto lean. Y no lo saben bien, pues no conocen a la rubia; que si la conocieran dirían también: ¡¡¡Qué rubia!!! Pareciéndoles pocas las tres admiraciones.

—A la francesa, amigo—gritó picada Soledad, que cuando el forastero volvió en sí se había hecho ciertas ilusiones con aquellas insistentes e insinuantes miradas, que ella no había soñado; pues le sobraba práctica para apreciar la realidad en semejantes lances.

Y al dar la vuelta iba pensando que aquel mozo sabía poner, no solamente banderillas, sino varas.

—Y lo peor no es eso, sino que yo se las tomaba... ¡Pobre Santiago! Será preciso consolarlo...

—Pero, ¿cómo es ese hombre?... ¿Afuera, adusto?... ¿Franco, desconfiado?... ¿Amigo o enemigo?...

¡Su enemigo quien la había salvado!... ¡Qué disparate! Estas preguntas se hacía a sí misma una muchacha que no atinaba a contestarlas; mas no se preguntaba si aquel viviente enigma era feo o guapo.

## XVI

### EL VOLCAN SE SOSIEGA, Y PEDRO OLFATEA ALGO

Enfrascados hasta ahora en los problemas de la preparación del viaje planetario y en las hazañas y peligros de la capitana, nos hemos descuidado en dar noticias de dificultades e incidentes, no científicos, que en los últimos meses del año largo que en América llevaba María Pepa habían llegado a rémoras o a obstáculos, complicando la lucha por ella sostenida con materiales fuerzas de la Naturaleza, ecuaciones y fórmulas; pues a todo ello se agregaba la ingerencia entre estos incorpóreos personajes de la presente historia de otros de carne y hueso, movidos por celos, codicia, vanidad herida; por toda suerte, en suma, de miserias y pasiones.

Ha llegado ocasión de conocer a los nuevos actores humanos que dieron a esta historia carácter de pasional drama donde odio, amor, envidia, abnegación, traiciones y lealtades lucharon en contra o a favor del éxito científico y de la felicidad de María Pepa; pero antes de trabar conocimiento con tales personajes, nos es preciso atar un cabo que suelto se quedó en el último capítulo.

Un atasco, el atasco en que pensaba la ingeniera instantes antes de desvanecerse, fué la causa de todo. Un pequeño derrumbamiento en la parte alta del cráter, accidente frecuente en las tierras de los volcanes, trabadas por disgregantes acciones químicas de los vapores corrosivos que por sus chimeneas se desprenden, había obstruido parcialmente la del de Maipo. Con la obstrucción parcial del cráter aumentó la presión interior de los gases, que rompieron la pa-

red de la galería, adelgazada por la imprudencia del contraataque brasileño, a no ser por la cual, seguramente habría resistido los escasos segundos que, según demostró inspección posterior, tardó en desmoronarse y caer la pasajera obstrucción, dejando nuevamente libre paso a los vapores comprimidos.

He aquí cómo y por qué orden se sucedieron los fenómenos físicos a que dió lugar el accidente: primero, rotura del muro y lanzamiento de sus pedazos, galería adelante, detrás de María Pepa, empujada por la masa de aire que los gases impelían; segundo, violento desahogo de los vapores del volcán en abrasante ráfaga por la boca de la mina; tercero, disminución, consecutiva a tal desahogo, de la presión en la chimenea, que aceleró la caída del tapón, desatascando el cráter; cuarto, fuerte corriente que, en sentido contrario al pasajero resoplido de aquél, llevaba galería arriba el fresco aire de la explanada a la chimenea del volcán, con sibilante rumor, equiparable al producido por una estufa al encenderse.

Después continuó Maipo en su cansino resollar; pero nadie pudo volver a la galería; pues el que temerariamente lo hubiera pretendido, habría sido arrastrado por el tiro, ya permanente en ella, como una pluma es arrebatada, cañón arriba, en una chimenea.

Por suerte, el accidente, que pudo ser grave contratiempo, embarazando o imposibilitando la extracción del taliuro necesario para el aviplaneta, resultó ventajoso;



pues los pedazos de roca, arrojados por la explosión, quedaron esparcidos a las inmediaciones de la boca de la mina, proporcionando diez o doce veces más mineral del necesario, sin otro trabajo que el de recogerlo.

Quiso explotar Fouciño en su provecho dicha circunstancia, para eludir el castigo de su temeraria conducta, pero no le valió; pues la serena firmeza de la Bureba no cedía en casos graves, y ante las formadas cuadrillas de mineros lo despidió públicamente, por desobediencia contumaz, que había puesto en riesgo un centenar de vidas; notificándole, además, prohibición terminante de volver a ejercer su profesión.

—Tengo mujer e hijos. Necesito ganar mi sustento y el de ellos.

—Están dadas las órdenes al Banco de Mattogrosso, donde reside su familia, de pagar mensualmente, de mi particular peculio, no a usted, sino a su esposa e hijos, cantidad igual al sueldo que disfrutaba usted aquí... Ellos acogerán a usted, ellos lo mantendrán, si no encuentra otro medio de ganarse la vida. Porque contramaestre no volverá usted a ser en ninguna mina. De

eso estoy bien segura, pues he tomado precauciones para no ser desobedecida.

Ahí tiene usted un cheque para que pueda trasladarse a Mattogrosso. Puede usted retirarse.

.....

Al verlo ir, camino de Mendoza, dijo Santiago, el maquinista, a Pedro el fogonero:

—No me gusta ese hombre.

—Ni a mí. Ha mirado de un modo a la señorita, cuando ella le volvió la espalda...

¿Sabe lo que se me ocurre, don Santiago?

—¿Cómo lo he de saber?

—Pues echar detrás de él y, de un zurriño, tirarlo a que se estrelle en el barranco.

—No seas bruto. ¡Matar un hombre sólo por figuraciones!...

—Como usted mande. Pero...

Poco después, cuando Santiago contaba a Soledad la brutal ocurrencia de Pedro, contestaba ella:

—Como bruto lo es, no cabe duda; pero esta vez se me figura que su olfato de perro valía más que nuestra inteligencia.

.....

## XVII

### UNA SEGUNDA DAMA QUE, EN CUALQUIER OTRA HISTORIA, HABRÍA SIDO PRIMERA

Atados en el anterior capítulo los cabos sueltos de los precedentes, van a entrar en escena los nuevos personajes anunciados.

Primero y principal. ¿Quién era la rubia que en la azotea abrazaba a Alvaro, apretando bastante, si bien no tanto como solía apretar bajo techado?

Pues una compañera de armas del capitán Fairelo, o mejor dicho, jefe, pues tenía grado de comandante de Ingenieros en la Cuarta Aérea División Ligera, en donde aquél servía... Dicho esto, a nadie extrañará que, al regreso de un viaje, abrazara a su amigo y compañero.

¿Que el amigo era amiga y además guapa?... Mejor para él; mas no por eso dejan compañerismo y amistad de ser satisfactoria explicación de los abrazos de la azotea. Los que no pueden ya explicarse por iguales sentimientos son los otros, los de abajo, a que antes se ha aludido. Y, sin embargo, eran muy explicables.

En nuestro siglo XX sorprendería la noticia de que un distinguido Capitán de Avia-

dores había contraído matrimonio con un brillante Comandante de Ingenieros, aun cuando fuera de ingenieros aéreos. Pero en el siglo XXII la cosa era usual, corriente, naturalísima, porque el progreso realizado por las hembras al invadir todas las carreras no había de interrumpir las agradables relaciones entre sexos opuestos, ni ser obstáculo a la función procreadora de la especie humana. Así nadie, en Chicago, sintió extrañeza al recibir, tres años antes, la siguiente esquela:

MISS SARA SAM-BULL

*Comandante de la Ingeniería Aérea. Numeraria de la Academia de Ciencias de Boston,*

Y

MISTER ALVARO FAIRELO  
CARVOEIRO

*Capitán Aviador de la 4.ª División Ligera, Doctor por Beira y Santarem y Harvard,*

*Participan a autoridades y amigos haberse unido en laico enlace. Y se despiden para Nueva Zelanda.*

Eran, pues, marido y mujer, lo cual ex-



plica todos los abrazos que les apeteciera darse a la intemperie o abrigados: eran marido y mujer, y no hay motivo para escandalizarse.

Pero eran marido y mujer laicos, calificativo revelador de otro progreso, de una institución mucho más cómoda que el anticuado matrimonio meramente civil, donde ya en el siglo XX se entraba de rondón sin afrontar el riesgo de indisolubilidad, pensando, al contraerlo, más que en la entrada, en la salida; pero que para conducir a su natural término, el divorcio, todavía obligaba a realizar una porción de inútiles diligencias, formalidades, gastos y molestias, con las cuales acabaron en un periquete los prácticos legisladores yanquis, inventando el sencillo matrimonio laico: tan fácil de anudar por un "me place" cual de desenlazar con un "me da la gana"; y no de ambos, sino de cualquiera de los contrayentes, sin exigirle a éste fuera contando historias, ni alegando pruebas a jueces ni a jurados.

"Ya no me gusta ésta", "ya me aburro con éste". ¿Qué mayores ni más claros motivos para decir a ésta o a éste: "Puedes irte a paseo", o "ahí te quedas, que ahora me gusta aquél o aquélla?"

Pero eso estaba ya inventado desde que el mundo es mundo, podrá decir cualquiera.

Sí, pero se llamaba barraganía, amancebamiento, lío, una porción de nombres feos que asustaban a la gente; y lo que no estaba inventado era darle oficial y respetado estado en las legislaciones y en las sociedades, poniéndole presentable nombre de matrimonio laico, que tenía la virtud de convertir en decente señora a toda barragana. Era la rehabilitación de millares y millares de mujeres frágiles, que con sólo dar parte de su fragilidad, quedaban limpias de reparo y maca. Así, únicamente las contumaces que caían en secreto y no legitimaban la caída con el laico parte, eran rechazadas del trato y consideración de las personas bien.

No eran pequeñas ciertamente las ventajitas anteriores; pero a ellas se agregaba la de sencillez, verdaderamente práctica, yanqui; pues las preliminares ceremonias y formalidades necesarias para que el nuevo estado produjera legales y civiles efectos se reducían a la impresión de unas esquelas cual la que antes se ha visto, y al envío de ellas al alcalde, al juez, a los amigos; menos aún, pues, en último extremo, bastaba su inserción en tres periódicos.

A la inversa, esquelita análoga, en que uno de los cónyuges participara a autoridades, conocidos y a la ex cara o ex caro mitad,

que se había descasado, sin dar explicaciones que a nadie interesaban, dejaba a cada quisque soltero y libre como el aire...

¿Los hijos?... Estos matrimonios no solían preocuparse con los hijos, pues la civilización había implantado las COOPERATIVAS DE LACTANCIA Y EDUCACIÓN, que sin viciar con paternales mimos a los educandos, y sin floñeces de familia, formaban hombres serenos, fríos, aptos para desenvolverse en la vida práctica, y mujeres aun más desenvueltas que los hombres.

Posible es que en 1918 todavía piensen gentes rancias que Sara y Alvaro estaban lisa y llanamente amancebados; pero como en 2186 decían ellos, y casi nadie los contradecía, que se hallaban casados, cual marido y mujer se ha de hablar de ellos al relatar sucesos de tal tiempo.

Sara tenía, según ya queda dicho, superior graduación que su marido, lo cual pudiera parecer atentatorio al prestigio del que hoy llamamos cabeza de familia; mas sobre ser antigualla del mundo viejo la masculinidad de tal cabeza, ha de advertirse que hombres y mujeres usaban pantalones, aunque de diferente corte, en el siglo XXII; y, sabido esto, nada más lógico que cabeza fuera, en cada matrimonio, quien los tuviera mejor puestos.

Era Sara de carácter más firme que Alvaro; de más años: treinta y dos contra treinta; muy rica y pobre él; guapa al extremo de haber ganado seis premios de belleza en Yankilandia, que es la primera tierra en cuanto a criar despampanantes rubias, con el garbo, la gracia y el trapío de las morenas retrecheras de Cádiz o de Málaga. Además, estando, no honda, pero sí febrilmente enamorada de Alvaro, y sabiendo embriagarle con transportes de pasional amor, nadie se asombrará de que aun siendo él guapo, inteligente y hasta heroico, cual se ha visto, se arrojara gozoso en la prisión de aquellos brazos: cárcel donde la luz entraba en la mirada de los incomparables ojos de una carcelera que entre sus labios ofrecía el alimento de su pasión al preso, sin que él se enterara de que los dulces lazos encubrían fuerte cadena remachada a su vida por una voluntad de mejor temple que la suya.

Porque Sara, que para sí no toleraba señor ni dueño; que nunca habría de ser de nadie sino de sí misma, creía muy lógico, muy justo, más aún, indispensable, que Alvaro fuera de ella, ciega y humildemente suyo; que no obrara, pensara ni sintiera sino lo que dictaran la voluntad, el cerebro y el corazón de ella.

Tiempo vendrá en que a la explicación



de las prendas de Sara, ya citadas, se agreguen otras explicaciones de cómo, desde la niñez de ella y Alvaro, juzgó el esclavo tan natural su esclavitud, tan fatalmente natural, cual que la Luna ruede en torno de la Tierra, sentenciada por siempre a ser satélite sin llegar a planeta. Ya habrá lugar de explicar este sometimiento del portugués a la bellísima anglo-yanqui, porque ahora urge decir por qué estaba en Mendoza el matrimonio.

No solamente eran militares ambos cónyuges, sino sabios, que juntos trabajaban en diversos estudios e investigaciones sapientísimas, llevando también Sara en ellas la batuta, aun cuando los descubrimientos fueran algunas veces de Alvaro.

De otra parte, la fatalidad quiso—ya se verá después por qué se echa la culpa a ese incorpóreo personaje—que entre los ascendientes de Sara, por la línea materna, estuviera aquel mister Haig, que después de ganar en 1994 el primer premio concedido por el Instituto de Viajes Planetarios a sus métodos respiratorios en el planetoide y en los planetas, traspasó la farmacia de Sandgate y fué a Norteamérica, donde el millón y medio largo del premio creció y creció, siendo la base de la gran fortuna que dos siglos después disfrutó Sara.

Aquel premio había sido timbre de gloria, en lo pasado, para la familia, y después cebo para que en cuanto cualquier vástago de ella revelaba buenas disposiciones para la no fácil carrera de la sabiduría, a sabio o sabia se lo sentenciara; pero a sabio desde la cuna especializado en los estudios conducentes a ganar nueva gloria y más millones resolviendo el principal problema de la propulsión del futuro orbimotor.

Para dedicarse de lleno a esos estudios, auxiliada por Alvaro, pidió Sara el reemplazo al uncir a su esposo al laico yugo —¡cuánto mejor suena esto que el grosero ajuntarse de 1918—, e hizo que también lo pidiera su consorte, eligiendo un lugar retirado en Nueva Zelanda, donde los sorprendió desagradablemente el noticia de haberse adjudicado el Gran Premio Castrejo a la señorita de Bureba.

Mal le habría sabido a Sara que un hombre fuera el agraciado; pero que fuera una mujer, una mujer como ella, era ya demasiado, y hasta absurdo: porque como ella no podía haber mujer ninguna.

Yo necesito conocer detalles de ese invento, que bien pudiera resultar una de tantas fracasadas tentativas. Y a Trujillo se fueron ella y Alvaro, para asistir a las célebres conferencias de la inventora, que cuanto más guapa, tanto más antipática, y

cuanto más sabia, tanto más indigesta pareció a la archiguapa y sapientísima mistress Sam Bull.

En los matrimonios laicos no era costumbre usara la señora el apellido del marido, a causa de la precaria inestabilidad de las funciones maritales.

Júntense, de una parte, emulación de buena moza, que a despecho de sus seis premios de belleza, jamás había tenido apoteosis comparable a la del *God Save María Pepa* y del *Viens, viens Pepette*, y de otra resquemores científicos contra aquella mujer que se llevaba el premio por Sara codiciado, y tendrá idea del rabioso coraje de la yanqui sólo quien sea capaz de sentirlo semejante.

Como en las conferencias de Trujillo no fué revelado el secreto de las célebres cápsulas, seguía insistiendo Sara, después de oír aquéllas, en que tras el secreto se escondía la farsa, y en que la aragonesa era una intrigante.

Y aquí del derrochar dinero a manos llenas, sobornando a criados, calculistas, mecanógrafos: primero, en el sistema planetario de Trujillo, y en Mendoza, después; pues allá fueron detrás de María Pepa, Sara y Alvaro: siempre en persecución de subrepticias copias de informes, memorias, cálculos y de cuanto pudiera ponerlos en la pista del invento.

Cándidamente creyó el marido, en los primeros momentos de estas sigilosas pesquisas, que no era el móvil de ellas sino interés científico y emulación, al cabo disculpable, de su esposa; pues todavía creía entonces él cuanto Sara quería. Y eso quería ella que creyera; pues además de mucho orgullo para confesar a nadie, y a su marido menos, que hubiera otra mujer de quien ella sintiera envidia o celos, tenía especial cuidado en no enterarle de sus proyectos, sino en aquello que la convenía. Así, pues, aun cuando Alvaro andaba ajetreteado en busca de confidentes sobornables entre los auxiliares subalternos de María Pepa, sin embargo, ignoraba que las gestiones y las maquinaciones de mayor interés las realizaba Sara por su lado, sin decirle a él palabra.

Basta con lo anterior para pensar que sobre María Pepa y sus proyectos comenzaba a condensarse peligrosa nube. Y no paraba en esto, pues una imprudencia, generosa, es verdad, pero imprudencia al cabo, del Consejo de Gerencia de los Viajes Planetarios, que también había trasladado sus reales a Mendoza, promovió graves conflictos, que amenazaban entorpecer o imposibilitar la realización del viaje.



## XVIII

## SURGEN DIFICULTADES

Mientras en Maipo y Paramillo se dedicaba la Capitana a lo que ya sabemos, y sus abuelos la secundaban, el Consejo, en Mendoza, preparaba el programa detallado de los estudios que debían realizarse en diversos planetas y en las travesías de unos a otros, eligiendo los nombres más ilustres entre los muy conspicuos del plantel de sabios que se disputaban el honor de formar parte del Comité de Estudios que había de representar al célebre Instituto de Viajes Planetarios en el planetoide y en las academias y científicos centros, que verosíblemente encontrarían, si no en todos, en casi todos los planetas. Honor aderezado con dos millones de honorarios, más otras 500.000 pesetas para el ayudante que cada uno de los elegidos propusiera para auxiliarle en sus trabajos e investigaciones.

De pasada diré, pues ahora es la ocasión, que la ciencia terrestre estaría representada en el viaje, no solamente por el Comité o Delegación del Instituto, sino por los sabios y sabias de las Comisiones que todas las naciones civilizadas serían invitadas a designar como representantes científicos de ellas.

Pero no contentos los Consejeros con dicho trabajo, y queriendo rendir homenaje, al parecer justísimo, a la memoria de aquellos cuatro sabios que en dos centurias, y a muy largos intervalos, habían ganado en los concursos los cuatro premios ordinarios Castrejo, concedidos con anterioridad al extraordinario que se llevó la aragonesa, decidieron, y esta fué la imprudencia, sin contar con ella, publicar en los principales periódicos del mundo un anuncio declarando que el Consejo consideraba con derecho nato a pasaje en el orbimotor a los herederos, si algunos existían, de los señores Haig, Kumpf, Chu-Fo y de mademoiselle Leblonde, titulares, según recordará el lector, de aquellos premios. Más aún: que en caso de tener alguno de ellos los conocimientos necesarios para dirigir la aplicación, que en el viaje se hiciera, de los inventos de sus antecesores, y deseo de encargarse de dicha dirección, a ellos les sería encomendada. En el primer caso recibiría cada uno remuneración extraordinaria de un millón, y de cinco millones en el segundo.

Ya demasiado tarde lo supo María Pepa, al recibir la cortés visita de autopresentación de monsieur Aristides Leblonde, descendiente de la difunta y laureada astrónoma tarasconense, el cual acudía al olorcillo, no del honor, ni del manipuleo de observaciones ni aparatos de que no entendía jota, sino del milloncete, y principalmente por el atractivo, seductor para él, de toda aventura extraordinaria.

Aquel francés, también de Tarascón, tan cetrino como rubio era su apellido, tan feo, tan feo como guapa pinta la fama a su ascendiente, mas tan alegre, franco y *bon garçon* como horroroso, fué a la visitada, sumamente simpático; pero el placer de la entrevista y de la amena charla no pudieron prevalecer sobre el disgusto de enterarse de la tontería del Consejo.

Por lo pronto, no le ocurrió sino suplicar al visitante que, a cambio de la formal promesa que le empeñaba ella de que en el movimundo embarcaría con su millón en el bolsillo, prometiera a su vez ocultar en Mendoza su preclaro nombre y no decir palabra a nadie de la causa de su llegada hasta que no viera ella inconveniente en divulgarla.

Cerrado el trato, fué el hombre tarasconense entre dientes el estribillo de la canción *Viens, viens, ma belle Pepette*: no tan bajo que no hiciera sonreír a la aludida con sonrisa que estalló en carcajada cuando, desde la puerta, volvióse él, y haciendo una profunda reverencia, dijo: *Ma foi, c'est vraie! Il n'y a pas d'autre: c'est la plus belle...* Dió media vuelta y se alejó cantando: *Autant, autant que je suis laid.*

—Es saladísimo este hombre—decía María Pepa muerta de risa; pero en seguida le pasó el buen humor, y sin perder minuto convocó a sus tres viejos para informarlos del conflicto que se avecinaba; pues ellos no sabían, como sabía ella, que los sabios premiados en aquellos concursos (muy respetables y muy sabios en remotos tiempos) habían tenido la desgracia de amontonar en sus memorias, teorías y soluciones, planes y proyectos, que, bellísimos e incontrovertibles para la ciencia de pasados siglos, no eran sino sueños, errores, deleznales hipótesis ante la ciencia del siglo XXII; en



suma, tonterías inaplicables en el autoplanoide.

Caritativo respeto a la memoria de aquellas buenas gentes, habíala retraído de hacerlo público; pero si ahora, por imprudencia del Consejo, llegaban los herederos con pretensiones de hacer prevalecer sobre los procedimientos que ella tenía para todos aquellos problemas...

—Entonses— la interrumpió Ripoll— tú has ganado todos los premios, y es preciso que esos descendientes te devuelvan, con los intereses de dos siglos, los millones que te robaron sus abuelos.

—No se trata ahora de eso, sino de evitar que gentes ignorantes, apoyadas en decisiones del Consejo, pretendan implantar en nuestro novimundo invenciones ridículas, y hasta peligrosas, comprometiendo el éxito del viaje. Lo indispensable es no perder minuto en plantearle al Consejo la cuestión en estos términos:

Primero. Que yo dejaré en libertad a las comisiones científicas para los estudios accesorios del viaje; que no me meto en que el Consejo regale los millones que quiera a esos herederos de los frustrados inventores; pero que en lo relativo al mando y dirección del avimundo, en cuanto vehículo trans-etéreo, a su temperatura y a la respiración de él: en suma, en cuanto importe a la vida e higiene del pasaje y a la guarnición, no admito otros colaboradores que vosotros tres y el personal que yo contrate.

Segundo. Que en el momento mismo de zarpar el autoplanetoide de la Tierra han de quedar suspendidas en él las garantías constitucionales, encargándome yo, como superior autoridad militar, de las riendas del gobierno.

Tercero y último. Que en las comisiones científicas admitiré sin cortapisas representantes de todas razas y países; pero en la fuerza armada que guarnezca el novimundo no admito sino españoles e hispanoamericanos, y claro es que españolas e hispanoamericanas.

¡Ah! Con la urgencia olvidaba que no todos los proyectos premiados en pasados siglos son disparates, pues uno de ellos, el de la alimentación, del ilustre Chin-Chu-Fo, es digno de aplicarse, y pienso que se aplique, si no en absoluto, normalmente en el viaje; y si algún descendiente del autor desea encargarse de la dirección de tal sistema, previa la prueba de su personal competencia, no veo motivo para no acceder a tal deseo.

Mejor que plantear yo misma la cuestión al Consejo, perdiendo aquí en Mendoza

tiempo que he menester para acabar el planetoide, será que ustedes lo hagan. En el estante M, tabla quinta, están esos ridículos proyectos, aun más ridículamente premiados; y de mi puño y letra impugnación de todos sus errores. Repartílos y estudiadlos antes de suscitar la cuestión a los señores Consejeros.

Aquello fué una triple bomba que dejó turulato al Consejo entre el convencimiento de la imposibilidad de mantener su acuerdo y la de anularlo sin divulgar, no uno, sino tres garrafales *lapsus* de otros Consejos, con desprestigio de la Ciencia de pasadas edades y resonante pérdida de crédito científico para el Instituto. Siendo lo más amargo de aquel trago que el descrédito no recaería únicamente en los consejeros de pasados tiempos, sino sobre los actuales, que con su reciente e impremeditado acuerdo—por meterse a faroleros, como Ripoll les dijo—, eran ya solidariamente responsables de los erróneos fallos de los jurados míopes que habían calificado de científicos aciertos las tres desatinadas memorias.

Como era natural en tal aprieto, buscábase con ahinco medio de detener aquella espada de Damocles que, en forma de pública y universal rechifla, veían los atolondrados sabios suspendida sobre sus cabezas, pero no se encontraba.

Cuando ya Hauptt creyó que estaban lo bastante asustados, les ofreció su auxilio, mas recalcando bien que solamente le movía deseo de sacar a los desaconsejados consejeros del apurado trance; puesto que ni él ni sus dos compañeros de ponencia habían de perder con el escándalo, sino antes ganar crédito por no haber descubierto errores de otros.

Después de darles este varapalo, hizo alejar esperanzas en sus almas, manifestándoles que no siendo probable que los descendientes de los señores Haig, Kumpef y Leblonde tuvieran interés en despeñar a sus antepasados de lo alto de su fama mundial a las profundidades del ridículo, no le parecía a él difícil llegar con ellos a individuales y sigilosas transacciones que, evitando conflictos al Consejo, permitiera a los otros seguir pavoneándose con mal ganadas glorias de sus apellidos. Si el Consejo dora la secreta propuesta con avenencia a comprar su silencio en el millón que cual dietas de viajes les había ofrecido, sería difícil que ninguno rehusara. Además, posible era que no existieran ya en el mundo descendientes de los mal laureados inventores: hipótesis no muy inverosímil, porque nin-



gundo había dado, hasta entonces, señales de vida.

Los jurados ignoraban la existencia de un Aristides Leblonde, que estaba ya en Mendoza; pues el francés feo y simpático, que algunas tardes subía a Maipo a piropear inocentemente a la capitana, sin la menor subterránea intención, ni ulteriores propósitos, cumplía como un hombre su palabra, guardando riguroso incógnito.

Sara, descendiente en línea más o menos sinuosa y más o menos laica, de Mister Haig, tampoco había comparecido; pues enferma en los días de la inserción en los periódicos de Mendoza de la convocatoria del Consejo, no tuvo conocimiento de ella hasta encontrársela en el *Boletín* de la Academia de Boston, no llegando a sus manos hasta la mañana misma de la sesión en que los abuelos de María Pepa informaban al Consejo de la *plancha* del de ella.

De los descendientes de Chu-Fo, nada había que temer, pues el ilustre japonés era el único que entre los premiados no resultó sabio de pega. Y en cuanto a los vástagos de Herr Kumpf, era seguro que no comparecerían, según sabía de buena tinta su compatriota Hauptt, callándose que podía aseverarlo por no existir otro heredero del ganador del premio de la conservación de viable temperatura que el propio y mismo Hauptt, que estimó lo más cuerdo no confiar a nadie este secreto de familia.

En vista de esto, el Consejo se iba tranquilizando.

Discutiéronse en seguida las dictatoriales facultades que reclamaba María Pepa, y aquí ya no hubo igual unanimidad, pues sonaba el debate, no a discusión, sino a disputa, donde sobresalían los duros tonos de la voz de Ripoll, el almogávar, ahora aliado con los sicilianos de Fognino y con los lansquenets del pacífico Hauptt, guerrero por un día. Tal acumulación de fuerzas alcanzó al cabo la victoria de proclamar a María Pepa dictadora del automundo que había creado.

Cuando creyendo ya desvanecida la amenaza del bochornoso escándalo que los preocupaba, se disponían los consejeros a marcharse a almorzar entró un uñer con una tarjeta perfumada, donde se leía:

SARA SAM BULL

De la Academia de Boston,

*Desca hacer una comunicación urgente al Consejo reunido.*

En pos de la tarjeta, sin aguardar a ser introducida, se presentaba ella, como quien está cierta de caer bien en todas partes:

por cierto, gallardísima con su elegante uniforme de Comandante de Ingenieros Aéreos; y a los pocos minutos, se enteraba, con terror, el Consejo de que tenía delante a la heredera de Mister Haig, reivindicando sus derechos de manipuladora en jefe de la respiración en el autoplanetoide, cuyos pasajeros tendrían obligación ineludible de respirar aquellas cosas que su abuelo había ideado, y de respirarlas en la forma y manera por él establecidas, y revalidadas por el Instituto de Viajes Planetarios, al otorgarle el premio y convocar, más tarde, a la compareciente, para que las administrara.

Deseando que la tierra los tragara, *ni oxe ni moxe* contestaban los consternados sabios

.....

Al leer el anuncio del *Boletín* de Boston habíase regocijado Sara con la idea de obtener libre acceso al autoplanetoide durante su construcción, lisonjeándola la posibilidad de estropearlo disimulada y hábilmente, de modo que en las pruebas fracasara la inventora y, en su opinión, ladrona del premio planetario, que en pocos años habría obtenido ella, de no birlárselo la otra. Llegaba, por tanto, pensando que, una vez personada ante el Consejo, coser y cantar sería todo; así, que cuando vió el espanto reflejado en aquellas caras, ella, no acostumbrada a que de la suya se espantara nadie, pidió altaneramente explicaciones, y revolvióse airada contra ellas en cuanto se las dieron.

Lo peor fué que el escándalo científico no quedó allí encerrado, pues reclamó pública discusión, para que el mundo se enterara de que los ignorantes eran quienes motejaban de iluso a su glorioso ascendiente, y de torpes a todos los Consejos anteriores del Instituto Planetario. Y se armó el gran zipzape en los periódicos.

Técnicamente, era indudable que no tenía razón Sara, y pronto lo vió ella—pues de tonta no tenía ni un pelo—en cuanto para prepararse a la polémica con Ripoll entablada, tuvo que leerse el disparatado proyecto de su señor abuelo; pero siendo su posición fortísima para el escándalo, con chacota salía de los científicos aprietos en que los artículos de Ripoll la ponían, asaeteando a burlas al conclave de sabios.

Detrás de la polémica llegó otra complicación mucho más grave; pues la comisión inspectora de los herederos de Castrejo, encargada de meter cada diez años las narices en la gestión del Instituto, encontró un nuevo Uñas y otro Mañas que en cuatro días zurcieron un escrito alegando que con el otorgamiento, en los años tales y cuales, de tres



premios a otros tantos proyectos, *declarados por el actual Consejo del Instituto de Viajes Planetarios, inútiles para los fines del legado*, estabase en el previsto caso de reversión de él a los deudos; y en consecuencia, reclamaban del Juzgado, como primeras providencias, la suspensión de las obras del novimundo, el embargo de la Caja Planetaria y el de las diez y siete fábricas de Mendoza, Paramillo, Maipo, Uspallata, etc.

Tal situación, provocada por impremeditación del Consejo de Gerencia, ya parecía gravísima desde fuera vista; mas desde dentro pareceríalo más a quien supiera que a altas horas de la noche, y procurando recatarse, visitaban Uñas y Mañas el elegante palacete de Challao, en donde vimos aterrizar a Alvaro, sin que dichas visitas preocuparan a éste, por no andar, para nada, amor a Sara en ellas.

En tal estado estaban las cosas cuando María Pepa fué heroicamente salvada por el portugués. De ello dedúcese la explicación de las sequedades y asperezas de él con la mujer a quien tenía por sabia falsificada—Sara le había convencido de que el invento era camama—y por desaprensiva criatura, que en seniles amores de débiles jurados fundaba una usurpada reputación científica; Sara se lo había dicho: Sara, que no tenía noticias de la triple adopción; y que aun teniéndola se la habría callado.

Veía Alvaro en María Pepa (según frase textual de la señora comandante yanqui, bien enterada de ser para todo portugués artículo de fe la doblez española) a la usurpadora que con sus malas artes secuestraba el premio y con él la gloria, y con la gloria, los millones, que en unos cuantos meses de trabajo habría alcanzado el laico matrimonio; a la artera intrigante, que para Sara era casi, casi una científica ladrona, y para él... para él... ¿Qué podía ser sino la enemiga de la esposa, que años y años le tenía hechizado y envuelto entre las llamas de enervante pasión abrasadora?

Todo esto explica el ceño adusto, la mirada dura, la prisa en alejarse de aquella odiosa mujer, tanto más temible cuanto más hermosa.

Bueno; pero ¿y lo otro? La mirada acariciadora a los hermosos ojos de María Pepa, humedecidos por reconocimiento al salvador, la fuerza que hacía ellos tiraba de los de Alvaro, adormeciendo, cuando él se descuidaba, los recelos del apuesto portugués... Todo lo que él había visto en ella, ¿cómo se explicaba?...

La respuesta no es fácil; pero si no rotunda explicación satisfactoria, tal vez hallemos de ella indicios bajando de la azotea a las habitaciones interiores del hotelito de Challao, y oyendo la conversación que allí tuvieron Sara y Alvaro.

## XIX

### UNA NOCHE EN EL PALACETE DE CHALLAO

Apenas terminadas las primeras expansiones cariñosas de Sara, que, en su deseo de entrar pronto en la materia que principalmente la preocupaba, hizo más breves de lo acostumbrado, preguntó a su marido:

—¿Traes la muestra del mineral?

—Traigo algo mejor: esta capsulilla, que en cuanto aterricé en Maipo encontré en la grieta del peñasco, donde sin duda la había dejado Krenk.

Krenk era un médico servio, gran químico y grandísimo perdido, cosas perfectamente compatibles, a quien Sara, que de antiguo lo conocía, había hecho presentarse en la fábrica donde, en Maipo, se preparaba el cinetorio, y en la cual fué admitido como ayudante químico.

Iba Alvaro a continuar, cuando gritando entró en la habitación, como una tromba, el propio Krenk:

—Me han descubierto. Ese maldito italiano, más malicioso que una vieja ladina, ha echado de menos la cápsula que dejé en el peñasco. Y eso que no contiene sino pocos centigramos de ese endiablado metal. En cuanto notó la falta, sin vacilar, se me vino flechado y me puso a la puerta de la fábrica. Yo no comprendo cómo ha podido sospechar de mí... Pero, después de todo, me alegro.

—Yo no: me era usted allí necesario.

—No lo crea, doña Sara; más de lo averiguado no he de averiguar ya; porque los aparatos empleados para utilizar la substancia que está debajo del fanalillo de cristal de esa lentejilla de plomo, los fabrican en otra parte. No sé en dónde.

—Pues se ha lucido usted. No le creía tan torpe.

—No tanto, no tanto, porque usted ignora la importancia de lo que he averiguado y



desconoce la terrible fuerza de esa casi microscópica partícula roja encerrada en la cápsula; porque no sabe que en cuanto hubieran ustedes intentado analizarla por los métodos corrientes, el laboratorio, ustedes y el hotel habrían volado convertidos en impalpable polvo. Eso habría pasado si no me hubieran despedido.

—¿Pero...?

—¿Por qué?

—Porque después que anoche dejé en la grieta del peñasco la cápsula, con la nota indicando que su contenido es el producto que allá extraen del taliuro, supe esta mañana, antes del accidente del volcán...

—¿Qué accidente? ¿Ha habido una explosión?—preguntó Sara.

—Ya te lo contaré—respondió Alvaro enrojeciendo levemente. Ahora es más interesante oír a Krenk.

—Pues bien, esta mañana hicieron los viejos una prueba, metiendo en un socavón de la ladera del volcán apagado de Overo, unos cuantos kilómetros al norte de los de Maipo, una capsulilla como esa, comprendida entre dos tubos parecidos a los X o de Roentgen. Yo iba con ellos, y con ellos volví a Maipo, donde con un excitador de chispas lanzaron la aérea, o mejor dicho, etérea ondulación eléctrica, cual si quisiesen transmitir por telegrafía sin hilos un marconígrama al receptor, ligado a los tubos X que habían quedado en Overo. Y en el mismo instante se alzó, desde el monte a las nubes, colosal polvareda.

Media hora tardó la atmósfera en despejarse, y entonces vimos que el bocado de la cápsula había arrancado a la montaña un pedazo de cráter que por lo menos pesaría diez mil, veinte mil, puede que cuarenta mil o más toneladas, lanzadas qué sé yo a cuántos kilómetros de altura.

Inmediatamente comprendí que aquello era debido a la instantánea desintegración de los átomos de la partícula del metal de la capsulilla. Y entonces oí a los viejos que esa substancia es tan peligrosa que no puede analizarse sino por ensayos espectroscópicos de la luz emitida por su fosforescencia en la obscuridad. Además, vea usted, don Alvaro, ¿qué marca aquel termómetro de al lado de la puerta?

—Veintiún grados—contestó el aludido.

—Pues tráigalo aquí, y acérquelo al cristo lito de la cápsula... Vea, vea cómo sube...

—Veinticinco... treinta... treinta y dos...

—¡Qué atrocidad!... ¡Ha llegado a treinta y ocho!... ¡Estalla el tubo!—exclamó Sara atónita.

—Eso no puede ser sino radio concentra-

do, espíritu de radio, una nueva preparación, un ultra-radio—dijo Alvaro.

—Ellos lo llaman cinetorio. Han escapado ustedes de buena. Y ya ve, doña Sara, que no he perdido el tiempo.

—Es verdad, Krenk, todo esto es altamente interesante. Quedará usted contento de la remuneración de sus servicios. Ahora baje, y diga al mayordomo que le dé cena y habitación; pues mientras yo no avise a usted, no puede salir ni a la puerta de la calle. Es preciso evitar que nadie lo vea a usted aquí.

Solos ya Sara y Alvaro, tuvo que contar él su heroicidad de aquella tarde, que gustoso habría callado, no despertando en Sara iguales entusiasmos que entre la gente de allá arriba.

—¿De modo que esa mujer, mi ene... nuestra enemiga, esa española solapada y dominante, iba a matarse por permisión divina; su muerte era tal vez castigo impuesto por la Providencia, y tú te interpones y estorbas que se cumpla la justicia de Dios?—dijo Sara, adoptando el tono y la actitud místicamente feroces de aquellos inflexibles puritanos que en 1620 fundaron en América del Norte la colonia de Massachusetts, donde, siglos después, nacía este importante personaje femenino del viaje planetario, en cuyas venas quedaban todavía algunas gotas de sangre puritana.

—Fué la fatalidad—le contestó azorado Alvaro—. Yo creía que se trataba de un infeliz minero.

—Pero no puede ser. Tú la conoces; juntos la hemos visto muchas veces en Trujillo.

—Es que era imposible reconocerla en su traje de homóquina.

No decía Alvaro que el homóquina de María Pepa tenía, cual era lógico, signos externos por los que los mineros reconocían en él a su ingeniera jefe, callándose también que desde lo alto de su cicloavión, y antes de aterrizar junto al peñasco, la había visto meterse en la armadura, cuando entró con Fouciño en la galería.

Gracias a estar la habitación iluminada por luz verde, y Alvaro de espaldas a ella, no advirtió Sara que estaba colorado como un pimiento cuando decía ignorar quién iba dentro del homóquina. Y, sin embargo, algo inquietante presentía en la relación y en las vacilaciones de su marido.

—¿Qué quieres! No pude dominarme: creí que era un desdichado padre de familia, sentí un impulso generoso que...

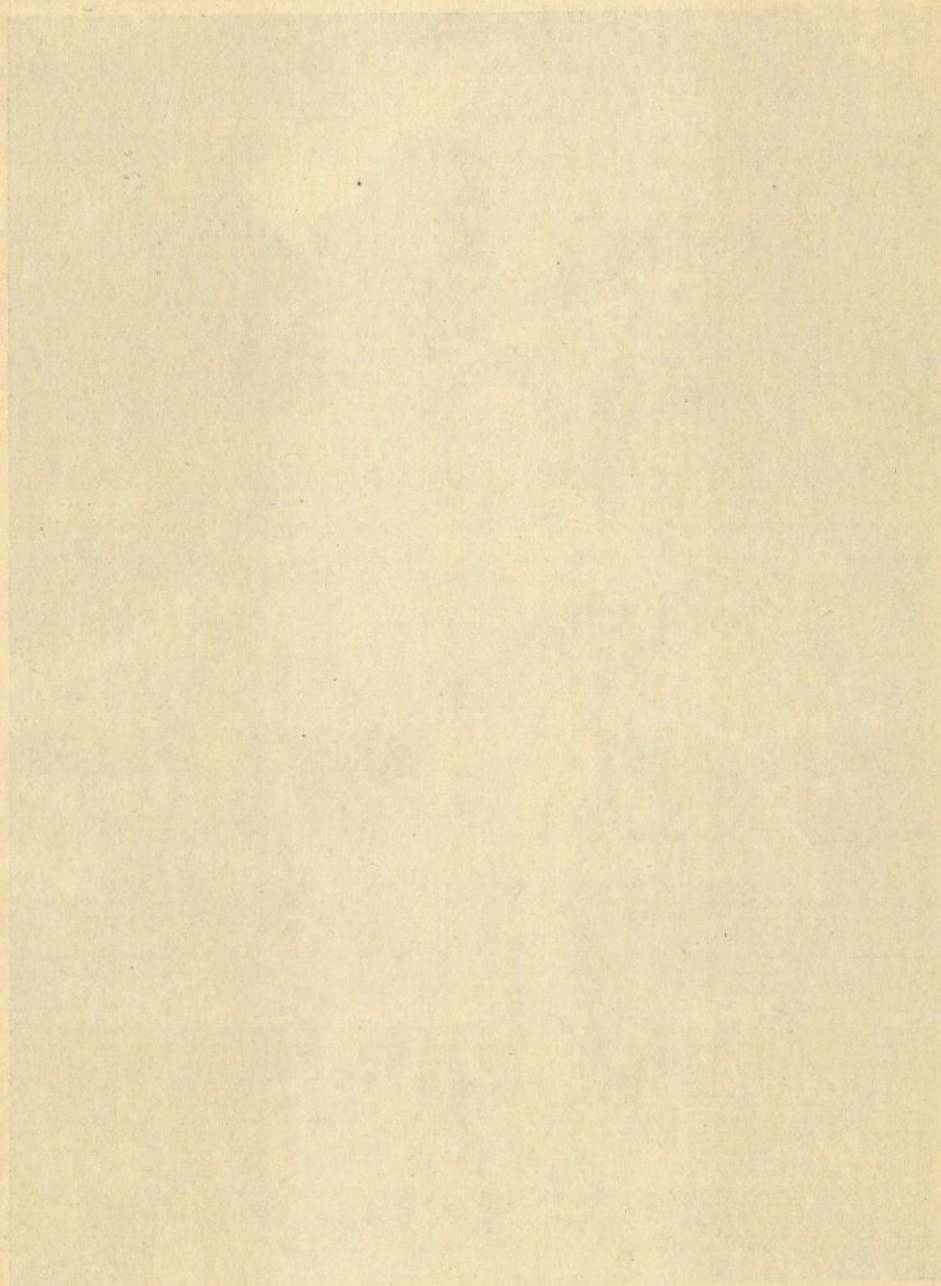
—Alvaro, de la generosidad y el heroísmo te digo lo que de otros resabios ibéricos de que aún no te ha curado tu educación en pueblos verdaderamente modernos, ilustra-





... al propio tiempo que su mano caía sobre la enhiesta manivela.







dos y prácticos: son sensiblerías de caducas sociedades, y cuando no aprovechan, tonterías.

—Pero, mujer, es que es muy fuerte eso de ver tranquilo cómo un hombre se estrella, cuando puede uno...

—Y a ti, ¿qué te importaba?—y hábilmente añadió, al ver el gesto de Alvaro—. ¿Qué te importaba, cuando sólo debías acordarte de tu Sara, a quien locamente exponías a perder a su Alvaro? ¿Qué vale la vida de un minero, de cien mineros, de cien reyes, del mundo todo, si por salvarlas puede correr peligro mi Alvaro?

Y abrazos, besos, lágrimas. Y más abrazos, más besos y más lágrimas cuando al cogerle la cabeza entre las manos tocó el aglutinante que tapaba la descalabradura, situada en la parte posterior de la cabeza; llegando a tal extremo los transportes de dolor y cariño, el susto y la congoja por un mísero chichón despellejado, que Alvaro, que sabía no era asustadizo, se conmovió hondamente, correspondiéndola con protestas y extremos que si de algo pecaron fué de exageración, como tocados de arrepentimiento, y cual si de algo tuviera que acusarse ante aquella mujer tan amante, tan bella. Y eso buscaba Sara, al excitar su sensibilidad: turbarle para, en su turbación, leer si algo la ocultaba.

¿Preguntas?... Ni una sola: caricias, lágrimas, y entre llanto y caricias no perderlo de vista, escudriñando en su alma a través del semblante, para ver si seguía siendo completamente suyo o si en su corazón había caído germen, por pequeño que fuera, de venideros desamor o rebeldía.

A esto llegábamos cuando despertándose mademoiselle Thellis de su séptima siesta, la pregunté:

—Pero oiga, amiga mía, ¿será que Alvaro se haya enamorado de María Pepa?

—No lo cree él así, porque las últimas palabras que le oí cuando Sara le dejó solo para ir a ver cómo trataba el mayordomo a Krenk, fueron: "¡Es un ángel, un ángel!" Y al decir las se refería a Sara.

—Pero como en su sueño ha dicho usted que Alvaro tenía remordimientos, tengo impaciencia de que me diga qué le pasa a ese chico.

—¡Yo! ¿Cómo he de saberlo cuando él mismo lo ignora?... Pero lo que, como mujer que conoce bien a las mujeres, puedo asegurar, por no haber perdido de vista ni un momento a Sara, es que si todavía no tiene celos de la aragonesa, ya va teniendo miedo de tenerlos. Y si es así, vea María Pepa cómo se defiende, porque la vanidad herida de Sarita no es peligro que pueda despreciarse.

—Crea usted, Inŕenia—este es el nombre de mademoiselle Thellis—, que sentiría de veras que a nuestra heroína le sucediera nada malo.

—Claro, como se chifló usted... ¿No se dice así en español?

—¿Va usted a burlarse ahora de mí por lo que sabe bien no fué sino...?

—Como no se nos haya usted enamorado ahora de la rubia yanki, con la cual le aseguro que tampoco iba mal.

E Ifigenia, con quien tampoco le iría mal a nadie, acentuaba estas bromas con sonrisas y miradas donde bajo poéticas languideces, muy a tono con su papel de iluminada hipnótica, retozaba la traviesa picardía de la muchacha parisién, que antes que pitonisa había sido *midinette*, y aun creo que cupletista.

—Vaya, hoy se despierta usted con ganas de bromitas... Amiga mía, bien sabe usted que ni me preocupan Pepas ni Saras del siglo XXII, ni es posible que piense en bellezas venideras quien tiene presente...

—¿Volvemos a eso, como ayer? Yo creía que no venía usted aquí sino por lo futuro.

—El presente es la vida. Y no hay mejor preservativo contra delirantes amores futuristas...

—¡Ah!, si se trata de preservar a un buen amigo como usted...

Pero al lector le tienen sin cuidado los paliques que, después de las siestas de mademoiselle Thellis, armamos la vidente y yo, y, por lo tanto, vámonos a oír lo que la Comandante de Ingenieros platicaba con Krenk.

Dábale éste detalladas noticias de la fábrica, el mineral y las gentes de allá arriba; de lo que había oído, y no era mucho, pues allí todo eran misterios, sobre la rapidez con que avanzaba la construcción del motoestelar, cuyo astillero estaba en Paramillo. Después averiguó ella, con habilidad, que la armadura de María Pepa no era igual a las de los demás homóquinas, dándole un vuelco el corazón al escucharlo, y tornándose claro su borroso propósito de emplear medios heroicos para trocar en odio el germen, fuere el que quisiere, y aun cuando todavía fuera mi, croscóptico, que acaso había caído aquella tarde en el corazón de su marido.

Y no puede negarse que era mujer de suerte Sara, pues antes de que Krenk acabara de hablar ya había ella encontrado el heroico remedio en otra capsulita, que el servicio la enseñó, al parecer igual a la que arriba estaba; pero que en vez del microscópico grá-



nulo de cinetorio contenía una gotezuela de anilina roja.

Habíala preparado de antemano Krenk para dejarla, entre las de cinetorio, en el arcón rodeado de triple blindaje de plomo, de donde substrajo la que Alvaro había traído; pues después de efectuado el robo pensó que si los viejos hacían algún recuento, advertirían la falta. Pero como la descubrieron antes de hallar él coyuntura de meter en el arca la falsificada cápsula se la había traído en el bolsillo.

—Dígame, Krenk, ¿y no conoce usted otro medio que el de los excitadores, cuyo secreto ignora, para hacer estallar estas cápsulas?

—Absoluta certeza, no; mas tengo presunción casi evidente de que haciendo pasar por la cápsula una corriente eléctrica con tensión superior a 50.000 voltios, se la haría estallar. Pero pobre del que abriera la llave. A menos...

—¿A menos qué?...

—A menos que empleara una *crono-llave*.

—Y eso ¿qué es?

—Una llave eléctrica, que no se ha fabricado por no haber sido hasta ahora necesaria, fundada en el antiquísimo principio de las espoletas de tiempos, que en instantes de antemano prefijados a voluntad hacían estallar las cargas interiores de algunos proyectiles de la artillería del siglo XIX.

—¡Ah!... Es usted hombre ingenioso, amigo Krenk.

—Mil gracias, doña Sara.

—¿Y sería usted capaz de fabricar una de esas espoletas, digo, llaves de tiempo?

—En cuanto por ella me ofrecieran 25.000 dollars.

—El precio no es barato, pero por cosa tan curiosa no es probable que nadie entrara en regateos.

—No es esto todo, porque como solamente yo podría usarla sin peligro, y no quiero tampoco enterar a nadie, *sino a usted* de mis entrenamientos artilleros, pediría además, por disparar la cápsula *donde se me dijera*, otros 25.000 dollars.

—Lo pensaremos. No, digo mal, *lo pensaré yo sola*. Pero deseo saber otra cosa. La canalización de la distribución eléctrica a domicilio en Mendoza y su comarca viene a 400 voltios. ¿No es así?

—Precisamente, pero transformada de la corriente alterna, de la central del salto del río Atuel, de donde a 90.000 voltios llega, por los cables maestros a los convertidores, que en cada casa o fábrica la rebajan a aquellos 400.

Sara meditó unos segundos, y al cato de ellos dijo:

—Como por ser un progreso industrial deseo ver esa llave de tiempos, y aun cuando, claro está, que no hemos de emplearla en usos peligrosos, usted tendrá los 25.000, digo, los 50.000 dollars, y nadie sino yo sabrá absolutamente nada... ¿Entendido?...

—Entendido; perfectamente entendido— contestó Krenk con la palabra, a la vez que sus ojos respondían a la intensa mirada que Sara clavaba en ellos.

—Pues ahora, como me da un miedo atroz tener esas cápsulas en casa, voy a hacer que, sin perder momento, las arrojé mi marido muy lejos, donde no puedan dañar a nadie.

—¿Las dos?...

—Verdad... Basta con tirar una: la cargada, que se ha quedado arriba.

Y al decirlo cogió la descargada, que Krenk había dejado encima de una mesa.

Cinco minutos después, para tranquilizar a Sara, que no habría conseguido dormir teniendo en casa aquel tremendo explosivo, que acaso podría estallar, por espontánea descomposición, cuando menos se pensara, subía Alvaro en el aeroplano, llevando, con extremadas precauciones para no provocar una explosión, la lentejilla con la gota de anilina, que veinte minutos después dejaba caer en las aguas de la laguna Diamante de la Cordillera Andina, tomando la precaución de efectuarlo desde gran altura, no muy seguro de que el golpe contra el agua no produjera una catástrofe, pues ignorando él la existencia de tal cápsula de anilina, estaba convencido de que cinetorio encerraba la que acababa de arrojar a la laguna. Veinte minutos más tarde retornaba a los amantes brazos de su amorosa esposa.

Esta, entre tanto, había llamado a Krenk para decirle que distraídamente se había subido la cápsula falsificada, pero que, como falsa y todo, le asustaba verla, se la llevara él.

Con interés se enteró Krenk, para quedar tranquilo, de cuál se había llevado el señor Fairelo, por la importancia de que no hubie-  
ra trueque, y ya seguro de ello, recogió la lentejilla diciendo que no vendrían mal unos kilos de plomo para envolverla, por si la señora las hubiera cambiado.

—Yo jamás me equivoco en cosas de importancia; pero sí, sí, hace usted bien en tomar precauciones. En el laboratorio hay plomo. Coja el que necesite.

¿Qué se proponía Sara? De cierto, nada bueno; pero con mujer de tal clase, no es



fácil adivinarlo. Además, no eran sus solas armas el explosivo de Krenk, la torpeza del Consejo y las curialescas habilidades de Uñas y Mañas; pues aún buscaba otras, como habría podido ver quien al día siguiente de su conversación con Krenk se hubiera dado una vuelta por la calle de San Nicolás, de Mendoza, y parándose a la puerta del Banco Arauco-Plateño.

En él tenía María Pepa su cuenta corriente particular, y allí iría Fouciño a cobrar el cheque, que generosamente le regaló la aragonesa para que se trasladara a Mattogrosso, todo lo cual supo por Krenk la yanki; y allí, en un automóvil, frente al Banco parado, estaban ambos, recatando el servicio la cara bajo las anchas alas de un sombrero flexible, para no ser por nadie reconocido.

La diligencia que allí llevaba a Sara era de las que no solía confiar a nadie, y menos a Alvaro, y todavía menos en la ocasión presente, pues de todo ello no debía saber el inocente portugués ni una palabra.

A los diez minutos de espera, dijo Krenk:

—Aquel gordo de la barba espesa y roja.

—Pues vuélvase usted a escape a encerrarse en casa. Llévase el automóvil. Yo tomaré otro en aquella parada.

\* \* \*

Poco después de salir Fouciño del Banco era alcanzado por un automóvil en una calle extraviada. Bajó de él Sara, dijo unas cuantas palabras al brasileño, tornó a subir, se alejó, y a la media hora ella y Fouciño celebraban una conferencia en un gabinete reservado de un fonducho de las afueras.

De su conversación, que no fué breve, sólo interesan por ahora las últimas frases:

—Ya me ha oído que lo necesito flaco... ¿Cuánto pesa usted?...

—Ciento dos kilos.

—Pues no tolero arriba de setenta y cinco.

—En quince días es mucho enflaquecer.

—Tómese veinte, y póngase a pan y agua: mucha agua y poco pan. Pago, sobre lo otro, cien dollars por kilogramo perdido.

—Me pondré a pan y agua.

—Pues ahora, sin perder momento, a Mattogrosso... En cuanto llegue, arréglese para que en Maipo sepan su llegada; y la víspera de la vuelta, hágales llegar noticia de que allá sigue usted.

—Las tendrán, no la víspera, sino después de salir yo de Mattogrosso.

—Mejor. Entonces hasta dentro de veinte días.

—Seré exacto.

—¡Ah! ¿Está usted plenamente seguro de su competencia en el manejo del radio como explosivo?

—Ocho años lo he manejado en la Compañía del Cardiff Argentino. Allí estaba, en la mina Eloísa de San Rafael, que lleva trescientos años de vomitar carbón, cuando, prometiéndome el oro y el moro, me sacó de ella esa...

—Con todo, como para el trabajo en que emplearé a usted es indispensable gran competencia, procure en esos veinte días que tiene por delante refrescar sus conocimientos con dos libros que le enviaré. Y no se fie demasiado de la práctica, que a su costa ha aprendido quiebra a veces.

\* \* \*

Sola en el automóvil, camino de Challao, iba pensando Sara que por lo oído a Krenk y a Fouciño tenía María Pepa energía y valor por diez hombres, pero también un punto vulnerable en su coraza, los ibéricos resabios de sensiblería, que no la habían dejado ver que a hombres como Fouciño, no se los puede castigar a medias. Cara le iba a costar la equivocación, porque el brasileño sabría cobrarle.

Estos, estos son los buenos auxiliares, pensaba Sara mientras volvía a su casa, los que trabajan más que por interés, por la propia venganza. Era una adquisición el tal Fouciño, sobre todo desde que pudo meterle en su terca cabeza que las puñaladas son pequeñas y estúpidas venganzas.



## DE COMO MARIA PEPA DESENREDA UNA MADEJA ENREDADISIMA

De día en día iban tomando peor cariz las cosas para que el viaje planetario pasara de proyecto a realidad. De una parte los rifirrafes científico-burlescos, en la Prensa, de Sara y Ripoll: científicos, claro es, de parte de éste y burlescos en los artículos de la aérea comandante, cuya fama de hermosa y su gracejo al escribir la ayudaban mucho con el público; mientras los alegatos del astrónomo barcelonés, atiborrados de profunda ciencia, eran tan aburridos que apenas los leían unos cuantos pedantes: con lo cual, no enterándose la opinión indocta sino de lo que escribía Sara, fallaba a favor de ella.

Y la opinión indocta es la que casi siempre prevalece en el mundo.

De otra parte, y ésta era la más negra, los herederos de Castrejo, a quienes su ilustre antecesor habría maldecido a serle dado alzarse de su tumba, pero que como no se alzaba se reían de maldiciones, no cejaban en su propósito, casi, casi parricida, de reventar el viaje que inventó el abuelo.

Lo grave era que, habiendo gastado, efectivamente muchos millones en premiar tres proyectos inútiles para el viaje a los planetas, había realmente incurrido el Consejo del Instituto en la penalidad de reversión del legado a los parientes en caso de imprecendente aplicación de fondos. La cosa era tan clara, que los herederos se frotaban las manos hablando del embargo del Sistema Planetario de Trujillo. Uno decía, me instalaré en Júpiter, otro prefería Mercurio, mientras las herederas creían pintiparado para ellas el pabellón de Venus. Y aunque estas discusiones, y las de mejoras de calefacción en Saturno y reforma del anticuado plano de Marte fueran prematuras, lo que parecía ya inminente era la suspensión de las obras del autoplanetoide.

Ya se sabe que, aun preparada para posteriores batallas, disponíase Sara a librar la primera apoyada en las fuertes posiciones de reivindicación de sus derechos de descendiente del difunto Haig, y, sobre todo, en el punto capital de la anulación del legado, con lo cual no habría viaje ni triunfo de la odiosa rival.

¿Que la española había sacado su novimundo de las opacas brumas de las cosas

ignotas por nadie sospechadas?... ¿Y qué? El mundo no vive de romanticismos, y ella, la sajona, haría que jirón tras jirón se le fuera cayendo a la española su novimundo de las manos; ella, la yanki, le arrancaría a la postre el último pedazo. Para algo sus sesudos ascendientes el Tío Sam y Jhon Bull le habían legado un práctico concepto de la vida.

Cual lo esperaba, ganó Sara la primera batalla, pues mediando febrero de 2186, la Audiencia de Mendoza decretó la suspensión de las obras y el embargo provisional de minas, edificios, saltos de agua, fábricas y astilleros del Instituto de Viajes Planetarios.

En Paramillo recibió la noticia María Pepa, traída por su gran amigote Aristides, que en una cometa ligera de alquiler, donde sólo cabían el cometero y él, se subió allá sin querer aguardar el aéreo-ómnibus Mendoza-Valparaíso, que de seis en seis horas salía de la plataforma-estación de Infernillo; pues pensaba que urgía ganar tiempo, y se le había metido en la cabeza que aquello no lo arreglaba nadie sino la Capitana, que estaba haciendo ya mucha falta en Mendoza.

—Créame usted—decía—, baje allá, vea, o, mejor dicho, hágase ver del Presidente de la Audiencia, y si de su despacho no sale usted con las órdenes de encarcelamiento de toda esa piara de Castrejos y de deportación del avispero de los Uñas y Mañas, me resigno a volverme más feo todavía.

No estaba María Pepa para risas, y sin embargo, se rió.

—No lo tome usted a broma, estoy seguro. A ser yo el Presidente, todas esas providencias serían cosa de coser y cantar. *Elles marcheront sur des roulettes*, fueron sus textuales palabras; que viene a ser lo mismo.

María Pepa ya no se reía, pues pensaba que efectivamente las cosas exigían ya su personal intervención; y tan pronto pensadlo como hecho, preguntó a Leblonde si le cambiaba su medio trapecio de la cometa por el puesto en la mesa, y la ración entera de la proponente en el almuerzo para el cual ella estaría ya esperando Hauptf y Fognino.

—¿Pero se va usted sin almorzar? De eso no se prescinde nunca.



—Almorzaré en Mendoza. Aquí no habría bastante para los dos: usted tiene buen diente, y aun cuando el mío no le llegue, tampoco es malo.

—Pues trato hecho. ¡Qué suerte tiene el cometero!

Dos minutos después entraba Aristides en el laboratorio, diciendo:

—Abuelito Fu, mamá Nino, a almorzar. Traigo apetito y me voy a comer la ración de la nieta, cuando menos.

Mientras, balanceándose en el trapecio de la cometa, volaba, o más bien caía a Mendoza, iba María Pepa trazando su plan de operaciones. Nada de torcer conciencias, nada de arrumacos a jueces; su rectitud aragonesa, o atávicos resabios, que diría Sara, no entendían de tortuosos caminos, pero ya hallaría otros.

Lo primero que hizo al entrar, como una centella, en el despacho de su primer abuelo de adopción, fué plantarle un sonoro beso en medio de la calva diciéndole:

—Este beso a cambio de un almuerzo, por si acaso no me convidas gratis. Llama en seguida al parlofonista.

Llegado éste, le ordenó que se enterara inmediatamente de los domicilios de los cinco Castrejos, a Mendoza venidos para activar el pleito, y les parlofoneara que doña María Josefa Bureba tenía interesantísimas cosas que comunicarles, para lo que, a todos reunidos, los aguardaba a las cuatro en punto de aquella tarde en casa de su abuelo, don Jaime Ripoll. Recalque bien —le dijo—que de los quebrantos que pudiera acarrearles su falta de asistencia me declaro irresponsable.

—Ahora, papá—María Pepa llamaba siempre papá a Ripoll, abuelito Fu a Haupt y Nimo al italiano, vas a ponerte de tiros largos e irte al Consejo.

—Pero Pepeta. ¿Estás enterada del conflicto? ¿Sabes lo que se nos viene encima?

—Pues, ¿por qué estoy yo aquí?

—Entonces, mira, lo primero es ir a casa del abogado a que nos aconseje.

—Mañana, pasado; no corre prisa.

—¡Recongelación! con la calma. Dices que no corre prisa, y entre tanto mañana llegarán los alguasiles y los escribanos y lo embargarán todo.

—Oye, papá, ¿soy yo tonta?

—¡Tonta tú!...

—Pues entonces, cuando me ves tranquila, es que no pierdo tiempo; precisamente para ahorrarlo no te explico nada de lo que por tus ojos vas a ver. Con que no te preocupes, pues no habrá embargo y habrá viaje, y

muy pronto. ¡Como que van a poder ellos más que esta aragonesa!...

—¡Visca la Coronilla!... ¡Visca!...

—Visca todo lo que tú quieras, querido almogávar; pero ahora no visques más y vístete, pues para visitar a los señores del Consejo no estás presentable con tanta mancha.

—Pero, ¿a qué voy allá?

—A decirles que pongan un oficio atentísimo a ese femenino retoño de Mister Haig, que tan en solfa los está poniendo, participándola que revisadas por el Consejo las memorias de su señor abuelo, se ha disipado toda duda sobre el mérito de los respiratorios inventos...

—Pero, Pepeta, si no hay duda ninguna, si no se ha disipado nada, si todo es un puro disparate... ¿O es que tú crees ahora?...

—Lo mismo que tú, pero no interrumpas; que el Consejo la nombra Directora de la Respiración, y que en el viaje respiraremos todo lo que le dé la gana...

—Pepeta, ¡que nos envenena!

—No pases cuidado... Deben además agregar...

—¿Pero hablas de veras? ¿No es broma?

—¡Qué ha de ser!...

—¡Recongelación!... ¡Contracongelación! Eso si que no. Después que en mis artículos me has hecho demostrarle... Pepeta, eso es haser que el Consejo me desautorise, ponerme en ridículo...

—Lo siento mucho, pero es indispensable.

—¡Pues no, y no, y no! ¡Ea!... Que no paso por eso... ¡Que no, que no!...

—Papá, me prometiste no tomar perras.

—Pero también me prometiste tú que nadie me hurgaría. Y me parece que ahora...

—Soy yo quien te hurga...

—Y tanto. Te has acostumbrado a abusar cada día más, y lo de hoy ya pasa de lo tolerable.

—Bueno; de modo que tú crees que tu Pepeta no te quiere.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú: al suponer que quiero ponerte en ridículo...

—Digo...

—Y si yo te aseguro, por ese poquito que te quiero, que no quedarás en ridículo, ¿harás lo que te pido?...

—Si tú aseguras eso... Bueno; haré todo lo que se te antoje... Pero no me hagas trampas; y antes explícame cómo puede ser que no quede en ridículo.

—Entonces ya no tendrá gracia que obedezcas. Cuando las mujeres queremos que quienes nos quieren hagan lo que queremos, nunca explicamos nada. Y que, además, no



puedo perder tiempo. Fíjate bien: al final del oficio han de decir que debiendo ella y yo proceder de acuerdo en el arreglo de los detalles de su cooperación al viaje, es preciso que nos avistemos; para lo cual, y a fin de realizar con la debida solemnidad la presentación de dos fan ilustres damas científicas, mañana, a las seis de la tarde, celebrará sesión el Consejo, a la cual nos invita.

—¿Pero adónde vas a parar?

—Al final, si tú no me interrumpes. Encárgales que vuelquen el tintero en alabanzas a esa señora. ¡Ah! El oficio que no se lo lleven esta tarde, sino mañana a medio día.

—¿Y si el Consejo opina que desir ahora blanco cuando ayer desía negro?... ¿Y si no quieren?...

Les contestas que no hablas solamente en tu nombre y en el mío, sino en el del abuelito y en el de mamá.

—¡Ah! Hauptt y Fognino saben ya...

—Ni jota, pero es igual.

—Sí, como yo: los tres iguales. ¡Esta Pepeta!... ¡Esta Pepeta!...

—Si se resisten, hazles ver cómo han puesto ellos las cosas por no contar conmigo. Diles que tomando yo el timón respondo de sacarlos del atasco, pero que para deshacer el enredijo que ellos han armado, necesito que ni pregunten ni discutan, sino que me obedezcan. Si les conviene así, denlo ya todo por arreglado; si no, ahí queda eso, y me vuelvo a Zaragoza. Y puede que también yo les ponga pleito... Si aun así se hacen de perras, te permito que, por esta vez, les armes la gran perra y te acuerdes de tu sangre catalana y de las barras y de los Roger. Y ahora, vete ya y procura volver para cuando lleguen los Castrejos. Yo voy a meditar mi plan un poco, pues hasta ahora sólo en conjunto lo he hilvanado.

Allá se fué Ripoll a librar la batalla, de la que, aun siendo brava, regresó triunfante. Al volver él ya llegaba a la puerta el primer Castrejo seguido a poco de sus demás parientes.

Cuando estuvieron todos reunidos, se presentó María Pepa en el salón donde aguardaban, sorprendiéndose de encontrar veinte en vez de cinco herederos: multiplicación que se explicaba por venir cada uno asistido de notario, abogado y procurador.

Congratulada mostróse María Pepa de haber dado ocasión a que le fueran presentados aquellos dignos representantes del foro y de la curia, quedando agradecida a sus visitas, que aprovechó para ofrecerles su amistad y su casa; pero para venideras ocasiones, pues no teniendo nada que decirles por entonces, y deseando hablar a solas con

los herederos, se vió en el caso de suplicar a los dignos curiales la dispensaran aquel día de prolongar conversación que otro cualquiera sería muy agradable.

Hubo sus dificultades, y se trató de convencerla de la gran utilidad de los servicios de personas letradas, pero inútilmente; hasta que, al cabo, levantándose, dijo que renunciaba a la entrevista, pero que de las consecuencias no se quejaran luego los Castrejos.

Como aquella mujer hacía de todo el mundo cuanto le venía en gana, e insinuó uno de los convocados que por oír nada se perdía, y acaso se arriesgara mucho con no oír, decidieron los otros suplicar a los señores asesores, tan atentamente como lo había hecho María Pepa, que tomaran la puerta; cosa que, al cabo, hicieron, rezongando, de malísima gana, y encareciendo mucho a sus clientes que a nada se comprometieran sin consultarlos a ellos.

—¡Vaya un modo de plantear claras las cuestiones y de irse recta al fondo el de la aragonesa!

—Señores—comenzó—. No he querido hablar delante de abogados y escribanos, porque todo lo embrollan, en su interés de hacer durar los pleitos. Lean ustedes la transacción que acabó el sostenido por sus ascendientes contra el Instituto, y verán que entre ambos litigantes percibieron ciento veinte millones, mientras curiales y componedores se embolsaban doscientos veintiuno. Cuarenta y cinco años duró aquel litigio. ¿Se atreverán ustedes a predecir cuánto durará éste?... Si acaso, lo ganarán los nietos de las personas aquí presentes.

Reflexionando en lo pasado y en lo presente, y suponiendo no será grata a ustedes tal espera, pues, aunque miren por sus nietos, también han de mirar por sus propias personas, he pensado que acaso pudieran ustedes preferir gorrión en mano, hoy, a gallina volando dentro de medio siglo. Mas cuando vean que los gorriones que yo ofrezco están en buenas carnes, cual lo demuestro brindando la siguiente transacción:

Antes de salir de esta sala me firman todos los presentes un documento, desistiendo, para hoy y para lo venidero, de toda reclamación sobre el legado y retirando la entablada contra el Instituto Planetario; y en cuanto lo hayan hecho, también yo firmo a cada uno un cheque de cincuenta millones.

—Es a ustedes notorio que soy propietaria de los once mil y pico del premio que gané, aparte mi anterior y más modesta fortuna. A disposición de quien quiera consultarlo, está, sobre esa mesa, el saldo legal-



zado de mi cuenta corriente en el Crédito Arauco-Plateño de esta plaza, ascendente hoy a mil doscientos veintisiete millones y unos cuantos millares de pesetas, que mi memoria no recuerda, y que aseguran la firmeza y el crédito de mis cheques. Y nada más tengo que decir sino darles las gracias por la atención que me han prestado.

La propuesta produjo sensación. Tratóse de discutir, contestando María Pepa que tenía prisa, y que allí no cabía sino tomar o dejar. Ante lo cual optaron por renunciar al pleito y aceptar los millones.

Ripoll, que había estado contemplando embelesado a su nieta, dijo cuando estuvieron solos:

—Pepeta, m'acordabas de Isabel la Católica cuando daba sus joyas para descubrir el Nuevo Mundo... Ya, tú, habías antes descubierto el tuyo; y, sin embargo, las has dado...

—Y ya has visto, papá, que no hay embargo. Pues ya verás mañana en el Consejo...

¡Ah!, me olvidaba; pásate luego a dejar tarjeta en las casas de esos señores.

—¿De los Castrejos? ¿Para qué?...

—No; esos tienen bastante con sus cheques. Me refiero a los abogados y los procuradores. Han venido a tu casa..., y los hemos echado... Ya que por mí se tiren de los pelos, no hay por qué hacerles encima groserías.

—Bueno, Pepeta. Iré... ¡Ah! De esos doscientos cincuenta millones haremos una facturita y se la pasaremos al Consejo.

—Papá Ripoll. Isabel la Católica no le pasó factura a nadie.

—Porque los castellanos no entienden de negocios; así les lusió el pelo...

—¡Bah!... ¿Qué son doscientos cincuenta millones para quien tiene once mil con un pico todavía mayor que el que se llevan esas gentes? Nada, papá, no hagas factura, y, en el balance, cárgalos a alfileres de la propiedad.

Ha de advertirse que Ripoll era el tenedor de libros de su nieta, pero sin cobrar sueldo.

## XXI

### FRENTE A FRENTE

A la mañana siguiente pasó Sara un mal rato, cuando Mañas y Uñas, pisándose uno a otro los talones, le trajeron la noticia de que ganada ya la primera batalla, se trocaba la victoria en derrota por la impensada reacción ofensiva de la decidida Capitana, que de los Andes bajó a luchar en las mismas guerrillas. Mañas y Uñas, que para nada servían ya a Misstress Sam, fueron despedidos del hotel de Challao con cajas destempladas.

—Estúpidos—decía Mañas refiriéndose a los Castrejos—. Por doscientos cincuenta millones perder treinta y tres mil.

—Lo malo, amigo—respondió Uñas—, es que no a ellos, sino a nosotros nos los han birlado.

Quedóse Sara meditando que no pudiendo ya la curia frustrar el viaje, había llegado el caso de poner ella en juego sus propias baterías y reservas: bien para hacer que el autoplanetoide fracasara en las pruebas, bien, cuando no, para evitar la dejara a ella en tierra cuando echara a volar: que una vez dentro de él, malo sería no ideara algo que diera que sentir a la inventora.

El camino que, por lo pronto, tenía más a mano, era apretar de firme en su polémica

con el Consejo; crucificarlo vivo a envenenadas zumbas, para que asustado del ridículo se aviniera a hacer paces. Cedería ella en no hablar más del invento de su abuelo, y en resignarse a dejar a los expedicionarios libertad respiratoria; mas sólo a cambio de pasaje en el orbimotor para ella y Alvaro, y, en concepto de dietas del viaje, aquellos cinco millones que ella les habría regalado al renunciar al nombramiento de directora de la respiración.

Y estando ya semicelosa de María Pepa, ¿iba a meter a su Alvaro en el bombo con ella?...

Este, precisamente, era el mayor maquiavelismo del plan de Sara, porque su Alvaro entraría allí, odiando, mejor aún, despreciando a María Pepa, para ser auxiliar, más ciego y entusiasta que nunca, de las maquinaciones de su querida y laica esposa.

Pues, aun sin contar con lo imprevisto, para todo esto serviría aquella llave eléctrica de tiempos, a la que Krenk estaba dando ya la última mano.

En esto, la llegada del oficio del Presidente del Instituto acabó de quitarle el mal humor que le habían excitado Uñas y Mañas; porque ya no hacía falta negociación ni com-



ponenda con el Consejo que, asustado sin duda, se adelantaba a concederlo todo sin pedir nada en cambio. Iría en el novimundo, si antes no reventaba el novimundo en mil pedazos, que bien podría ser, pues en el universo no es cosa insólita que los astros estallen. Y esto era, tal vez, lo que ella reservaba a lo imprevisto un rato antes.

Por lo pronto, iba a encontrarse frente a frente con su odiada enemiga. Y se alegraba. Y llevaría a Alvaro; pues quería aclarar ciertas dudas que le iban escociendo, ciertos recelos del mañana, que si, cuando ella lo observara, al carearlo con la otra, se confirmaban, le indicarian claro el medio de extirpar de cuajo lo que menester fuera. Porque a su Alvaro, que era un inocentón, le leía ella los pensamientos antes de enterarse él de ellos.

La solemnísimas sesión de aquella tarde, de la que acaso espera el lector violento choque o pullas cáusticas entre dos bravas hembras como la comandanta y la capitana, fué de lo más digno y científicamente correcto que imaginarse pueda. Pues las dos adversarias eran damas distinguidas, y se tenían toda la antipatía necesaria para disimularla bien; a lo menos, mientras las cosas no llegaran a lo que sabe Dios si llegarán más adelante.

En su discurso se deshizo María Pepa en elogios de Mister Haig y de su invento y en piropos a la extraordinaria competencia, para ponerlo en práctica, de su sapientísima heredera. Ella, María Pepa, tendría verdadero placer en respirar todos los gases que quisiera ofrecerle la doctísima académica de Boston y bizarra jefe de la Aéreo-Armada Yanquí.

No se quedó ésta corta en su respuesta, que terminó expresando la esperanza de que aquel viaje extraordinario, que juntas iban a realizar, fuera cimiento de la más pura y fraternal amistad entre quienes desde aquel día podían llamarse compañeras de armas y hermanas en la Ciencia.

Las dos estuvieron finísimas, casi cordiales; y si no se besaron fué porque en el siglo XXII no besaban las damas sino a los caballeros.

Y con esto acabó la sesión pública, durante la cual se preguntaba María Pepa por qué vendría Don Alvaro Fairelo acompañando a Mistress Sam. Será—pensaba—, porque los dos son de la Cuarta División Ligera. Y puede ser, esto es figuración del relatante, que María Pepa hubiera preferido que sirvieran en diferentes divisiones.

En cuanto al pobre Alvaro, entre la rubia

y la morena, tan pronto tenía ganas de mirar a la rubia como a la morena.

Tal vez pensaba que el matrimonio laico necesitaba todavía perfeccionamientos capaces de satisfacer plenamente complicadas aspiraciones del corazón humano, y dar a la simultánea variedad a la expansión de los dulces afectos matrimoniales. Acaso meditaba que todavía era susceptible la institución laica de mayor amplitud, ya que nada podía pedirle en cuanto a libertad. Y embrionariamente veía surgir de otro progreso jurídico social la institución de un nuevo matrimonio que podría llamarse mormono-laico, o laico-sultánico. Pero como aun no había llegado el caso, estaba en un aprieto, pues teniendo gran gana de mirar a las dos, no se atrevía a mirar a ninguna.

Lo peor del trance fué cuando, acabados los discursos, y la sesión con ellos, llegó la hora de la conversación general entre Sara, María Pepa, los abuelos de ésta y el marido de aquélla, que al ser como tal presentado estuvo todavía más hosco y más huraño que en Maipo con la bellísima morena, porque tenía un miedo horrible a la preciosa rubia. Y gracias que de su azoramiento y cortedad le sacó Ripoll estrujándole a abrazos en cuanto se enteró de que aquel guapo mozo era el que había salvado a su Pepeta.

Sara, que no quitaba ojo a Alvaro, sabía ya a qué atenerse. Hasta hoy no hay nada —se decía—, pero podría haber mucho si yo no lo impidiera. Y se quedó tranquila por tener la certeza de impedirlo.

María Pepa pensaba entonces que no el ser ambos de la Cuarta División Ligera era la causa de que vinieran juntos; y no digamos que se alegró, ni mucho menos, pues quien se alegra no suspira; pero en cuanto se dijo *está casado*, ella también quedó tan tranquila. Tranquilidad que acaso no habría sido tan serena a saber que su unión era por *lo laico*; pues a pesar de su talento, no entendía ella tales bodas. Mas como por entonces los creía tan casados cual si el propio San Pedro hubiera bendecido la boda, no pensó más en ello.

Una vez que, como era de rubrica, hablaron un poquito de la salvación de María Pepa, se pasó a concretar los términos en que Sara prestaría su cooperación al viaje, diciendo ésta que necesitaba, en primer término, hacer una visitita al interior del novimundo en construcción para planear el trazado del laboratorio y decidir la instalación de sus aparatos, teniendo en cuenta el lugar que hubieran de ocupar y el espacio disponible.

Perfectamente le parecía el propósito a



María Pepa, mas preciso sería demorarlo unos días; no solamente por lo atrasado de las obras del autoplanetoide, sino porque antes de proceder a la fabricación del utensilio respiratorio había que llenar la formalidad, meramente de trámite, de poner a prueba el invento: una pequeñez, dada la confianza que inspiraban los ingredientes y métodos respiratorios Haig, pero ineludible por ser de carácter general. Así se había hecho con todos los modestos inventos y aplicaciones de que ella era autora; así se haría con el mismo autoplanetoide, antes que en él embarcara el pasaje.

—Perfectamente: es justísimo. Prepararé unos aparatos reducidos, meramente experimentales, que en uno o dos días de permanencia allá puedo instalar provisionalmente para las pruebas.

—¿Allá?... ¿Dónde?... No entiendo.

—En el autoplanetoide... Yo creo que donde las cosas han de usarse es donde más conviene ensayarlas.

—En tesis general, cree usted divinamente; pero en este caso tropezamos con el inconveniente de que todos los accesorios se han ensayado fuera de él, para evitar que accidentes impensados, pero frecuentísimos en primeras pruebas, pudieran estropear nuestro novimundo.

—Yo respondo de que no habrá accidente.

—Yo también, no diré que respondía, mas sí que confiaba en que no habría de haberlo, y no lo ha habido, en las pruebas que yo personalmente, y sólo yo, he realizado, no arriesgando otra vida que la mía... Y, sin embargo, y no obstante mi confianza, ninguna de esas pruebas ha sido hecha dentro del autoplanetoide. Desearía poder hacer en honor de usted una excepción, pero no está en mi mano, por ser acuerdo del Consejo.

Sara rugía, aunque en secreto, de coraje, al ver que María Pepa le había calado las intenciones, frustrándole el proyecto de pasar varias horas en el bombo, así lo llamaba ella, aprovechándolas, si podía, en inutilizarlo para las pruebas, o, en último extremo... Pero comprendiendo que debía disimular, y que sería inútil insistir, continuó en el mismo afable tono por ambas interlocutoras empleado:

—Me hago cargo perfectamente de esas dificultades, y no insisto; pero entonces las pruebas...

—Pueden realizarse en un salón de este mismo edificio, que calafatearemos para evitar escapes de gases. Traeremos aquí los aparatos, preparará usted la atmósfera Haig, y en cuanto esté corriente. ¿Cuántas nos

encerramos, usted y yo, en el salón, por veinticuatro horas.

—¿Nosotras?...

—Qué, ¿le sorprende mi deseo de acompañarla?... ¿Quería usted entrar sola?... No lo consentiré... Aun cuando sea usted la directora de ese importante servicio, yo soy la capitana de la expedición, y es mi deber cerciorarme personalmente de todo. No es desconfianza, esté segura; si la tuviera no entraría. ¡Qué ha de ser, si he estudiado atentamente la luminosa memoria del illustre abuelo de usted!...

Sara hacía esfuerzos para no estallar, pues estallar sería confesarse vencida; pero decíase interiormente que oficio, sesión, nombramiento de directora, no eran sino lazos donde torpemente se había dejado coger por aquella moza, que no contenta con haberle ganado la primera partida, se estaba burlando de ella en su misma cara con lo de la luminosa memoria, que las dos sabían no era sino tejido de sandeces; con las veinticuatro horas en *tête-à-tête* respiratorio para aspirar las porquerías de su estúpido abuelo. Bien, bien sabía la taimada española que ella no habría de entrar; por eso se brindaba a acompañarla; por eso insistía, para ponerla en el trance de renunciar a las pruebas, confesando que el invento era una paparrucha, y Haig un majadero, y una farsante ella. El odio, el desprecio y el coraje le subían a la cara, cambiándole el precioso rosa de las aterciopeladas mejillas en palidez amarillenta, delatora de rabiosa cólera, que gritaba, ¡chilla, araña, muerde!...

Gracias a que Alvaro no vio entonces su rostro, pues continuaba huido de la gentil pareja, y de espaldas a ella conversaba con Fognino; gracias a que Sara tenía suficiente talento y se hizo cargo de que arañar y morder, cual le pedía el cuerpo, a quien tan deferente se mostraba con ella, sería exabrupto que en contra suya se volviera; gracias a todo esto no acabó en arañazos y mordiscos la cortés conferencia; porque a todo se impuso su bien templada voluntad.

¡Pruebas!... ¡Qué había de hacerlas ella! Pero eludir las era aprieto del que con calma pensaría cómo zafarse; pues lo que por lo pronto urgía era salir gallardamente del atolladero del momento: no con la otra, que ya sabía a qué atenerse, pero siquiera con el público, y, sobre todo, con Alvaro.

Para ello no había sino decir amén a todo, hablar de la preparación de las pruebas, ver el salón, dar gracias a María Pepa por su agradable y encantadora compañía duran-



te las veinticuatro horas de duración de aquéllas; y hasta fijar para ocho días después la fecha del experimento.

Cuando se despidieron iba bramando interiormente Mistress Sam-Bull.

—Ha sido un lazo, un lazo en que he caído estúpidamente. No sólo es sabia y es valiente, sino que hoy ha sido más lista que yo. Y se queda pensándolo y burlándose, pues tiene la certeza de que no haré las pruebas, y de ponerme en evidencia. Pero no sabe ella todavía con quién tiene que habérselas.

—Parece que estás enferma, vas muy pálida—dijo Alvaro cuando estuvieron en la cometa propia que los llevaba a su hotel.

—Lo que estoy es indignada del lazo vil que se nos ha tendido.

Siempre que con su marido hablaba mal de María Pepa, empleaba Sara la primera persona del plural.

—¡Un lazo!...

—Qué, ¿no lo has conocido?... Claro; toda la tarde parecías un palomino atontado, hu-yendo de mí...

—Como estabas con esa, y me es tan antipática...

Sara no dijo nada, pero clavó en su marido una mirada larga, intensa y no muy cariñosa, que lo puso colorado hasta lo blanco de los ojos. El prosiguió vacilante:

—Pues yo creía que estabas satisfecha, porque como quedasteis acordes en lo de las pruebas; como elogió calurosamente el invento de tu antepasado, y de ti misma dijo no más que tú mereces, pero...

Sara sentía que la cólera hasta entonces contenida se desbordaba, hasta rebosarle por la boca en un "imbécil", que se le escapó; pero inmediatamente, y no queriendo nunca mostrarle a Alvaro al desnudo su violencia, se dominó, suavizando el alcance de su desahogo.

—¡Imbécil!..., te creería algunas veces quien no conociera tu talento...

—Pero si han confesado que tenías razón; si hoy ha coronado el triunfo tu científica polémica con Ripoll; y con el reconocimiento de todos tus derechos has alcanzado esa honrosísima dirección respiratoria, que, además, nos asegura la asistencia al hermoso viaje que tanto apeteces realizar...

—Alvaro mío, como bueno, eres inocente. Todas esas confesiones, reconocimientos y honores, no son sino un lazo, una añagaza

para humillarnos con ofensivas desconfianzas exteriorizadas en la negativa a que tú y yo entremos en el autoplanetoide. Es un medio de obligar a nuestra dignidad ajada a que renuncie a pruebas hechas en condiciones deprimentes. Ese es su agradecimiento a quien acaba de salvarle la vida.

De pronto, una idea cruzó su mente, un plan se formó en ella, y en consecuencia dijo:

—Y temo que también sea un ardid para adormecernos en ciega confianza.

—Pero, ¿con qué objeto?...

—No sé, no sé..., es instintivo, pero tengo miedo; miedo de ella. ¿Por qué? No sé, pero todo lo temo, me siento amenazada.

\*\*\*

A partir de aquella tarde y de la conversación recién transcrita, no conocía Alvaro a su valiente esposa en la débil criatura que al menor ruido sentíase sacudida por temores neuróticos de ignorados peligros. Aquella mujer no parecía una aguerrida comandante de la Cuarta División Ligera. Sus compañeros la habrían desconocido. Gracias que sólo la veía su esposo, que no divulgaría tales flaquezas, y acudía a cuantos medios se le alcanzaban para vencerla disipando tan irreflexivos terrores.

Al día siguiente del torneo femenino ha poco relatado, conversaban María Pepa y mamá Fognino.

—¡Qué lástima!—decía éste, que cual todas las madres se preocupaba mucho con las proporciones que pudiera ofrecérsele a su niña—que un muchacho tan agradable esté casado con esa señora, que, aunque muy guapa, no me pasa de los dientes.

—Sí, como guapa puede apostárselas con cualquiera—contestó María Pepa, tal vez no muy satisfecha de tener que confesarlo—, pero con ella me pasa lo que a ti, que no me pasa.

—Me alegro. Pues creo que debes andarte con cuidado. Cuando estabais hablando he visto en ella algo, no me preguntes qué, pero algo que me hace estar seguro de que te aborrece.

—¡Qué tontería!... A lo sumo, rivalidad científica, celillos del oficio.

—No, María Pepa, no; es algo más. Te lo dice quien tiene un corazón muy leal y una nariz muy larga. Cuidado con ella. Yo no la perderé de vista...



## XXII

## SE ACABA LA FABRICACION DEL AUTOPLANETOIDE

Las dos victorias sucesivamente alcanzadas por María Pepa en el pleito Castrejo y en el pleito Haig-Sara habían dejado franco el camino para activar con toda rapidez la fabricación del autoplanetoide.

Terminada su doble, o, mejor dicho, su triple cáscara, pues en ciertos aspectos tan coraza era la de oxígeno como las dos de vidrio córcheo, majestuosa se elevaba sobre las gradas del astillero del alto valle de Paramillo la enorme mole de la brillante y transparente esfera de 600 metros de diámetro, donde el Sol refulgía con deslumbrantes resplandores.

Para darse cuenta del tamaño de la grandiosa bola de cristal-corcho no estorbará echar mano de unas cuantas comparaciones.

La altura de ella, de polo a polo, resultó ser unas diecisiete veces mayor que el Viaducto de la calle de Segovia, de Madrid; quince la del célebre puente de Brooklyn, de New-York; seis más que el Capitolio de Washington y la Giralda de Sevilla; cuádruple que la Gran Pirámide de Cheops y que la Catedral de Colonia y doble que la Torre Eiffel.

En otro aspecto, la superficie del círculo ecuatorial, comprendido dentro de la esfera interior, en el cual se había de edificar la ciudad de Noviópolis, tenía superficie que haría la de esta población igual a cuatro plazas de España, de Madrid, o al Parque de Barcelona, bastante mayor que el parque Cristóbal Colón, de Buenos Aires; que el Campo de Marte, de Berlín, y que Scuthwork, de Londres; como tres veces la Alameda de Méjico y como seis Madison Square, de New-York.

Por último, si en lugar de tener que alojarse en su interior hubieran podido los habitantes que pronto van a poblarlo andar por cima de él, habrían tardado cerca de media hora, a paso regular, en dar la vuelta a su contorno, y dar paseos sobre su superficie muchísimo mayores que en el Retiro, de Madrid.

Puesto que buenamente viene al caso la cuestión de cómo iban a andar los habitantes de la cristalina esfera, conviene aprovecharla para recordar la vulgarísima y conocida explicación de que si andan los hom-

bres *sin caerse* sobre el contorno del mundo, que es una bola, es porque a ella los sujetan las atracciones que la masa de la Tierra ejerce sobre todo otro cuerpo material, y *éste a su vez sobre ella*; estas atracciones, sumadas, se llaman gravedad terrestre, o de otro modo, peso de los cuerpos; hacen caer al suelo a todos los que están por cima de éste, sin hallarse sostenidos por algo, y retienen en contacto con la Tierra a cuantos se apoyan en ésta, impidiendo que *se caigan al cielo* (1).

¿Caerse al cielo?... Será elevarse... No, bien está cual se ha dicho; porque si cualquier cosa se alejara del suelo hasta salir de la Tierra, se elevaría sobre ésta, se elevaría en los aires, que aun cuando no sean tierra polvo, son Tierra-Mundo; pero como al separarse del terrestre globo se iría acercando al cielo, cuando a él llegara *habría caído en el cielo*.

Sin entrar en prolija explicación, que no es del caso, sólo diremos ahora que los *hechos* por que el peso se rige en el universo *son* que, trasladado un kilogramo terrestre

(1) Cuando el planetolde se substraiga a la atracción terrestre, cuando sin otra gravedad que la suya, propia e interna de él, se mueva en el espacio ilimitado, y cuando de él comiencen a tirar las gravedades de Sol, Luna y Planetas, cada uno de los cuales tiene, como nuestro globo, la suya propia, que a ellos hace caer cuanto a su alcance queda, sobrarán ocasiones de entretenernos con curiosísimos problemas, y hasta con chuscas peripecias provocadas por esos cambios de intensidad y dirección de las gravedades en el automundo y en sus sorprendidos habitantes: peripecias y cambios que quienes somos vulgo en ciencia no creíamos posible, a no verlos, porque para nosotros la gravedad terrestre no varía de fuerza en términos que nuestros sentidos puedan apreciarlos.

Pensando, pues, que con ejemplos se ven mejor las cosas, y sobre todo las científicas, con los ejemplos que el autoplanetoide y sus moradores nos ofrezcan en el viaje, entraremos fácil y suavemente en honduras, que nos asustarían ahora, relatando curiosos y sorprendentes fenómenos, debidos a la inconstancia y a la combinación de diversas gravedades en la planetaria expedición, limitándonos ahora, por la necesidad de hablar de una de las aplicaciones del tallero de Maipo, a hacer constar, sin entrar en detalles ni demostraciones, que la fuerza de la gravedad, que a los mundos sujeta los cuerpos pertenecientes a ellos, es tanto mayor cuanto mayor la cantidad total de la materia de esos mundos, o su masa, como dicen los físicos; cosa que se parece mucho al peso, pero *que no es lo mismo*.



a otros astros, no pesa sino 439 gramos en Mercurio y 174 en la Luna, mientras en el enorme Júpiter pesa dos kilogramos con 261 gramos, y en el Sol, 27 con 600 gramos (1).

Dicho esto, entra uno en gana de preguntar: ¿qué pesará un kilogramo en el minúsculo autoastro de María Pepa?... Ha de ser poca cosa.

Distingamos: mientras aquel mondejo estuvo en su astillero de Paramillo, para que en él metieran los numerosos edificios, aparatos, máquinas, etc., etc., que constituyan su equipo, el esfuerzo correspondiente a los kilogramos del peso terrestre de cada pieza, y a la distancia y altura a que debía ser transportada, fué el exigido por la instalación de cada una. Pero esto era porque el autoplanetoide y sus piezas estaban todavía en la Tierra, y el peso en ésta de ellas era el que había de vencerse. Cuando aquél se remonte, los gravímetros en él instalados, e inventados por Hauptft, nos irán diciendo cómo la gravedad terrestre vaya menguando en fuerza en el autoplanetoide y rebajando el peso de los kilogramos en él a

(1) Un objeto que en la Tierra pesa un kilogramo es aquel en que todos y cada uno de sus átomos, o sea la total materia que lo forma, son atraídos por la masa total de la Tierra, o sea por todos y cada uno de los átomos de ella, con tal fuerza que cuando nada lo sostiene lo hace caer al suelo con la misma velocidad con que cae una pesa de un kilogramo, o dicho de otro modo: aquel que exige para ser levantado del suelo fuerza igual a la necesaria para elevar la misma pesa.

Es natural que si ese mismo cuerpo estuviera en otro mundo que tuviere la mitad o la cuarta parte de materia que el nuestro, la atracción sobre él, o sea la gravedad a que estaría sujeto, sería la mitad, la cuarta parte, de la que lo atrae la Tierra; y el cuerpo no pesaría en esas otras tierras sino 500 ó 250 gramos, a pesar de ser el mismo y de tener la misma masa, por ser menores las masas de los mundos que en cada uno de estos casos lo atraerá.

La explicación es facilísima: entre la pesa de un kilogramo y cada uno de los kilogramos de tierras, rocas, mares que componen la total masa de la Tierra, se ejerce una fuerza atractiva, siendo la suma de estas atracciones de todos esos kilogramos la que constituye la fuerza de gravedad que tira de la pesa hacia el centro de nuestro Globo. Cuantos más kilogramos tenga un mundo, más sumandos tendrá la suma de atracciones que mide la intensidad de la gravedad, y, por tanto, mayor será el peso, que es, en cierto modo, vulgar medida de la gravedad.

Ha de advertirse que en lo dicho no se toma en cuenta la resistencia que el aire opone a la caída de los cuerpos, ni la acción de la gravedad sobre ellos en estado gaseoso, que complica su actuación con lo que llaman los mecánicos teoría cinética de los gases, debido a la repulsión entre las moléculas de ellos, ni tampoco se intenta considerar casos y circunstancias dependientes de la diversidad de densidades de cuerpos que entre sí se penetran.

medida que vaya alejándose de la Tierra. Y llegará un momento, y a eso queríamos llegar también nosotros, en que dichos *gravímetros terrestres* marcarán cero, porque a la enorme distancia a que de la remotísima Tierra se hallará entonces el avimundo, la acción atractiva de la gravedad de ella no será ya apreciable ni sobre los kilogramos de su armazón ni sobre los de las personas y aparatos transportados en él. NADA PESARÁ NADA mientras no se llegue a la cercanía de otro astro que en dichos cuerpos despierte los dormidos pesos; pero tirando de ellos, no ya hacia la Tierra, sino hacia el mundo o sol al que entonces estén más inmediatos o haga sentir con mayor fuerza su atracción.

¿De modo que el cuerpo de María Pepa —el mejor del planetoide, cuyo peso en Maipo, no obstante su esbeltez, alcanzaba 73 kilogramos— no pesará nada en cuanto llegue a un punto del espacio en que con igual fuerza se peleen por llevarse (1) la Tierra o Venus?...

Sí, algo pesará; pero no ya por la atracción, que se habrá sacudido, de nuestro viejo mundo, que a lo lejos habrá dejado, y que entonces verá, no como tierra, sino como estrella, en la cual nos quedamos mi pitonisa y yo; no por la que aun no sentirá del planeta Venus, sino por la atracción que ejercerá sobre la Capitana el automundo en que realice su navegación sidérea; o, dicho de otro modo, en virtud de la gravedad propia que como individuo cósmico, como astro independiente en el universo, desarrolle el novimundo para sujetar a sí las cosas y personas que a su bordo efectúen el planetario viaje.

Tal gravedad, y por lo tanto, el peso en el autoplanetoide de personas y cosas dependerá, como en todos los mundos, de su tamaño y de la materia que en total entre en su composición; de donde se deduce que ya en los cielos María Pepa, y puesta en pie sobre la coronilla de su mundo, pesará lo que le dé la gana; mejor dicho, la gana que le dió al fijar el tamaño y el peso del mundo que iba a fabricar.

Pero, en plata, ¿qué era lo que a nuestra heroína le había dado la gana de pesar en las citadas circunstancias? La cuenta es sencilla: un gramo y unos centigramos. No

(1) En realidad, cuando de Venus diste 28 ó 29 centésimas de la distancia a que se halle de la Tierra, lo cual resulta de que los 73 kilogramos de María Pepa se reducirían a unos 59 escasos en Venus, ya que las gravedades disminuyen en razón inversa de los cuadrados de las distancias a los mundos que los determinan.



se copia la cuenta por ser preciso manejar en ella cantidades con números de cifras un tanto embarazosos, pero cualquiera puede hacerla sabiendo que el autoplanetoide pesaba, cuando quedó completamente listo, unos 20 millones de toneladas, y la Tierra, 5.414 trillones de ellas; que el radio medio de nuestro mundo mide 6.367.067 metros, y el del moto-estelar, 300.

Ha de advertirse que si la Capitana logró alcanzar tal peso fué sólo a fuerza de lastrar su mundo con seis millones de toneladas de taliuro que metió dentro para aumentar la masa, y con ella la fuerza de la gravedad por ésta desarrollada; pues cuando acabó de inflarse el planetoide no era la suya, según antes se ha dicho, sino de unos catorce millones de toneladas.

Con esto no habría llegado María Pepa al gramo, lo cual le pareció muy poco para su estatura aventajada de un metro y seiscientos noventa milímetros.

Para eso quería ella el taliuro, aparte, claro está, la principal aplicación de él como fuente de donde manaba el cinetorio: es decir, la fuerza, la velocidad y el gobierno de su orbimotor, según queda explicado en anteriores páginas.

Para eso, y para otras cosas, también relacionadas con la gravedad, que el viaje nos dirá, y en las cuales no podemos ahora detenernos por tener prisa ya de levantar el vuelo.

En la segunda mitad de febrero de 2186 quedó terminado el embarque en el orbimotor del lastre de taliuro, casi en total privado de su cinetorio. Fué estibado en la parte inferior del vano entre las dos concéntricas envueltas cristalinas que constituían la doble pared del estelar vehículo, perforando en el centro de esta masa de taliuro un gran orificio cilíndrico de diez metros de diámetro, por el cual pudiera, desde dentro, aprovecharse la transparencia de las paredes para mirar al exterior, a través de la zona ocupada por el mineral. Este, con su gran densidad de 37 toneladas por metro cúbico, era un contrapeso utilísimo al autoplanetoide, por prestarle el mismo servicio que a ciertos monigotes amputados de ambas piernas, y conocidísimos de todos los chiquillos que con ellos juegan, les presta el plomo encerrado en sus enormes barrigas. Consiste tal servicio, y hablo de los muñecos, en que por mucho que se los incline vuelven con toda rapidez a ponerse derechos por sí solos; y arrojados a lo alto, nunca corren peligro de romperse la cabeza por caer siempre, no digamos de

pies, pues no los tienen, pero sí de panza.

En cuanto al novimundo, asegurábale su lastre del riesgo grave de caer en los planetas, cuando en ellos cayera, de cabeza. Está mal dicho, porque él, aun faltándole el lastre, siempre caería de panza, como los muñecos, pues todo él era panza; mas los viajeros en su seno alojados caerían, gracias al taliuro, de pie, que todo el mundo sabe es la mejor manera de caer en cualquier parte. El servicio no es flojo, y con él ya conoce el lector la segunda aplicación en que empleaba María Pepa el citado metal.

Van dos: fuerza propulsora obtenida del cinetorio y equilibrio estable del artefacto y de las cosas y personas transportadas en él. Van dos, y quedan otras que a su tiempo saldrán.

Además del orificio o ventana doblemente acristalada con cristales de diez metros de grueso, practicada en el lastre del taliuro, todavía se perforó otro agujero más estrecho, de tres metros de diámetro, a través de los veinte de longitud del lastre. Los extremos de aquel hondísimo agujero correspondían a las puertas de igual diámetro que se recordará fueron vaciadas en las concéntricas esferas de cristal que formaban las paredes del nuevo astro. Un tubo metálico, de recio espesor de paredes, se enchufó entre ambas puertas, sirviendo de cilíndrico pasillo de una a otra, empotrándolo en las esferas de vidrio y en el lastre entre ambas alojado. Dicho tubo era el zaguán de entrada y salida en el novimundo, y se le dió el adecuado nombre de poterna, pues sumando doce metros del espesor del marco de la puerta boquete de la esfera externa, otros diez del de la interna y veinte del vano que las separaba, se obtienen cuarenta y dos metros de longitud para el tubo, que bien podemos llamar túnel, por donde, al llegar a los planetas, saldrían a ellos los autoplanetianos (algún nombre hay que dar a los habitantes del planetoide), y acaso entrarán en el aviplaneta, para venir a visitar la Tierra, marcianos, venusios y juníperos, nombre este último que me parece más eufónico y suave que el de jupiternianos.

Era, pues, una verdadera poterna cerrada en sus dos extremos por tapones fortísimos, de hermética obturación doblemente mecánica, por obtenerse de una parte con cerraduras y cerrojos, y de otra con tapones a rosca atornillados en ambos extremos del túnel. Pero por ser esencialísima la firmeza de estas puertas, ya que de abrirse



en marcha se quedarían los viajeros sin aire respirable, porque la atmósfera interior del novimundo escaparía inmediatamente a los espacios, no se dió por satisfecha María Pepa con aquel fortísimo cierre duplex-mecánico, agregando un tercero, de presión neumática, y un cuarto, eléctrico, cargando los marcos y las hojas de las puertas con electricidades positiva y negativa, respectivamente, que, como es sabido, se atraen de un modo extraordinario. Y por si acaso fuera poco, entre las dos puertas extremas se montaron tres intermedias. Nadie podrá negar que aquello fuera una poterna, y barreada cual ninguna.

¡Cualquiera entraba ni salía allí como no quisiera María Pepa! ¡Qué cualquiera! Ni un átomo de aire podría escapar sin su permiso! Ni un átomo de aire, pero sí salir muchos de ácido carbónico, mediante ingeniosísima combinación que se explicará en marcha, pues de una vez no puede decirse todo.

Además de esta poterna, que hacía de puerta principal, había otras cinco poternillas de menor anchura: una, vertical, de salida al polo norte, interesantísima por su utilización en las reparaciones exteriores del orbimotor en marcha, y cuatro horizontales, que desembocaban en galerías fortísimamente acristaladas, o más bien casamatas que, aisladas, sobresalían sobre la redondez del novimundo. Dentro de ellas se montó la artillería, sin la cual habría sido imprudente aventurarse en mundos ignotos sin conocer las disposiciones de sus habitantes, que bien pudieran ser hostiles y aun feroces para los forasteros.

Los sistemas de cierre de todas las poternas eran análogos al que ya se ha descrito.

Además de las poternas atravesaban el lastre de talluro unas cuantas de las columnas de unión de las dos esferas, externa e interna, que formaban la doble pared del autoplanetoide; con lo cual, túneles y columnas (1) hacían el efecto de pasadizos remachados a ambas esferas, impidiendo al lastre todo movimiento; es decir, que aseguraban la estiba de él, dándole perfecta estabilidad.

(1) La propiedad de fundirse el talluro a 193°, mientras el punto de fusión del vidrio-corcho es de 315°, permitió inyectar el lastre en el vano donde había de alojarse, no en estado sólido, sino líquido, con la ventaja de que, al enfriarse, en lugar de lastre en pedazos, susceptible de rodarse, se solidificó todo él en una sola masa de seis millones de toneladas, que, atravesada por los remaches, no podía moverse.—*Nota de Hauptf.*

No, no había cuidado que bailase el centro de gravedad del autoastro, lo cual habría sido perturbador, incomodísimo y hasta peligroso para sus habitantes.

Y vamos ahora a la colocación de las cargas propulsoras de cinetorio en la superficie exterior del mundo que habían de mover.

EL AUTOR: Cojamos una naranja y pélemla—así dijo Ifigenia, bueno, Made-moiselle Thellis, a quien hice observar que no tienen pelo las naranjas—, y una vez sin la cáscara... No la parta el lector, pero repare que la naranja tiene gajos.

UN LECTOR: Vaya un descubrimiento... ¿A qué vendrán ahora esas tonterías?

AUTOR: No sea usted impaciente, que a algo vienen. Supongamos que son veinte los gajos.

LECTOR: No he visto ninguna con tantos. Esa es una suposición absurda.

AUTOR: Pues que lo sea. María Pepa necesita los veinte, ni uno menos, para sus cargas. Ya que no por mí, haga usted un galante esfuerzo por complacerla a ella; y figúrese que ya tiene en la mano la supuesta naranja con sus hipotéticos veinte gajos.

LECTOR: Vaya por la galantería.

AUTOR: Pase usted ahora un lápiz azul a lo largo de las líneas que marcan las separaciones o comisuras entre gajo y gajo... No soy yo, sino María Pepa quien se lo suplica.

LECTOR: Ya está.

AUTOR: Gracias. Resulta que tiene usted veinte líneas curvas, azules, formando otras tantas semicircunferencias, que de arriba abajo, desde donde comienzan hasta donde acaban los gajos, o como si dijéramos, entre los polos norte y sur de la naranja, surcan la superficie de la mondana fruta.

LECTOR: ¿No podría usted abreviar?

AUTOR: Ahora acabo. Haga usted sobre cada una de esas líneas veinte redondelitos azules, a igual distancia unos de otros.

LECTOR: ¿Pero usted sabe qué son cuatrocientos redondeles?

AUTOR: Anda usted mal de matemáticas; son trescientos sesenta y dos.

LECTOR: Cuatrocientos.

AUTOR: Trescientos sesenta y dos.

LECTOR: Cuatrocientos; digo, veinte por veinte...

AUTOR: Pues dice usted mal; diez y ocho por veinte, más uno en cada polo, son trescientos sesenta y dos.

LECTOR: Bueno; pero de todos modos



tengo que tomar muchísimas medidas... Y que ya me parece que pasa esto de broma a burla... En fin, por María Pepa.

AUTOR: Ya sé que por mí no lo haría usted... Ahora dele a ella la naranja. ¿No ve que se la pide?

LECTOR: Pero si está incomible; hecha una porquería con tanto manoseo.

AUTOR: No pase usted cuidado; no es para comérsela, sino para inflarla para lo que la pide.

LECTOR: Esto ya es demasiado. ¿Es a estas tonterías a lo que llama usted explicación científica?... Primero, las sandeces de la naranja; ahora, prestidigitación... En lugar de explicarnos la instalación de las cargas, que es lo que había usted prometido...

AUTOR: Y lo cumplo, a mi modo, que por todas partes se va a Roma. Más tiempo que en todo lo que ha hecho usted con la naranja le habría llevado leerse las doscientas páginas que al asunto dedica la memoria de la Capitana. Y puede ser que no las hubiera usted entendido; mientras que ahora, en un momento, lo va a ver todo claro con sólo presenciar y mirar eso que llama prestidigitación... ¿Prefiere usted leerse la memoria?... Pues no hablemos ya más. Mire usted y calle.

En manos de la inventora comenzó la naranja a crecer y crecer, hasta alcanzar los seiscientos metros de diámetro del autoplanoide. A la par que crecía realizábase una curiosa transformación en las rayas azules trazadas entre gajo y gajo, por virtud de la cual quedó cada una, al cabo, convertida en una escala de peldaños metálicos, en todo semejante a las que al exterior de los edificios *rascacielos* de las grandes ciudades se montan, en sus fachadas, como medio auxiliar de salvamento para casos de incendio.

Veinte escaleras conducían, pues, de un polo a otro de la naranja, trocada en novimundo, contorneando la superficie exterior

de éste. Los trescientos sesenta y dos puntos azules de las diez y ocho rayas se habían convertido en otras tantas cápsulas de cineterio, situadas bajo las veinte escalas, estando cada cápsula comprendida entre dos tubos excitadores y rodeada además de quince polos nortes de igual número de imanes, que formaban las *coronas magnéticas* que circundaban las cargas. Tubos e imanes son por ahora misteriosos; pero hora llegará en que sean aclarados.

Cada cápsula, con sus aditamentos, formaba un elemento propulsivo del aviestelar, remachado sólidamente a la superficie exterior del mismo; en total, trescientos sesenta y dos elementos que, usados individualmente, representaban otras tantas posibles direcciones de marcha en el universo que a su disposición tenía la Capitana. Empleándolos por pares le proporcionarían posibilidad de navegar en otras 72.771 direcciones; disparados tres a tres, aumentarían los rumbos disponibles a 8.241.917, y combinados por andanadas, en las cuales actuaran mayores números de disparos, darían números tan desmesurados para las correspondientes direcciones en total utilizables, que no los consigno para evitar ser acusado de prurito de abrumar a la gente con millones (1).

Queda probado, pues, que el autoplanoide ofrecía medios a su piloto para llevarlo a cualquier lugar del universo. Y vea ahora el lector impaciente que me zahería cómo, sin leerse la memoria ni atracarse de indigestos cálculos, sólo con la naranja, se ha enterado de cómo se montaron las cargas en el orbimotor y de la sencillez con que, gracias a ellas, podría María Pepa bucear en el éter, con su autogravitante, en cuantas direcciones la pluguiere.

(1) Conste que no es mía la culpa de que las cantidades consignadas, y las que me callo, sean matemáticas y positivas verdades deducidas de las sencillas fórmulas madres y abuelas del vulgarísimo Binomio de Newton, el cual no inserté por ser tan conocido que quien deplora la omisión puede salvarla preguntando a cualquier chiquelo de los que estudian la modestísima Álgebra de los Institutos.



## XXIII

## UNA EXPLOSION INCONCEBIBLE

Se traba de tal modo en esta historia lo científico con lo episódico y lo pasional, psíquico, que diría Ifigenia, que en cuanto se atiende a lo uno, quédase, en lo otro, rezagado el relato. Así, aun habiendo prescindido de los detalles de la estiba del taliuro, de los andamiajes y faenas del montaje de cargas y de escalas para el servicio de ellas—operaciones que duraron cinco meses, y quedan despachadas en pocas páginas—; aun a pesar de correr tanto, se nos ha quedado atrás un resonantísimo suceso acaecido cuatro días después que María Pepa y Sara convinieron en efectuar juntas las pruebas respiratorias, que ambas sabían no se realizarían.

Se recordará que hablando a Alvaro de presentidos peligros vagos, aparentaba Sara terrores tan perfectamente simulados, que le alarmaron, haciéndole pensar en consultar un médico. Como ella se oponía tenazmente a la consulta, alegando repugnancia a publicar tales flaquezas y nerviosidades, vergonzosas en una militar, ocurriósele a él, o, mejor dicho, supo arreglar-se Sara para que se le ocurriera que teniendo en casa a Krenk, médico distinguido y muy afecto al matrimonio, no había riesgo de que se divulgaran las debilidades de la comandante.

Previamente aleccionado por Sara, y como si quisiera tranquilizarla, diagnóstico el servio, en presencia de ella y Alvaro, que todo aquello no eran sino pequeñeces; pero buscando luego al portugués a solas, le asustó cuanto pudo, hablando de trastornos cerebrales, no inminentes, pero sí amenazantes, si con urgencia no eran atacados aquellos infundados terrores.

Para combatirlos creía lo mejor distraer a la enferma, cambio de lugares, hacerla perder de vista los paisajes y objetos contemplando los cuales la habían asaltado aquellas ideas que de negro teñían cuanto la rodeaba. Debía, además, ver gente, mucha gente; tener la imaginación a todas horas distraída; romper la cárcel del solitario hotel; no pisar el laboratorio; despreocuparse de las obsesionantes pruebas, para las cuales no tenía entonces ni cabeza ni nervios, y eran su preocupación a toda hora.

En vista de esto, se le ocurrió, también solito, a Alvaro trasladarse con su mujer y con la servidumbre al más alegre y concurrido hotel de Mendoza.

Algunos inconvenientes puso Sara al proyecto, pues tenía que preparar las consabidas pruebas, a lo que se opuso Alvaro, brindándose a sustituirla en el laboratorio, para lo cual vendría todos los días desde Mendoza a trabajar un rato en Challao, llevándose, al efecto, las llaves del palacete, pues Krenk no las necesitaba ya a causa de su inmediato embarco para Europa en el siguiente día.

Agradecida, accedió a todo ella, informando a su marido del cajón del estante del laboratorio, donde guardaba la célebre memoria del abuelo Haig, en que se detallaba la manera de preparar los aparatos y los gases de la respiración científica.

Aquella misma tarde, a la caída de ella, salieron de Challao todos menos el servio, que en cuanto acabara de arreglar su equipaje cerraría la puerta y llevaría las llaves al American World Hotel, donde iba a instalarse el matrimonio y donde él mismo pasaría su última noche de América.

En un momento en que Alvaro subió al piso principal preguntó Sara a Krenk:

—¿A qué hora será eso?

—Son las seis—respondió—. A las siete estaré yo en el American, y en cuanto usted me vea, cuente que no han de pasar más de diez minutos sin que oiga algo.

—¿Se oirá allí?

—Y más lejos. El American no está de aquí sino a ocho kilómetros.

Al ver bajar a Alvaro se callaron los dos.

\* \* \*

Tan pronto Krenk se quedó solo, cogió dos robustos cables de cobre rodeados de una envuelta perfectamente aisladora; se calzó botas de caucho y guantes igualmente aisladores y se vistió calzones y blusa de seda gutapercha; cubrióse la cabeza de un casquete de la misma substancia, y con los cables, la consabida cápsula de cinetorio, que desde que Sara se la dió unas cuantas noches antes tenía bien envuelta en hojuelas de plomo, y la llave de tiempos, bajó al transformador, que en el sótano estaba, donde los 90.000 voltios de la canalización



maestra se convertían en los 400 de la distribución urbana.

En cuanto estuvo allí desconectó los conductores de esta última de la línea de alta tensión, a la cual empalmó, por separado, un extremo de cada uno de los dos cables que llevaba, teniendo gran cuidado de mantener distantes los otros extremos sueltos. Después de esto se dispuso a enlazar uno de ellos con la llave de tiempos.

Era ésta un sencillo aparato de relojería con una varilla, que, enlazada a una rueda giratoria, giraba como una manecilla de reloj, hasta ponerse horizontal, tardando en ello media hora. A la varilla había de sujetarse la cápsula, que cuando aquélla llegara a la horizontalidad tropezaría con un grueso pedazo de cobre, sobre el cual descansaba el extremo libre del otro cable. En tal momento la corriente de alta tensión lanzaría sus 90.000 voltios a la varilla y a la cápsula, haciendo estallar ésta.

Treinta minutos eran tiempo sobrado para que antes que sobreviniera la explosión pudiera Krenk subir, cerrar la puerta, montar en su moto y llegar al American.

Ya preparado todo, y dada cuerda al aparato, sacó el servio la capsulilla del plomizo envoltorio, y con extremadas precauciones, mucha calma y gran tranquilidad y confianza, fué a sujetarla a la varilla; pero en el momento de acercar una a otra, se produjo un extraordinario fenómeno, pues *sin saltar chispa* ninguna, *sin que estallara descarga eléctrica* entre los cables conductores, *sin corriente* entre ellos, sobrevino una explosión de violencia inenarrable que en polvo hizo volar hasta las nubes el palacete de Challao.

Acababan de llegar Sara y Alvaro al hotel, y comenzaban a instalarse en sus habitaciones, cuando oyeron un horrendo estampido. Con sacudida que parecía venir del fondo de la tierra, retemblaron los muros hasta sus cimientos, y se hicieron añicos todas las vidrieras de Mendoza, cuyos habitantes, espantados con el recuerdo, por tradición conservado de la catástrofe de pasados siglos, se echaron a la calle gritando: ¡Terremoto, terremoto!...

Pero al ver en los aires, a tremenda altura, una densa polvareda grisácea, varió la gente de opinión, diciendo: "Son cenizas, son cenizas: es la erupción de un volcán nuevo". Pero, ¿dónde, dónde?...

Palideciendo intensamente al oír el es-

tampido, Sara fué la única que supo a qué atenerse, mas no dijo palabra. La idea de que ocurriendo la explosión antes de la hora fijada, no podía el adelanto atribuirse sino a accidente, la hizo pensar en Krenk, y dando por segura la muerte del servio, tal emoción sintió a la idea de su responsabilidad en ella, que, sobrecogida de lástima y terror, esta vez no fingidos, perdió el conocimiento.

Pronto corrió por Mendoza la noticia de lo realmente ocurrido. Era que había volado el hotel de Challao y un buen pedazo del terreno que lo rodeaba. En el lugar en donde estuvo quedaba un hoyo de 300 metros de ancho, y más de sesenta de hondo. Milagrosamente, no había personales desgracias, por estar el hotel bastante aislado, y porque casualmente eran los dueños dos militares yanquis, marido y mujer, que se habían ido al American media hora antes.

Cuando Sara volvió en sí, Alvaro, que ya lo sabía todo, nada dijo, para evitarle impresiones; y por no abandonarla, estando enferma, no fué a Challao cual deseaba.

Ella, aterrada con el recuerdo de Krenk, comprendiendo que si hablaba no podría disimular, disfrazaba de enfermedad su espanto.

Pero una noche entera, aunque fuera malísima, le era muy suficiente para renacerse a una mujer del temple de Sara. Ella no tenía la culpa de la muerte de Krenk, que estaba bien seguro de su célebre llave: él era el solo responsable por haberse equivocado. Ella no había querido sino volar una casa inhabitada; y deplorando, claro está, la desgracia, la absolvía su conciencia, sin que influyera en ello el ahorro de los 50.000 dólares del talón que había dado al servio, y que éste no se presentaría a cobrar en Londres, donde habían de pagarlo. Y como lo de Krenk, que era un pillastre, no tenía ya remedio, y como para algo había ella volado el hotel, lo urgente era sacar de lo hecho el partido previsto.

A la mañana, tranquila ya, mas cual si despertara de un sopor, pidióle a Alvaro explicación de lo ocurrido; y éste, que regresaba de Challao, la informó de todo, ponderando los terribles estragos de la explosión, agregando que no conocía explosivo capaz de producir tan horribles destrozos. Tanto que a no haber tirado él mismo la capsulilla de cinetorio a la laguna...

—¿Tendría—dijo—el pobre Krenk alguna otra cápsula?

—De ningún modo—contestó Sara—. ¿No viste su terror al instarnos a que no nos



quedáramos con aquélla en casa? ¿Qué pien-  
sas, Alvaro?... ¿Qué sospechas?... ¿De quién?

—Yo no sé, no me atrevo; pero no hay  
otro explosivo capaz...

—Verdad, verdad... Y ése, el único que  
puede producir tan grandes daños, no lo  
posee en el mundo sino una sola persona...  
Tienes razón; has visto claro: es ella...  
Nuestra muerte no aprovecha sino a ella.

Aun no había visto Alvaro cuanto decía  
Sara, pero dudando de si inconscientemen-  
te lo habría descubierto, exclamó:

—¡Qué horror!... ¡Ella!... Pero, ¿por qué?..

—Porque nos odia, por haberla obligado  
a reconocer que se equivocó al juzgar la  
memoria de mi antecesor; porque no nos  
perdona haberla puesto en evidencia: ¡a  
ella!, ¡al genio de las ciencias! Porque así,  
destruyendo el magnífico estudio de mi  
abuelo, no podremos hacer pruebas; ni po-  
dremos tú y yo aplicar esos métodos trai-  
doramente destruidos; porque así, *nos im-*  
*pide* ser directores de la respiración y *nos*  
*priva* de hacer ese soberbio viaje.

Y ante nada ha retrocedido: porque ella  
nos creía a ti y a mí en nuestra casa; pues  
no podía presumir que ocurriera el mila-  
gro que nos ha salvado, gracias al pobre  
Krenk, inocente víctima de esa fiera.

Mira, mira, si eran o no fundados mis  
terrores. Lo presentía, lo sabía, lo sabía des-  
de la tarde que leí en sus ojos doblez y odio.

—¡Infame, infame!... ¡A mí, que la salvé  
la vida!...

Las ventajas que buscaba y obtuvo Sara  
como resultados de la catástrofe de Cha-  
llao, eran: desaparición de la memoria de  
Haig, y con ella plena justificación de su  
renuncia a realizar pruebas que ya no ha-  
bía medio de preparar; evitar que leyén-  
do la Alvaro se enterara de que era un dispa-  
rate, y de la mala fe con que en ella fun-  
daba su mujer imposibles derechos e in-  
ventados agravios; y, sobre todo, y muy  
principalmente, lograr que él formara de  
la Capitana la opinión y el concepto que  
ella le había inspirado.

\* \* \*

—¿Y vamos a quedarnos sin saber la  
causa del accidente en que perdió la vida  
Krenk?...—pregunté a mi pitonisa, a lo cual  
contestó que como el servio no conocía sino  
imperfectamente el cinetorio, ignoraba que  
para estallar no había menester ser atra-  
vesado por aquella corriente poderosa, pues  
le bastaba electrizarse, positiva o negativa-  
mente, alcanzando tensión superior a 30.000

voltios. Y como en cada uno de los extre-  
mos separados de los conductores empal-  
mados al cable maestro se acumulaban  
electricidades de opuestos nombres con vol-  
taje aun mayor, de aquí que en el mo-  
mento de ponerse la cápsula en contacto  
con cualquiera de ellos, y electrizarse en  
igual grado, forzosamente había de surgir  
la catástrofe, ocasionada por la violentísi-  
ma separación, o más científicamente desin-  
tegración, de los átomos del cinetorio, que  
de una vez, y en un instante, dejaban en  
libertad las inmensas fuerzas naturales que  
entre sí traban los elementos que compo-  
nen la materia. Un fenómeno análogo a la  
violenta distensión de un resorte fuerte-  
mente comprimido, al quedar en libertad; el  
resorte que sujeta en el átomo los elec-  
trones de que se compone, en la molécula  
los átomos de ella, en los cuerpos las mo-  
léculas que los constituyen.

Ya en 1919 se sabía que en los milla-  
res de años en que por paulatina descom-  
posición se reduce a la nada, un gramo de  
radio, desapareciendo, por desintegración,  
que viene a ser como invisible volatilización  
de sus elementos constitutivos, desarrolla  
cuatro diferentes actividades (1), una sola  
de las cuales engendra fuerzas que indirec-  
ta, pero cuidadosamente medidas, equiva-  
len a más de 4.600 millones de caballos de  
vapor, cuyo trabajo se distribuye en mon-  
tones de siglos.

La anterior evaluación es de Mr. Curie;  
pero Le Bon, considerando, no una, sino  
la totalidad de la energía de esas cuatro  
fuerzas, de la radioactividad de la materia,  
ha calculado, como resultado de sus expe-

(1) Estas cuatro actividades son: desprendi-  
miento o, mejor dicho, lanzamiento de partículas  
materiales electrizadas positivamente—*rayos al-*  
*fa*—, lanzamiento de electrones negativos—*rayos*  
*beta*—, o sea mínimas cantidades de electricidad  
existentes libres de materia; impulsión de vibra-  
ciones en el éter—*rayos gama*—, y emanaciones.  
La evaluación a que el texto se refiere es la co-  
rrespondiente a la actividad de los *rayos alfa*,  
análogos, si no iguales, a los anódicos o positivos  
de los tubos de Crookes. Los *rayos beta* se asi-  
milan a los catódicos o negativos y los *gama* a  
los X o Röntgen, que los últimos provocan, y  
que salen al exterior de aquellos tubos, penetran-  
do cuerpos opacos, permitiendo ver los huesos del  
esqueleto humano a través de las carnes y foto-  
grafiar objetos a través de un bloque de granito.  
Por último, aun tiene el radio otra actividad: la  
*emanación*, muchísimo más sutil que el más in-  
coercible de los gases y a cuyo contacto adquieren  
transitoriamente propiedades radioactivas otros  
cuerpos inertes. Estas constantes radiaciones pro-  
ducen en el curso de los siglos la descomposi-  
ción, el aniquilamiento absoluto y total del radio,  
que devuelve al universo los elementos que for-  
maron los átomos de que se compone y las enor-  
mes fuerzas que, unidos, los mantienen.



rimentos, que las energías contenidas en un gramo de materia alcanzan a 6.734 millones de caballos de vapor, siendo esta una de las evaluaciones más modestas, pues Max Abraham da la cantidad de 80.000 millones de ellos.

Sabíase, y pensábase también, en 1919, que el día en que los físicos encontrarán un medio de conseguir que el gramo de radio se deshiciere no en tan largos plazos, sino en un instante, la fuerza de la explosión, incomparablemente mayor que la de la nitroglicerina, estaría expresada por esos 6.734 millones de caballos de vapor, en un instante puestos en actividad, y acumulando en él toda su fuerza. Y adviértase que tomamos la evaluación más pequeña de las dos expresadas.

Sabido esto, resulta que si de radio hubiera sido el centígramo de la cápsula de Krenk, y si apreciáramos en una milésima de segundo (intervalo demasiado largo) el tiempo en que la explosión se realizó, habría tenido esta fuerza capaz de levantar 500.000 toneladas a más de 1.000 kilómetros de altura en una centésima de segundo.

En el cinetorio que María Pepa descubrió, se multiplicaban por diez estas fuerzas, y basta esto para dar idea de qué sería la horrenda explosión de Challao.

\* \* \*

Indicando que lo hacía por hallarse su esposa enferma, ofició Alvaro al Consejo de los Viajes Planetarios, diciendo que la catástrofe, *acaso provocada por mano alevé*—inciso en que por entonces nadie hizo alto—, de la que por milagro había escapado el matrimonio, había producido el irreparable daño de destruir la memoria de mister Haig, con los planos y recetas de los aparatos e ingredientes respiratorios, que, al faltar, imposibilitaban a su heredera, mistress Sam Bull, de aplicar los métodos de su ascendiente; que no podían, por tanto, realizarse las proyectadas pruebas, la omisión de las cuales no podía invalidar, por no ser imputable a la citada dama, su derecho, fundado en terminante declaración del Consejo, a realizar el viaje en el autoplanetoide, acompañada de un ayudante técnico, que sería D. Alvaro Fairelo Carvoeiro, etc., etc., Capitán de la Armada, etcétera, etc., comendador, etc., etc.

La explosión de Challao, seguida de este oficio, y unida al incidente, que por Fognino conocía, de la substracción en la fábrica de Maipo de la cápsula de cinetorio, hizo cavilar mucho a María Pepa.

Pensando en Sara, en quien ya presentía, aun sin dar con la causa, una enemiga, ocurrióle la idea de que para inutilizarla definitivamente bastaría contestar el oficio diciendo que, teniendo el Consejo, no copia, como Sara, de la memoria de Haig, sino el original, podían hacerse las pruebas, lo cual obligaría a aquélla a ponerse en ridículo, y a acreditarse de *farsante*, confesando que ni el abuelo ni ella entendían jota de respiración, y que no era posible realizar los ensayos, so pena de matar a los tontos que se prestaran a oficiar de *ánima vili* en ellos.

Pero ya estaba María Pepa cansada de discusiones, y queriendo perder para siempre de vista al matrimonio, aun cuando, recordando melancólicamente que a él le debía la vida, desistió del propósito, haciendo se redactara la respuesta manifestando que, en vista de no haber respiración Haig, no podía haber directora ni ayudante de ella; que habiendo, además, decidido el Consejo no admitir en el avistelar a personas que no tuvieran funciones definidas en él, únicamente su tripulación y las científicas comisiones oficiales podrían concurrir al viaje. Y que no estando comprendidos en tales categorías la señora Sam Bull ni su ayudante, etc., etc.

—¿Lo ves?—dijo Sara a Alvaro—. Aquí tienes explicada la trama y la explosión. Humillarnos, humillarnos; sólo de eso se trata... Pero iremos, iremos.

Y reclamación y escándalo; enzarzando otra vez en la disputa a la Prensa de chanchullo y *chantage*, y vertiendo malévolas y transparentes insinuaciones sobre la explosión de Challao. Pero todo esto duró poco, pues la taimada mamá Fognino, en esta ocasión ninfa Egeria de María Pepa, se presentó una mañana en casa de Sara para hacerle saber, con grandísima finura, que por dicha conservaba el Instituto el ejemplar original de la copia perdida de la memoria de mister Haig, que el Consejo había hecho buscar en los archivos. Por lo tanto, si su heredera seguía deseando viajar en el orbimotor, sería invitada *pública-mente* a efectuar las pruebas, utilizando la citada memoria, pues solamente con el carácter de directora de la respiración, podría ella realizar su deseo, que era también el del Consejo.

El golpe era, cual de Fognino, maquiavélico. Sara no tuvo más remedio que reconocer interiormente que por segunda vez quedaba vencida; pero ni ella era capaz de confesarse derrotada, ni su serenidad sajona la dejaba atollada ni aun en grandes



atacos. Así, pues, a reserva de volver a la carga, y aun comprendiendo que no tenía otro recurso que la huida, todavía supo vestirla de prudente y voluntaria retirada, contestando:

—Señor mío, para basar mis pruebas, no me inspira confianza esa memoria, pues aunque ello no envuelva ofensiva sospecha del Consejo, es lo cierto que dicho documento ha pasado por muchas manos, y me consta no ha estado siempre en el Archivo del Instituto. Como además han ocurrido gravísimos sucesos, que me obligan a ponerme en guardia, a nadie extrañará que yo recele de la autenticidad de esa memoria. ¿Qué opinas, Alvaro? A tu fallo me atengo. ¿Crees que podemos fundar en tal base *nuestras pruebas*?

—De ningún modo: como tú, pienso que no tratamos con personas de quienes debamos fiarnos.

—Ya oye usted, caballero—dijo Sara a Fognino—, lo que *resuelve mi marido*. Renunciamos a la lucha por no saber luchar con *ciertas armas*.

Fognino no dió importancia a estos desahogos, pues él iba a lo suyo, y con la suya se salía.

Cuando Sara y Alvaro se quedaron solos, dijo ella:

—A costa de humillaciones, no; pero alta la frente entraremos en el orbimotor. No, no lo dudes, Alvaro.

Tres días después salía el matrimonio para la América del Norte.

—Gracias a Dios—dijo Fognino—, que al fin nos vemos libres de ella.

No sabía que la víspera, mientras Alvaro daba su ordinario paseo matinal, al cual no concurrió Sara *por tener jaqueca*, había ésta celebrado en el American una importantísima conferencia con un mulato alto, flaco y tuerto, al cual entregó varios certificados expedidos por diversas empresas de Chicago, Nueva York y otras varias poblaciones yanquis, atestiguando la habilidad de Dick Shaft, natural de la Luisiana, en la manipulación de sustancias radioactivas. Además, por parlófono recomendó Sara muy calurosamente a una amiga y compatriota suya que se interesara en buscar trabajo al mulato, que en persona se presentaría a ella.

—Esta amiga, esposa del primer secretario de la Embajada de Austria en Buenos Aires, contestó que recomendaría muy eficazmente el obrero, no a su marido, sino al ministro argentino del Trabajo, que habría de servirla mucho más de cabeza que el susodicho esposo y secretario.

## XXIV

### UN BREVE IDILIO Y VARIOS LARGOS VIAJES

Pocos días antes de la partida para Yan-killandia del matrimonio Sam-Fairelo, el Consejo de los Viajes Planetarios publicó en varios periódicos un anuncio diciendo que en los astilleros de Paramillo hacían falta operarios inteligentes y prácticos en las industrias radiológicas, los cuales serían espléndidamente pagados, siempre que, con certificaciones de confianza, acreditaran competencia profesional, y se obligaran a no salir para nada de Paramillo en tanto no llevara anclas el autoplanetoide, prescindiendo, además, en dicho tiempo, de relaciones y correspondencia con personas residentes fuera de los astilleros.

Entre los que acudieron, en solicitud de trabajo, estaba el mulato, citado en el último capítulo, *tuerto mudo*, a consecuencia de un accidente ocurrido en una explotación radioelectrónica de Lousville, el cual presentó certificados honrosísimos, y, sobre todo uno del Ministerio del Trabajo de Buenos Aires, que ponía en los cuernos de la

Luna la inteligencia, habilidad y conducta del Sr. Dick Shaft.

—Oye, Ifigenia—dije a mademoiselle Thellis...—¿He dicho oye?... No, no es eso: Es que el cajista se ha equivocado, poniendo oye en lugar de "oiga usted, amiga mía", que es lo que digo.

—Oiga usted, amiga mía; creo que ha dicho usted que ese obrero inteligente se llama Dick Shaft. ¿No era ese el nombre del que fué recomendado por la secretaria de la embajada, amiga de mistress Sara, al ministro del Trabajo?

—Creo recordar que sí... Tienes razón.—¿Por vida del cajista! "Tiene usted razón" es lo que hay que poner—. Sí, sí, Dick; así se llamaba.

—Pero aquél no era más que tuerto, no tuerto-mudo.

—Le sobrevendría la parálisis de la lengua después de hablar con Sara.

Bueno, sea como quiera, lo cierto es que mudo estaba cuando fué incluido entre los



aspirantes admitidos al examen de suficiencia a que el abuelo Hauptf los sometía. Y tan bien se explicó, que del examen salió nombrado jefe de la cuadrilla dedicada al montaje de cápsulas entre los excitadores.

No le sorprenda a nadie que se explicara bien un mudo, ni pensando se tratara de ejercicios escritos, lo atribuya a metáfora, pues realmente se habla de un examen oral en el que Hauptf oyó la voz del examinando: la voz que no tenía, pero que poseía, por haberla comprado al adquirir el MUDO-FONO, con el cual se explicaba.

Este aparato no era una novedad, ni mucho menos, en 1886, pues hacía ya dos siglos que se había dado con la solución del problema de que al pisar la *a*, la *b*, la *m*, la *z* de un teclado alfabético, lanzaran estas teclas corrientes eléctricas a bombillas diminutas, que, respectivamente, pronunciaban *a*, *b*, *m*.... *z*, con sonidos que oían cuantas personas conversaban con el mudo.

Estas bombillas no eran sino una aplicación de la válvula Fleming o del *odión*, De Forest, que ya en 1916 cantaban, y no sólo cantaban, sino se peleaban ante los tribunales en un célebre pleito científico sostenido por cuestión de patentes entre dos poderosas empresas de telegrafía sin hilos, regidas por cada uno de ambos sabios.

Otro notable aparato, complementario de éste, y también inventado en el siglo *xx*, era el *parlógrafo* o transformador de las palabras pronunciadas frente a una bocina, reproduciéndolas en escritura luminosa, que en una pantalla de celuloide leía el sordo a quien quería hablarse. Dicho invento fué consecuencia de los trabajos fotoelectroluminicos de mister Flowers.

Ni de uno ni de otro se dan más amplias explicaciones, porque el autor de la presente historia, que, en este año de 1919 acaba de inventar los mencionados aparatos, no suelta prenda hasta que le concedan la patente que ya ha solicitado. Entonces saldrá la descripción en cualquier otra historia.

Los veinte días que transcurrieron entre la partida del matrimonio yanquilluso y la entrada de Dick en Paramillo, fueron por Sara bien aprovechados, según demuestra la siguiente distribución de ellos: Dos en el viaje a Nueva York; tres, en iniciar allá gestiones para obtener el nombramiento de comisionada de la Ciencia yanqui en el viaje planetario; una semana íntegramente dedicada a un delicioso idilio que saboreó con Alvaro, y había menester para que su recuerdo fuera lenitivo al dolor de la ausencia que en pos de aquél la amenazaba;

dos en llorar amargamente la partida del amado, y los seis restantes en muchas cosas, para enterarse de las cuales se necesita tiempo y leer unas cuantas páginas.

En los catorce días cuyo empleo se ha indicado aún supo hallar ratos perdidos para enterarse de dos o tres cartas que el correo aéreo trajo de Mendoza, y en cuyos sobres se leía: "Miss Ketty Brand"—la doncella de Sara—"Villa Sara, Harlem, Nueva York", y en una esquina: "Para entregar a Mr. Williams Chess".

Aquella *villa* de las afueras de Nueva York era el escenario donde se desarrollaba el idilio citado.

Las cartas para Mister Chess las abrió, las leyó, y contestó Sara escribiendo en los sobres de las respuestas a ellas: "Señor Dick Shaft, Hotel Juanita.—Mendoza".

Por último, la ausencia de Alvaro fué motivada por deseo de Sara de no tenerlo por testigo de ciertas maquinaciones cuya ejecución la preocupaba, deseo que satisfizo enviándolo a Portugal, para que mientras ella gestionaba para sí, en Nueva York, la representación de la ciencia yanqui, realizara él igual labor, en su patria nativa, para ser elegido representante de la lusitana.

No dejó Alvaro de apuntar temores de que su borrosa nacionalidad y su carácter de oficial norteamericano fueran dificultades insuperables para conseguirlo; pero sabiendo que por ciencia, abolengo y riquezas era su laica esposa casi omnipotente con la diplomacia de Washington, y tan archipotente ésta en Portugal, o más tal vez que en tiempos lo había sido la británica en el mismo país, partió al fin confiado en que una carta, que en el bolsillo llevaba, del ministro de Negocios Extranjeros de Washington al residente yanqui en Lisboa, lo arreglaría todo pronto y bien, cual Sara aseguraba.

La carta era, en efecto sumamente expresiva, pues ordenaba se significara al ministro de Estado portugués, que *América*—los yanquis seguían pensando que *América* eran ellos—consideraba a Alvaro como el más digno candidato para representar en los planetas a los sabios lusitanos, y el más apto, por su híbrida nacionalidad, para que allá se percataran de la estrecha hermandad que aquí trababa a los sobrinos del Tío Sam y los nietos de Viriato, y agregaba que sería *lamentable*, así, bien recalado, que aquella iniciativa yanqui fuera desairada en Lisboa.

No ignoraba Fairelo que no faltaban entre sus compatriotas quienes miraran, no



como hermana, sino como madrastra, a la gran república autocrática (que en esto habían convertido los plutócratas de Wall Street y la Quinta Avenida la democracia de Lincoln y de Franklin); pero también sabía que, madrastra o hermana, era en Lisboa obedecida cual en siglos pasados lo había sido la tutora, también sajona, de la orilla del Támesis.

No le ocurrió relacionar la dependencia secular de su país, por arrimarse a poderosos, con su personal situación, respecto a Sara, con la cual tenía grandes analogías, pues le cegaba la afición a su esposa, y porque ni sospecha tuvo de que en la valija diplomática del mismo transatmosférico en que hacía él su viaje, iba un oficio reservado ordenando al Residente en Lisboa que, aun atendiendo la recomendación de la carta que le entregaría Mr. Fairelo, era preciso le suscitara, no verdaderos, pero sí dilatorios obstáculos, que en Portugal lo detuvieran hasta que Washington telegraficara: "Hágase nombramiento".

Así, lo que Alvaro esperaba fuera rápida estancia, de diez a doce días, convirtiéndose en pesada peregrinación de universidad en universidad, y de ateneo en academia: de Évora a Lisboa; ya en Oporto, ya en Beira o en Coimbra, captando voluntades y removiendo obstáculos, de los que se quejaba a Sara, al hablarla a diario por telefonía sin hilos.

Mostrábase ella asombradísima, en los trasoceánicos paliques, de aquellas inesperadas dificultades; aconsejábale paciencia, pues todo sería hijo de la clásica indolencia latina; y aun lamentando su amante corazón la ausencia del adorado esposo, encarecíale no hiciera el disparate de volverse sin el nombramiento, pues fiarse en promesas sería prepararse un desengaño.

A los dos días de hallarse el capitán Fairelo en Lisboa, le comunicó su esposa y comandante que la designación de ella para científico representante de Yankilandia había sido votada casi por unanimidad, animándole a activar sus gestiones para obtener el mismo resultado; y agregó que, aburriéndose horribilmente sola, y teniendo grandísima curiosidad de ver lo que pudiera de los progresos del autoplanetoide, e interés no menor de enterarse, en lo posible, de algunos particulares de su construcción, trotábale en la cabeza la idea de trasladarse a Mendoza, donde a la par que entretuviera la impaciencia que la atormentaría hasta el regreso de él, podría comprobar el fundamento de unas cuantas ideas, en las cuales creía estaba el secreto

de la propulsión del orbimotor. Pero para evitar, mientras llegara él, los posibles peligros de otra hazaña como la de Challao, haría el viaje disfrazada y viviría allí de riguroso incógnito.

No consta si al marido, no consultado, sino meramente notificado de tal resolución, le pareció discreta o no; no consta ni interesa, pues ya se ha dicho que en el matrimonio Sam Bull-Fairelo decidía y mandaba la señora.

Viéneseme a los puntos de la pluma narración del *histórico proceso* y las *tradicionales causas* que, unidas a más modernas fuerzas, habían hecho necesidad fatal, en dicho matrimonio, la preeminencia de ella, ejercitada, justo es reconocerlo, suave, hábil y hasta mimosamente, sin hacerla pesada a su marido, quien no diremos que en absoluto la ignorara ni dejara de sentirla, mas sí que, al no oprimirla la cadena, no pensaba en sacudirla. Pero como ahora solicitan nuestra atención importantes hechos, vamos a ellos, dejando lo otro para ocasión más oportuna.

Un jueves recibió Ketty, en Harlem, un telegrama para Mr. Chess, que decía: "Reservado pasaje en trasatmosférico para miércoles próximo", lo que, según convenio previo entre Sara y Fouciño, o sea Dick Shatt, quería decir: "Estoy admitido en Paramillo, donde entraré el miércoles venidero".

El telegrama llegó a las diez de la mañana. Una hora después celebraba Sara su diaria conferencia telefotrasatlántica con Alvaro, comunicándole su inmediata salida para Mendoza; y teniéndolo todo de antemano dispuesto para el viaje, en espera del aviso de Dick, el viernes lo emprendía por vía aérea.

Llegó a Mendoza, en su aeroyacht propio, disfrazada de hombre, sin otra compañía que la de su doncella Ketty y la de unas cuantas cajas con varios aparatos, cuya utilidad iremos viendo progresivamente. Habíala precedido un fonograma dirigido al mulato ordenándole tomara habitaciones para Mister Chess y su esposa en el Hotel Juanita—el de cuarto orden antes indicado—, donde él aguardaría a los viajeros de diez a once de la noche.

Como en aquel modesto hotel no solían hospedarse propietarios de aeroplanos no tenía azotea de aterrizaje, por lo cual hubo Sara de desembarcar en uno de los aterrizadores municipales, junto a cuyas plataformas estaban las *pajareras*: pintoresco nombre, en lenguaje popular, de los garages aéreos, donde por un tanto diario se custodia-



ban los aviones particulares mientras sus dueños no los utilizaban. Allí quedó, a disposición de Sara, el pájaro que de New York la había traído.

Dos autos de alquiler, uno para ella, perfectamente caracterizada de ganadero australiano, y para Ketty, y otro para el voluminoso equipaje, condujo viajeras e impedimentos al Hotel Juanita, en donde aguardaba Dick Shaft, que no conoció a Mister Chess hasta que éste se le descubrió en un aparte; sin lo cual jamás habría sospechado que aquel exótico personaje fuera la hermosísima mujer de él conocida.

Cuando ésta y Ketty estuvieron instaladas y Dick fué a hablar, impúsole silencio el fingido australiano con una expresiva mirada.

—No, hoy no quiero hablar de nada; estoy cansadísimo. Mañana agúardeme a las

ocho de la mañana en el aterrizador municipal del Nordeste.

Salió Dick, quitóse Mister Chess una peluca que servía en una pieza de cabellera, barba y bigote, todo negro, bajo la cual estaban recogidos los incomparables cabellos rubios fuego de la hermosísima americana, que al sentirlos caer, ondulantes y libres, en torno del esbelto cuerpo, sobre el cual resbalaban, dió un suspiro de satisfacción, exclamando:

—¡Uf, qué calor da esto!

Y pensó para sí, al verse en un espejo: ¡qué soberanamente bella soy!...

Poco después dormía y soñaba... ¿Con su Alvaro?... No, con María Pepa y el orbimotor; con las cápsulas que le había hecho conocer aquel pobre Krenk, que quiso jugar con el rayo sin saber manejarlo.

## XXV

### MISTER CHESSE TIENDE SUS REDES Y SE COMPRA UNAS ALAS DE MILANO

A la mañana siguiente, después de una hora de vuelo, llegaban Mister Chess y Dick a un chalet, días antes alquilado por éste en la aldea Vacas Nuevas, a medio kilómetro del lugarejo y asentado en lo alto de una loma que a 23 kilómetros del astillero de Paramillo atalayaba éste y la enorme y refulgente esfera cristalina del novimundo en construcción. Una vez dentro, y sin echar sino una mirada indiferente al modesto moblaje, se sentó Sara, y reanudó la conversación comenzada durante la breve excursión aérea, diciendo a Dick, que respetuoso la escuchaba en pie:

—¿De modo que en cuanto entre usted allá no hay medio de comunicarnos directamente?

—Ninguno.

—¿Ni siquiera por radiotelegrafía? Yo podría montar aquí una antena espiral, afinada con otra idéntica, que, a hora convenida de la noche, colgara usted al exterior de la ventana de su cuarto... (1)

(1) Del mismo modo que cuando en un almacén de pianos se hiere una tecla de uno, hace el sonido de la cuerda vibrar en todos los demás la que en ellos corresponde a la nota dada en el primero, o sea la que produce igual número de vibraciones por segundo; del propio modo que todas las primas de los colgados violines de una orquesta en silencio cantan en cuanto cerca de ellos canta la prima de otro violín, así la vibra-

—No, señora. Cuando usted me escribió sobre ese asunto hablé de él al electricista que usted sabe, y me dijo que para producir la descarga oscilante transmisora habría que tomar la corriente de los conductores de la calefacción de mi alojamiento, por imposibilidad de montar clandestinamente máquina ninguna, y que la derivación sería en seguida descubierta por el chasquido de las chispas cantantes del transmisor en el silencio de la noche.

—Es cierto. ¡Qué contrariedad!... Y no es por la dificultad de hoy por lo que más siento no haber traído sino excitadores de chispas. Lo que me preocupa más es lo otro...

—¿Lo otro?...

—No, nada; no hace ahora al caso... Entonces, no pudiendo tampoco recurrir a la telegrafía óptica, por demasiado escandalosa, habrá que contentarse, en este siglo de comunicaciones ultrarrápidas, con tardar varias horas en enterarnos de lo que ten-

ción eléctrica del transmisor de una estación de telegrafía sin hilos sacude el éter del espacio de modo que, a la vibración, responden los receptores de todas las estaciones afinadas para oscilar con aquella frecuencia; esta afinación llámase *sintonización*, en radiotelegrafía.

Si en un piano o un violín se da una nota, *mi*, por ejemplo, de una octava, ni el *do*, ni el *re*, etcétera, de dicha escala, ni ninguna otra nota



gamos que decirnos, empleando a ese electricista por intermediario... Siempre que él pueda sin despertar sospechas...

—Sí señora. En electricidad ordinaria no guardan la reserva que en electricidad rariante y con las cápsulas, y los obreros bajan todas las tardes, en las vagonetas, a dormir a Mendoza, subiendo, de mañana, a la hora del trabajo.

—Gracias que aun queda ese resquicio. Pero como no quiero que lo vean aquí, yo bajaré a Mendoza en el avión, aterrizando en el hipódromo, donde él me esperará, todas las noches a las once, junto al despacho de billetes. Pero cuidado que para él ni soy, ni he de ser nunca, sino el excéntrico australiano, cuyo único interés en este asunto es ganar una apuesta. ¿Es hombre de confianza?...

—En dándole cuanto le pida la mujer por quien está loco, que no tiene para un bocado con los ocho pesos de jornal que él gana en Paramillo, y a todas horas le amenaza con largarse con quien no sea un pobreton...

—Se le dará cuanto ella pida. Y si usted la conoce, procure pida largo en estos días.

—Sabrá que ocasión como ésta no la pesca en su vida.

Como se ve, la Sam-Bull era maestra, honrando su ascendencia, en el arte de aprovechar apetitos, debilidades y rencores humanos, haciendo a otros trabajar, arriesgar-se y luchar por cuenta de ella.

de escalas más altas ni más bajas, son por ella influidas. Si una estación lanza un telegrama transmitido con una onda eléctrica de 20.000 vibraciones por segundo, no será recibido en estaciones cuyos receptores sean capaces de vibrar con frecuencia de 8.000, 9.000, 100.000 ó 500.000 veces en igual tiempo; pero de poder vibrar a 20.000, capturarán el mensaje, que por los aires, o mejor dicho, por el éter, vuela.

Pero como la diversidad de vibraciones de las notas, más baja y más aguda, de la gama musical, queda comprendida entre 32 ondulaciones para la primera y 16.256 para la segunda, mientras que los extremos de la vibración telegráfica oscilan, en números redondos, entre 50.000 —mínima Marconi— y centenares de millares de sacudidas al segundo—ondas Feddersen—, y más a veces, resulta de ello que la sintonización telegráfica es cosa mucho más complicada e insegura que la afinación musical.

El sentido vulgar, que quien no esté versado en estos asuntos debe atribuir a lo que se ha llamado frecuencia de vibración, es que, en un segundo, va y viene la electricidad de la descarga o chispa eléctrica en opuestos sentidos, desde uno a otro de los puntos, entre los cuales salta el número de veces que la frecuencia marca. Y si se sale de los actuales límites de la radiotelegrafía a los de la ondulación eléctrica en general, se alcanzan movimientos de electrones y sacudidas de éter con rapidez que llegan a 50 millones el segundo—ondas Rightl.

—En cuanto usted esté encerrado allá arriba me escribirá a diario, informándome detalladamente de régimen y horas de trabajo, organización de talleres, medios que puedan ocurrírsele de entrar allí a escondidas, peligros del intento y precauciones precisas para realizarlo... ¿Sabe portugués ese electricista

—No.

—Entonces escribame en portugués. Diamante dejará usted su carta en sitio convenido con ese hombre, que a la noche me la entregará, y a la mañana depositará, en el mismo escondrijo, mis instrucciones y preguntas. Pero, cuidado, que en cuanto esté usted allí, ni por casualidad han de hablar uno con otro, ni siquiera saludarse. Si algo necesitan comunicarse háganlo por escrito, dejando sus notas en el lugar convenido.

—Naturalmente.

—Pase lo que pase.

—No tenga usted cuidado. Además, a las horas que él ha de estar allí no me verá sino con mi traje y mi casco de malla de plomo anticinetórico, con el que todos los obreros somos iguales...

—¿Iguales?—dijo Sara vivamente, sintiendo fulgurar una idea en su cerebro.

—Completamente iguales.

—¿Y la estatura?

—Esa es la única diferencia; pero las gordísimas suelas de los zapatos, y sobre todo, el casco, holgado y alto, disminuyen las diferencias; de modo que...

—¿No tienen los cascos agujeros acristalados frente a los ojos?—preguntó Sara con gran interés.

—No; tienen una ventana oval cerrada, con cristal grueso y bastante ancha; porque como los ojos quedan muy retrasados de ella, de no ser así, no podría el obrero ver sino de frente, pero no hacia arriba ni hacia abajo.

—Ya... ¿Y se ven bien unos a otros?... ¿Se conocen?...

—Por los tarjetones que cada uno lleva en pecho y espalda.

—¿Un tarjetón! ¿Para qué?...

—Porque entre la obscuridad interior del casco, que convierte el cristal en un espejo, y el reflejo de la luz en la exterior convexidad bombeada de él resulta que, deslumbrado quien lo mira, no ve las caras de los obreros con detalles, sino como manchas claras... Es decir, clara la del que la tiene blanca, porque la mía, mulata, ha de verse muy poco.

—Y la gorguera del casco ¿es ceñida u holgada?...



—No me he fijado en ello.

—Pues fíjese; mida la anchura del hueco para el cuello y comuníquemelo por el electricista. Además, procure elegir para usted uno de los más bajos, de modo que su parte alta le toque en la cabeza o poco menos.

Y obedeciendo a un cambio rápido de ideas, dijo de pronto:

—Venga usted acá.

—¿Adónde?...

—Aquí—agregó Sara cogiendo de un brazo a Dick, llevándolo frente a un espejo y comparando sus respectivas estaturas...

—Como está usted tan flaco, lo creía más alto que un señor Fonciño, a quien yo conocí y que pesaba 1.400 dólares menos, digo, 28 kilos más que usted; pero ahora veo que entre las estaturas de uno y otro no hay diferencia alguna y apenas un centímetro entre las de ellos y la mía. Verdad que yo paso por alta en mi país, en donde abundan las buenas mozas.

Y muy alegre, como quien vió resuelto de improviso un difícil problema, continuó:

—No se preocupe usted con medidas de traje ni de casco; tome los que mejor le vengan.

—¿Pero entonces?... ¿Es que...? No puede ser...

—No quiera adivinar lo que yo misma ignoro todavía... Lo que ahora me urge más es recibir un plano del edificio donde a usted lo alojen, puntualizando bien las habitaciones que en él ocupe, y, sobre todo, otro, detalladísimo, de los talleres, con indicaciones manuscritas del departamento donde lo destinen y sitio en que ordinariamente trabaje.

A la entrada, a la salida, mientras trabaje, puede, sin que nadie se entere, tomar, a pasos, medidas que luego en casa le permitan dibujar el plano, o, mejor dicho, el croquis, pues con esto basta.

—Descuide; la cosa no puede ser más fácil.

—El plano lo necesito a los tres días de estar usted en Paramillo.

—Tendrá usted el del astillero entero.

—Ese lo tomaré fotográficamente desde mi avión. Únicamente necesito que en un ejemplar de él, que enviaré por el electricista, anote usted los nombres de los diversos edificios, devolviéndomelo luego. Y como no puedo dar más instrucciones mientras no tenga puntuales noticias de las costumbres de allá arriba, lo que más me interesa por ahora es saber si se ha estudiado usted las notas que exprofeso redacté y en-

vié a Mattogrosso pensando en las funciones que va a desempeñar en Paramillo.

—Ya dije a usted que en la mina *Eloisa* tenía yo reputación de práctico en manipulaciones radioactivas; ahora, mi odio a *esa mujer* me ha hecho estudiar, sin levantar cabeza treinta días; tanto, que estoy seguro que sólo cuatro o cinco de los 28 kilos que he perdido se los habrá llevado el régimen por usted prescrito, y los demás, el estudio y las noches en vela.

—Con verlo basta; a verlo vamos.

Y comenzó un examen, que no obstante la mala impresión que a Sara producía la grosera figura, la frente deprimida y el repulsivo y poco inteligente aspecto del examinando, no dejó descontenta a la examinadora.

A la tarde fué Dick a Mendoza a recoger los equipajes y a Kitty, y aquella misma noche quedaron definitivamente instalados Mister Chess y su esposa en Aldea Vacas.

\* \* \*

El prefijado miércoles entraba Dick en Paramillo. El jueves, cuando al trabajo iba, paróse a contemplar durante un rato, cierto aeroplano de él muy conocido, que después de cernerse sobre los astilleros se alejaba y desaparecía entre las nubes con raudó vuelo planeado. La madrugada del domingo le halló atareadísimo sobre un plano, trazado en arrollable papel tela, como de veinte centímetros en cuadro, sobre el cual escribía unos letreros que cuidadosamente examinaba Mister Chess, en su chalet de Aldea Vacas, en la noche del siguiente martes, mientras que el electricista, que de ofdas conocemos, corría en Mendoza, con su amiga y otras cuatro amigas, acompañadas de otros tantos amigos, la más rumbosa *juerga* de su *juerguista* vida, donde corrió el *champagne* como jamás lo habían visto correr aquellas gentes.

Durante la primera semana que pasó Dick en Paramillo no salió Sara, o, mejor dicho, Mister Chess de su chalet sino de noche para ir al hipódromo a echar sus cartas al correo que había improvisado y a recibir las que éste le traía.

El electricista que Dick había encontrado desempeñaba, además de este postal servicio, otros, siendo los más salientes proporcionar a Sara, cada día más aficionada a estudios topográficos, un plano de Noviópolis (1), otros más detallados del interior

(1) Tal nombre recibió la población edificada en el interior del autoplanetoide.



de la Comandancia y del pabellón reservado para el comisionado yanqui, el cual era considerado por aquélla como su venidero alojamiento durante el viaje planetario, puesto que en el bolsillo tenía ya su nombramiento para la honrosa comisión. Además de todo esto realizaba el obrero, con arreglo a instrucciones escritas que en el hipódromo le diera Mister Chess, variadas manipulaciones de clandestinos montajes eléctricos en el citado pabellón y en otros lugares del autoplanetoide, cuya finalidad es un secreto que no podremos penetrar hasta que se conviertan en hechos los misteriosos proyectos a que se destinaba tal labor.

Todas estas cosas hizo el electricista por Mister Chess. Bueno, por el dinero, que no regateaba el generoso australiano; con lo cual quedaron contentísimos el australiano, el electricista y, todavía más, la amiga del electricista.

Debajo de la peluca y dentro de los calzones que Mister Chess se ponía al saltar de la cama, sin despojarse del disfraz hasta meterse por la noche en ella, dedicó Sara aquella semana a estudiarse a conciencia los planos, completando su estudio con la frecuente contemplación de los edificios de Paramillo, realizada con un soberbio anteojito instalado en el interior del despacho, frente a una ventana. Además, se aprendió de memoria las noticias que sobre régimen de talleres y marcha de los trabajos le comunicaba Dick a diario.

Al acabar una tarde la lectura de la última carta de éste se dijo que, conociendo ya Paramillo cual si su propia casa fuera, había llegado la hora de poner por obra el proyecto que hacía tiempo la tenía preocupada; pues aunque lo comunicado por su agente la hacía ya vislumbrar los esenciales fundamentos del secreto del autoestelar, ni ella se contentaba con vislumbres ni el mulato podía averiguar ya más de lo averiguado, que en verdad no era poco para hombre de su clase.

La empresa a que esta vez iba a lanzarse la sajona, no utilizando maniqués ni hurtando el cuerpo, sino arrojándose personalmente a temerarias aventuras, era de lo más arduo que proyectar pudiera una mente traviesa y lo más temerario que un corazón osado se atreviera a afrontar. No es, pues, extraño que vacilara unos momentos, hasta que resolviéndose de pronto, tomó pluma y papel, escribió una carta, y levantándose cuando la hubo cerrado, exclamó en alta voz:

—Caro le va a costar a mi bolsillo, y tal vez más a mi pellejo; pero no tengo otro ca-

mino: hay que jugarse el todo por el todo... Y, si me mato en la aventura, ya no me preocuparán las preguntas de Alvaro. Pero si de ella salgo bien, ¿cómo explicarle la desaparición del aeroplano?... Debo conservarlo... Además, con él tendría cien probabilidades de estrellarme contra una de salir bien, porque para este empeño necesito otra cosa: un dirigible pequeño y ágil, un zepelincillo de regatas de poca eslora y motor poderoso, que vire en corto espacio y me permita aguantarme quieta contra el viento, si lo hace. Eso es, eso es; así reduzco el riesgo a jugarme la vida a cara o cruz, probabilidad contra probabilidad, pero no ciento contra una.

Cuando aquella noche subió al avión para dirigirse al hipódromo previno a Ketty que como acaso no volviera en semanas, debía en Aldea Vacas aguardar su retorno; y que si los vaqueños preguntaran por Mister Chess les dijera que había ido a negocios a Lima, a Bogotá o... al Congo.

Llegada al hipódromo, entregó al electricista la carta escrita para Dick aquella tarde advirtiéndole que durante unos días quedaban suspendidas las citas, cuya reanudación le sería avisada en nota que hallaría en el escondrijo de costumbre. Y al ver que el hombre, no habituado a marcharse con las manos vacías, torció el gesto al pensamiento de que la breva se acababa, le dió un billete de banco, diciéndole:

—Esto para que la impaciencia de verme no le haga a usted olvidar la discreción. Y esto otro—y le enseñó un revólver—le alcanzará si habla, escóndase donde se esconda y vaya donde vaya.

.....

Aquella noche durmió Mister Chess en el Hotel Juanita. A las ocho de la siguiente mañana estaba en pie, y pocos minutos más tarde se apeaba de un automóvil de alquiler a la puerta de los soberbios talleres de la Hispano-Plateña de Aeronavegación, donde un grosero conserje, mal impresionado por aquel gabanote que bajaba de un auto-alquilón, cerró el paso a quien creyó un pobrete con un “qué se le ofrece” que parecía un bufido; en seguida trocado en reverencias, en “dispense, señor”, “pase, pase en seguida”, al oír esta breve respuesta: “Comprar al contado un dirigible”.

Sólo había listos para venta tres o cuatro, grandes o medianos, de los cuales requería el que menos cuatro tripulantes.

—No es eso: quiero un aereosquife de regatas no mayor de seis metros, pero de motor ultrapotente.



—Tenemos dos en construcción.

—¿Cuándo estará listo el más adelantado?

—Dentro de una semana.

—Es mucho. Lo necesito hoy... A más tardar, mañana...

—Imposible.

Dió Mister Chess una patada de impaciencia, y no resignándose a desistir de su empeño, replicó:

—Pero Mendoza es un centro de deportes aéreos, de *matches* atmosféricos, donde seguramente podrá encontrarse lo que pido.

—Sí, señor; aun cuando muchos aparatos de los que aquí regatean vienen desde muy lejos, hay en Mendoza seis o siete como el que usted desea.

—Entonces, como no necesito mas que uno...

—Pero son de propiedad particular; no están de venta.

Todo se vende; la cuestión es el precio... Necesito para esta tarde un dirigible, cuanto más pequeño mejor, para una sola plaza y capaz de luchar contra un viento de 1.200 metros por minuto. Búsquenlo en la ciudad. Diríjase ahora mismo, por teléfono, a sus clientes; no regateen; y por sus molestias de una mañana ofrezco a ustedes cinco por ciento de corretaje.

—¡Ah! Si habla usted así podría ser... Pero el cinco es poco.

—¿Poco sobre el precio que ustedes me pondrán, subiendo a su placer el que les cueste?... Bueno; pongan el diez. En cuanto lo tengan parlofónéenme al Hotel Juanita.

—¡Al Hotel Juanita!—contestó el interlocutor de Mister Chess, dejando entrever su asombro por la modestia del alojamiento.

—Sí, calle 35—contestó el comprador. Y dándose cuenta de la sospecha de los de la Hispano-Platense, sacó una cartera rebosante en billetes, y poniendo cinco sobre la mesa, agregó: He aquí diez *cóndores* de señal.

El cóndor, moneda argentina imaginaria, junto a la cual parecía miserable la orgullosa libra esterlina, equivalía a 2.500 pesetas. Cinco mil duros importaba la señal.

—¿A qué hora hará hoy más viento?—preguntó Mister Chess, que en las miradas dirigidas a su cartera conoció que podía contar con el zeppelin—. Deseo probarlo con viento fuerte.

—De tres y media a cinco de la tarde.

—Entonces, cuando tengan el dirigible, avisenme al Juanita—dijo Mister Chess recalcando el Juanita con sorna.

—No es necesario, caballero. Sin aviso, puede usted, desde luego, venir. A esa hora estará el aparato a su disposición.

—Ya ven ustedes como todo se vende.

—El precio no podremos fijarlo hasta entonces... Pero en tales condiciones de premura tendrá que ser un poco caro...

—¡Un poco! No tendré esa suerte; pero ya lo sabía. Hasta las tres y media. ¡Ah! Lo probaré yo mismo, que de eso entiendo más que ustedes.

Y dando media vuelta, fué Mister Chess, dejando a aquellos señores un poquito ofendidos, pero muy satisfechos con el negocio que tan de mañana se les había colado por las puertas.

A las tres y cuarto pasaba y repasaba el falso australiano por delante de proa, popa y flancos del diminuto dirigible, anclado en la explanada de maniobras de la Hispano-Platense. Era un verdadero *milano de carrera*, como decían los vendedores, cuyas esbeltas líneas agradaron al comprador, que, antes de subir al sillón, pendiente de la parte central, dijo:

—Por si se me antojare marcharme sin bajar, aquí tienen ustedes el precio.

Y contó uno por uno 137 cóndores—192.500 pesetas—, en los cuales trece eran ganancia de los intermediarios, que en cuanto vieron, a los pocos minutos, maniobrar al aeronauta, conocieron no haberlos engañado al ponderar su competencia, pues apenas remontado, dejándose arrastrar en el ascenso por la fuerza del brisote duro, mientras desarrollaba fuerza el motor, dió con hábil virada cara al viento, para marchar contra él a moderada marcha, regulada de modo que la aeronave no sufriera excesivas presiones. Cuando tal marcha le llevó nuevamente sobre el lugar ocupado por los mirones de la explanada, detuvo el zeppelin, realizando con pericia notable la difícil hazaña de mantenerse cerca de un minuto casi inmóvil en lo alto de los aires proa al viento, equilibrando con el impulso del motor el empuje de aquél. Aun no contento con lo hecho, realizó Mister Chess el nuevo alarde, la proeza todavía más extraordinaria de ascender verticalmente, como el humo en un día de calma, y descender después en igual forma, como si el aparato fuera una bala de plomo, hasta llegar al propio sitio de donde había partido.

Lo que en aquellos siete u ocho minutos había hecho, cual si para él y el dirigible no soplara el viento, no eran capaces de realizarlo sino uno, entre mil pilotos aéreos.

El alto personal de la Compañía de Aeronavegación, los obreros de los talleres y unos cuantos inteligentes admiradores no pudieron contener su entusiasmo, que estalló en aplausos nutridos y resonantes vítores al saltar a tierra el comprador.



—¡Qué verdad es—dijo un motorista—que bajo una mala capa está a veces el mejor bebedor!...

Lo de la mala capa lo decía por lo estambótico de la facha y el atavío del fingido australiano, sin sospechar que bajo las guedejas y las barbas del pelucón se ocultaba un hermoso rostro de mujer, y que en el gabanote se envolvía el cuerpo de la más gentil aviadora de la Aéreo-Armada del Aguila Bifronte.

—Caro lo pago; mas reconozco que el aparato es fino y manejable como una pluma, y el motor, de primera—dijo muy satisfecha Sara al tomar tierra.

—Estábamos seguros de dejar a usted satisfecho; pero creíamos—agregó el jefe de la casa—que pensaba marcharse sin bajar; ¡como pagó al subir!...

Y enrojeció ligeramente.

—Yo, no; eran ustedes quienes lo pensaban. Partiré para Quito, donde debo llegar en fecha y hora fijas, de una a dos de esta noche. Dispongan que a esa hora me aguarde el personal necesario para la maniobra de salida. Y ahí queda eso para gratificarlo.

Al decir esto echó en la mesa unas monedas de oro y se salió a la calle.

## XXVI

### DIME CON QUIEN ANDAS Y DIRE COMO ACABAS

A la prefijada hora de la noche, y seguido de un mozo portador de un paquete cilíndrico, que en la obscuridad no se distinguía bien qué fuera, entraba Mister Chess en el hangar, extrañando a quienes lo aguardaban que haciendo mucho más frío que por la tarde, no viniera abrigado, como antes, con aquel típico balandrán de amplios falzones, sino a cuerpo. La razón era que aquella noche no quería Sara estorbos en las piernas.

Como quien tenía prisa de partir, saltó a la butaca y apoyó los pies en los pedales del timón, que hizo jugar a un lado y a otro; maniobró la palanca de la válvula del escape de gas, soltándola al oír el silbido que revelaba normalidad de funcionamiento; se cercioró del buen estado del botón que a cada empuje soltaba dos kilogramos de arena del cajón del lastre, y palpó la manivela de enlace de la hélice al motor y la reguladora de las velocidades. Extendió después hacia delante los brazos, cerciorándose de que tenía al alcance de las manos un fuerte travesaño horizontal de hierro, situado, a la altura del pecho, entre las varillas verticales del armazón que unía la cámara de hidrógeno a la butaca, al timón y al motor, y de la cual pendían dichos artefactos.

Seguidamente pidió al mozo que la había acompañado el llo cilíndrico, de cuyos extremos y centro colgaban tres alambres fuertes, mas no gruesos, rematados en robustos garfios, por los cuales enganchó el envoltorio al mencionado travesaño, cerrando por completo las bocas de los ganchos con unos alicates. Ensayó si funcionaba bien

el nudo corredizo de una cuerda arrollada a dicho paquete, e hizo que dos hombres se colgaran de otra, de él pendiente, para asegurarse de la resistencia de los alambres y los ganchos: operación que puso en gran curiosidad a los obreros.

Una vez terminados los anteriores y cuidadosos preparativos, se ciñó el cinturón de seguridad de sujeción a la butaca, y preguntó con voz que, sin temblar, vibraba de emoción:

—¿Preparados?

—Sí, señor.

Embragando el motor en la hélice, apoyó los dos pies con igual fuerza en los pedales del timón, y gritó:

—¡Ya estoy lista; largad!...

Esta fué la única vez que en todo el tiempo que vivió bajo la peluca del australiano se olvidó Sara de que era Mister Chess.

¿Lo advirtieron los obreros?... No se sabe. Tan de prisa subía el aerodesquife, que Mademoiselle Tellis, por irse en pos de él, naturalmente en pensamiento, no se cuidó ya más de los que allá quedaban.

Al sentir el impulso de la arrancada, pensó Sara:

—¡Pobre Alvaro!... Qué ajeno está de que tal vez dentro de una hora... La verdad es que podía haberseme ocurrido hacer testamento... ¡Bah!... Para comer no ha de faltarle con su carrera...

¿Filosofamos un poco sobre el extraño temple y el extraño cariño de esta extraña mujer? Esta es pregunta del autor.

—Déjese usted de filosofías, que la yanqui se escapa muy de prisa, y si nos des-



cuidamos no podremos alcanzarla. ¡Hase visto majadero!... ¡Pues vaya una ocasión que elige para filosofías!...

—Nada, señores, no se alboroten; no era sino pregunta; y puesto que no quieren, no filosofaremos.

\* \* \*

Tan pronto la aeronave se elevó sobre el nimbo luminoso que, encima de Mendoza, producía el resplandor del alumbrado público, regocijóse Sara de encontrarse sumida en una obscuridad tan negra como boca de lobo, o como ala de cuervo, pues cuanto más densas fueran las tinieblas, menos dificultades hallaría en su azarosa empresa.

Tal era la negrura donde bogaba el dirigible que, a no servir de guías y referencias las luces de tres o cuatro pueblachos, escalonados en la ladera de los Andes, entre Mendoza y Paramillo, no habría podido, la piloto, dirigirlo. Más tarde, cuando ya estuvo cercana al astillero, la guiaron los resplandecientes acristalados ventanales de su central eléctrica, en plena actividad a todas horas.

Unos cuantos acumuladores habrían bastado para el alumbrado interior de las viviendas, de aquella vastísima factoría industrial, y para el escasísimo que al aire libre era allí mantenido, por no trabajar ni circular la gente sino de día, pues lo glacial de las noches en aquellas alturas retraía a todos de salir a la calle durante ellas. Pero como esta misma causa obligaba a mantener a todas horas fortísima calefacción, que en los edificios contrarrestara las bajísimas temperaturas invernales (1) de Paramillo, situado en la región de las nieves perpetuas; de aquí que la central no interrumpiera su labor a ninguna hora.

Harto notaba Sara, por el frío, la altura; y aunque para ella fuera—en cuanto causa de la absoluta soledad de las explanadas, muelles y plazoletas del astillero—aliado tan estimable como la misma obscuridad, ya comenzaba a preocuparla vivamente, pues, conforme ascendía, a la par que avanzaba hacia Paramillo, y aun yendo, como iba, bien provista de interior abrigo, la falta de un capuchón de pieles o de un pasamontañas, hacía dar diente con diente, al extremo de alarmarla; más que por el sufrimiento físico, que no era leve, por el recelo de que pies y manos se le entu-

mecieran hasta imposibilitarla de regir su dirigible, acabando en total congelación. Con tanto más motivo cuanto que hasta entonces había avanzado a favor del viento; pero cuando llegara a rebasar el astillero, habría de virar en redondo y darle cara, lo cual acentuaría de un modo peligroso la impresión y el efecto de la espantosa temperatura que la atormentaba.

Tal crecieron sus temores de que acabara aquello en muerte, y no venida por los riesgos, contra los que se había prevenido, que a punto estuvo de volverse a Mendoza a pertrecharse de abrigo conveniente, de un potente calorífero eléctrico, y de una botella de coñac o brandy para luchar con aquel terrible frío. Todo ello era retrasar la ejecución de sus proyectos los dos o tres días necesarios para enviar nuevas instrucciones a Dick.

Convencida de ser esto lo mejor, ya echaba mano a la válvula de compresión del gas para iniciar el descenso, cuando, de pronto, recordó haber dicho la víspera al electricista que hasta la recepción de aviso de ella no volviera al hipódromo. Faltábale, por tanto, medio de comunicar órdenes a Dick para otra noche, porque ella ignoraba dónde vivía, en Mendoza, su emisario; y el descenso y la vuelta implicaban no aplazamiento de sus planes, sino renuncia a ellos.

—Eso no, eso no; adelante, adelante.—Y con nervioso impulso de la mano aceleró la marcha del motor. —Si a lo menos tuviera unos sorbos de brandy o whisky, ellos me prestarían energía y calor para los cinco o seis minutos que me faltan... ¡Brandy!... ¡Brandy!... ¡Qué no daría yo por unos cuantos sorbos!...

.....

Paramillo estaba ya muy cerca, pero Sara sentía que aún más cerca la rondaba la muerte, o cuando menos la privación de sensibilidad que a ella precede en quienes mueren por congelación. Las heladas y agudísimas agujas que antes clavaba el frío en todo su cuerpo, iban pinchando menos; de momento en momento sentía agarrotarse los músculos con dura rigidez; los labios no formulaban ya palabras, pero la mente repetía: ¡Brandy, Brandy!...

Galvanizada por el instinto de conservar la vida y por la temeraria decisión de dar cima a su empresa, hizo la voluntad de esfuerzo sobrehumano, y al espolazo de ella despertó en el cerebro esta pregunta:

—¿Será el motor de bencina o de alcohol?...

(1) Esto ocurría a finales de julio, corazón del invierno en la Argentina.



E inmediatamente el albor de una esperanza dió a Sara fuerza para bajar la mano izquierda, buscando bajo el brazo de la butaca de la arqueta los bidoncillos de reposito. Allí estaban. Destornilló la caperuza de uno, introdujo un dedo en el gollete, y llevándolo a la boca gritó: ¡Alcohol!... ¡Alcohol!...

Desnaturalizado, pero alcohol; es decir, vida y fuerza para llegar a Paramillo.

Bebió con ansia el infame brebaje, que, repugnando al paladar, abrasábale el pecho; con avidez tragó la lumbre de aquel alcohol fortísimo, que ansiosa apetecía por deshacerse entre su fuego la nieve que la helaba las entrañas, por ser calor que en sus venas fluía, fuerza vigorizante para sus ateridos miembros.

El astillero estaba allí, y era llegada la ocasión de ejecutar la aterradora maniobra proyectada, cuya parte menos peligrosa había ensayado cuando sobre los hangares de la Compañía Hispano-Platense se aguantó quieta contra el viento.

Al pasar sobre el astillero, miró hacia una plazoleta escondida detrás del pabellón donde se alojaban los obreros del taller de Dick. Volvió a mirar, y no vió nada.

—¿No estará ahí?... ¿Será que el entorpecimiento de los párpados no me deje a mí verlo?... Y bebí nuevamente un largo trago del ardiente veneno, porque el frío volvía otra vez a entumecerla.

—No; no está.

Comprimiendo el hidrógeno del aerostato, para disminuir la elevación del vuelo, tornó a pasar y repasar, cada vez a menor altura, hasta que a la tercera vió un punto brillante, producido por una linterna eléctrica de bolsillo, que se apagó en seguida. Era la señal convenida que de minuto en minuto hacía el mulato para indicar que estaba en el lugar fijado en sus instrucciones. Poco después la linterna emitió tres sucesivos y rápidos destellos: era el aviso de que entre la negrura de la noche había ya visto Dick la negrura, algo menos intensa, del dirigible.

—Ha llegado el momento—pensó Sara, dejándose arrastrar como medio kilómetro al impulso de lo que ya iba siendo vendaval para hacer luego la virada que, dando frente a éste, había de traerla de nuevo sobre la plazoleta donde su cómplice aguardaba. Pero la idea del frío horrible que iba a experimentar cuando el viento le azotara la cara, la aterró; y para hacerse superior al miedo, volvió a abrasarse con otro trago de alcohol: largo, muy largo; com-

placiéndose en el dolor de ardiente quemadura que en el pecho sentía.

Bien hizo; a no ser por tal brasa habría acabado de postrarla el trallazo de hielo que se enrolló a su cuerpo al afrontar el duro viento.

Forzó el motor; avanzó los brazos, teniendo la lazada corrediza del lio amarrado al travesaño; dió un tirón de la cuerda y aquél desenvolvióse en una escala de seda lastrada en el extremo, que al caer rápidamente quedó colgando y oscilante en los aires.

El dirigible avanzaba, descendiendo hacia Paramillo, con rumbo rectamente enfilado a la plazoleta, donde volvió a brillar la luz de la linterna. Sobre ésta se detuvo el aereosquite, aguantándose al paio contra el viento, como a cien metros de altura sobre el suelo. Desabrochóse Sara el cinturón de seguridad, que la sujetaba al sillón, y al fijar la palanca del motor en la muesca que aseguraba la permanencia de rapidez de rotación de la hélice, que entonces contrabalanceaba exactamente el empuje del viento, no pudo menos de pensar que de aumentar o disminuir éste de fuerza, y por poco que fuera, en los veinte segundos que ella necesitaba para la bajada, se estrecharía irremisiblemente.

Púsose en pie agarrada al travesaño con las manos, y al sentir, con terror, flaquearle las piernas, aferróse a la barra. Los oídos le zumbaban, perdía la cabeza, pero aún conservaba lucidez suficiente para comprender que helada por fuera y abrasada por dentro, estaba ebria; hallando en el espanto que esta idea la produjo la fortaleza necesaria para luchar unos segundos con aquella embriaguez.

Tiró de la cuerda de la válvula, consiguiendo descender verticalmente, hasta que el extremo de la escala, treinta metros más abajo, rastroó por el suelo; soltó la válvula y continuó el descenso, pero más lentamente.

Dick, al ver el extremo de la escala, lo sujetó, produciendo en el globo sacudida que, despertando en la mente de Sara el último destello de razón, la hizo darse cuenta de que su salvación dependía del esfuerzo de brevísimos segundos, encontrando en tal idea energías para poner el pie en la escala y bajar rápidamente... hasta que cuando le faltaban solamente tres o cuatro peldaños para llegar a tierra, perdió el conocimiento, aflojó las manos y soltó la escala, cayendo de espaldas sobre las de Dick que, inclinado, sujetaba el extremo de aquélla.



Ambos rodaron por el suelo, y el tirón del globo, aligerado del peso de Sara, obligó al mulato a soltar la escala, con lo que, dando aquél un brusco salto ascensional, se perdió en las nocturnas sombras de la altura.

Cuando el mulato se repuso del atontamiento del batacazo se levantó tentándose; y, ya seguro de no tener avería de importancia, se acercó a Sara, alarmándose al verla boca arriba e inmóvil y advertir que la frente y las mejillas, únicas partes de la cara no cubiertas por los pelos y las barbas de la peluca de mister Chess, que palparle pudo, no parecían carne humana, sino hielo.

—¿Estará helada?... ¿Se habrá desnucado?... ¿Por qué demonios no habrá bajado esta mujer en un paracaídas, con el que no corría peligro de estrellarse?... Sí, pero mañana lo habrían hallado aquí, y puede que tuvieran curiosidad de saber a quién había traído.

Intentó quitarle el guante de una mano, y siéndole imposible por tenerla agarrotada, remangó el puño de él buscando el pulso... No, no estaba muerta todavía; pero en aquellas venas ya no latía sino levísimo y decreciente hálito de vida.

—Vive aún, pero con este frío no tardará en morir como me descuide... Y viene sin abrigo—dijo, pensando que, a despecho de su capotón de pieles de oso andino, los 23 grados bajo cero de aquella crudísima noche le hacían a él castañetear los dientes. Y comprendiendo que no podía dejar pasar ni siquiera minutos sin substraer a la recién llegada a tal temperatura, se arrodilló, pasó los brazos por debajo del inerte cuerpo, enderezóse con un gran esfuerzo, y con otro aun mayor se puso en pie con ella a cuestas.

Gracias a las grandes fuerzas de Dick, a que sólo distaba veinte pasos de la puerta del pabellón que a la salida había cuidado de dejar entornada, y a que el corredor que conducía a su alojamiento no era largo, pudo llegar a éste con su carga, muy sigilosamente, para no despertar a los tres obreros que con él compartían el edificio.

En cuanto estuvo dentro tendió a Sara en el lecho, que acercó al radiador de la calefacción, abriendo su registro para que irradiara el máximo calor que podía emitir; la abrigó con mantas previamente calentadas arrollándolas al irradiador, y quitándose su enorme poncho de pieles, lo echó encima de ella. Hecho esto, dejóse caer, ren-

dido y resollante, en un sillón. Eran las tres de la madrugada.

Cuando recobró aliento se levantó, bebió un trago de ron, y tomando de nuevo el pulso a Sara, comenzó a tranquilizarse al ver que progresivamente crecía en intensidad y frecuencia. Además, ya esta vez pudo hacerlo con mayor comodidad, pues habiendo cedido la rigidez de los músculos, logró quitarle el guante de la mano, que le asombró por lo pequeña, blanca y suave.

La alta temperatura que junto al radiador y bajo el montón de ropas rodeaba el cuerpo de la enferma iba ya provocando, aun cuando lentamente, reacción, que se iniciaba con leves contracciones del semblante y penosos suspiros. Mas pareciéndole a Dick que tardaba demasiado, dióle la fatal ocurrencia de ayudarla con un chorro de ron, que le echó en la boca abierta.

La intención no era mala; el remedio, adecuado para casos normales; pero cayendo entonces sobre los copiosos tragos del alcohol del motor, que el miedo a parecer helada hizo beber a Sara, y entrando en cuerpo que era ya presa de la embriaguez, daba nuevo empuje a las fuerzas que determinaban la reacción, que podía resultar más peligrosa que el colapso.

Efectivamente, apenas ingerido el ron, se agitó Sara convulsivamente, rechazó la ropa que la sofocaba, e incorporándose con violencia en el lecho, abrió los ojos, en donde una mirada delirante pugnaba por rasgar opacidades de inconsciencia.

—Agua, agua. Me abraso—gritó con ronca voz desabrochándose de un tirón el chaleco y desgarrando el cuello de la camisa—. ¡Agua, agua!...

Pronunciando incoherentes desatinadas frases, se llevó las manos a la cabeza, que sentía estallar con horribles dolores, y queriendo arrancársela, se arrancó la peluca con los crispados dedos.

En lugar de la enmarañada pelambre de lanudos cabellos e incultas barbas de Mister Chess, vió de improviso Dick, quedando deslumbrado, el rostro hermosísimo de Sara, aureolado con los rubios reflejos de su opulenta cabellera.

Quedóse atónito el mulato, contemplándola extático, bebiendo ansioso, por los ojos, fulgores de belleza prodigiosa; y así siguió hasta que, pasados los primeros momentos de estupor, cerró y abrió los ojos, se pasó las manos por la frente y paseó en torno suyo recelosa mirada, que a poder verla, habría espantado a Sara.

Esta, con los ojos abiertos y vidriosos, seguía disparatando; él la miraba asusta-



do, pensando que aquello debía ser el delirio de un ataque cerebral. Mas poco a poco fué cediendo la excitación de la embriaguez, se entornaron los párpados, cedió el cuerpo, y al caer en la almohada, la cabeza hacia atrás, quedó la cara entre madejas de oro.

Presa a la vez de admiración y espanto, pues temía que Sara hubiera muerto, acercó Dick su arrugada tez al blanquísimo rostro de ella, y envolviéndole entonces su aliento, envenenado por el alcohol, le pareció la tufarada demasiado fuerte para tener por sola causa aquel chorro de ron con que él había acabado de sumirle en embriaguez parecida a la muerte, y exclamó:

—Lo que está esta mujer es borracha perdida.

Levantóle la cabeza, le alzó los brazos, y una y otros cayeron como plomo sobre el lecho.

—Tiene sueño para diez o doce horas. Y trabajo le mando a quien antes quisiera despertarla...

Quedóse Dick en pie embelesado ante la bellísima criatura, prisionera de aquel sopor terrible, y cuando a costa de improbos esfuerzos conseguía separar los ojos de ella, a ella tornaban inmediatamente.

—¡Qué hermosa!... ¡Qué hermosa!... ¡Qué hermosísima es!...

Y cuanto más lo repetía más se acentuaba el temblor epiléptico que sacudía el cuerpo del mulato.

Volvió a mirar con hosco y receloso ce-

ño en torno suyo; tuvo un último instante de vacilación, y al cabo, ocurrió allí algo horrible que Sara no pudo prever cuando trazó los criminales planes que a Paramillo la llevaban, y de los cuales resultaba ella primera víctima inconsciente; planes de los que al primer paso nacía ya un crimen, que aun oculto para ella entre las sombras del fatal letargo, manchábala con repugnante realidad.

.....

Entraban en la habitación los primeros destellos de la aurora cuando, turbado, febril, ahogándose en la estrechura de aquel recinto, echóse Dick encima el capote de pieles y salió ansioso de aire libre, sabiéndole a caricia en la ardorosa frente la helada brisa de la glacial mañana.

Al salir a la plazoleta tropezaron sus pies con un objeto, advirtiéndole, al bajarse, que era la correa y el estuche que en bandolera traía Sara, que al cargársela a cuestras el mulato se habían deshebillado.

—Si no llego a salir ahora, dentro de un rato se encontrarían esto aquí, y el hallazgo pondría a la maldita aragonesa sobre la pista de la que le vamos a armar—dijo Dick al recoger el estuche—. La verdad es que no ha tenido poca suerte Mistress Sara de haber caído en mis manos.

Y prorrumpió en soez risotada que, pretendiendo ser cínicamente alegre, le asustó, hasta cortarle la carcajada en seco; tal impresión le hizo el escucharla.

## XXVII

### LOS PERROS DE LA CAPITANA

A principios de agosto se comenzaron a instalar en torno del autoplanetoide las veinte escalas exteriores bajo las cuales habían de colocarse las cargas propulsoras; pero esta última operación se demoraba hasta los días inmediatamente anteriores a la partida.

En el interior avanzaba la edificación de la ciudad de Noviópolis, y se henchían de hidrógeno las amplias cámaras donde, en lo alto de la esfera interior, se almacenaba abundante provisión de dicho gas comprimido a diez atmósferas, que en el viaje había de utilizarse en importantísimas aplicaciones. Llenos estaban ya los tanques de NITRONAFTICOLODINA, destinada a los motores de explosión, que moverían las dinamos y los alternadores donde se engendraría la

electricidad que habría de proporcionar luz, calefacción, refrigeración y fuerza mecánica para todas las necesidades del novimundo y sus pobladores.

A la par que todo esto, avanzaba, también rápidamente, el montaje de máquinas y la instalación de laboratorios, central eléctrica, ascensores, escaleras, teléfonos y los extraordinarios *grafointerpretófonos* establecidos en el Casino Internacional y en todos los lugares de concurrencia de autoplanetianos nacidos en diversos países, que a falta de un idioma común en el aviplaneta, necesitaban medio que les permitiera comunicarse, aun cuando cuatro o cinco personas conversaran, empleando cada una su lengua nativa. Realmente eran, no uno, sino dos los aparatos: el *grafointerpretófono* y



el *fonointerpretófono*. Ya los veremos funcionar oportunamente.

La plaza central quedaba encuadrada por los edificios oficiales y lugares de general concurrencia; a espaldas de éstos, y separados por cuatro calles de diez metros de anchura, se alzaban, en pabellones independientes, los alojamientos de las comisiones científicas y de la oficialidad del orbimotor; es decir, los pilotos de derrota a las inmediatas órdenes de María Pepa, instalada, como sus abuelos, en el edificio principal de la plaza. De la azotea de éste, destinada a Comandancia General del novimundo, se elevaban dos torres de acero, con quince metros de altura, que a distancia entre sí de veinticinco, sustentaban el puente de mando y maniobra con las cabinas de derrota del piloto de cuarto y de la Capitana; ambas con multitud de instrumentos astronómicos eterológicos y eteronáuticos.

Los pabellones de los comisionados, la oficialidad y los ingenieros, tenían por sus fachadas posteriores vista directa al cielo, a través de la corteza transparente del autoplanetoide.

En otro piso, diez metros más abajo, estaba el cuartel de la guarnición y cuerpo armado para eventuales desembarcos en los planetas, que se componía de cincuenta soldados a las órdenes de Santiago el maquinista; y frontero al cuartel, quedaba el cuartelillo de obreros y obreras. La escolta personal de María Pepa, a las órdenes de un alférez, Soledad, era una tropa exclusivamente femenina y escogida, que se alojaba en la Comandancia General, constando de tres docenas de muchachas.

Fábricas, maquinaria, cámaras de oxígeno, depósitos de calcio, polvorín de cinetorio, arboledas y cultivos regeneradores del aire respiratorio, almacenes y locales diversos se distribuían en diferentes y separados pisos. Todos los del novimundo se comunicaban por multitud de ascensores.

En la parte más baja estaban los tanques de ácido carbónico, importantísimos por el automatismo químico que regulaba las respiraciones animal y vegetal en el planeoide.

Por último, empotradas en la parte inferior de la superficie externa del orbimotor y a opuestos lados de la boca, de la gran poterna sur, había dos misteriosas cámaras metálicas, en donde se guardaba algo que hasta ahora es un secreto.

Con la somera descripción anterior tiene el lector vaga e imperfecta idea que ya irá completando, de lo que por dentro era el novimundo de María Pepa, que según veía

acercarse el momento de subirse a los cielos, estaba cada día más guapa; y demostrando que su garrido y esbelto cuerpo era de acero, iba, venía, subía, bajaba, ordenaba, vigilaba, resolvía, siempre sonriente, siempre afable, y sin embargo siempre enérgica.

En todo la ayudaban sus abuelos; mas no teniendo su juventud, su agilidad ni su soltura, habíanse repartido entre los tres la vigilancia y dirección de la totalidad de los trabajos. Así, en cuanto llegaba María Pepa a inspeccionar cualquiera, siempre llevaba un viejo detrás de ella con la lengua de fuera.

El año anterior, los cultos empleados del Instituto de Trujillo habían puesto a aquella trinidad de sabios que calentaban sus vejeces a los rayos de un sol de juventud, el mote, naturalmente científico, de la Inventora y sus Planetas; pero allá en Paramillo, la gente americana, ocurrente, donosa y pintoresca para endilgar apodos, los llamaban la Capitana y sus tres perros.

Y, sin embargo, el mote no era exacto en cuanto al número, porque además tenía la Capitana otro: un can pegadizo, uno de esos chuchos vagabundos que en la calle, y sin saber por qué, se le arriman a uno; un galgo flaco, flaco, y feo, feo, pero incansable, como ella, que a todas horas y sin guardar turno cual los otros, la seguía a todas partes: Aristides Leblonde, en suma, que no teniendo ocupación alguna, detrás de María Pepa, metía sus larguísimas narices en todos los rincones del autoplanetoide. Así, aun sin saber palabra de las ciencias en que se fundaba todo aquello, en algo no le aventajaba nadie: en saberse al dedillo hasta los menores escondrijos del complicado novimundo.

Estando un día con la Capitana en la sala-válcula de comunicación con la envuelta del oxígeno almacenado entre las concéntricas esferas de cristal, cuyo destino principal era mantener en el viaje la pureza de la atmósfera intraplanetaria, dijo de pronto:

—¿Sabe usted, amiga mía, que estoy aquí humillado?

—Usted dirá por qué...

—Porque en este preciosísimo mundo por usted inventado voy a ser yo el único habitante sin título en que fundar el honroso nombre de autoplanetiano, o novimundiano, u orbimotoriano. Unos por sabios, otros por pilotos o soldados, todos entran aquí por algo. Yo soy el único que usted ha admitido por su linda cara: motivo que es seguro no cree nadie.



—¿Adónde va usted a parar?...

—A que desearía un título más creíble.

—Pues rompa usted su incógnito, se lo permito, y descúbrase como descendiente de la ilustre Mademoiselle Leblonde, inventora premiada...

—Por unos aparatos astronómicos que no sirven de nada. Hágame usted el favor de no burlarse de mi antecesora... No me conviene esa solución... Prefiero otra fundada en propios merecimientos, y creo que la tengo.

—A ver, a ver.

—Anoche me acordé de que soy médico. Hace veinte años que lo tenía olvidado; pero ayer, de sopetón, lo recordé.

—¡Que sea enhorabuena, señor doctor!...

—Deme usted la plaza de médico primero de la expedición, que está vacante.

—¿Para que nos mate usted a todos?... No lo sueñe...

—No tenga usted cuidado. ¿No hay un segundo y un tercero?... Ellos serán los que a diario maten, y por excepción curen; pues yo prometo no ocuparme de los enfermos, limitándome a inspeccionar a mis inferiores... ¡Calla!... ¡Qué idea! Esto es mejor: nómbrame usted Inspector Superior de Sanidad e Higiene.

—¡No pica usted poco alto!... ¡Para quien hasta ayer no se ha acordado de la Medicina!... Pero lo pensaré.

—O si no, cree la plaza de médico de su escolta.

—...de mi escolta de buenas mozas?

—A las cuales prometo asistir con todo esmero.

—No, no; no me conviene; me atengo a lo otro; le haré a usted inspector, puesto que a toda costa quiere que le haga algo.

Al día siguiente tenía Aristides su nombramiento en el bolsillo.

Poco a poco iban llegando comisiones de sabias y sabios, representantes en el novísimo mundo de las diferentes ramas del humano saber y de casi todas las naciones de la Tierra. En las tertulias, discusiones, y puede que peleas, que seguramente armarán durante la travesía, o por los descubrimientos que realicen, iremos conociendo a los más conspicuos; pero entre éstos había uno que por lo rancio e ilustre de su abolengo científico y por su papel importantísimo en el viaje, del cual nos va a informar la misma Capitana, es preciso presentar sin demora a los lectores.

—El señor Aristides Leblonde, nuestro Inspector Superior de Sanidad e Higiene. El señor Chu-Fo, Director de la Alimentación en el autoplanetoide.

—¡Ah, nuestro jefe de cocina! Encantado de saludar a usted. Seremos buenos amigos; yo simpatizo siempre con los jefes de cocina... Por supuesto, si guisan bien.

—Yo no guiso.

—Claro, dirige; es natural. Yo tengo buen diente y hasta dicen algunos que soy *gourmand*; mas no por ello dejo de ser *gourmet*. Ya daré a usted algunas recetas para la caza, la anguila a la marsellesa, los allos a la moda de Caen, que apuesto no conocen ustedes en el Japón.

—La caza es porquería.

—¡Hombre, porquería!...

—La anguila, porquería; y fritos, salsas y asados, todo, todo son porquerías.

—Pero entonces, ¿qué come usted, desgraciado?

—Yo no como: me nutro.

—¿Pero con qué?

Conteniendo la risa a duras penas, dijo María Pepa:

—Amigo Aristides, este caballero no es cocinero, sino un ilustre químico, descendiente del sapientísimo Chin-Chu-Fo, autor de los sistemas alimenticios premiados por el Instituto de Viajes Planetarios, y viene a dirigir nuestra alimentación durante el viaje.

—Está muy bien. Pero con esas sapientísimas ideas que tiene usted sobre los comestibles, ¿qué va usted a darnos de comer? Esto es lo interesante.

—Muy sencillo: lo que les haga falta; lo que vil y suciamente disfrazado ingieren ustedes al comer, todo eso que persisto en llamar porquerías. Por ello no comerán ustedes nada, sino que los nutriré con carbono, nitrógeno, fósforo, glucosas, albuminoides, etc., etc.; a cada uno en las proporciones que le sea más conveniente.

—Pero todo eso debe saber a demonios, señor Chin.

—Está usted equivocado; son pildorillas, cápsulas líquidas o gaseosas. Ni se masecan ni saben a nada.

—¡Vaya unas ventajas!...

—En otros casos empleo inyecciones.

—¿De modo que en vez de vamos a almorzar o a comer, habremos de decir vamos a que nos pinche, o a que nos *chínche* el señor Chin-Chu-Fo?...

—Pueden pincharse ustedes por sí mismos.

—Pínchese usted si le conviene...

María Pepa creyó oportuno cortar una discusión que tomaba mal sesgo. Despidióse el japonés, y Aristides preguntó:

—¿Pero es serio todo eso?...

—Completamente serio.



—Pues ahora mismo anuncio a usted una memoria en que, como inspector de Sanidad, protestaré, en nombre de la Higiene, contra la alimentación y los pinchazos de ese tío, más feo que yo: más, ya lo creo. Sólo eso me consuela de tenerlo de compañero de viaje. Como no soy orgulloso, nunca he aspirado a los primeros puestos, y me alegro que me lo haya quitado el japonés.

—Eso es mucho decir, amigo Leblonde; puede que en el Japón sea el señor Chu-Fo todo un real mozo.

—Allí, tal vez; pero aquí, no. ¡Porque-  
ría la caza!... Y hablando de otra cosa: ¿cómo la miraba a usted!... No es que me extrañe, no; pero se la comía con unos ojos ansiosos que no cuadran en quien desprecia a los glotones.

Pocos días después echó de ver la gente que desde hacía ya varios le faltaba un perro a la Capitana: el más flaco y más feo, que a la mañana siguiente de ocurrida la anterior escena no llegó, cual solía, a menear la cola en pos de María Pepa, al salir ésta de su alojamiento en demanda del diario ajetreo. Pero llegó un volante con este membrete: "Inspector jefe de Sanidad e Higiene del Autoplanetoide A-1", y debajo los siguientes renglones:

"Querida amiga y respetada Capitana: Me voy a Mendoza, donde urgentemente necesito adquirir material de oficina y de laboratorio para la Inspección de que soy jefe por graciosa designación de la *plus belle* y más graciosa de las capitanas; gestión en la que, no a la jefe, sino a la amiga, confieso haberme descuidado demasiado. Pero aun hay tiempo, y en los pocos días que faltan para comenzar la colocación de las cargas lo tendré todo listo, llevándolo con tiempo de poder embarcarlo antes de que sea comenzada dicha operación. Su ferviente amigo y respetuoso subordinado, *Aristides*.—P. D. Como además he de equiparme, y ando mal de cuartos, estimaré de usted dé orden teleautógrafa a Mendoza para que al presentarme hoy en la Caja del Instituto me entreguen, a cuenta del milloncete que me corresponde por el disparatado invento de Mademoiselle Leblond, mi ilustre tía, 50 cóndores."

—¿Pero habrá tomado en serio el cargo? No me explico qué material sea ese ni qué equipo pensará comprarse para necesitar veinticinco mil duros.

Pero, aun sin explicárselo, dió la orden.

Y no volvió a acordarse del material, pero sí de Aristides, cuyas chirigotas y gracejos echaba de menos, hasta que al cabo de cinco días se presentó el ausente con un equipaje atterradoramente monstruoso, compuesto de siete vagones herméticamente cerrados, dos o tres docenas de cajas y cajones precintados, de variadísimas formas y desmesurados tamaños, y todo rotulado: "Inspección general de Sanidad e Higiene", y debajo, variados jeroglíficos: A-3, B-5, H-7, etc., cuya clave estaba en un libro de memorias que en su bolsillo guardaba el inspector Monsieur Leblonde, y que ni aunque lo asparan enseñaba a nadie; ni aun a la misma María Pepa.

Por último, en un vagón se leía: "Pre-sérvese del calor"; en otro: "Guárdese en sitio seco"; en tal caja: "No invertirla"; en otra...

Esta colosal impedimenta llegaba colgada del cable aéreo establecido entre Mendoza y Paramillo para hacer oficios de montacargas. Del mismo modo habían llegado todos los equipajes. Pero aquél valía por veinte.

Precisamente estaba la Capitana en el muelle de descarga cuando llegó Aristides con su mudanza.

—¿Pero adónde va usted con todo eso? ¡Qué atrocidad! ¿Qué trae usted ahí?...

—Esterilizadores, pulverizadores, ozonizadores, insufladores, ventiladoras, aspiradoras, atemperantes, refrigerantes, tonificantes, desinfectantes, oxigenantes...

¡Pero hombre de Dios! Si de todo eso tenemos ya provisión abundante en el auto-planetoide...

—No sobraré, no sobraré, amiga mía. El viaje puede ser muy largo. Por previsión nunca se peca... Y en último extremo, aspiraremos, nos pulverizaremos, nos desinfectaremos y nos oxigenaremos con mayor frecuencia, a dobles o a triples dosis.

María Pepa soltó la carcajada, y después ¿qué iba a hacer?... Autorizó al inspector a meter todo aquello en el novimundo, a condición de que él solito lo acomodara, sin venirle con preguntas ni consultas, y de que él asumiera la responsabilidad de los envenenamientos que pudieran ocasionar aquellas drogas. Tal vez fué una imprudencia y una debilidad de la Capitana; pues de las competencias médicas, química e higiénica de Aristides habría mucho que hablar, y poco bueno.



## XXVIII

## MAQUINACIONES TENEBROSAS

Hasta las seis de la tarde del día en cuya madrugada llegó Sara a Paramillo, y en que fué víctima inconsciente de espantosa tragedia, no comenzó a mostrar indicios de despertar de aquel sueño letárgico.

Las angustias de su tremenda lucha con el frío horrible de la noche pasada; el colapso consiguiente a la semicongelación; el esfuerzo titánico con que el espíritu triunfó del frío y la embriaguez, a expensas de tensión casi sobrehumana impuesta a los nervios de una débil mujer, por su acerrada voluntad templada en odio a otra, eran causas que, aunadas a la conmoción de la caída, habrían sobrado en organismos mucho más robustos para que ánimo, carne y nervios se rindieran. Por si era poco esto, agregábase a ello el fulminante efecto de espantosa embriaguez.

No es, pues, extraño que durmiera Sara quince horas, tan insensible a todo como un tronco, sin que antes fueran parte a despertarla las sacudidas con que, asustado de tan largo dormir, procuró varias veces despertarla Dick, hasta caer en la cuenta de que era preferible no interrumpir la acción sedante de aquel sueño.

A intento había Sara elegido para su llegada un día de fiesta en que Dick no asistiera a los talleres, para tener tiempo de discutir con calma los detalles del plan que, en líneas generales, llevaba ella trazado. Gracias a esto pudo el mulato no apartarse de la enferma, ni aun para comer, contentándose con pizar unos cuantos y frugales bocados en las provisiones acopiadas para atender a la manutención de un huésped que no podría salir a comer fuera, pues el recuerdo de la pasada noche, que tan pronto era tenaza que lo atormentaba como caricia embriagadora, le había quitado el apetito.

En el contraataque brasileño, externamente transformado en el mulato Dick, se realizaba transformación interna muchísimo más honda: aquella mañana había sido la bestia repugnante e impulsiva, a la que sólo mueven apetitos y sensaciones; la fiera que a dentelladas y zarpazos toma lo que le piden voracidades de la sangre y los nervios desmandados. Mas satisfecho el delirante afán, la bestia se aplacó, y la razón,

recta o torcida, y la conciencia, conciencia de bandido o de hombre honrado, pero que, fueran cual quisieran, valían más que rugidos de fiera, se dejaron oír; y también quiso el corazón ser escuchado.

Entre el frío que sintió al salir a la plazuela y la impresión que le produjo la carcajada de su cinismo al festejar la cobarde hazaña, ahuyentaron la fiera que del pabellón había salido; y ya al volver a él era el mulato un hombre: odioso, miserable, traidor, pero hombre, que al contemplar de nueva la belleza de Sara y recordar cuanto había pasado, la miró con orgullo de envilecido siervo que ve a sus pies al que hasta entonces fué su amo. Y esto ya era un progreso, pues la perversidad, aun cuando aborrecible, no es sensación de bestia, sino humano sentimiento.

¡Ayer tan alta ella, tan bajo él, y hoy!...

Mirándola, mirándola; viéndola quieta, inerte, punto menos que muerta, sintió en su vanidad el arañazo de una idea que callando le decía que ni bajó a buscarle ella ni había sabido él subir, sino arrastrarla al fango; vió claramente que en lo ocurrido no había triunfo que pudiera envanecerle, pues donde no hubo impulso del corazón, ni seducción de los sentidos, ni aun vencimiento en brutal lucha, no había victoria. Decíase que cuando despertara Sara seguiría mirándolo desde arriba, como antes, sin sospechar que aquel gusano había llegado a besar a la flor.

Y el gusano seguiría rastreando por el suelo, y ella, allá, arriba.

Al llegar a este punto de sus cavilaciones se rebeló el mulato contra tal idea, y levantándose impetuoso, gritó.

—Lo sabrá, lo sabrá; yo le diré que al gusano le han nacido alas.

Pero inmediatamente representósele el horror y el desprecio de Sara si llegaba a saber... No, no; después de lo ocurrido, acaso él no la viera tan alta; mas, de seguro, ella lo vería a él muchísimo más bajo y más ruin que antes, porque lo hecho era la más cobarde de las cobardías y la más vil de las traiciones...

¿Se arrepentía?... No, arrepentirse no, porque al mirarla tan hermosa como en aquel instante la veía, le era imposible el arre-



pentiminto; pero confesarlo, decirle aquello, tampoco: jamás tendría valor.

Pero entonces, ¿qué fruto había sacado de su bestialidad pasada?... ¿Seguiría siendo Sara para él una estrella en la altura que jamás volvería a alcanzar con sus brazos?

.....

¡Qué locura! ¡Que ideas tan insensatas!— El nunca había pensado en aquella mujer de tal manera; nunca soñó con aquellas descabelladas aspiraciones torturantes. Pero ahora, pensando en lo ocurrido como en hecho imborrable, y aun teniéndola allí, inerte y tentadora, como antes, considerábase incapaz de repetir la horrenda hazaña; porque como cosecha de su felonía, no le quedaba ya sino evidencia amarga de que aquella mujer no le había dado nada; porque la embriaguez de unos instantes habíase trocado en pasión incapaz de aplacarse con dicha arrebatada a voluntad inconsciente, pasión que no podía satisfacerse sino con pasión correspondida.

—¿Correspondida?... Nunca: esa mujer es de otro; quiere a otro; no será nunca mía: ni lo es ni lo ha sido. Y al despertar lo ignorará todo. Sí, sí; más vale que lo ignore.

.....

Pasaron horas y horas. El obrero no apartaba los ojos de los cerrados párpados de Sara, y encontradas ideas, propósitos opuestos, reñían en su cabeza ruda lucha: a las desesperanzas sucedían insensatas ilusiones de que fuera posible en el mañana el absurdo de hoy; porque, ¿quién, unas cuantas horas antes, habría podido prever lo sucedido? ¿Qué mayor absurdo que lo que ya era un hecho?...

Por esto andaba de sus vacilaciones cuando comenzó ella a agitarse. Y entonces le espantó el recelo de que, una vez despertada, quedara en un rincón de su memoria algún recuerdo.

Gracias a que después de abrir los ojos todavía tardó Sara ocho o diez minutos en sacudir la pesadez opresora del cerebro y en recobrar plena lucidez de espíritu. Solamente por esto pudo pasarle inadvertido el azoramiento de aquel hombre, que únicamente desechó los terrores de ver su crimen descubierto cuando las primeras frases incoherentes de ella y sus múltiples preguntas en cuanto pudo coordinar ideas revelaron a Dick que de nada, de nada se

acordaba su víctima a partir del momento en que, ya ebria, detuvo el aeroesquife sobre la plazeleta y abrió la válvula, que lo hizo descender: la bajada por la escala, la caída, el golpe, la reacción frenética en que se había arrancado la peluca, la infame villanía de su cómplice, no eran sino sucesos encerrados en un paréntesis en que ideas y razón y memoria quedaron suspendidas. Todo, todo menos aquello, tuvo que contarle Dick, mientras ella bebía con sed ansiosa tazas y más tazas de té. Pero, ¡misterios del corazón humano!, él mismo no sabía qué era mayor, si su alegría al no verse descubierto o la pena de no poderse descubrir.

\* \* \*

Era la norteamericana tan sólida de cuerpo y tan firme de nervios como arriscada de ánimo, pues de la terrible borrachera de la pasada noche, sobrada a producir en otra mujer grave enfermedad, o a lo menos indisposición de varios días, no le quedaban a ella, a las dos horas de recobrar el conocimiento, sino pesadez de cabeza, laxitud de miembros y ligero molimiento de cuerpo. Nada, en suma, para hembra de su temple, según demostró cuando, repuestas ya sus fuerzas con un parco refrigerio, y después de ordenar a Dick que le pusiera al lado la tetera llena de té frío, pues la sed continuaba atormentándola, dijo, como si ya no recordara sustos ni riesgos:

—¡Ea! Dejemos eso y hablemos de negocios. Siéntese, hombre, que la conversación va a ser un poco larga. ¿Estaremos seguros de que nadie ha de oírnos?

—Sí señora. No tengo más vecino que el de al lado, *el que usted sabe*, que por ser hoy día de fiesta, estará en la taberna. El tabique medianero es el de mi alcoba, y entre ella y esta habitación queda la antesala de entrada. Además, todas las puertas están cerradas.

—Bueno, ¿y ese hombre, está en el otro taller de cápsulas?

—Sí.

—¿Y es maestro en él, como usted en el suyo?

—No señora; oficial; menos aún: aprendiz aventajado. Pero ya escribí a usted que a él o a otro cualquiera les faltaría tiempo en cuanto les hablara para irse allá arriba con el chisme. Por eso cuando usted me escribió que necesitaba un obrero de confianza en el otro taller...

—Como no me ha podido usted informar sino del suyo...

—Es que lo que aquí hace la mano dere-



cha no lo sabe la izquierda... Por eso al convencerme de que no podría usted contar sino conmigo, le escribí que era inútil viniendo. Más valiera que me hubiera hecho caso.

Sorprendida del tono patéticamente romántico de aquel "más valiera", que desdeñaba de las entonaciones duras, habituales en la voz de su cómplice, lo miró Sara, y equivocándose sobre la causa de su aspecto abatido, replicó:

—¿Salimos ahora con que tiene usted miedo?...

—¡Miedo yo!... No sabe usted lo que se dice—contestó Dick con tono en que la cólera puso las inflexiones ásperas a que ella estaba acostumbrada.

—Entonces ¿por qué lamenta usted mi venida?

—Porque ha estado usted a dos dedos de matarse primero y de morir se luego...

—No habiéndome matado no vale ya la pena de hablar de ello.

—... y porque ahora no sé cómo nos vamos a arreglar para sacarla a usted de aquí.

A medida que Dick hablaba acentuábase más la brusquedad de su actitud, pues la altanería de aquella mujer, ante la cual iba temiendo no poder contenerse, hacía que su deseo más vehemente fuera hacerla salir pronto de Paramillo, perderla de vista, aun sabiendo que en cuanto esto ocurriera habrían de atormentarlo nuevas ansias de verla.

—¡Irme de aquí!... ¿Pero usted cree que he afrontado los riesgos de mi azaroso viaje por el solo placer de dar un paseo nocturno, a no sé cuántos grados bajo cero, y echar un párrafo con usted?... Y usted ¿ha olvidado su venganza?... ¿No puedo ya contar con sus servicios?

—¡Que no puede usted contar conmigo!—Mándeme asesinar a quien le dé la gana; mándeme echarme al fuego... Por usted soy yo capaz de todo; súpalo para siempre.

—Que raro está este hombre—pensó Sara, sorprendida de tan férvido entusiasmo y de la decisión de su mirada centelleante. Pero siendo imposible que hasta la altura desde donde ella lo miraba subiera la sospecha de la real causa de abnegación tan absoluta, y no siendo mujer que malgastara en ajenos cuidados tiempo que había menester para los propios, contestó fríamente a aquellas calurosas protestas para entrar rectamente en materia:

—Más vale así, pues pronto va usted a poder probarme esa adhesión. Precisamente por necesitar dos obreros y no poder

contar sino con usted, he venido, porque usted y yo somos dos.

—Yo creía que usted pensaba entrar en el taller en lugar mío, con mi traje y mi mudógrafo, quedándose yo agazapado aquí. El plan, aunque atrevido, era posible; pero en entrar los dos no sueñe usted, pues allá saben bien cuántos obreros tienen, y no hay manera de meter otro de matute. Y que si usted lleva mi traje, ¿cuál me pongo yo?... Y si yo me lo pongo, ¿cuál lleva usted?...

—¿Y el del vecino?...

—¿Quién?... ¿Qué?...

—El del aprendiz de al lado. Si le viene a usted estrecho buscaremos otro; pero preferiría a ese muchacho, por tenerlo cerca.

—¡Ahí Ya calgo: lo mato, y...

—No hombre, no; no sea usted atroz; no hay que matar a nadie: tengo medios más suaves.

—Son inútiles: no sacaremos nada de él por las buenas. Lo mejor es lo que yo digo.

—En estas discusiones estamos perdiendo tiempo que me hace falta. Conteste y no interrumpa ni pida explicaciones. ¿Me servirá el traje de trabajo del vecino?

—Servirá: es del mismo número que el mío. Pero sospecho que ha de ser menos impermeable al cinetorio. Hay dos modelos.

—¡Ah!... ¿Sí?... Entonces eso parece indicar que la diferencia entre los dos talleres... ¿Y a qué hora suele ese hombre retirarse a casa?

—De nueve a diez.

—¿Cierra por dentro la puerta para dormir?

—No lo sé.

—Vaya y vea si está cerrada con llave.

—Es inútil. Sé que de día la cierra con el pestillo eléctrico. Así que con apretar en el botón exterior, que yo sé dónde está disimulado... Como aquí no entra nadie sino los que aquí vivimos, casi ninguno se acuerda de la llave, a no ser quien tenga, como yo, algo que ocultar a los curiosos. Del vecino sé que cuando va al taller deja la llave colgada dentro. Si para dormir se cierra o no, ya no puedo decirlo.

—Vaya en seguida a ver si efectivamente tiene ahí la llave.

—¿Y si está?

—Tráigala; pero cuide de no ser sorprendido si alguien abre la puerta exterior del pabellón.

Antes que pasara un minuto, ya estaba Dick de vuelta con la llave, que entregó a Sara. Sacó ella del estuche que aquél ha-



había recogido en la explanada un frasquito con un líquido verdoso, una jeringa de unos 50 gramos de cabida y dos trozos cuadrados de algodón en rama con cintas en los ángulos, colocándolo todo sobre la mesa; y recogiendo luego de detrás de la cama la peluca de Mr. Chess, se la encasquetó con gran tristeza de Dick, que al ver de nuevo al barbudo australiano en lugar de la hermosa yanqui, preguntó con voz que traslucía dolorosa contrariedad:

—¿Para qué se vuelve usted a poner esa peluca?...

—Porque, aun pensando no dejarme coger, es preciso, si al cabo me descubren, que sea Mr. Chess el australiano, y no mistress Sam-Bull como caiga en el garlito.

—Es verdad.

—Y ahora, manos a la obra. Coja usted la barrena que le avisé tuviera preparada, y vamos a la habitación medianera con la alcoba de ese hombre. Antes, deme el corcho de aquella botella.

Pasaron a la habitación indicada, y siguiendo las instrucciones de Sara, hizo Dick un agujero en la pared de la alcoba del aprendiz hasta calar al otro lado. Queándose él en acecho de la llegada del vecino, volvióse ella al cuarto donde estuvieron antes, cargó la jeringa con el líquido del frasco, y sentóse en espera del aviso de Dick, meditando entre tanto en sus proyectos para días venideros, pues la tarea que acababa de preparar dábala ya por cosa terminada.

A la media hora llegó el obrero, que ni siquiera se enteró de la falta de la llave, pues sobre no tener costumbre de encerrarse por dentro, no venía sino para tumbarse, pues da mucho de sí toda una tarde de un domingo en la taberna. Bien claro lo decían la pesadez del paso y la verbosidad exuberante del soliloquio, que a retazos escuchó Dick después de oírle entrar y ver un hilillo de luz a través del agujero. Descalzo, según le había ordenado Sara, corrió a avisar a ésta, que, descalzándose también, volvió con él a la otra habitación.

—Bueno viene—dijo al oír los despropósitos y tumbos de la presunta *anima villi* de sus experimentos, e introduciendo la jeringa en el agujero luminoso, vació en la alcoba del vecino todo el contenido de ella, que salía, no líquido, sino vaporizado. Obturó luego el agujero con el corcho que

tenía en la otra mano, y agarrando la de Dick, que al sentir el contacto tembló en la suya, lo arrastró a la otra habitación.

Lo primero que Sara hizo al llegar a lugar alumbrado fué clavar una mirada penetrante y recelosa en el rostro del mulato, pues la había alarmado el temblor de su mano.

Felizmente para él, mirando a Mr. Chess podía Dick dominarse mucho mejor que al mirar a la hermosa yanqui, por lo cual, en dudoso recelo, casi en inverosímil aprensión, quedaron las alarmas que comenzaba a sentir ella.

La substancia inyectada con la jeringa se había trocado, al contacto con el aire, en gas *cloroformio*, que hizo caer dormido al pobre obrero. En tanto, en el gabinete de Dick, se amarraban éste y Sara delante de boca y narices las mascarillas de algodón impregnadas en una composición química que, absorbiendo los compuestos narcóticos del cloroformio, sólo dejaba pasar el oxígeno de él, pudiendo, quien así se preservara, permanecer algunos minutos rodeado de aquel gas, sin experimentar sus efectos.

Ya pertrechados con las mascarillas, salieron al pasillo, levantaron el picaporte de la puerta del dormido obrero, y entraron en la alcoba, abrieron el balcón de par en par, y, con las ropas de la cama, aventaron el gas tóxico afuera.

Después que el pobre hombre que en el suelo yacía fué encerrado por Dick en un cuartucho, Sara, que se había traído la cartera de viaje, la llave y el revólver, montó éste cual si lo hiciera distraída, pero de modo que el otro se enterara bien de ello, y, colocándolo a la cabecera de la cama, dijo que allí se quedaba, no a dormir, pues bastante llevaba ya dormido, pero a pasar la noche, dejando libre a Dick su alojamiento, y encargándole que a la mañana le avisará una hora antes de la entrada en los talleres, dando unos golpes en el tabique medianero.

Cuando ya afuera oyó él el chasquido de la llave, quedóse pensativo al lado de la puerta. Pasado un rato, alejose despacio y entró en su habitación, donde, sentado en una silla y sin haber pegado ni un instante los ojos, le halló el siguiente amanecer.

Era la segunda noche que pasaba en vela.



## XXIX

## MISTER CHESS SE DISFRAZA

En cuanto Sara estuvo sola en el cuarto del dormido aprendiz, se dijo:

—Es imposible; son aprensiones mías...

Mas por si acaso...

En seguida se dirigió hacia el traje de malia de plomo-seda refractocinetórica, que estaba en un rincón, y después de examinarlo atentamente, se lo probó, poniéndoselo encima, pues así se usaban, de la ropa que vestía. Después hizo lo mismo con el casco, observando que ni uno ni otro resultaban tan embarazosos como ella había temido, pues dichos trajes no eran corazas ni armaduras abrumantes y rígidas como las de los homóquinas de Maipo; porque no teniendo que preservar sino de radiaciones mucho más débiles que las del filón del volcán, bastaba fuera su tejido de doble y cruzada malla, relativamente flexible y no demasiado pesada.

Las manos se cubrían con guantes de gamuza bañada en una sal de plomo y forrados de seda. El casco, con aletas pendientes sobre espalda, hombros y pecho, era de caucho algodónado interiormente y recubierto el exterior con escamas de plomo.

Ya satisfecha de que podía ponerse el traje y valérselas con él, se lo quitó. Sacó en seguida del estuche de viaje una ampolla de inyecciones hipodérmicas, pasó a la habitación donde estaba tendido el narcotizado, le tomó el pulso, y diciendo "ya es hora, dentro de diez minutos estaría despierto", le remangó la manga de la camisa, y le puso en el brazo una inyección, en la cual se mezclaba a un narcótico, cuya acción duraría veinticuatro horas, un poderoso extracto nutritivo, pues ignorando aún cuantos días le sería preciso mantenerlo dormido mediante cotidianas inyecciones, y no queriendo matarlo, tenía que nutrirlo.

De vuelta a la otra habitación, sintió de nuevo el molimiento de cuerpo y el dolor de cabeza, olvidados mientras los combatió el interés de aquellas maniobras; se tendió en la cama usurpada al durmiente, sin quitarse las ropas ni los pelos de mister Chess, que casi, casi, iba considerando cual personales capilares pertenencias, y

aunque parezca extraño, dormía a los cinco minutos con la mayor tranquilidad.

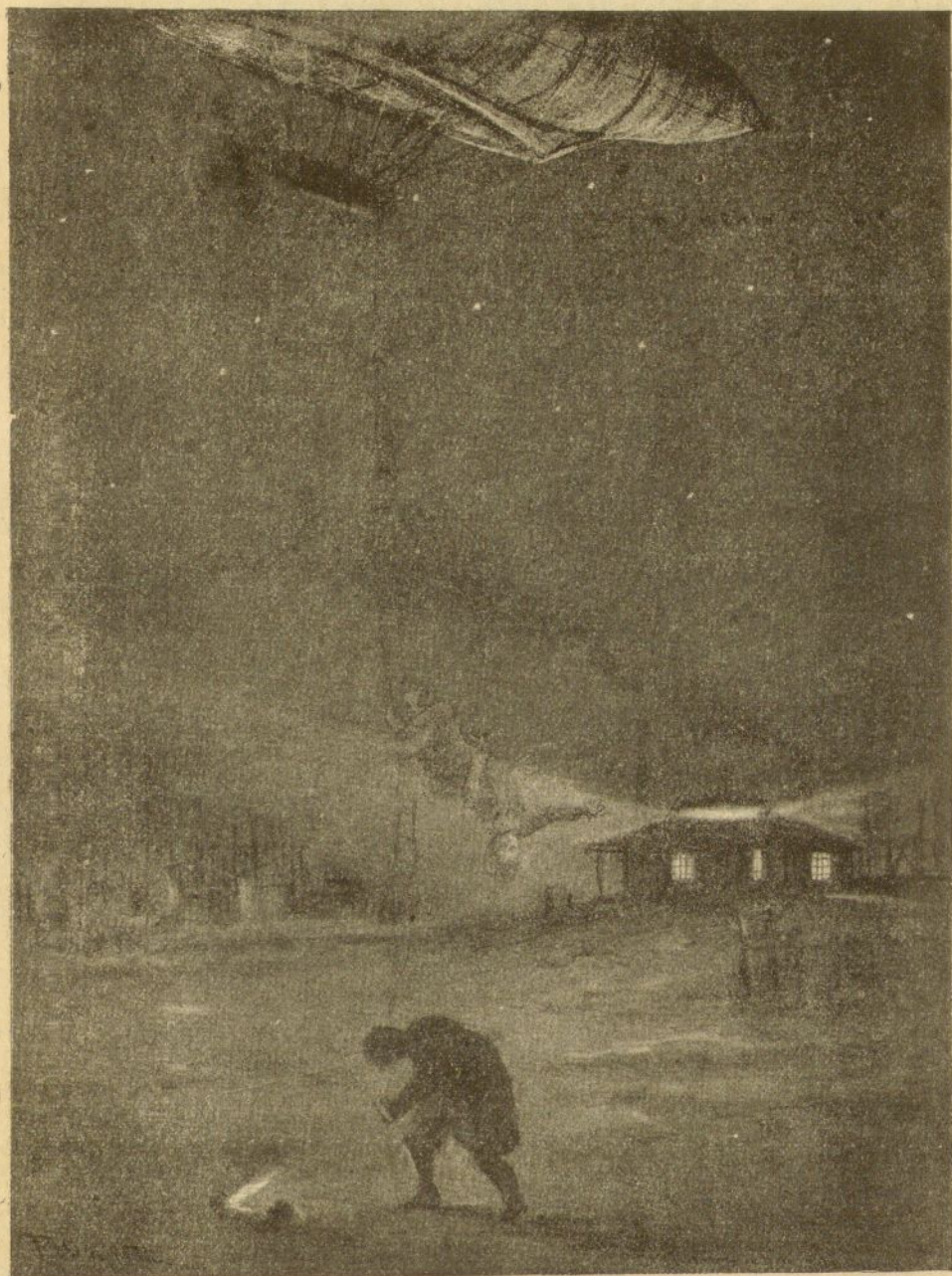
Al otro día suplantó Sara en el taller al obrero narcotizado, cuyos principales oficios, en el almacén de cápsulas descargadas, consistían en atornillar éstas en los zócalos-bases de los elementos propulsores, en llevar los elementos así armados al taller de carga, donde obreros más hábiles cebaban las cápsulas con cinetorio para hacer las pruebas de los excitadores, y en trasladar a un salón los aparatos ya cargados, colocándolos en estantes instalados en él.

Todos los elementos procedentes del taller en donde Sara trabajaba eran depositados en un mismo estante, rotulado *cargas paralelos 4 a 9 norte*. Otros tenían etiquetas que decían: *Cargas ecuador y paralelos 1 a 3, norte y sur; Cargas 4 a 6, sur; Cargas 7 y 8 sur, y Cargas 9 sur y polo sur*.

Letreros y clasificaciones hicieron cavilar mucho al falso aprendiz, queriendo adivinar a qué diferencias entre las cargas aparentemente iguales responderían tales subdivisiones; hasta que aprovechó ocasión de no haber nadie en el depósito para curiosarse en los otros estantes, viendo que las manchitas rojas del fondo de las cápsulas—bien conocidas de ella desde la aventura de Krenk—, eran muy pequeñas en las destinadas a los paralelos norte y progresivamente mayores en las cargas destinadas a paralelos situados más al sur, alcanzando el tamaño de una lenteja en las veintiuna del último estante.

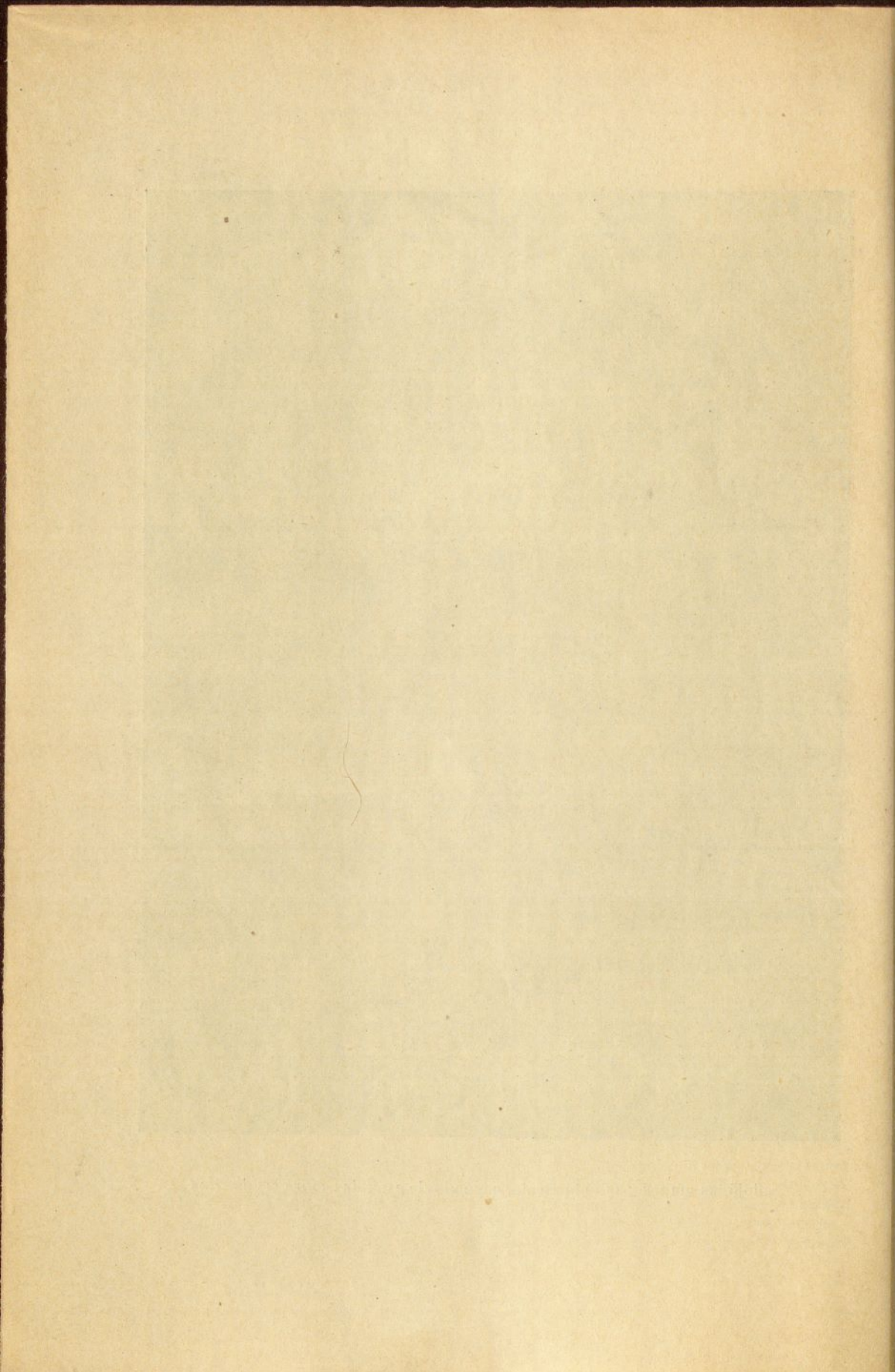
Varias veces oyó Sara la palabra cinetorio, desconocida para ella, enterándose de que aquel era el nombre del novísimo radioexplosivo. Vió que en los tubos excitadores—aparentemente análogos, según queda ya dicho, a los, engendradores de rayos X, en cuyo interior no hay sino aire tan enrarecido, que casi, casi, equivale al vacío—se inyectaban primero, enrareciéndolas después, emanaciones de cinetorio, tan sutilísimas, que sería grosero nombre para ellas el de gas: emanaciones semejantes a las del radio, misteriosas y extraor-





... aflojó las manos y soltó la escala, cayendo de espaldas sobre las de Dick.







dinarias para la ciencia del siglo xx, vulgares para la del xxii.

Pasando y repasando por donde Hauptft y Fognino hablaban en alemán, por constatarles que ningún obrero lo entendía, averiguó Sara que los rayos por aquellos tubos emitidos se llamaban, no X, sino SUPEREQUIS, y que regulando su acción sobre las cápsulas, se modificaba la intensidad de las descargas. Que cuando éstas se producían instantáneamente originaban explosiones de violencia inconcebible, sabía ella desde la voladura de Challao.

Aun sin esta personal experiencia, como salvo en cuantía eran los fenómenos producidos por el cinetorio muy semejantes a los entonces conocidísimos de la radioactividad; como además de muy versada en éstos, era Sara listísima, le bastó con lo visto y oído para entrever lo más esencial del invento de la Capitana. Y entonces se acordó de haber sido Alvaro quien percibió el primer rayo de luz en este punto, cuando dijo a Krenk que la manchita roja de las cápsulas habría de ser forzosamente una especie de ultrarradio (1).

Al término de la jornada comprendió Sara que, constreñida a su papel de obrero subalterno, no podía ver ya más de lo visto. Por cierto, sin el menor tropiezo, ni despertar la más leve sospecha, pues no viéndosele la cara en lo hondo del casco, sino como un contraste de colores entre la mancha clara de la frente y las mejillas y el pelo postizo de cabeza y barba; ahuecadas las voces de los obreros en la oquedad de los cascos, y desfiguradas por las bocinas de los teléfonos, iguales parecían las de todos, por lo que nadie pudo recelar que dentro de aquel traje no estuviera el mismo hombre cuyo apellido rezaban

(1) Pero ¿por qué tales diferencias entre las cantidades de cinetorio con que las cápsulas se cebaban? ¿A qué respondían aquellas designaciones de paralelos y los apelativos norte y sur vacíos de sentido en un autoplaneta para el cual no veía ella claro que norte y sur hubieran de ser siempre direcciones fijas en el universo, en cuanto se moviera en el espacio con variables rumbos y, probablemente, con frecuentes inversiones de posición de su eje?

No acabaríamos si pretendiéramos dar cuenta de las múltiples preguntas que cada uno de sus traidores descubrimientos sugería a la atrevida intrusa. Por ello dejamos al lector, versado en ciencias físicas, mecánicas y químicas, que se las figure; y de seguro caerá en seguida en que siendo mero convencionalismo lo del norte y el sur del autoplanetoide, mal podía la sabia yanqui adivinarlo, sobre todo ignorando la forma cómo había sido lastrado con talluro el novimundo, en virtud de la cual, siempre la parte inferior de él sería la más cercana al astro que sobre él ejerciera atracción predominante.

los tarjetones colgantes en su pecho y espaldada.

De otra parte, como Sara llevaba una semana de estudiarse el plano de Páramillo, fotográficamente tomado desde su aeroplano, y el del interior de los talleres, no es extraño que por todas partes se moviera con soltura, sin dudas ni vacilaciones; mas convencida de la inutilidad de volver a los talleres, como no fuera para desempeñar en ellos oficio de maestro, único modo de sorprender secretos más hondos que los que de aprendiz había descubierto, decidió despertar al durmiente y devolverle su personalidad, traje y funciones; *pero sin que él tuviera la menor sospecha de la trastada que le habían jugado*: problema para salir del cual era precisa toda la ingeniosa travesura de quien osaba plantearlo.

Ya resuelto en principio lo anterior, dijo Sara que sus venideras exploraciones le serían poco provechosas si antes de realizarlas no consolidaba su conocimiento de los trabajos y funciones de Dick—que sólo conocía por sus notas—, mediante detenidas conferencias con él, pues no tratándose ya de substituir a un aprendiz, parecía indispensable la informara de cuanto fuera necesario para evitar inadvertencias que descubrieran la superchería.

A la vuelta de aquel primer día de pesquisas se despojó la yanqui del traje del narcotizado, y ordenó a Dick que lo trajera y lo echara en la cama. Fué ella en tanto a la despensa del mulato en busca de una botella con un poco de ron, del cual vertió unas chorreadas sobre la cama del obrero y en la pechera de su camisa, dejando la botella vacía y un vaso, que sacó de la alacena del obrero, en el espacio, como de medio metro, que entre la cama y la pared quedaba.

Hecho esto, tomó el pulso al dormido, le remangó los párpados, y terminado el detenido examen, previno a Dick que pronto se despertaría, siendo preciso, cuando esto sucediera, hacerle creer que había estado muy malo durante veinticuatro horas, a causa de la enorme borrachera que, sobre la que ya traía, le había producido la bestialidad de beberse una botella, o poco menos de ron, que al acostarse destapó; “pues allí, clavado en el corcho de ella, estaba sobre la mesilla de noche un tirabuzón, perteneciente al obrero, que Dick sacó de la alacena de éste”.

El había vuelto a medios pelos; el sacacorchos, la botella, el vaso, la peste a ron de las ropas, el estado en que saldría del



letargo bastarían a convencerle de lo que se quisiera, y si todo ello no bastara, reforzaríalo Dick con su propio testimonio.

—Por experiencia sé—agregó Sara, sin advertir el estremecimiento que sus palabras producían al mulato—, que hay borracheras donde naufragan por completo la memoria y la conciencia.

Cuando estuvo segura de que Dick sabía bien su papel, fué a sus cálculos, dejándolo con el narcotizado, que, al despertarse una hora más tarde sorprendióse muchísimo de que fuera de noche; y haciendo gran esfuerzo, pues tenía los sentidos embotados, recordó vagamente haber vuelto la víspera un poquillo calamocano. Mas después de esto nada recordaba.

—¿Cómo te has de acordar, si has pescado la mayor pítima que he visto en mi vida!...

—Sí que ha sido de órdago la *tajá*, porque yo ya he cogido otras, pero como ésta, ninguna; mismamente parece que he bebido veneno.

—Pues claro, hombre, y lo es: esos progresos de la industria van a matar a media humanidad... Malo era el alcohol de patatas que hacían antes, pero ahora es peor, porque lo hacen con huesos de diabéticos, que tienen mucho azúcar.

—Sí que yo he oído algo de eso... Y diga, Sr. Shaft, ¿habré bebido esa porquería?

—Chico, mucho lo temo, porque creía que las liabas... Como que a las dos de la noche ya iba a salir a despertar al médico.

—¿Y lo avisó usted?... ¿Lo han sabido allá abajo?—preguntó muy alarmado el infeliz.

—No, hombre, no te asustes. Cuando vi que con paños de agua fría te aliviabas, me las compuse solo hasta la hora de entrar en el taller.

—¿El taller!... ¡Es verdad!... Entonces, ayer u hoy—yo no sé cómo tengo la cabeza—, he faltado... Y se habrán enterado, y perderé la plaza mejor que he tenido en mi vida, y la gratificación que para el fin nos han prometido.

—En poco ha estado... Gracias a que pude taparte.

—¿Taparme?... No entiendo, señor Shaft.

—Sí, porque a pesar de haber pasado el día durmiendo, no has faltado al taller.

—¿Que he estado dormido y no he faltado al taller!... Maestro, o soy idiota, o se burla usted de mí.

—No, hombre, no. La fiesta de ayer, que aprovechaste tú para emborracharte, tuve yo que emplearla en hacer con urgencia los planos de unas piezas de la máquina nueva del Sr. Hauptt, y como el trabajo era largo, había que acabarlo ayer mismo, y el alemán sabía que en Mendoza tengo un amigo que es un gran deliniente, dijo que subiera a ayudarme. Nos pasamos el día trabajando; dormí anoche en mi cama, mientras yo te cuidaba, y al llegar la hora del trabajo pensé que si no ibas te cazaría el médico en esa cama, que apesta a ron casi tanto como tu camisa. Me diste lástima, y propuse a mi amigo que se pusiera tu traje, y se viniera allá conmigo. Precisamente él tenía curiosidad de ver los talleres...

—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Entonces?...

—Nadie ha echado de ver tu falta.

—¿Y no lo han conocido?... ¡Pero ese hombre no sabría hacer mi obligación!...

—Mira, hijo, como tu obligación no tiene mucha ciencia, y yo se la expliqué, y el mozo es listo...

—Señor Dick, entre usted y ese hombre me han salvado. Sr. Dick, mándeme usted que ruede... Pero ahora, ¿qué voy a hacer mañana? ¿Qué digo en el taller?

—¿Pero, animal!... ¿Qué has de decir?... Ni una palabra. El de hoy ha sido un día como todos, ni más ni menos.

—Ya, ya creo que entiendo; pero todavía estoy un poco mareado.

—Piensa que si hablas, no solamente te despiden a ti, sino a mí... Y no sería buen pago del compromiso en que me has metido.

—No, señor Shaft, ¿cómo va usted a creer eso de mí?...

Quiso después el agradecido obrero dar las gracias al amigo de Dick. Pero no pudo ser, porque el tal amigo se había vuelto a Mendoza en la vagoneta suspendida de las siete y media.



## XXX

## SARA ENCUENTRA LO QUE BUSCABA EN PARAMILLO

Hasta su salida de Paramillo, una semana después del día en que por primera vez entró Sara en los talleres, no volvió a verla Dick en su verdadera forma, y aunque su pasión violenta seguía atormentándolo alternativamente con desesperanzas positivas de momento, e insensatas ilusiones para un borroso porvenir; como no la veía sino desfigurada con la peluca y con el gabanote amplio que ocultaba la esbeltez de su cuerpo, la tentación no obraba en él con la violencia ciega que antes tuvo. Gracias a esto, se adormecieron las sospechas vagas que Sara concibiera del enamoramiento del mulato. Aparte no ser ella mujer que renunciara a sus proyectos por miedo al trance de meter en cintura a cualquier hombre que se atreviera a desmandársele.

Además, en la semana citada, pasaron poco tiempo juntos, pues ella aprovechaba para dormir las horas que él permanecía en el taller.

A la caída de la tarde recibía las lecciones que necesitaba para ocupar el puesto del mulato; terminadas aquéllas, acostábase él en la habitación de la derecha del recibimiento, quedándose ella en la de la izquierda trabajando, completamente a oscuras, en sus cálculos y problemas.

—¡Escribir a oscuras!... Sí; la explicación no puede ser más sencilla. En el estuche, que conocemos ya, había un segundo frasco con tapón portador de una brochita sumergida en una preparación, con la cual barnizaba Sara las hojas de papel blanco donde se proponía escribir en cuanto apagara el alumbrado, para evitar que por resquicios o rendijas se filtraran rayos de luz que delataran su presencia.

No hay que decir que las hojas se volvían negras, como cuanto en la habitación había, al quedar ésta a oscuras; pero entonces sacaba Sara un pedacito de cinetorio substraído por Dick en los talleres, y reflejados los invisibles rayos químicos de él en un espejo, formado por una hojuela parabólica, caían sobre el papel, que se iluminaba con suave luz, semejante a la emitida por el fósforo (1) en la obscuridad.

Escribía Sara sobre la tenue luz de las fosforescentes hojas con una pluma estilográfica llena de un líquido, cuya receta, invención suya, es aún desconocida de la química del siglo XX, siendo lo único por Mlle. Thellis averiguado, que descomponía el barniz del papel en donde lo tocaba, matando su luminiscencia y trazando una escritura negra en la obscuridad sobre el papel fosforescente, que, expuesto luego a la claridad, mostraba sobre el gris claro del barniz lo escrito en color verde oscuro.

Quienes en los comienzos de esta historia vieron la posibilidad de retratar sin luz, no se sorprenderán viendo escribir a Sara en las tinieblas, y pensarán que cosas mucho más difíciles podrán hacer los sabios del siglo XXII.

Al cabo de dos días del explicado régimen de vida, sorprendió a Dick, en la mañana del tercero, la novedad de haberse vuelto Mr. Chess mulato.

Era que Sara iba a ocupar el puesto de su cómplice, vistiéndose su traje, y colgándose al cuello su mudógrafo: nuevo disfraz de la proteica americana, bajo el cual trabajó cinco días a las órdenes de Fognino y de Hauptf, uno y otro a mil leguas de sospechar quién era el maestro del taller de cargas reforzadas.

Así se enteró Sara de interesantes particulares sobre la propulsión del orbimotor y del papel de las diversas cargas, según se destinaran a determinar empujes laterales del autoplanetoide o a luchar con las gravedades de tierra, sol y estrellas.

Los dos viejos estaban cada día más satisfechos de la habilidad y puntual cumplimiento del operario, tanto que el segundo día de andar entre ellos oyó la astuta espía decir a Hauptf:

—Es inteligentísimo; a veces hasta parece que le adivina a uno deseos y propósitos.

Aquella tarde la taimada Sara cometió, a intento, una torpeza, no de gran monta,

líquido de la redomilla, no es cosa averiguada; mas no andaría muy lejos de ser alguna disolución de un preparado análogo al platino-cianuro de bario, al sulfuro de cinc, sustancias que antes ya de 1900 eran conocidas, por los efectos de fosforescencia en ellas provocadas por las radiaciones alfa de los tubos Röntgen o las del radio.

(1) Cual fuera la composición química del



pero evidente; y en sucesivos días procuró mostrarse menos perspicaz, haciéndose repetir de Fognino, que era a quien más temía, una orden que no estaba seguro de haber entendido bien, lo cual hizo pensar al italiano que, aunque listo, no lo era tanto el mudo cual ponderaba Hauptf. Esto precisamente se proponía el fingido maestro.

Al salir el segundo día del taller, y aun cuando no viera todavía claros todos los detalles del invento de María Pepa, sabía ya su enemiga que si al autoestelar se le privara de las cápsulas correspondientes al ecuador y a los tres paralelos a él inmediatos por encima y debajo, quedaría, si no imposibilitado de todo movimiento lateral en cortas extensiones, incapaz, por lo menos, de realizar los enormes recorridos de su proyectado viaje sideral... Y no era saber poco, pues si ello no bastaba para hacer andar el orbimotor, cosa que no preocupaba a Sara, pues no era la encargada de llevarlo a los planetas, sobraba para estropearlo, provocando el fracaso de María Pepa.

Substraer las cápsulas de aquellos 140 elementos propulsores era sencillísimo, pues diez minutos bastarían para destornillarlas; pero tan inútil como fácil y rápido; porque al montar en el autogravitante los elementos notarían la substracción. Cavila que cavila, dió con la solución, que llegó envuelta en el recuerdo de Challao, de Krenk, y de aquella falsificada capsulilla, en la que el cinetorio estaba substituído por una gota de anilina. Con acudir a las consabidas gotezuelas, habría logrado sus propósitos. Pero ni tal substitución era tarea tan breve como la de destornillar las cápsulas, ni el cinetorio podía manejarse sin las precauciones ni los aparatos empleados en Paramillo. ¿Cómo arreglarse?... Además no tenía anilina.

No durmió Sara aquella noche; pero a la mañana siguiente ya tenía una idea. Para ponerla en práctica despertó a Dick dos horas antes de la de entrada en el taller, encargándole que saliera inmediatamente a buscar unas gotas o granos de goma, cola o engrudo, que necesitaba a toda costa antes de ir al trabajo. Cuando él volvió con un frasco de goma, untó Sara con ella dos tiras de papel de unos tres dedos de anchas, que después de secas guardó bajo el teclado de su mudógrafo, es decir, del mudógrafo de Dick, con el que en el taller hablaba ella.

Cuando, terminada la jornada de aquel día tuvo seguridad, al salir de los talleres, de que nadie iría ya al W. C., retrocedió el fal-

so Shaft desde la puerta exterior, encaminándose a dicha habitación; y encerrándose en ella, y sacando del mudógrafo las dos tiras de papel, las humedeció y pegó sobre la rendija que quedaba entre los marcos de madera de la vidriera y del hueco en el que ésta encajaba. Aguardó un rato mientras la goma se secaba, y descebandando después la falleba, dejó la ventana cerrada únicamente por la tensión de los papeles y en disposición de ser abierta desde fuera con pequeño empujón, suficiente a desgarrarlos.

A las dos de la siguiente madrugada daba él empujón Sara, subida en los hombros de Dick, y ambos entraban por la ventana en los talleres, dirigiéndose al almacén de cápsulas descargadas, de donde substraieron 180 de éstas, que Sara se llevó a su alojamiento, mientras corría Dick al escondrijo en que depositaba los avisos para el electricista, dejando allá uno con la orden de que a las cuatro de la tarde llevara a casa del mulato una blusa de trabajo y una gorra de obrero.

El primer cuidado de Sara cuando entró en el taller por la mañana fué visitar el W. C., arrancar los restos de las tiras de papel y cebar la falleba. Después de la comida del medio día devolvió a Dick su traje y personalidad para que fuera al trabajo.

\* \* \*

Grande fué la sorpresa del electricista cuando, a la tarde, hallóse cara a cara, en el cuarto de Dick, con Mister Chess, un poco más moreno de lo usual, por las vislumbres de la tizne con que en aquellos días se embadurnó la cara, las cuales tardarían otros cuantos en desaparecer por completo.

Bien se alegró el electricista de encontrar al señor de las propinas. Este, después de darle una, díjole que era preciso perder aquella tarde la última vagoneta de retorno a Mendoza, en la cual se marchaban los obreros que no dormían en Paramillo.

Media noche sería cuando Sara terminaba de comunicar a Dick sus últimas instrucciones. Ella le enviaría un frasquito con cuentagotas para que vertiera una en cada cápsula de las que habían escondido bajo el entarimado del pavimento. Cuando todas estuvieran listas, las llevaría a los talleres por el camino que sabía; destornillaría las cargadas en los elementos del primer estante y pondría en lugar de éstas las que él llevara.



Las cargadas no debía dejarlas en el almacén, sino arrojarlas al barranco a cuyo borde se alzaban los talleres.

—Pero mucho cuidado, señor Dick, pues harto sabe cuán peligrosas son, y sentiría le ocurriera una desgracia.

—¿De veras?... ¿De veras?...—preguntó él con emoción tan evidente y honda, que en Sara despertó instintivo impulso de darle la altanera respuesta que su orgullo dictaba. Pero reflexionando que entonces más que nunca necesitaba de aquel hombre, se reprimió, contestando tranquila:

—Naturalmente, agradezco los riesgos que por mí corre usted, y procuro amenguarlos.

La impresión producida por aquellas palabras, que aun fríamente pronunciadas parecían afectuosas, hizo al mulato contestarlas con vibrante entusiasmo.

—¡Riesgos, riesgos!... La vida daría yo por conseguir que usted pensara que mi vida vale algo.

Sara se alegró muchísimo de que en aquel momento entrara el electricista.

.....

—¿No voy yo con usted?... Querría despedirla.

—De ningún modo; nadie ha de vernos juntos. Dick Shaft y Mister Chess no se conocen.

—A estas horas no hay nadie por las calles; nadie nos verá.

—Por si acaso... ¡Ah!... Me olvidaba. Procure usted que lo contraten para el viaje. Con su reputación de hábil, que estos días le he aumentado, no le será difícil.

—¿Irá usted?...

—Sí.

—Entonces también voy yo.

Púsose Sara sobre el traje y la peluca de Mister Chess la blusa y la gorra de obrero que el electricista le había traído, y siguió de aquél salió a la calle.

## XXXI

### LAS CRISIS AMOROSAS DE MISTRESS SAM-FAIRELO

El electricista y Mister Chess despertaron al mecánico del cable colgante, diciéndole el primero, perfectamente conocido de él, que a causa de un trabajo urgentísimo del señor Ripoll habían perdido la última vagoneta de bajada a Mendoza, y que por eso venían tan tarde.

—¿Y no os han dado pase para bajar fuera de hora?

—Cuando iba a dármelo don Jaime lo llamó la Capitana. Al acabar la obra hemos ido a pedirselo; pero está ya acostado, y su criado dice que aunque lo maten no se atreve a despertarlo. Pero, mira, aunque no traigo pase, tengo aquí un vale para que en el almacén de Mendoza me den unos aisladores que para mañana necesita don Jaime a primera hora.

—Sí, ya lo veo; pero un vale no es un pase.

—Claro que no; pero si los aisladores no están aquí mañana, tuya será la culpa. Y ya sabes que el catalán no tiene buenas pulgas...

El mecánico se rascó la cabeza, como si le picaran ya las terribles pulgas, conocidísimas en Paramillo, del astrónomo barcelonés.

—Y si no—agregó el electricista—, vente con nosotros a casa del señor Ripoll, y le

preguntaremos, es decir, le preguntarás tú, si nos bajas o no.

—¡Que lo despierte yo!... No, gracias... A ver el vale.

—Aquí está. Míralo: "Urgentísimo".

Después de convencerse el mecánico de que efectivamente así decía, por haberlo escrito Sara, se decidió, diciendo:

—Pues anda; por esta vez os bajo; pero lo que es otra...

—Si es como ésta, por cosas del servicio, nos bajarás lo mismo.

Al apearse en Mendoza de la vagoneta suspendida, dió Sara un hondísimo suspiro. Salía sana y salva de Paramillo. No era poco.

Citándolo para el hipódromo, donde a la noche le llevaría una botellita que él debía subir a Dick, despidió al electricista Mister Chess, que, cuando al poco rato, ya en el Hotel Juanita, se quitaba, para acostarse, la peluca, pensaba:

—Ese hombre es otro... Pero no, no puede ser; porque si ese burdo minero, si esa bestia cerril, con quien días y días he estado haciendo vida en común, sintiera tal pasión, le habría sido imposible dominar sus instintos montaraces, excitados por mi constante cercanía; y un feroz impulsivo como él habría intentado...



No pudo el pensamiento completar la idea, pues más rápido que él, un estremecimiento de nauseabunda repulsión agitó de los pies a la cabeza el cuerpo de la hermosa mujer, y su rostro contrájose con gesto casi doloroso de horror y asco.

—No, no... Imposible: son fantasmas nacidos de la tensión nerviosa en que he estado estos días; absurdos que yo misma forjo... Sus efusiones sólo prueban que el que creí chagal no es sino perro necesitado de amo, y que en definitiva soy yo quien gana esa perruna lealtad inesperada.

Por uno de esos inopinados giros o bruscos saltos, propios del pensamiento femenino, que sin ideas ni discursos que sirvan de eslabones salva vertiginosamente las distancias entre impresiones antitéticas, la hosca y grosera imagen de Dick borróse en un instante de la mente de Sara ante la evocación de la apuesta figura de su Alvaro.

De su Alvaro, a quien no veía, a quien no abrazaba, cuyos hermosos ojos no la miraban, cuyas caricias no disfrutaba hacia una eternidad. Tal parecían a la amante esposa en aquel psíquico o fisiológico momento las tres semanas en que *su propia voluntad* tuvo alejado de ella, con embustes y enredos, al esposo adorado.

Y no había fingimiento en la violencia del afán con que de pronto suspiraba por el ausente Alvaro, a quien no echó de menos mientras en Paramillo absorbieron su vida, y dieron sensación de plenitud al corazón, odios que no dejaban huecos para afectos.

No: ni fingimiento externo había, ¿a qué, si estaba sola?, en aquel impaciente retomar de su dormido amor; ni siquiera ilusión autoexcitada con que ella misma se engañara; pues sentía realmente el dolor de la ausencia con tan vehementemente desconsuelo, que años de vida diera si dándolos lograra tener entonces junto a sí a su Alvaro.

¿Cómo compaginar tan grande amor—amor lo llamaremos—con la conducta de Sara al alejar de sí a su marido?... ¿Cómo pueden tan inconciliables sentimientos juntos vivir en la misma criatura?...

No: por muy opuestos que parezcan, no hay sentimientos que por turno no quepan, y si me apuran a la vez, en la complejidad de algunos corazones. Por ejemplo: en el caso de Sara era una positiva realidad que jugaba con Alvaro como con un muñeco; que lo apartaba de su lado cuando los fríos proyectos de su envidia o su odio anulaban en ella la sensibilidad afectiva; mas no era menos cierto que adoraba a su marido siempre que orgullos o rencores dejaban hueco

a la pasión para manifestarse en las treguas de sus otras pasiones.

Y, claro está, no pudiendo adorarlo sino a ratos o temporadas, resurgía el amor, a la hora de adorarlo, en crisis de pasión delirante, cual la que sufría Sara, en el hotel, la noche que salió de Paramillo. Con la agravante entonces de que llegando dicha crisis cuando calmarla no podía el ausente, evocado con desesperaciones de impotencia, era terrible: tanto, que gemidos, espasmos y congojas redujeron a la brava mujer, cuyo temple de acero acreditaban sus recientes empresas, al miserable estado de una chucela histérica.

¿Cómo dudar, al ver aquel dolor, que el corazón de Sara fuera entero de Alvaro? Ni ¿quién podrá extrañar que ella misma viviera plenamente persuadida de que en el mundo no existía amor tan grande como aquel que la estaba torturando?

Y es que, como muchísimas mujeres que con profunda convicción han adorado sucesivamente a varios hombres, creyendo ayer que morirían si les faltara Pedro, pensando suicidarse hoy si perdían a Juan, y mañana asombrándose de haber creído amar a Pedro y Juan, por ser sólo Francisco digno de henchir su corazón, del mismo modo estaba Sara convencida de que no había mujer capaz de amar a hombre como ella idolatraba a Alvaro.

Y era muy natural, porque ¿qué sabía de sentires de mujeres que con el alma aman quien sentía el amor comoseudorromanticismo, no del espíritu, sino de los nervios, que engendrado en semimorbosa excitación de sensaciones toma de éstas el fuego en que se incendia? ¿Qué saben ciertas criaturas de frío corazón y sangre ardiente del amor suave que caldea el alma con tiernos sentimientos?

Después de llorar mucho, la postró el rendimiento en intranquilo sueño, donde amor a Alvaro y odio a María Pepa la atormentaron alternativamente. Del mulato, que en aquellos instantes tenía el pensamiento fijo en ella, ni el más leve recuerdo, ni la menor sospecha ni recelo.

El primer cuidado de la doliente esposa al levantarse, fué pedir una urgente conferencia con Lisboa, pues la vida era amarga mientras no oyera la voz de Alvaro, con quien hacía nueve días no había hablado. Y no quieran ustedes saber las ternezas y embustes que le dijo en aquella conferencia trasatlántica, que por lo urgente y larga la costó un sentido: las ternezas para calmar



su lacerado corazón, los embustes explicando el silencio de aquéllos nueve días.

Terminado el idilio telefónico, que salvaba la atmósfera por cima de los mares entre dos continentes, todavía quedóse Sara tan absorta y olvidada de Mister Chess, que al alzar la cabeza y encontrárselo en el espejo que estaba enfrente de ella, se quedó sorprendida.

Entonces se acordó de que necesitaba comprar anilina y ordenar las notas de lo curioseado en Paramillo, para fraguar sobre ellas un simulacro de investigación personal y sorprendentes deducciones científicas que, simulando conducir a los resultados por ella arteramente sorprendidos, dieran a éstos apariencia, no de robados secretos, sino de personales éxitos de su saber e ingenio, lo cual requeriría tres días de trabajo intenso.

Bien lo deploraba, porque este plazo dilataba el ansiado momento de estrechar en sus brazos a su marido; pero era indispensable, pues además de estar en tal estudio la coartada con Alvaro de los días de su estancia en Paramillo y el disfraz científico de sus traidoras faenas, serviría, además, para aumentar la admiración que a su talento rendía él.

Para no perder tiempo, salió inmediatamente a comprar la anilina, y después de almorzar montó, en la *pajarera*, en su aeroplano, que al poco rato la dejaba en Aldea Vacas, donde Ketty la recibió cual si volviera de un paseo de una hora.

Inmediatamente se puso a trabajar en la memoria, y a la hora de costumbre bajó al hipódromo para enviar allá arriba la anilina. Dos noches después, teniendo ya casi terminada la redacción de su maravillosa y embustera lucubración científica, bajó al hipódromo y recibió de manos del electricista una carta que decía: "Espero que mañana estará todo hecho."

Conferenció seguidamente con Lisboa; tornó a la aldea; dió los últimos toques a su obra; y, nerviosa como nunca, sorprendiéndola el amanecer sin haber podido pegar los ojos.

Por la mañana telegrafió urgentemente a Washington y Nueva York, encargando que en igual forma se comunicara a la Embajada en Portugal orden para que cesaran las dilaciones al otorgamiento de la científica representación de Portugal a Fairelo. Por la tarde cargó en el aeroplano su equipaje personal, dejando la impedimenta científica en el Hotel Juanita, al cuidado de Ketty; se despojó del traje de Mr. Chess, que hizo quemar a su doncella; se miró al espejo, quedando satisfecha de haber ya desaparecido

de su tez alabastrina los últimos vestigios de la tizne con que la embadurnó allá arriba, y vistiéndose su traje mujeril—todo lo femenino, y no era mucho, que en 2186 eran los femeniles atavios—, conservando tan sólo la peluca y el balandrán del imaginario australiano en cuya piel había vivido.

Recatándose con aquellas dos prendas, suficientes a encubrir la en su última y brevísima cita con el electricista, bajó al hipódromo, a las once, y, temblando, rasgó el sobre del esperado aviso, que decía solamente: "Hecho".

El recuerdo de los infames medios puestos en juego para alcanzar aquel resultado que le garantizaba para lo porvenir el triunfo sobre María Pepa, no amenguó el gozo de su envanecimiento ni la alegría con que, en alta voz, dijo al subir al aeroplano: "Ahora puedo volar a los brazos de mi Alvaro", sin acordarse de que la oía el mensajero, que al verla remontarse se quedó pensando: ¿Será su hijo?"

El impaciente afán que la acuciaba no consintió que ni un segundo demorara la partida, y sola en su aeroyacht lanzóse a través de la noche con rumbo a Pernambuco, pidiéndole al motor la más vertiginosa de sus velocidades, sin otra idea en la mente, ni otra palabra en los labios que Alvaro.

Dejando atrás América salió al Atlántico, al cual cayeron el balandrán y la peluca de Mr. Chess, y queriendo sorprender a su marido aterrizó en Dakar, donde bajo el nombre de un querido compañero de la infancia, a quien aquél quería como a hermano, y residente desde remota fecha en las islas Sandwich, telegrafió a Alvaro, avisándole la llegada del amigo a Lisboa para el siguiente día, a las siete de la tarde, y previniéndole lo esperara en la plataforma Das Necessidades, donde se proponía aterrizar.

Y llegado el momento, ¡cuál gozó Sara con la sorpresa de él, cuando, sin esperarlo, se halló entre los brazos de ella, que temblaban al ceñirse su cuerpo!

Supongo que al lector no le interesan los detalles de las muy explicables expansiones subsiguientes. Pasándo las por alto, haré constar tan sólo que ellas convencieron a Alvaro de que Sara lo amaba más que nunca, de que por nada volvería a separarse de su lado. Y agregaré que al día siguiente, al enterarse de la científica memoria, y de que su esposa había descubierto casi todo el invento de la aragonesa, la admiración y el envanecimiento de verse dueño del amor de tal prodigio hincháronle de orgullo y remacharon su cadena.



Pocos días después obtenía Fairelo el decidido nombramiento, y salía el matrimonio para Mendoza, provisto de un magnífico

equipaje científico destinado a fructíferas investigaciones de sabio y sabia en el viaje interplanetario.

## XXXII

### ULTIMOS PREPARATIVOS

Trataban a su fin los trabajos preparatorios de la partida. Para ultimar la instalación de sus personales efectos en los pabellones a cada uno asignados, entraban y salían los expedicionarios en el autoplanetoide, con los usuales incidentes de reclamaciones, traslados y todas las chinchorrierías que el capitán de un barco a punto de zarpas tiene que sufrir de su pasaje, con motivo de la distribución de camarotes: aun cuando en este caso no se tratara de reducidos e incómodos zaquizamies como los de los antiguos trasatlánticos, sino de espaciosísimos departamentos, con salones, despachos, alcobas, baños, calefacción, refrigeración, etc., pues lo que sobraba en el novimundo eran espacio, aire y agua: claro que esta última fresquísima cual fabricada a diario, lo cual es sencillísimo teniendo a mano oxígeno e hidrógeno.

Una semana faltaba para la expiración del plazo concedido a los expedicionarios para arreglarse sus respectivas casas y del señalado para terminar las instalaciones de maquinaria y el almacenaje de acopios oficiales. Al término de ella, todos los viajeros bajarían a Mendoza, mientras se colocaran las cargas en el avimundo, operación a la que sólo asistirían María Pepa, sus abuelos, los pilotos y el personal del taller de manipulaciones radioactivas, donde se estaba terminando la fabricación de elementos propulsores y cápsulas, en número de 1.000, muy superior al de elementos, para llevar prudencial y abundante reserva de fuerza.

Cuatro días no más quedaban por pasar de la semana aquella cuando, seguidos de un equipaje no tan desmesurado como el de Aristides, pero muy respetable, se presentaron en Paramillo Sara y Alvaro, portadores de sendos oficios del Comité de Investigaciones Científicas, de Washington, y del Ministerio de Sabiduría, de Lisboa, nombrando representantes, en el novimundo, de la ciencia yanqui a mistress Sara, y de la portuguesa a Sr. Fairelo.

Hubo que ver el aire, socarronamente triunfal, con que después de saludar muy

efusivamente a María Pepa, le presentó Sara su oficio.

Desagradablemente sorprendida, pero fría y correcta, contestó la capitana:

—Está muy bien. Resolverá el Consejo.

—Claro: si bien en este asunto no cabe otra resolución que recibir con la mayor cordialidad a los representantes que la ciencia internacional ha elegido libremente por creerlos dignos...

—Aun cuando no sean gratos—interrumpió Fairelo.

—¡Alvaro!—exclamó Sara en tono que sonaba a reconvencción.

—¿No sean gratos?... No soy tan frágil de memoria que haya olvidado el agradecimiento a quien debo la vida—replicó María Pepa.

—¡Por Dios, amiga mía! Ni mi marido piensa en eso, ni aludía en nada a usted. ¿Verdad, Alvaro?...

—Sí... Yo no quería...

—Eso en cuanto a él, que en lo que a mí respecta, no olvidaré jamás la cordial espontaneidad con que usted se brindó a acompañarme en aquellas desdichadas pruebas, que no se realizaron por culpa de esas personas a quienes somos poco gratas, y no hay por qué nombrar. A ellas se refería mi marido, no a usted. ¿Verdad, Alvaro?... Pero pasadas diferencias, no con usted, querida amiga, sino con el Consejo, de las que ni por pienso hago a usted responsable, escúcen, por lo visto, a mi marido todavía. Y sin duda, pensando en ellas, suponía que no seríamos gratos a alguien que pudiera sentir temores de que...

—¡Temores!—exclamó María Pepa vivamente—. ¿Temores de qué? ¿A quién?...

—De nosotros, de nuestro resentimiento.

—Están ustedes completamente equivocados, y en prueba de ello, yo, que conozco perfectamente el criterio del Consejo, quiero demostrar a ustedes cuán sin razón hablan de temores que nadie siente aquí; y anticipándome a la resolución de aquél, de par en par franqueo a ustedes las puertas de mi autoplanetoide. En el número 15 de la calle



A hallarán preparado el pabellón que corres-  
ponde a la comisión de Norteamérica.

—Mil gracias, amiga mía... Pero si esa  
amabilidad de usted puede ocasionarle...

—No la preocupe eso. Además, como muy  
bien supone usted, la resolución no puede  
ser sino la que adelanto, y esto lo aprecia-  
rá el Consejo. Y pensará también que no  
es posible deje a ustedes creer ni un solo  
instante en esos miedos de que hablaban an-  
tes. ¡Ja, ja, ja!... Pase, pase, amiga mía...  
¡Soledad!; ¡Santiago!; conduzcan a estos  
señores a la calle A, número 15. Y mien-  
tras estén dentro, pónganse en todo a la  
disposición de ellos. Hasta luego, amiga mía.

—Mi marido y yo damos a usted un mil-  
lón de gracias. ¿Verdad, Alvaro?

—Sí, sí, señora, muy agradecidos.— Y  
luego, al separarse de María Pepa, dijo Al-  
varo a su esposa: Creo que se burlaba de  
nosotros. Se me iba acabando la paciencia.

—Ella se habrá burlado, pero está claro  
que bien contra su gusto estamos dentro.  
Mira, Alvarito, las violencias lo estropean  
todo cuando son innecesarias. Es preciso  
que vayas aprendiendo a reprimirte, porque  
ha de hacerte falta. Y cuidado, que llevamos  
centinelas de vista.

Cuando los recién llegados se acercaban  
a la entrada de la poterna del orbimotor  
llamó de nuevo María Pepa a Soledad, di-  
ciéndola:

—No los perdáis de vista hasta que sal-  
gan. Ni toleréis que vean nada, ni que va-  
yan a parte alguna sino a su alojamiento...  
¡Ah! Y buscadme, Santiago y tú, él en su  
tropa y tú en la tuya, dos mozos listos y  
dos muchachas muy despiertas que hablen  
inglés para que, relevándose, no me pier-  
dan de vista a esos señores en todo el via-  
je. Cubrid sus bajas con otros; y ellos y  
ellas que se quiten en seguida el uniforme,  
para que no se sepa que pertenecen a la  
guarnición.

\* \* \*

Aquella misma noche, mientras tomaban  
el café, ya en la azotea de la Comandancia  
General del autoplanetoide, reconvenían Fog-  
nino y Aristides a María Pepa por haber ac-  
cedido a que el matrimonio Sam-Fairelo  
fuera admitido en la planetaria expedición.

—Ya sabes lo que te tengo dicho de esa  
señora, y también sabes que no tengo mal  
olfato.

—Sí, mamá, y creo que no te engañas esta  
vez.

—En cuestión de olfato no cedo a nadie,  
si por tamaño de la nariz se juzga, la prio-  
ridad. Y en este caso coincidimos, pues tam-

poco me gusta a mí la yanqui: digo, gus-  
tarme, vaya si me gusta, pues a guapa no  
conozco más que una que la gane; pero quie-  
ro decir que me parece una mala persona,  
y para usted la peor compañera de viaje.

—Mira, hija mía, yo creo que todavía po-  
drías anular la autorización.

De ningún modo. Mi palabra es palabra.  
Para que creyera...

—Pero si a usted misma la desagrada esa  
señora, si comenzó usted poniendo dificul-  
tades a su admisión, y si pensaba suplicar  
al Consejo que buscara una excusa para re-  
chazarla, ¿por qué cedió usted al cabo?

—Porque pensaba ella que yo la tenía  
miedo. Ya lo verá si llega el caso.

—Justo, como los chicos: A que no te ti-  
ras. A que sí. A que no: y de cabeza, y se  
la rompen—dijo Aristides—; pero siquiera  
tome usted precauciones.

—En eso estoy, y ya he tomado algunas.

Entonces refirió María Pepa lo que había  
ordenado a Soledad. Lo aprobó Aristides, lo  
aprobó Fognino; pero no pareciéndoles bas-  
tante fueron llamados a junta Ripoll y  
Haupt, y los cinco celebraron sesión don-  
de se habló de cápsulas, excitadores, alma-  
cenes de explosivos; de secretos embarques  
en el auto planetoide a altas horas de la  
noche, a los cuales no convenía cooperaran  
sino los cinco presentes, Soledad, Santiago  
y Pedro el fogonero, que en las noches si-  
guientes los realizaron.

En la fecha prefijada se marcharon todos  
los expedicionarios forasteros a Mendoza,  
para permanecer allá durante los cuatro o  
cinco días que habría de consumir la colo-  
cación de las cargas, operación dada a pe-  
ligros que no debía afrontar sino el perso-  
nal del taller cinetórico, por ser ese su ofi-  
cio, los altos directores de la operación, y  
las tropas del motoplaneta, que, a dos kiló-  
metros de él, formaron un cordón de vigi-  
lancia para impedir la entrada a los extra-  
ños en los astilleros.

Era lo único que faltaba para que el or-  
bimotor pudiera remontar su vuelo; y aun-  
que pesadas y delicadísimas las operaciones  
del montaje de cargás, marcharon sin obs-  
táculo ni entorpecimiento digno de mención,  
en lo cual no tuvo poca parte la desfeza  
de Dick, que había llegado a ser el obrero  
predilecto de Haupt y de María Pepa. A  
tal extremo, que ésta, aun habiendo ella  
mismo exigido del Consejo que ni en la tri-  
bulación ni en las fuerzas armadas del avi-  
mundo se admitieran sino españoles e his-  
panoamericanos, comenzaba a pensar que  
aquel hombre podía ser utilísimo en el viaje.

Ella tenía sobrado que hacer, con el alto



gobierno de su etérea nave, para descender a detalles de reposición de cargas, reparación de excitadores, etc., etc., a los abuelos, no era cosa de imponerles tales faenas casi subalternas, y Valdivia, el ingeniero de la Vidriería de Paramillo, que había sido sus pies y sus monos en la inflación del avi-planeta, y a quien acababa de nombrar su segundo de a bordo, imponiéndole en los secretos de las cargas de los excitadores y magnetos de ellas, conocía bien todo esto en teoría, pero le faltaba práctica en el manejo de tan sutiles y peligrosísimos elementos.

La idea de contratar a Dick para el viaje le trotaba ya en la cabeza a María Pepa cuando se comenzaron a instalar las cargas en el exterior del orbimotor, y tal fué la pericia por el mulato demostrada en la operación, tal la firmeza de su pie y su cabeza al subir y bajar por las inacabables escalas de 935 metros y 4.672 peldaños de polo a polo cada una, donde asaltaba el vértigo a los más serenos, que esto la decidió a infringir su criterio general de no encontrar sino españoles e hispanoamericanos, encargando al abuelito Fu que le preguntara si quería ajustarse para el viaje.

Como Dick no deseaba otra cosa, no fué difícil convencerle, aun cuando aparentó vacilaciones para no despertar sospechas, y lograr, cual obtuvo, una espléndida remuneración.

Ha de advertirse que como los obreros del taller de carga andaban casi siempre con sus trajes de plomo, muy poca gente conocía al mulato, que no llevaba la cara al descubierto, sino de noche, al retirarse a casa, y de mañana, muy temprano, al ir a su trabajo.

Cuando ya fuera del taller, no estuvo envuelto por todas partes en las terribles radiaciones, pues al exterior no tenía que manejar en el montaje de las cápsulas en el avimundo sino las pequeñas cargas de ellas, casi por todas partes rodeadas de plomo protector, ya no tuvo necesidad del traje que en cuanto aquél se remontara volvería a revestirse, durante sus ordinarias funciones en el almacén de explosivos que a su cargo iba a tener.

Al saltar una tarde a tierra, desde la escala por donde bajaba de colocar la última de las cargas, lo hizo a la inmediación de Soledad y Santiago, extasiados con el soberbio espectáculo que, iluminada de través por el sol poniente, ofrecía la inmensa y doble esfera cristalina del novimundo, a trechos diáfana, a partes teñida de luz dorada. roja, verde, y más allá irisada a la

vez con múltiples colores en determinadas partes de su contorno.

Al lado de ellos, Pedro, el fogonero, menos asequible a tales bellezas, se entretenía hacia rato en mirar cómo Dick Shaft bajaba por la escala.

Lo había visto al principio arriba, arriba, en lo que allí llamaban, aun sin razón para ello, polo septentrional del autoastro, pareciéndole entonces pequeño, diminuto, del tamaño de un soldadito de plomo. Después, cuando empezó a bajar de aquellos 600 metros de altura, tendiéndose para ello boca abajo sobre la escala, casi horizontal en la parte superior de la esfera, con los pies apoyados en los peldaños y las manos aferradas a ellos, hízole la impresión, de lejos visto, de una oruga o una lagartija que rasteando hiciera su camino. Más tarde, al llegar a los trozos donde la escala, contorneando la esfera, se aproximaba a la vertical, vió ya mover brazos y piernas, haciéndole el efecto de un cuadrumano, que de perfil, vivamente iluminado por el sol poniente, que a la espalda de Pedro caía en el horizonte, se destacaba, con la escala por donde descendía, sobre el azul del cielo.

Pedro miraba y remiraba, muy entretenido, los movimientos de aquella que parecía alimaña rampante, hasta que descendiendo y acercándose ésta al fogonero, fué tomando apariencia humana y creciendo, creciendo.

Era muy divertido aquello.

Faltaríale a Dick como unos cien peldaños para llegar a tierra, cuando paró para tomar aliento, dejándose colgar de la cuerda de seguridad, que, arrollada a su cintura por un extremo, se sujetaba por el otro, con un gancho, a la escala. Quedó colgado verticalmente, giró sobre la cuerda, varias veces, a derecha e izquierda, quedando al fin frente a frente de Pedro, que por vez primera veía el rostro del mulato, viva, pero oblicuamente iluminado por el sol.

No lo conoció; pero la mirada de aquel ojo tuerto despertó en su memoria una reminiscencia, en seguida trocada en impresión vivísima, cual si de pronto se encendiera en su mente un rayo de luz. Y cogiendo a Santiago por el brazo, dijo:

—Mire, mire a ese hombre, D. Santiago; mírelo bien. ¿Quién es?

—Ya lo veo. Pero no lo conozco.

—Yo sí... digo, no..., sí...

—Es el mulato tuerto, el capataz de los que andan con las cargas—dijo Soledad—. No puedes conocerlo, Pedro: es forastero.

—No; a él, no; pero sus ojos, sí.

—Eso quisiera: no tiene más que uno.



—Pues yo he visto otra vez ese mirar y diría que es el mismo de uno que yo quería tirar al ventisquero.

—¿Cómo!, ¿Fouciño?

—El mismo.

—No puede ser: está en Mattogrosso, lejisimos de aquí. Juan el minero ha recibido cartas de él; la señorita otra de su mujer, dándole gracias, y con una postdata del mismo Fouciño.

—Güeno, pos a pesar de to, vamos a acercarnos pa verlo bien de cerca en cuanto brinque al suelo. Y mírenlo mu bien.

Dick, después de descansar un rato, y como mosca que por los techos anduviera, reanudaba el descenso por la parte inferior del planetoide, pendiente, casi boca arriba, de los peldaños de la escala por cuatro garfios que en manos y pies se había calzado mientras estuvo colgado de la cuerda.

Saltó a tierra, pasó despacio junto al grupo de los que lo espiaban, y echándoles una mirada indiferente, se alejó.

—Ni por pienso: el otro era tres veces más gordo.

Además, éste es mulato y tuerfó.

—Aquel tenía el pelo colorado.

—Tienen ustedes razón; no es. Fué una fejuración; pero si ahora poco mubieran

tomao juramento, por éstas, que son cruces, l'ubía jurao.

Pero no acabó aquí, pues al día siguiente, que era el de la partida del orbimotor, y cuando, a punto ya de abandonar éste la Tierra, ayudaban Pedro y Santiago a la maniobra de cerrar la quinta puerta de la poterna sur, después de salir por ella el último curioso de los que en el mundo se quedaban, llegó junto a ellos el mudo, con un recado de María Pepa para el maquinista, a quien se lo comunicó, valiéndose, claro es, de su mudofonógrafo, que, como siempre, llevaba en un estuche colgado en bandolera.

Después de transmitir la orden, se marchó, y cuando Pedro vió que estaba lejos, preguntó a Santiago:

—¿Por qué habla ese tío cõn ese chisme?

—Porque es mudo.

—Quiá. Es pa que no le oigamos; pa que no le conozcan por la voz.

—¡Bah!... Tú estás guillao.

—Puede; pero ahora sí que siento no haber tirao al otro al ventisquero.

—Vaya, a ti hay que dejarte.

—Güeno, güeno, déjeme usted; pero yo sé lo que me digo, y si es el que me pienso, que tenga mucho ojo, porque yo soy mu bruto.

## XXXIII

### LA PARTIDA

El 10 de septiembre de 2186 fué el día, el grandioso día, en que el autoplanetoide rompió las amarras de la gravedad terrestre.

La gravedad, ésta era el ancla que tenía sujeto el novimundo a aquella majestuosa cordillera andina en cuyos valles se había fabricado, cuyos cráteres habían dado la fuerza que a los aires, primero, y a los espacios siderales luego, elevaría un nuevo astro, que iba a servir de mensajero entre los astros del sistema planetario.

¿Cuán grandes ellos, cuán menudo él!; pero, ¡Cuán torpes, cuán esclavos unos de la gravitación que los condena al aislamiento, y cuán libre, cuán ágil, cuán dueño de sí mismo aquel micromundículo que en sí llevaba fuerza para recorrer el universo!...

Debe confesar el autor que el anterior párrafo no es suyo, sino copiado de la crónica que al "Novimundo de Trujillo" telegrafió, el consabido 10 de septiembre, el redactor a la Argentina enviado por aquel pe-

riódico para asistir al coronamiento de la obra en Trujillo doblemente comenzada; por ubicar allí (también lo de ubicar es del corresponsal) el celeberrimo Instituto y por ser naturales de Trujillo padre y madre del inclito Castrejo, que también en Trujillo vió la luz.

Pero vamos a lo que ahora interesa.

¿Han visto ustedes zarpar un trasatlántico que lleve tropas de la patria a combatir en luengas tierras?... ¿Se figuran ustedes qué sería la partida de Nansen al marchar en demanda del Polo Norte?... ¿Se imaginan la grandeza del instante en que las velas de las naves de Cristóbal Colón se hinchaban en el puerto de Palos, con el primer soplo del viento que había de llevarlas a un nuevo mundo, al cual las empujaban el genio y el valor con fuerza que no tenían los vientos?

Pues todo eso, visto, supuesto, imaginado, multiplíquese por 100, 1.000, 100.000, y aun no bastará para dar idea de la concurren-



cia, el entusiasmo y la emoción de las incontables muchedumbres, que desde el Aconcagua al Tupungato, de Overo a Maipo, del Cachapual hasta el Zanjón, se apiñaban en cumbres, laderas y collados, para asistir al mayor acontecimiento que el mundo había visto realizar a los hombres.

Comisiones científicas, representaciones internacionales, gentes de todas clases y condiciones, vitorearon al autoplanetoide en cuanto, cobijadas por la bandera roja y amarilla de la Nación Madre, enhiesta allá en el polo, flamearon las banderas de las naciones de la Federación Hispanoamericana, pendientes de todas las escalas. Tras los vítores surgió un clamor pidiendo que la capitana se mostrara donde pudieran todos verla... ¿Dónde?... De pie en lo alto de SU MUNDO: gentil, arrogante, majestuosa, sideralmente bella: con su uniforme, que pueden ustedes figurarse, aunque aquí no se pinte: con la emoción que supondrán ustedes, sin que yo la pondere.

¡Qué apoteosis!... No la detallo, pues ya hemos saboreado bastantes apoteosis, pero dos hechos que en ella culminaron dan la medida de su grandeza: uno que, para ver a la gallarda capitana, se sacudió las nubes que envolvían su nevada cabeza el colosal lejano Chimborazo, lo cual produjo celos al remoto Himalaya que, por mucho que quiso no consiguió empinarse lo preciso para verla por cima de la inmensa redondez del Grande Océano; otro que, en cuanto se inició la ovación, corrió mistress Sam Bull a encerrarse en su casa, calle A, núm. 15; y pretextando dolor de oídos, se rellenó los suyos con pelotas de algodón.

No había previsto ella esto, que a pensarlo, y a costa de evitarse la rabieta, probablemente habría renunciado al viaje, y a la satisfacción que en lontananza la esperaba al llegar el fracaso que había preparado a la capitana. Porque ¡válganos Dios! ¡cuánta bilis tragó!; sobre todo, cuando a despecho de los algodones, y filtrada por ellos, oyó la petición de que subiera María Pepa al Polo Norte. Y todavía más cuando, alzando la cabeza, la vió, a través de la cristalina esfera, en lo alto, apuesta y triunfadora; arriba, arriba, encima de ella, pareciéndole que aquel pie diminuto le taladraba la cabeza.

Consecuencia: un derrame bilioso que la postró en cama. Mucho odiaba ya antes a María Pepa; pero desde aquel día en que no pudo negar que había estado debajo de la capitana; desde que le dijeron que el Chimborazo había saludado a la aragonesa quitándose su sombrero de brumas... Des-

de aquel día ya no puedo encontrar para su odio más calificativo que epiléptico.

\*\*\*

Queriendo que la partida del autosidéreo fuera realizada por un efecto de sol y un efecto de luna, hermosísimos ambos, en su tersa y vitrea superficie, se había fijado la hora de zarpar en las siete de la tarde.

Pero antes de que zarpe, o mejor, antes de que tienda sus invisibles alas, impónese un paréntesis, aun cuando sea muy breve, para explicar la maniobra.

Claro es que si las cápsulas del planetoido funcionaran descomponiéndose instantáneamente, cual se desintegró la que produjo la voladura de Challao, le habría sucedido al autoplanetoide lo que al palacete. Pero las cargas no funcionaban de tal modo, sino del siguiente: los excitadores producían el efecto de apresurar la marcha de la paulatina descomposición normal del cinetorio, reduciendo el plazo de dicha descomposición, de millares de años, a centenares, a docenas de ellos, a meses, a días u horas, si preciso fuera, y esto último solamente en el vacío. Con dicha reducción de tiempo se multiplicaban por mil, cien mil millones de veces, las fuerzas que en su estado natural desarrollan las radiaciones de dicho metal; pero dejando un amplísimo margen antes de llegar a la explosión instantánea: sólo posible y nunca necesaria de emplear cual fuerza propulsora en el vacío, donde el novimundo no encontraría ninguna resistencia material que vencer.

Los excitadores producían, según se los graduara, estos diversos aumentos de actividad radiante, regulados a voluntad del piloto del moteostelar.

Por último, la marcha de éste en el vacío que, según se verá cuando en el vacío bogue, apenas originaba consumo de cinetorio, exigía enorme gasto de él en la lucha titánica que, contra la gravedad de la Tierra, o de otros planetas, habría de sostener, para vencerlas, al salir de los mundos, o para contrarrestar su acción sobre el planetoido, al aterrizar en los planetas, si había de evitarse que dichos aterrizajes no degeneraran en mortíferas caídas.

De aquí que, habiendo de elevar en la partida el enorme peso del novimundo contra la fuerza de la gravedad, fuera preciso emplear (en vez de las descargas del cortísimo número de cápsulas exigido por la navegación etérea, baratísima de com-



hustible) nada menos que las de las 121 del hemisferio austral más cercanas al polo de igual nombre. Claro es también que era imposible iniciar tales descargas con fuertes excitaciones de las cápsulas, sino con paulatinos crecimientos de ellas, pues a fin de evitar peligrosas sacudidas en el arranque, debía procurarse que la velocidad aumentara lentísimamente en los primeros momentos.

Eran las siete menos un minuto cuando Santiago dió parte a María Pepa de estar cerrada la poterna.

—¿Listos?...—resonó la bocina de mando; y al dar las siete:—“Leva”.

Tenuísimas nubecillas levemente verdosas comenzaron a desprenderse de las 121 cargas inferiores... Pasaron unos segundos, y al ver la multitud que no ocurría más, y que inmóvil seguía la enorme esfera, empezó a impacientarse.

Las nubecillas de las descargas hacíanse más densas, más abundantes, de color más acentuado.

—Fuerzan la máquina—decía uno.

—Con tal que pueda con la carga—contestaba otro, que, esperando saliera el novimundo disparado como un cohete, ya comenzaba a desconfiar del éxito.

Las nubecillas tomaban tinte más intenso, y nada. Dentro del orbimotor también sentían desconfianzas cuantos no estaban en el secreto; es decir, casi todos los viajeros. Sara creyó que se le iba pasando el ataque de bilis y hasta que se ponía completamente buena, sobre todo cuando después de transcurrido un minuto desde la orden de zarpar, oyó a la canallesca turbamulta prorrumpir en denuestos y silbidos, insultando al ídolo que ha poco había aclamado.

—Así eres, pueblo: esa es la plebe—dijo con amarguísima sonrisa la capitana, que desde el puente oía los insultos, y miraba, con supremo desdén, brazos en lo alto de los cuales se agitaban amenazantes puños—¡Ciencia, saber, desvelos, años y años de estudio y de trabajo! ¿Qué vale eso para incultas muchedumbres que fallan por impresión de unos segundos? ¿Qué me valdrían si ahora, en el momento crítico, se rompiera un insignificante tornillo o fallara un menudo accesorio?... ¡Pueblo, pueblo, siempre serás el eterno ignorante que nunca alcanza a ver sino el éxito ciego!...

—¡Ha fracasado, ha fracasado!—exclamó Sara.

Pero en el mismo instante sintió la suavisima sacudida con que se estremecía el

motomundo al separarse de la Madre Tierra, y su oído dejó de oír el insultante vocerío de alaridos soeces, a los que sucedió hondísimo silencio.

.....

—Se mueve.

—Sube.

—Muy despacio, sí, pero sube—decían las gentes, en voz baja, bajísima, por temor de turbar con ruido alguno el majestuoso y sublime espectáculo de aquel reposado ascender, mil veces más impresionante que habría sido una rápida ascensión, porque la lentitud de la subida sugería convencimiento de regulada fuerza poderosa; y agobiadas acaso de vergüenza por la ignominia que sobre ellas echaba la reciente silba.

Subía, era indudable, muy despacio al principio, menos despacio luego. Sobrecoigido el público, callaba, anonadado, por la jamás soñada solemnidad de la ascensión maravillosa a los espacios insondables de 200 criaturas humanas, que sólo Dios sabía si tornarían a la Tierra.

Pero cuando llegando el avimundo a la altura de veinte metros se vió subir a verde obscuro el matiz de las descargas, y que éstas lo impulsaban a las nubes con velocidades rápidamente crecientes, estalló el entusiasmo, frenético cual nunca.

—¡Imbéciles!—exclamó María Pepa—. Vitoread, silbad, rugid, ya da lo mismo; vuestra malevolencia ha hecho amargo, en mi alma, el que debiera ser placer dulcísimo del triunfo... ¡Mundo! ¡Ah, qué tristeza daría tu miseria a no saber que eres grano de polvo en ese Algo más grande a que mi espíritu me eleva!... ¡Hombres!... ¡Cómo os despreciaría a no existir un Redentor que manda amar, un Padre que creó la materia y las fuerzas, sin las cuales no podrían triunfar saber ni genio, un Creador omnipotente a cuyos pies ofrendo esta victoria de la inteligencia que El encendió en mi mente, en cuyas manos pongo mi vida y las de cuantos se atreven a seguirme!

Y al decir esto, cayó de hinojos María Pepa sobre el puente del autoplanetoide, que, como su alma, subía, subía...

Cuando allá, en lo alto del puente, la vieron arrodillada cuantos la habían confiado sus vidas, también se arrodillaron, casi sin darse cuenta de su acción. El nuevo astro entraba en los espacios insondables, prosternado ante El ETERNO que de la nada había sacado la materia y la fuerza de que aquel mundo se formaba. El as-



tro por el hombre formado viviría poco o mucho, minutos o millones de centurias; pero moriría al cabo; mas su materia y su fuerza no morirían jamás, sino que, transformadas, seguirían viviendo en el universo como creadas por Aquél, cuyas obras no acaban.

El autoplanetoide subía, subía. La multitud, estática, vueltas al cielo las miradas, lo contemplaba remontarse. El sol se había ocultado, el viento había caído.

Al principio era un inmenso globo, cuya enorme mole, flotante en la altura, abrumaba las inteligencias, y cuyos resplandores deslumbraban los ojos. Porque la diáfana esfera refulgía reflejando los rayos del sol que, ya oculto, para la muchedumbre, bajo el horizonte, no alumbraba siquiera las cumbres de los nevados picachos de las altas montañas, pero seguía encendiendo fulgores en el novimundo, que desde arriba las miraba.

El imponente silencio de centenares de miles de criaturas que lo contemplaban era el homenaje respetuoso de la Humanidad al augusto alumbramiento de la Madre Tierra, que daba un nuevo mundo al universo.

Subía recto, como sube el humo en la atmósfera en calma, porque ni el más leve aleteo de la más tenue brisa quería turbar la ascensión majestuosa.

Llegado a ocho kilómetros de altura, parecía sobre los Andes del tamaño de una gruesa manzana vista a distancia de dos pasos. Así se le veía en el momento en que dejaba el sol de iluminarlo; mas de pronto resplandeció por sí, al encenderse con luz propia: mejor dicho, con luces, pues, como si estuviera realmente dividido en los gajos de aquella hipotética naranja que nos sirvió para explicar la disposición de cargas y de escalas, se iluminó en los veinte sectores en que lo dividían éstas, con resplandores de alternados tonos, mostrando un gajo rojo, otro amarillo, rojo el siguiente, amarillo el inmediato. Era que María Pepa se acordaba de su patria y saludaba al mundo con la bandera española.

Y América acogió con estentóreos vivas la aparición sobre su cielo de la enseña que en los tiempos remotos había llegado por los mares para sacar una América virgen, viva, fuerte, del ignorado mundo por océanos defendido; para fundar una familia de naciones nuevas de razas escondidas en la noche de brumosos siglos.

A medida que fué alcanzando sucesivas

elevaciones de 20, 40, 200 kilómetros, fué el automundo mostrándose progresivamente a los hombres, que en la Tierra lo miraban, con tamaños de que puede juzgarse con saber que eran los mismos que nos muestra la manzana de marras vista a distancia de 5, 10, 25 pasos, o, usando comparación más adecuada, fué presentándose a sus ojos a los cinco kilómetros de elevación con anchura de 14 lunas; a los 33, con la de dos; a los 66 con la de una; a los 100 con la de dos tercios, y a los 200 como un tercio de aquella, y semejante a inmensa estrella de magnificencia, con la cual no podían remotamente compararse las de las más hermosas del firmamento: pálidas, miserables ante su opulencia.

Al arriar la bandera, apagando sus luces, que habían sido producidas quemando en las llamas de poderosos mecheros Bunsen sales de litio y sodio, engendradoras, respectivamente, de llamas roja y amarilla, quedó brillando en las alturas con el brillo argentado producido por su central eléctrica. Desde abajo lo veían cual si fuera la luna pequeñita de que se ha hablado antes.

Una luna no solamente contemplada por las multitudes, que no acertaban a alejarse de Paramillo, sino a la cual se dirigieron durante toda aquella noche los anteojos de todos los observatorios astronómicos, a los que no se la ocultaba la redondez de la Tierra.

Pero desde las siete y veintidós, hora en que por el tamaño de él, que los astrónomos midieron, se comprobó que no solamente no subía el autoplanetoide más arriba de los 200 kilómetros, sino que no avanzaba hacia el Norte, ni hacia el Sur, ni a Oriente, ni a Occidente, ya comenzaron a inquietarse los observadores.

Sin viento que en la atmósfera lo empujara, era arrastrado como el aire de ella, en el que estaba envuelto, por el continuo voltear del mundo: como son arrastradas aguas de ríos y mares, como era arrastrada la cordillera de donde había zarpado, sobre la cual seguía inmóvil, alarmantemente inmóvil.

Llegaron las doce de la noche, e inmóvil continuaba, y así seguía cuando al amanecer quedó su luz disuelta entre oleadas de poderosa luz solar. Desde la Tierra ya no lo veían.

El mundo sabio estaba alarmadísimo, presintiendo que algo muy grave debía ocurrir en el autoplanetoide. Los observatorios de casi todo el Plata, de Chuquisaca y Oruro en el Perú, Asunción del Pa-



raguay, Montevideo y todo Chile, que no habían dejado de observar aquella quietud inexplicable, esparcieron por doquier con sus telegramas el temor de un accidente.

No se habló sino de esto, en la Tierra, todo el día, siendo general el anhelo de que, con la noche, llegara posibilidad de registrar el cielo buscando en él el orbimotor. ¿Lo verían? ¿Se habría alejado ya?...

Cuando la noche cayó por fin sobre Mendoza y su comarca, allá arriba, poco más o menos en el cenit de Paramillo (que poco más o menos para el caso eran 40 ó 50 kilómetros), y casi en el mismo sitio donde lo había encontrado el anterior amanecer, estaba el autoplanetoide, que no sólo no parecía orbimotor, ni aviplaneta, ni autoastro, sino que ni a satélite llegaba; menos aún, pues ni siquiera merecía nombre de aeroplano o zeppelin, por haberse quedado reducido a la condición misera de globo cautivo, propio divertimento para ferias.

Allí estaba, soberbiamente hermoso, siendo primero entre los astros por su brillo y tamaño, después de la Luna del cielo del terráqueo globo; pero, ¿qué valía esto? si no volaba, si se estaba inmóvil. No caía, es verdad; pero permanecía quieto, como si un hilo largo, largo, de 200 kilómetros, pero cadena al fin, lo retuviera anclado a aquellos Andes donde había nacido.

No caía, pero al cabo caería, cuando el consumo enorme de fuerza cinética que a aquella escasa altura—escasa para un astro—derrochaba en su lucha con la atracción de la gravedad terrestre, le agotara las existencias del ultrarradioactivo metal. Cuestión de algunos días.

Para los astrónomos, que no perdían de vista al avimundo, la cosa estaba clara. No llegaba a satélite siquiera, pues no giraba, cual la Luna, en torno de la Tierra; no gravitaba, estaba groseramente atado por la gravedad; la contrarrestaba, sí, la equilibraba, pero no la vencía, y arrastrado por la Tierra en el diurno giro de ésta, aparecía inmóvil a los hombres. Y eso por no haber viento, que de haberlo, juguete sería de él el autoastro.

¿Autoastro?... ¡Que presuntuosamente vano y qué ridículo parecía ahora el pre-fijo auto!

Aquello era el fracaso que llegaba al alcanzar el triunfo. ¡Ah, qué contenta debía estar Sara allá arriba, al recoger el fruto de las traidoras hazafas que llevó a cabo

en Paramillo! ¡Pobre avimundo, reducido a la triste condición de pájaro sin cola, que con sus alas sube y con su peso baja; pero sin posibilidad de dirigirse a parte alguna!...

Sólo Sara sabía que la causa de aquello era la substracción de las cargas centrales, en las cuales radicaban las fuerzas capaces de mover lateralmente el orbimotor. Privado de ellas, ya se colige que lo que la yanqui se proponía era que María Pepa se rindiera, descendiendo a tierra antes de consumir todo el cinetorio de las cargas australes, gastado el cual ya no podía pensarse en bajada voluntaria, porque sobreveniría una caída desastrosa.

Ya bajaría la capitana por las buenas; ya se resignaría a volver a la Tierra fracasada: o sí, en último extremo se resistiera a ello, ya sabría Sara enterar al pasaje de la inminencia de la catástrofe que lo amenazaba, y erigiéndose en salvadora de doscientas vidas, y quitando el mando a María Pepa, ella sería quien llevara el orbimotor salvo a la Tierra.

Para cuantos en ésta dirigían los anteojos a él, ya no cabía duda de que había fracasado el viaje planetario, porque la noche entera permaneció el motoestelar tan quieto como la anterior. Y el dilema era claro para todos: o bajaría antes de consumir su fuerza interna o perecería en horrible caída. La emoción era inmensa; todas las estaciones telegráficas del globo resultaban insuficientes para dar curso a las peticiones de noticias a los observatorios americanos, y para comunicar las respuestas.

Cuando segunda vez amaneció después de la partida, encontró el sol al autoplanetoide en el mismo lugar donde dos días le había anochecido. Pero esta vez no tuvieron los impacientes astrónomos que aguardar que anocheciera para tener nuevas noticias de él, porque a la una de la tarde, varias estaciones de la costa chilena recibieron el siguiente radiograma: "Seis millas al sur de nuestro rumbo, y a unas cuarenta de altura, hemos visto cruzar la atmósfera, en dirección al oeste, y descendiendo, un gran globo cristalino, que al principio creímos fuera un bólido, pero que no lo es, pues aun corriendo con rapidez vertiginosa, no llegaba la suya, ni con mucho, a la de tal clase de meteoros.

"En este instante desaparece su mole colosal en dirección a Australia, adonde llegará probablemente, si antes no cae al mar, en la tarde de hoy".



—¡El autoplanetoide! ¡El autoplanetoide!—dijeron todos los sabios al saber la noticia.

El autoplanetoide que corría a destrozarse en la caída en aquel continente, o que, aun cayendo al mar, se haría trizas al brutal golpetazo contra el agua, consiguiente a una caída de 200 kilómetros de altura.

El telegrama procedía de un trasatlántico que navegaba a mitad de camino entre Arica y Auckland.

Media hora después, la isla Rapa, situada en pleno Océano Pacífico, al sur del archipiélago Toubouai, radiotelefoneaba que cercano a ella había pasado el novimundo; y a las nueve de la noche volvía a telefonar diciendo que una goleta que, huyendo al temporal, entraba de arribada, decía haber visto la caída en el mar de una bola cristalina del tamaño de una sandía muy gorda, según la frase por el patrón usada. Preguntado éste por el lugar de la caída, dijo que podía precisarlo por haber ocurrido precisamente sobre los islotes y arrecifes de Bass, que él tenía entonces en el mismo horizonte. Al romperse la bola contra sus coralinas rocas habían dejado de verla los de la goleta.

—¡Infelices!—dijo el mundo; comentó, un día, el triste fin de la hermosa expedición frustrada, y a pensar, al siguiente, en otra cosa. Tres de general luto por la insignie María Pepa decretó en Zaragoza el Ayuntamiento de la capital aragonesa.

\* \* \*

¿Se había, en realidad, hecho añicos el orbimotor contra las rocas del Grande Océano... ¿Lloraban con razón a María Pepa en Zaragoza?...

En el mundo, ya se ha dicho, daban el desastre por cierto: con tanto más motivo cuanto que en el transcurso de sucesivas noches no volvió a verse en el cielo el novimundo, ni fué de día señalado por los navegantes del Pacífico. Y ni en Australia, ni en Nueva Zelanda, ni en ninguno de los archipiélagos del Océano daban noticia alguna de él.

Pero si perecieron María Pepa y su mundo, y los habitantes de su mundo, el 12 de septiembre de 2186 en los arrecifes de Bass, ¿cómo se explica que estuvieran el 28 del siguiente diciembre en la terrible situación descrita en el mensaje, ya conocido desde el principio de esta historia, que por vía Venus envió a la Tierra la Capitana?

De una sola manera: pensando en la po-

sibilidad de una equivocación del patrón de la goleta, a quien su preocupación con el temporal que iba corriendo acaso le turbara la vista, que además trabajaba a través de los anteojos de pacotilla usados en los barquichuelos de la clase del que él patroneaba.

Agregando todo esto a la escasa pericia de quien los manejaba, pudo muy bien ser causa de que dejara de ser visible para él el autoplanetoide, no por caer sobre las rocas de Bass, sino *por desaparecer a sus miradas al ocultarse detrás de ellas*; porque también el sol poniente parece caer en los lugares tras de los que se esconde, y sin embargo, no cae en ellos.

¿Sería esto?... ¿Sería otra cosa?... ¿Seguía María Pepa mandando en el orbimotor?... ¿Habría Sara realizado su pirático propósito de apoderarse del motoestelar?... ¿Qué pasaba en el novimundo?... ¿Quién lo llevaba a Australia, en el supuesto de que efectivamente fuera a Australia?... ¿Dónde estaba?...

Y por último, ¿se salvó María Pepa y consiguió salvar a su pasaje de caer en el Sol, o en él murieron el novimundo y los novimundianos?

Cosas son todas interesantísimas que los lectores tienen indudable derecho a saber. Y las sabrán, se lo fía el editor, que es quien ahora les habla, pidiéndoles un poco de paciencia, un poquito no más; pues la demora que va a sufrir la narración de todo aquello débese a fuerza tan mayor cual manifiesta la siguiente y muy breve explicación:

Sabía yo, por habérmelo confiado el autor, que después de referirle Mademoiselle Thellis cuanto va relatado, llevaba cuatro tardes en que no había modo de dormirla por andar desvelada con... No estoy seguro de si eran pieles o esmeraldas, pero sí de que, fueran uno u otro, le parecían muy caras al autor. El caso es que, interrumpidas por tal causa las hipnóticas sesiones, hace unos días recibí la urgente carta que a continuación transcribo:

"Querido amigo: Ifigenia me ha hecho la gran perrada. Al llegar a su casa me encuentro hoy que el pájaro ha volado. Diga usted a los lectores... No, no les diga nada, pues los asuntos de Ifigenia y míos les tienen sin cuidado a usted y a ellos. Y aunque les importaran, no siendo ella ni yo héroes de la novela, nadie tiene derecho a meterse en nuestras cosas. Crea, amigo mío, que si no fuera por el compromiso que con



usted y con el público tengo, ni del nombre de la tal Ifigenia volvía yo a acordarme; pero soy hombre de palabra y no rehuyo mi obligación de contar hasta el fin las historias del autoplanetoide, de María Pepa, de Sara, etc.

En la indecente carta que la fugitiva pitonisa me ha dejado no dice para dónde levanta el vuelo; pero el portero, con espontaneidad que deja traslucir por lo menos influencias hipnóticas, ha sido indiscreto descubriéndomelo todo. En consecuencia, tomé el rápido de..., no necesita usted saberlo..., desde el cual escribo esta carta para asegurar a usted que, cueste lo que cueste, no me vuelvo sin el fin de la novela.

Su muy afectísimo, etc."

No me dejaba muy tranquilo la carta cuando al pie de la hoja vi: "P. D., a la vuelta", y doblándola, leí: "Hágame el favor de pagar una factura que le presentará la joyería La Cloche. Este asunto lo arreglaremos a mi vuelta. Se hará usted

cargo de que necesito armas para la batalla."

No eran pieles.

.....  
.....  
.....

Tres días pasé inquieto hasta recibir el siguiente despacho telegráfico:

"París, 7...

"Reconciliación cordialísima. Ifigenia, encantadora, duerme cuanto yo quiero, y ha visto cosas portentosas que escribo a la carrera. Suplico olvide temerarios juicios míos, pobre niña. Correo mañana original imprenta continuar novela. Gire 10.000 francos. Esto es muy caro."

—Lo caro es ésa—dije—, pero envié el dinero.

Conste, pues, que la segunda etapa del viaje planetario no tardará en aparecer sino el tiempo preciso de imprimirla, pues a la imprenta envié ayer el original de París recibido. Su título es DEL OCEANO A VENUS.